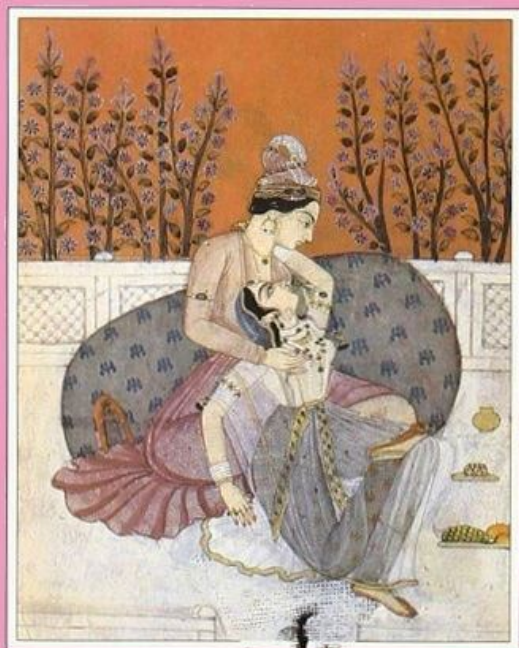


Charles Devereaux
Venus en India



La sonrisa vertical



El epígrafe que abre este relato revela ya mucho más que cualquier explicación tanto del prologuista como del editor: «Las cándidas memorias de un oficial del Ejército hindú, más aficionado a las artes del amor que a las de la guerra»...

Cabría dudar de la autenticidad de estas memorias, dado que su autor se oculta tras el seudónimo de Charles Devereaux, capitán del Ejército británico destacado en la India. Sin embargo, la lectura de *Venus en India*, o aventuras amorosas en el Hindustan —para ser fieles a la edición original, publicada en Bruselas en 1889— no revela la típica novelita picante del último período victoriano, sino más bien una verdadera autobiografía erótica, descrita con sencillez y sinceridad y que supone a una persona culturalmente informada y preparada.

Se trata, pues, como bien lo indica Ronald Pearsall en el prólogo, de una narración erótica, curiosa, exótica y divertida que, ya sea simple ficción, ya sea biografía auténtica, es de todos modos el reflejo de un aspecto de la realidad de una época, en un país cuyas costumbres el autor parece conocer a la perfección y un relato lleno de interés, ameno y, sin duda, de una insólita sensibilidad literaria en un oficial del Ejército, por muy decimonónico que sea.



Charles Devereaux

Venus en India

La sonrisa vertical - 17

ePub r1.1

Titivillus 14.04.16

Título original: *Venus in India*
Charles Devereaux, 1889
Traducción: Antonio Escohotado
Prólogo: Ronald Pearsall

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

Siempre se ha supuesto que el autor de Venus en India es desconocido, y que «el capitán Devereaux, del Estado Mayor» es un seudónimo. Si así fuese, cabría poner en duda la veracidad del relato. Venus en India o aventuras amorosas en el Indostán —pues tal es el título completo del libro publicado por primera vez en Bruselas, en 1889— podría ser entonces un caso de pornografía común, básicamente ficción pero utilizando un marco conocido físicamente o de palabra por el autor, o bien suficientemente exótico como para proporcionar un atractivo adicional. Quizá valdría la pena examinar esa suposición; si cabe atribuir a alguien la autoría, Venus en India no será una sabrosa novela victoriana tardía, sino algo mucho más interesante e intrigante, algo perteneciente al raro género de las auténticas memorias eróticas.

Se hace pronto obvio que «Devereux», «Devereaux» o «Deveureaux» (elijan ustedes, como las diversas ediciones) conocía su India. Esto pudo deberse a haber estado allí o a que hizo bien su trabajo en el país de origen. Esto no significa que dé la impresión de ser un observador diligente. Parece no haber percibido lo que otro oficial casi de su generación —F. Yeats Brown, de los lanceros bengalíes— llamó la «omnipresente escualidez» de las aldeas ni la elegante distinción de las ciudades orientadas hacia el ejército inglés («no poco parecidas a Bournemouth aquí y allá pero con follaje diferente», escribió el disparatado Edward Lear en su diario indio en 1874). Pero Devereaux tiene el tono, el inimitable desprecio por los nativos sin mezcla de curiosidad y el uso casual de palabras indias como gharry y ekkha (nombres ambos de modos de transporte) que no sólo aseguran su estancia en la India durante el periodo del que habla, sino el hecho de que era además un soldado. El lector habrá de juzgar por sí mismo si era también un oficial y un caballero; hay con certeza el tono almibarado de pukka sahib, la inestimable ventaja de ser uno de los elegidos, la convicción de que la India era un supermercado donde los bienes resultaban ser gratuitos.

¿Qué sabemos de Devereaux? Algo podemos deducir de Venus en

India. Devereaux acababa de ser ascendido a capitán, y estaba afligidísimo por verse obligado a abandonar a su mujer, la de la «grieta palpitante» y los «tiernos, amorosos muslos», con la cual llevaba casado dieciséis meses. Desembarcó en Bombay de camino hacia Cherat, cerca de Peshawar, en la región fronteriza del noroeste, muy cerca de Afganistán, y la llegada se fecha convenientemente. En la cena de oficiales se habla de la futura batalla de Kandahar que siguió a las espectaculares marchas forzadas de Sir Frederick Roberts desde Kabul, y que resultaron ser el punto culminante de la tercera guerra afgana. La batalla de Kandahar se libró el 1 de septiembre de 1880. Hay cierta confusión en cuanto al regimiento de Devereaux. Durante su viaje a Cherat permaneció en Nowshera como huésped del regimiento 130. Nunca existió semejante regimiento. Su regimiento de origen es descrito como «primer regimiento de East Folk», cosa claramente absurda.

El capitán Devereaux tenía inclinaciones literarias. Un poco ostentosamente remite al lector al Don Juan de Byron, tiene unas pocas palabras que decir alabando las memorias de Casanova, y durante su viaje es excitado por la Mademoiselle de Maupin de Gautier, libro que describe como «obra maestra de la literatura erótica de salón». Devereaux estaba en buena compañía. «¿Ha leído usted Mademoiselle de Maupin, ese libro que escandaliza a las damas de París?», preguntó el anciano general Hodgson. «Me lo recomendó una mujer bastante joven... Tiene un bello francés, pero es un libro completamente indecente. No puedo entender cómo la censura ha dejado que apareciese». Una escritora lesbiana, hoy olvidada, Violet Paget (alias «Vernon Lee»), dijo que un hombre sólo daba ese libro a una mujer si pretendía «insultarla». Estar familiarizado con Mademoiselle de Maupin significa ser miembro de un grupo de iniciados^[*], convencidos de que sólo los franceses podían escribir clásicos eróticos. Esto resultó estimulado por el establishment literario, que una generación antes había considerado inmunda y frívola toda la literatura francesa contemporánea; estaba «ahogada en los bestiales pozos de la sensualidad», según decían.

Es manifiesto entonces que Devereaux no es un mero playboy jugador de polo, y que deben tomarse en cuenta sus pretensiones culturales a la hora de enjuiciarle. Piensa muy bien de sí mismo, y sus pequeñas incursiones en la cultura sirven para rellenar el retrato. Sin ser concluyentes en modo alguno, añaden sustancia al razonamiento de que

Devereaux era una persona real, y se envuelven precisamente en el tono que Frank Harris usó en Mi vida y amores cuando rompió con sus relaciones sentimentales para establecer su identidad como hombre literario merecedor de reconocimiento. Sin embargo, esto es incidental para la prueba básica de una identidad del capitán Devereaux, una referencia en el escalafón del ejército inglés de 1881, donde aparece un ascenso a comandante del capitán Devereaux, perteneciente al segundo regimiento de la India occidental, el primero de julio de 1881. El hecho de que un capitán Devereaux estuviese en el regimiento correcto en el momento correcto no puede ser una coincidencia. La única posibilidad paralela es que un compañero oficial usase ese nombre.

En el sigloXIX la familia Devereaux fue prominente tanto en los asuntos indios como en el ejército. El honorable George Talbot Devereaux, nacido en 1818, era el hijo del catorceavo vizconde de Hereford, se hizo coronel de artillería al comienzo de la década de los sesenta y se retiró como teniente general en 1868. Su hermano, Humphry de Bohun, ingresó en la administración judicial en Bengala y pasó a ser magistrado. A lo largo de Venus en India resulta evidente que el capitán Devereaux se encuentra cómodo entre los favorecidos por la posición o la fortuna, que es consciente de estar por encima de sus compañeros. Cuando posee a su primera mujer en la India en el bungalow hotel de Nowshera (que parece haber sido gobernado siguiendo las reglas de un motel liberal) cataloga sus bellezas con notable pericia profesional —«toisón voluptuoso, hendidura deliciosa»— pero cuando ella le habla, aunque posea una voz grave y musical, percibe además «un acento bastante vulgar, común, que al principio me arañó el oído». Sí, los órdenes inferiores nunca obtenían envolturas cien por cien perfectas. Es el tono que reconocemos en cien memorias aristocráticas, pero es una rara avis en la literatura erótica, poblada a menudo por funciones antes que por individuos de una cierta clase.

Venus en India tiene indiscutiblemente cierta distinción de estilo, y comparada con sus contemporáneas en el género de la novela bien podría clasificarse como un clásico. No es que esto signifique mucho en la literatura erótica inglesa del siglo XIX, en la que ciertas obras son respetadas simplemente por ser muy raras o sólo disponibles en traducción (como Con verga y trasero, o Diversión en el West End londinense, un contemporáneo exacto de Venus en India sólo accesible en traducción francesa). Los escritores de pornografía, luchando entre la

floritura y la sequedad de los estilos anglosajones, debieron de quedar agradablemente sorprendidos cuando sus obras fueron transmutadas a la elegancia espúrea del francés.

*Esta dicotomía, este desasosiego siempre presente en el estilo de los escritores ingleses, pocas veces se encuentra en el libro de Devereaux. Esto parece deberse a su falta de sentimiento de culpa tanto moral como literario a la hora de escribir. Mientras que Frank Harris, en Mi vida y amores, empleó parte de la introducción para deplorar el lenguaje franco y brutal de los clásicos eróticos anteriores, nada similar acontece con Devereaux. Éste no vio la necesidad de hacer semejante cosa. Por lo mismo, no se vio enfrentado con el problema de Frank Harris, en el sentido de encontrar equivalentes lúbricos y satisfactorios para las palabras del sexo vulgar. Frank Harris no resolvió realmente el problema, sino que recayó en términos caprichosos y ambiguos como «su coñito» o «su sexo». Encontramos la palabra de cuatro letras en Venus en India, pero con sorprendente infrecuencia. La palabra favorita de Devereaux es «polvo» o «palo»^[**], que considera no menos satisfactoria, y en las relaciones donde el narrador es una mujer logra describir gran variedad de actos y reacciones en un lenguaje extremadamente lúcido. Estos detalles no sólo incluyen las posiciones habituales de coito sino una variante que llama «a la San Jorge», término curioso e intrigante que se refiere a uno de los procesos más comunes y menos acrobáticos del Kama Sutra, el cunnilingus, aunque Devereaux fuera un observador (o, más exactamente, un voyeur) de la sodomización de Amy por un «salvaje afgano».*

Este incidente es especialmente interesante. Durante las décadas de 1880 y 1890, la pornografía fue haciéndose más perversa, y el sadismo y el masoquismo fueron penetrando en ese campo. En la primera pornografía victoriana, con excepción del campo dedicado a la flagelación («el vicio inglés»), el sexo solía ser elegiaco; el hecho de desabrochar un cinturón, la exhibición de un hombro lograban producir maravillas. En lo que podría considerarse tercera generación de erotismo Victoriano, esas delicadezas y las fantasías como de acuarela de la etapa anterior dejaron de atraer tanto a los lectores como a los escritores. Los escritores se orientaron progresivamente hacia su mercado y se hicieron más profesionales. Fueron estimulados por una nueva estirpe de editores como Leonard Smithers, hombre suave y culto que se consentía las actividades que su establo de escritores sólo podía

describir; era una persona que, por ejemplo, copulaba con la esposa de un impresor underground en un sótano de la calle Goldhawk, en Sheperds Bush, mientras el impresor les fotografiaba, una persona aficionada a las muy jovencitas (cosa que seguía siendo una ocupación extendida durante la época victoriana incluso después de elevarse la edad del consentimiento por encima de los doce años), y que mantenía desperdigadas por Londres a muchas mujeres en aras de su propia conveniencia, tantas como buzones instalaba por entonces correos, según decía —irónicamente— un compañero editor. Muchos escritores del nuevo orden eran auténticos hombres de letras que no lograban hacer dinero con las belles lettres, autores como Arthur Machen —traductor de pornografía francesa para el mercado inglés— o Reginald Bacchus, que escribía historias rosas para los ingleses y literatura erótica para los franceses.

Había hombres que estaban en el marco literario, cosa que obviamente no acontece con Devereaux. Estaban familiarizados con la psicología de la anormalidad y con las obras de Sade, escritor muy en boga entonces por el proselitismo del poeta Swinburne y su mentor Richard Monckton-Milnes. Estaban familiarizados con los entresijos de la vida victoriana y, más específicamente, con las tortuosas represiones nacidas del contraste entre el ideal y la realidad de la vida en el periodo de la plenitud victoriana. Es interesante observar que cuando se publicó *Venus en India* apareció por primera vez en lengua inglesa una traducción de la *Justine* de Sade.

La sodomización de la desdichada Amy es uno de los pocos episodios que se armoniza con la tendencia predominante en los ochenta y los noventa, y nos recuerda la dificultad de separar hecho y ficción, suponiendo que *Venus en India* tenga alguna base en la vida real. Es circunstancial que el incidente sea descrito de un modo que provoque la risa (el capitán Devereaux «se abalanzó sobre el villano, que retiró su brillante ariete negro del trasero de Amy tan aprisa que hizo “pop” como un corcho al abrir una botella»). El afgano se vuelve entonces hacia el intruso, imaginando que Devereaux es el hermano de Amy. «Me he follado y dado por el culo a tu hermana... y te daré por el culo a ti también». Afortunadamente para la mente de Devereaux, el afgano estaba equivocado. Amy había sido «sólo sodomizada» y seguía siendo «pura», aunque más adelante el capitán remedie esto último. Lo que no se explica es la lengua en que habló el afgano; lógicamente debió de ser

el pushtu, idioma general de Afganistán. Pero tampoco se explica cómo logró aprender esta oscura lengua Devereaux.

A la hora de decidir el porcentaje de hecho y ficción hemos de recordar que las condiciones en la India, la gran joya del Imperio, eran únicas y peculiares. Incluso en Simia y en Poona, construidas a semejanza de las glorias de Cheltenham, no todo era como parecía tras la fachada de respetabilidad victoriana y los tres sermones de los domingos. El funcionariado indio estaba invadido por la corrupción, y era cosa supuesta y aceptada que todo oficial destinado en el subcontinente tenía su bubu o mujer nativa. Devereaux habla irónicamente del gusto de los soldados por la «carne marrón». En realidad, había para todos los gustos. Una generación antes, el infatigable viajero y explorador Sir Richard Burton había estado en Karachi disfrazado con ropas de nativo, descubriendo ya en esos días tres burdeles para homosexuales. Descubrió que los muchachos costaban tres veces más que los eunucos, y observó en esos burdeles de homosexuales que el escroto «podía usarse como una especie de brida para dirigir los movimientos del animal».

Para oficiales con gustos más convencionales y sin el carisma del capitán Devereaux, que logró seducir a cuantas mujeres deseó, las prostitutas indias eran adeptas de su profesión, y se registra que «no sólo se afeitan el monte de Venus sino todo el resto del vello, con lo cual sólo tras haber visto sus pechos duros, llenos, encantadores e incomparablemente hermosos uno se imagina estar ante una muchacha impúber y virgen». Las muchachas indias adoptaron también algunos de los trucos de las prostitutas árabes y africanas, «extirpando los labios y el clítoris y mostrando en la piel las cicatrices de un grosero cosido». Sir Richard Burton sigue diciendo: «El efecto moral de la circuncisión femenina es peculiar. Si bien disminuye el calor de la pasión, incrementa la licenciosidad y crea una viciosidad mental mucho peor que la falta de castidad corpórea, porque se ve acompañada por una crueldad particularmente fría y un gusto por estimulantes artificiales de la lujuria. Es la falta de sexo de un perro castrado imitada por el imaginativo cerebro del humano».

Expuesto a las tentaciones, cumpliendo servicio en la India, podía ser una experiencia traumática, y muchos oficiales jóvenes y decentes volvieron a Inglaterra tras su periodo de cinco años (era costumbre pasar cinco años fuera y diez en la patria) cubiertos de vergüenza y

culpabilidad. En cuanto a los soldados, volvamos a Devereaux. Poco después de llegar a la guarnición de Nowshera se encuentra con otro joven oficial y éste le dice: «¡Todo el ejército inglés está sencillamente rabiando por una mujer! Es imposible conseguir ninguna en Afganistán, y por regla general ni los oficiales ni los soldados han tenido mujer durante dos años cuando menos». Pero, al volver a la India, aparece «toda la hirviente agitación de los bazares, y eran visibles los sorchos a la puerta de las tiendas del ramo con sus vergas en la mano...». Devereaux indica que esto es una exageración, pero más próxima a la verdad de lo que el «amable lector» podría suponer. El oficial con quien ha estado hablando no parece consciente de uno o dos hechos destacables. Cuando comprendemos que durante las marchas y contramarchas del ejército inglés en Afganistán los seguidores superaban en número a la soldadesca, el celibato forzoso descrito por el oficial resulta difícil de tomar en serio.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, una de las mayores amenazas para el bienestar del soldado inglés era la sífilis, no la guerra. La tasa de enfermedades venéreas en el ejército era del veinte por ciento, cifra únicamente superada por la marina mercante, donde era el doble de alta. Este problema fue abordado por el mando militar con celo considerable. Hacia finales de la década de los ochenta se aprobó la normativa sobre enfermedades contagiosas. En los depósitos militares y las bases navales de Inglaterra, las prostitutas fueron obligadas a registrarse y a ser examinadas médicamente, dándoseles instrucciones para la administración de profilácticos. De cuando en cuando la policía, y una curiosa organización especializada llamada «policía de las costumbres», redondeaban sus cifras volviéndolas a contar y examinar.

Debido a un poderoso grupo de presión en el Parlamento, esas normas fueron derogadas tras unos pocos años, porque los bienintencionados descubrieron que la policía estaba incluyendo en sus listas a proletarias inocentes para mejorar sus cifras, y porque causaba desagrado que el llamado «gran mal social» recibiese tanta publicidad. Pero para el jefe militar no se trataba de un mero ejercicio académico.

En la India las enfermedades venéreas no eran sólo un inconveniente sino una positiva amenaza para el resultado positivo de las guerras afganas, y «con los sorchos sujetándose las vergas a la puerta de las tiendas del ramo» no había muchas probabilidades de que tomasen las precauciones recomendadas a sus colegas en Inglaterra, es decir, las

abluciones y el ubicuo preservativo en su forma actual, una vez que la vulcanización del caucho se convirtió en un éxito comercial. De ahí que el comandante de las fuerzas inglesas en la región donde cumplía servicio Devereaux, el general Roberts, promulgara a través de su general intendente Champan la siguiente orden:

«En los bazares regimentales es necesario tener un número suficiente de mujeres, cuidar de que sean lo bastante atractivas para suministrarles casas apropiadas y, sobre todo, lograr que haya medios de lavarse siempre disponibles.

»Si se aconseja cuidadosamente a los soldados sobre la conveniencia de la ablución, y si existen los arreglos convenientes en el bazar regimental cabe esperar que se eviten los riesgos implicados en la asociación con mujeres no sometidas a reconocimiento médico por las autoridades del regimiento».

Baste esto para la teoría de que los oficiales de mayor graduación estaban desconectados de los hechos de la vida tal como existían en la India. Cuando no había mujeres locales disponibles se conseguían de acuerdo con el auténtico estilo militar; el siguiente anuncio es sólo uno de los centenares que debieron de aparecer: «se requieren mujeres extraordinariamente atractivas para el bazar regimental de acuerdo con el memorándum circular 21a». Cuando el comandante de un batallón se descuidaba, los soldados tomaban el asunto en sus manos y llegaban a arreglos con las locales. Esto podía dar lugar a problemas, y los indios se indignaron cuando uno de sus proxenetas fue muerto por dos hombres de los lanceros «porque no logró encontrarles mujeres».

Durante muchos años los indios se escandalizaron ante el modo prosaico y pragmático en que se aprovechaban los ingleses de sus mujeres; creían también que la sífilis había sido traída por los intrusos de piel blanca, y entre ellos la enfermedad era conocida con el nombre de «mal europeo».

Es significativo que en el mundo vaporoso y fabulístico de la pornografía dura apenas se mencionasen las enfermedades venéreas, omitiéndose así todo un campo de trepidación y alarma. Es indiscutible que los oficiales más responsables eran conscientes de los peligros y no querían compartir las desfiguraciones y erosiones tan evidentes en el soldado común, por lo cual se desarrolló una clase de mujeres equivalente en status a las damas, del demimonde londinense, que

podían garantizar la no perpetuación del «vil enemigo», eufemismo para designar la enfermedad venérea. Además, las castas superiores de las indias eran presas relativamente fáciles, y oficiales que se habrían retraído ante la seducción de la hija de un conde por razones de respeto no sentían nada parecido cuando se encontraban ante una situación equivalente en la India. La proposición de que todos los indios eran inferiores había sido expuesta nada menos que por la propia reina Victoria. Según escribió, «debe hacerse sentir a los indios que nosotros somos los amos, pero de modo amable y no ofensivo como —por desgracia— suele ser el caso».

La reina Victoria llamó también la atención hacia «la conducta altanera, vulgar, absurda y ofensiva de muchos de nuestros agentes civiles y políticos». Esto estaba presente también en los oficiales del ejército, y desde luego el capitán Devereaux no era uno de los inocentes. En *Venus en India* esquivaba los deleites nativos, aunque, en un volumen posterior que no se publicó nunca, prometiera narrar sus aventuras con las mujeres indias. Desde luego, a juzgar por sus «memorias», no estaba corto de mujeres blancas, y cuando las hubo recorrido se pasó a las niñas blancas.

La seducción de Mabel, la niña de doce años, debe ser considerada en este contexto. Hasta la promulgación del Acta de reforma de la ley penal cinco años después de los acontecimientos relatados por Devereaux, la edad del consentimiento se fijaba en los doce. Los Victorianos no sentían respeto, compasión ni comprensión hacia los niños. Las vírgenes infantiles eran muy apreciadas por los conocedores, y en Bruselas —uno de los centros del tráfico de blancas— había buenas razones para creer que el jefe de policía estimulaba a los dueños de burdeles para que «suministrasen niños y niñas a los efectos de complacer a sus melindrosos clientes». En Liverpool, hacia 1867, era reconocido que había más de quinientas prostitutas de edad inferior a los trece años «anhelando algún asuntillo del corazón para que iluminase lo insípido de sus vidas». Era también un asunto económico. Una criatura de trece podía ganar más en un día de prostitución que trabajando duramente a lo largo de todo un mes en las fábricas.

Después de 1885 el capitán Devereaux podría haber recibido latigazos por su falta de respeto hacia Mabel. No obstante, se limitaba a comportarse con ella al modo libertino tradicional, y se habría asombrado de que en nuestros ilustrados días sus acciones pudieran

considerarse perversidad. Puede ser saludable indicar que la prostitución infantil se mantiene todavía, no sólo en América, África y Asia sino en el East End de Londres. Todo hombre, dijo Sade, gusta de jugar a tirano, y no hay medio más seguro para ello que arruinar una inocencia.

¿Eran las mujeres blancas tan fáciles como se deduce del relato del capitán Devereaux? En la India, en aquellas especiales situaciones, quizá sí. Como indicó Rudyard Kipling, otro escritor que conoció el país,

«... la dama del coronel y Judy
O'Grady
son hermanas bajo la piel».

Para muchas jovencitas púberes recién liberadas de la férrea mano del decoro y la represión victoriana, hijas, esposas y hermanas de oficiales allí destinados, existía el encanto de los frutos prohibidos, estimulado y apoyado por el misterio indio y las circunstancias de la vida militar. En ocasiones había muchos oficiales y muy pocas mujeres, y entonces hasta la más vulgar de las damiselas victorianas era festejada como si fuese una de las «bellezas profesionales» de la era de Lillie Langtry. Se produjo una situación aún más potente en Simia, donde faltaban evidentemente hombres; había 46 miembros del sexo femenino y eran esperados seis caballeros. La honorable Emily Edén, hermana del virrey, se preguntaba cómo organizar los bailes en semejantes circunstancias. ¿Se conformarían 86 damas y 18 caballeros con el tiro de arco, las meriendas en el campo y actividades similares? Como dijo alguien que en tiempos fue virrey en la India,

«El mundo está lleno de desatino y pecado
y el amor debe asirse donde pueda, mantengo,
pues la belleza es fácil de conquistar
pero no es uno amado todos los días».

Con la excepción del capitán Devereaux, desde luego.

Algunas autoridades en la sumergida literatura del siglo XIX valoran mucho a Venus en India. Peter Fryer escribió que se distingue de la gran masa de pornografía dura del periodo por su credibilidad, por el hecho de que las mujeres no son simplemente proyecciones de la «inflamada imaginación del autor» y los personajes «no son simplemente órganos sexuales masculinos y femeninos en diversas permutas».

Graham Webb declara que «es destacable por su estilo y el tema... muy superior a la mayoría de los escritos pertenecientes a su género».

En definitiva, será el lector quien juzgue si el libro respira o no autenticidad. En pocas personas se puede confiar a la hora de hacer un relato verídico de sus vidas amorosas, y el relato de los invariables éxitos de Devereaux es desde luego demasiado feliz para convencer del todo. Sus jugueteos con las Selwyn pertenecen a la ficción picaresca, y la idea de que una hermana se hace pasar por otra en la cama constituye una peripecia demasiado tópica para que pueda ser tomada en serio. La única ruptura en esta cadena de dichas es la impotencia temporal de Devereaux, aunque la cosa acabe arreglándose para satisfacción de todos. Su conocimiento de la fisiología sexual es acorde con el tiempo. Creía que las mujeres tenían orgasmos exactamente como los hombres, aunque se adelantara a su tiempo negándose obstinadamente a creer que demasiado sexo conduce a la ceguera y a la muerte, ficción que seguía perpetuándose por médicos de las clases medias y escritores dedicados a esos temas. Los escritores precedentes creían que el hombre tiene una cierta cantidad de espermatozoides para «gastar»^[***]. Estaban convencidos también de que había una relación directa entre el estómago y los testículos, y que una buena comida los volvía a llenar. Devereaux no cree esto, y uno duda de que encontrara tiempo para comer siquiera, o si pensaba que el curry era un afrodisiaco, otra creencia del periodo.

Devereaux no se interesa mucho por lo que estaba ocurriendo en la India, y sólo se preocupa levemente por el asunto de la tercera guerra afgana que estaba aconteciendo a unos pasos de él. Hay un curioso detalle: en 1875 se dice que el virrey estuvo «perdidamente encandilado» con una tal señora Searles, ninfómana de clase alta presentada de oficial a oficial mediante una fotografía al desnudo; también se mantiene que esta relación duró cinco años. Sin embargo, el virrey por entonces era Lord Northbrook; cedió su puesto en 1876 a Lord Lytton, sustituido a su vez en 1880 por el marqués de Ripon. Como autor de los versos antes citados sobre el desatino y el pecado, Lord Lytton bien pudo ser el virrey que tenía en mente Devereaux.

Considerada como novela erótica o como memorias, *Venus en India* está incomparablemente mejor escrita que cualquier otra de su especie durante el periodo. No es desde luego ningún *Tom Jones* tardío, pero, al igual que la obra maestra de Fielding, descubre un estrato de la vida que

escritores menos audaces despreciaron. En la vida real, indudablemente, el capitán Devereaux aparecería como un sátiro «a quien jamás podría confiarse una mujer», como el padre de Lillie Langtry, un hombre de quien convendría mantener apartadas a esposas e hijas, un hombre con un presente pero sin futuro, y para quien la publicación de Venus en India en 1889 fue un saludable recordatorio de lo pasajero de este específico vicio entre los siete capitales.

Ronald Pearsall

Venus en India
o Aventuras amorosas en el Indostán

*Cándidas memorias de un oficial del Ejército hindú,
más aficionado a las artes del amor
que a las de la guerra*

Volumen 1

Volumen 1

La guerra de Afganistán parecía acercarse a su fin cuando recibí órdenes de partir sin dilación de Inglaterra para incorporarme al primer batallón de mi regimiento, que por entonces estaba allí de servicio. Acababa de ascender a capitán y llevaba casado unos dieciocho meses. Separarme de mi mujer y mi hijita me dolió más de lo que puedo expresar brevemente, pero convinimos en que sería mejor para los tres retrasar el viaje de la familia a la India hasta que mi regimiento volviese a sus cuarteles en los fértiles llanos del Indostán desde las rocas y piedras del desolado Afganistán. Hacía además mucho calor; estábamos en plena canícula, cuando sólo marchaban a la India los que se veían absolutamente forzados, y era una época del año especialmente inadecuada para que viajasen bajo un clima tan tórrido una mujer delicada y un bebé. Tampoco era seguro que mi mujer fuese a encontrarse conmigo en la India, porque había recibido la promesa de un puesto de oficina en la patria; pero antes de poder ocuparlo debía necesariamente incorporarme a mi propio batallón, que estaba en el centro mismo de la guerra. Se añadía a lo molesto de la ida la certeza de que la guerra estaba prácticamente terminada, y de que yo llegaría demasiado tarde para participar en ninguna de sus recompensas o glorias, aunque fuese bien posible que no para buena parte del trabajo duro y la experiencia del lugar, porque Afganistán es un país salvaje (por no decir que áspero e inhóspito). Resultaba también bastante posible que un cuchillo afgano pusiese fin a mis días, haciéndome caer víctima de un asesinato común en vez de sufrir una gloriosa muerte en el campo de batalla.

En conjunto, mis perspectivas no parecían para nada color de rosa, pero el único camino era someterse e ir, cosa que hice con la mejor voluntad posible aunque con el corazón muy apesadumbrado.

Ahorraré a los lectores los detalles tristes del adiós a mi mujer.

No hice promesa de fidelidad; ni a ella ni a mí se nos ocurrió que fuese necesaria en absoluto, pues aunque había tenido siempre ese temperamento tan apreciado por Venus, y había disfrutado del placer del amor con muy buena fortuna antes de casarme, creía estar convertido en un correcto esposo cuyos deseos no vagaban fuera de su propia casa. Mi apasionada y amante esposa estaba siempre dispuesta a devolver mis ardientes caricias con otras de la misma índole; y sus encantos, en su belleza juvenil y su lozanía, no sólo no se habían ajada a mis ojos sino que parecían hacerse más y más atractivos a medida que me demoraba en su posesión. Porque mi amadísima esposa, gentil lector, era la vida de la pasión; no era de ésas que se someten fríamente a las caricias de sus esposos por sentido del deber, y de un deber que no debe ejecutarse con placer o jubilosamente, sino más bien como una especie de penitencia. ¡No! Con ella no era «¡Ah, no! Déjame dormir esta noche, querido. Lo hice dos veces la noche pasada y no pienso que puedas realmente desearlo otra vez. Deberías ser más casto, y no tratarme como si fuese tu juguete o tu pasatiempo. ¡No! ¡Aparta la mano! ¡Deja en paz mi camisón! ¡Te estás comportando desde luego de un modo bastante indecente!», y así sucesivamente hasta que — agotada por la tenacidad del esposo— piensa que después de todo lo más breve será dejarle hacer a su modo, y así permite reticentemente que su grieta fría sea destapada, abre con desgana sus poco agraciados muslos y yace como un tronco exánime, insensible ante los afanes del esposo por encender una chispa de goce en su gélidos encantos. ¡Ah, no! Con mi dulce Louie era muy distinto; caricia respondía a caricia, abrazo a abrazo. Cada dulce sacrificio se hacía más dulce que el anterior, porque ella disfrutaba plenamente toda su alegría y deleite. Era casi imposible cansarse de semejante mujer, y a Louie le parecía imposible cansarse de mí. Era «¡Una vez más, querido! Sólo un poquito más. Estoy segura de que te sentará bien. ¡Y a mí me va a gustar!». Raro sería que el encanto viril que llenaba su mano amorosa no se levantara entonces en respuesta a sus caricias, llevando una vez más apasionado deleite a las profundidades más hondas y ricas del encanto tembloroso y voluptuoso en cuyo especial beneficio fue formado, un encanto que era realmente el templo mismo del amor.

¡Ah! ¡Mi adorada Louie! ¡Poco pensé la última vez que me

retiraba de tu tierno y ardiente abrazo que entre tu hendidura palpitante y mi espada me estaban esperando, en la India de suave destello, otras mujeres voluptuosas cuyos bellos encantos desnudos darían forma a mi colchón, y cuyos encantadores miembros me encadenarían en extático abrazo, antes de encontrarme de nuevo entre tus muslos tiernos y amantes! Es mejor también que no vayas a saberlo, pues ¿quién ignora los perniciosos efectos de los envidiosos celos? Gracias le sean dadas a la tierna Venus por haber alzado una imperiosa nube, ocultando así mis devaneos con mis ninfas como fue ocultado el gran Júpiter de los ojos divinos y humanos cuando paseaba por verdes laderas montañosas con las encantadores doncellas, humanas o divinas, cuyos hermosos encantos formaban el objeto de su pasión.

Pero es hora de volver nuevamente a tierra para contar mi cuento de un modo más adecuado a este tópico mundo. Temo, querido lector, haber traspasado ya los límites escandalizando quizá tus ojos modestos con el nombre del más dulce de los encantos femeninos, que ni el pintor ni el escultor representarán en sus obras, y que rara vez es mencionado en público salvo por los abyectos y vulgares; pero he de suplicar tu perdón y rogarte que me permitas ofrecerlo aquí desde mi pluma, pues en otro caso me resultará difícil describir —como espero— todos los goces plenos en que me demoré tan felizmente durante los cinco años de mi estancia en el Indostán. Si eres sabio, si te encanta ver suavemente excitados tus sentidos, si las escenas usualmente escondidas y los secretos de los deliciosos combates amorosos y del cumplimiento del deseo ardiente en los amantes felices suponen algún deleite para ti, imagina simplemente que tus ojos húmedos ven el encanto pero no el nombre o la acción, y tampoco las palabras que me veo obligado a encontrar para describirlo.

Llegué a mediados de agosto a Bombay, esa regia capital de la India occidental. El viaje no tuvo importancia. Nuestros pasajeros habían sido pocos y estúpidos, sobre todo viejos civiles indios y oficiales que volvían con desgana a los escenarios de sus trabajos en el caliente país, tras un breve período de vida en Inglaterra. No era la estación donde viajan a India jóvenes damas vivaces, todas ellas con la buena esperanza en sus corazones de que sus encantos redondeados y juveniles, sus carrillos brillantes de salud y su

lozanía logren cautivar a un esposo. Éramos un grupo de gente seria: algunos habían dejado en la patria jóvenes esposas, como yo; otros estaban acompañados por las suyas; todas pertenecían a la edad en que el tiempo suaviza los incendiarios ardores de la pasión, y cuando quizás el último de los pensamientos ocurridos al retirarse para dormir es aprovechar los arruinados restos de belleza que reposan al lado. De hecho, arribé sintiendo que todo el amor, el deseo, la pasión y el afecto habían quedado tras de mí, en Inglaterra con mi querida mujercita, y los graciosos encantos casi desnudos de las muchachas nativas acarreado agua no lograban llamarme la atención. ¡Ninguna chispa de deseo hizo que mi sangre fluyese más deprisa por un momento, ni hizo que pensase un solo instante en poder buscar alguna vez goce en los abrazos de ninguna mujer, y mucho menos de una doncella oscura! Y, sin embargo, en sólo diez días... Verdaderamente, el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Pongámoslo así: el espíritu puede estar dispuesto, pero cuando la carne se alza en todo su poder vigoroso su fuerza es indomable. O al menos eso descubrí yo. Y ahora, amable lector, estoy seguro de que sientes curiosidad y ansia por conocer quién alzó mi carne, y si opuse a sus imperiosas demandas esa resistencia que el marido de una Louie como la mía debía por derecho oponer.

Habiéndome enterado por el General Ayudante de que mi destino era Cherat, pequeño campamento situado en la cúspide de una cadena montañosa que formaba el límite sur del valle del Peshawar, y tras recibir pases de ferrocarril vía Allahabad hasta la estación provisional de Jhelum y pases de daks desde allí hasta el propio Cherat, hice mis preparativos para el largo viaje que aún me quedaba por delante, y entre otras necesidades para la mente y el cuerpo compré algunas novelas francesas. Una de ellas era obra maestra de literatura erótica ilustrada, la *Mademoiselle de Maupin* de Teófilo Gautier. De no haber sido por las ardientes estampas de amor y pasión dibujadas en el maravilloso poema en prosa, quizás hubiese escapado de las redes tendidas por el amor, pues con toda certeza *Mademoiselle de Maupin* era un cebo tentador que despertaba mis pasiones del letargo en que se encontraban desde mi separación de mi amada aunque virtuosa mujercita, mi adorada Louie. ¡Confieso, querido lector, que pensaba que había renunciado a mis venadas, que me había convertido en lo que los franceses

llaman *rangé*, y que las mujeres no tenían poder para seducirme y apartarme del sendero de la virtud, junto con lo cual me parecía —y lo creía firmemente— que caminaba con pasos seguros por el camino de la santidad y el cielo! Mientras tenía la égida protectora de los hermosos y encantadores atractivos de mi querida mujercita estaba, desde luego, bastante seguro pues francamente —ahora que comienzo a repasar el pasado— veo bastante bien por qué los dardos de la tentación cayeron desapercibidos a mi alrededor. ¿Dónde encontrar otra muchacha, vestida o desnuda, que pudiera compararse con mi Louie? Ella sencillamente eclipsaba a todas las otras. ¡Tal como la luna llena apaga todas las estrellas de una noche sin nubes! ¡Ay!, cuando estaba ausente las estrellas empezaron a brillar otra vez y a encontrar lugares de admiración y adoración en mi corazón. No había previsto eso. ¿Lo había previsto mi Louie? Y ¡oh, qué tiernas y apasionadamente voluptuosas habían sido las últimas semanas de mi estancia en casa! Cuántas veces fueron selladas por el ardiente sacrificio gozoso las fervientes protestas de amor y fe del uno en el otro, cuando —aferrados— nuestros cuerpos se fundían, y al abrirse las fuentes de placer inexpressable a borbotones debido a los voluptuosos abrazos, nos inundábamos el uno a otro con mares de goces. Esos sacrificios, tan exquisitos, tan llenos de goce y acción, tuvieron indiscutiblemente sus posefectos sobre mí, pues durante algunas semanas —gracias al poder de sus encantos siempre renovados— Louie había agotado mi depósito de esa fuerza viril, esa esencia de la sangre de mi corazón, ese tuétano de mi cuerpo sin el cual se hace imposible el amor físico, y me parecía que al separarme de ella había dejado tras de mi ese poder: que todos mis deseos, así como mi vigor varonil, estaban depositados por razones de seguridad en su inviolable gruta, y que no los encontraría de nuevo hasta que, reunidos otra vez, pudiera buscarlos entre los amados muslos de mi mujer.

Por eso compré *Mademoiselle de Maupin* sin importarme si hablaba o no de pasión, y leí el libro completamente solo en mi compartimento de tren. Pero, ay, la debilidad humana es grande. ¡El deseo, un deseo caliente y abrasador, el poder y oleadas de emoción caliente, caliente, volvieron a mí! Bebí el delicioso veneno de esa novela sin par, y al beber lo quemaba, pero a pesar de todo no me confesaba que en lo más hondo del corazón mi airada sed se

refería a «mujer». Por entonces el deseo asumía simplemente la forma engañosa y sombreada, una especie de imagen femenina cuya máxima aproximación se encontraba muy lejos, en Inglaterra, en el cuerpo de mi propia mujercita hermosa y adorada.

La ruta desde Bombay a Peshawar por Allahabad atraviesa en la mayor parte de su recorrido una región llana como una mesa. En la época de mi viaje —agosto— la tierra estaba reseca y cuarteada por la falta de lluvias, que suelen caer entre junio y septiembre. Había aquí y allá verdes cosechas ondulantes que contrastaban con la tierra en otro caso marrón y abrasada, y en unos pocos lugares el paisaje resultaba tan atractivo para los ojos que invitaba a la contemplación intelectual comparándolo con los encantos de la hermosa Mademoiselle de Maupin, especialmente como la describe Teófilo Gautier en ese brillante capítulo donde aparece en toda su resplandeciente belleza, desnuda y ardiendo de atormentador deseo, ante los ojos de su amante transido de emoción. ¡Oh, Teófilo! ¿Por qué no permitiste a tu pluma describir con un poco más de libertad esas bellezas desveladas? ¿Por qué no nos permitiste algo más que imaginar los exquisitos placeres experimentados por los jadeantes amantes sobre su lecho voluptuoso? Sentí que esa descripción minuciosa era lo que necesitaba para completar las sensaciones apasionadas evocadas por esa maravillosa novela. Amable lector, te suplico que no te asombres ni escandalices, porque en estas páginas intentaré evitar ese único defecto que le encuentro a Gautier. Pido a Venus que guíe mi pluma y a Eros que sujete el tintero, y ojalá tú —sombra ilustre poeta y autor francés— me ayudes en esta compilación de mis recuerdos de los cinco años felices pasados en la India.

Sólo una vez durante este viaje que me figuraba tan aburrido me acosó la tentación, y su instrumento se comportó tan torpemente que consiguió abatir sus buenas intenciones. Debía hacer una parada de pocas horas en Allahabad, y para pasarlas agradablemente anduve paseando, examinando las tumbas de reyes y príncipes que reinaron en el pasado sobre las orillas del Ganges y el Jumna, contemplando los paisajes más divertidos e interesantes.

Estaba volviendo a mi hotel cuando un nativo me abordó en muy buen inglés:

—¿Le gustaría tener a una mujer, sahib? Tengo en casa a una

preciosa muchacha de media casta, si el señor quisiera venir y verla.

¡Oh, querida Mademoiselle de Maupin!

No sentí deseo de ver a la preciosa chiquilla de media casta. Atribuí esta abnegación ante la idea de que existía, o podría existir, una mujer en la India capaz de inspirar siquiera un fantasma de deseo en mí.

Una vez alcanzada la estación de Jhelum, sólo me quedaba cruzar un poderoso río antes de abandonar los límites de la India propiamente dicha y recorres las estribaciones de Asia central, en el valle del río Peshawar. Pero tuve que hacer dos o tres días enteros de viaje sin paradas, en un vehículo tirado por *daks*, hasta llegar a Attock. El carricoche de *daks* es un modo de desplazarse bastante cómodo, pero uno acaba cansado de la continua posición horizontal, única que proporciona algún confort al fatigado viajero. Cruzar el Indo es una barca a remos sobre un aterrador torrente con el rugido de las aguas rompiendo contra las rocas, fue un incidente muy exótico, especialmente porque sucedió de noche, y la oscuridad añadió su efecto ampliador al rugido del peligro sospechado. Luego hubo otro carricoche de *daks* en el que me tumbé y caí dormido y cuando me desperté estaba ya en Nowshera.

¡Ah, Mademoiselle de Maupin! ¡Qué muchacha encantadora! ¿Quién puede ser? Imagino que debe ser la hija del coronel encargado aquí del mando que está dándose su paseo matutino. A juzgar por la mirada aguada y expectante que me dirigió a través de la puerta entreabierta del carruaje, quizás está esperando a alguien, a su novio a lo mejor; quizá por eso parecía tan ansiosa y al mismo tiempo tan decepcionada.

¡Oh, querido lector! ¡Justamente al abrir los ojos vi por la puerta entreabierta un ejemplo perfecto de belleza femenina! Era una muchacha vestida con un traje gris ceñido y un sombrero de ala ancha inclinado sobre su cabeza encantadora y bien formada. ¡Qué hermoso rostro! ¡Qué perfecto su óvalo! Debía ciertamente tener sangre aristocrática en las venas para poseer unas formas tan admirables. ¡Qué boca como un capullo de rosa! ¡Qué labios de cereza! ¡Dios! ¡Júpiter! ¡Venus! ¡Qué cuerpo! Esos hombros exquisitamente redondeados, esos brazos llenos y bellos, cuya forma puede verse claramente por lo ceñido de la ropa. ¡Qué puro y

virginal es ese pecho ondulante! ¡Qué orgullosamente llenaba cada seno su corpiño púdico pero evocador de deseo a pesar de ello! ¡Ah! Las pequeñas orejas en forma de concha, tan pegadas a la cabeza. ¡Cómo me gustaría tener el privilegio de apretar suavemente esos pequeños lóbulos! ¡Qué aspecto de criatura encantadora! ¡Qué refinada! ¡Qué pura! ¡Qué virginal! ¡Ah, Louie mía, al igual que tú esta muchacha no puede ser tentada, larga y ardua sería la caza antes de forzarla a reconocer que su fuerza desfalleciente debe rendir sus encantos a las manos y labios de su jadeante perseguidor! ¡No! De todas las muchachas que he visto ésa en particular me pareció sin duda incapaz de verse seducida y desviada del sendero de la pureza y el honor.

Todas estas impresiones estallaron en mi mente a partir de una contemplación rapidísima, aunque muy vívida, de esta encantadora joven mientras mi conductor espoleaba a los fatigados caballos hasta lograr un elegante galope, a fin de que sahib pudiese entrar en Nowshera con el gran estilo adecuado a la ocasión.

Esa visión tan breve y rápida sólo pareció impresionarme un poco, o más bien debiera decir que mis sensaciones no fueron más allá de lo expresado antes. Mi sangre no se puso a hervir ni se encendieron mi corazón y mis sentidos con deseo ardiente. Creo que sucedió más bien lo contrario. Admiré, efectivamente, como podría igualmente admirar una perfecta Venus de mármol. La forma complacía a mis ojos, y aunque entró en mi mente la idea de que esta encantadora muchacha podría algún día ser poseída por alguien, sólo entró como si esa Venus de mármol se hiciese de carne y hueso para feliz deleite de algún afortunado mortal. En otras palabras, ella parecía absoluta y completamente retirada de la humanidad común, y nunca soñé que vería alguna vez su monte, pues —de acuerdo con mis ideas— iba a cambiar de caballos en Nowshera y continuar inmediatamente hacia Cherat.

Pero al llegar a la oficina de correos, que era también la posta de caballos, el encargado —un indio con maneras inglesas— me dijo que sólo podría darme caballos hasta Publi, una aldea situada aproximadamente a mitad de camino entre Nowshera y Peshawar, y que desde ese lugar debía arreglármelas yo hasta Cherat, porque no había camino para carruajes tirados por daks. El bueno del encargado añadió que el trecho entre Publi y Cherat era peligroso

para los viajeros, dada la existencia de muchos ladrones forajidos. Además, me advirtió que la distancia superaba bastante las quince millas. Recomendó que me presentase en el Bungalow Público de Nowshera hasta que el comandante de brigada pusiese a mi disposición medios para completar mi viaje.

Esta información fue una gran sorpresa y un gran disgusto. ¿Cómo diablos iba a llegar a Cherat con mi equipaje si no había camino? ¿Cómo podía hacer quince millas en tales circunstancias? Pensar que había hecho tantos miles de millas para acabar siendo entorpecido por unas miserables quince, me dejaba desolado. Sin embargo, nada parecía poder hacerse de inmediato, salvo acoger el excelente consejo del encargado, instalarme en el Bungalow Público y ver al comandante de brigada.

El Bungalow se alzaba en sus propios terrenos, a escasa distancia de la carretera, y para volver a él tuve que desandar parte de lo ya recorrido. Despedí a mi cochero y llamé al *khansamah*, que me informó que el bungalow estaba completo y no tenía alojamiento para mí. ¡Bonita situación! Pero mientras estaba hablando con el *khansamah* un joven oficial de aspecto agradable salió a la terraza y me contó que había oído mis palabras, que estaba esperando un carruaje para continuar su viaje de vuelta, y que mi llegada era tan oportuna para él como para mí iba a serle su partida. Dijo que había mandado llamar inmediatamente a mi conductor para asegurarse el vehículo, y que si podía conseguirlo me daría su cuarto, pero que en cualquier caso debería compartir su cuarto con él si no me disgustaba la idea, pues disponía de dos camas. Es innecesario decir que su amable oferta me encantó. Al poco estaba instalado en el cuarto, disfrutando la cosa más esencial y refrescante de la India: un buen baño fresco. Mi nuevo amigo se había encargado de pedirme un desayuno, y cuando hube completado mis abluciones y mi aseo nos sentamos juntos. Cuando los oficiales se conocen así, intiman muy rápidamente. Mi nuevo conocido me contó todo sobre sí mismo, dónde había estado, dónde iba a ir, y yo correspondí. Innecesario decir que la guerra, ahora prácticamente terminada, formó el gran tema general de nuestra conversación. Al hacernos más amigos caímos naturalmente —como acontece con los hombres jóvenes y hasta con los viejos— en charlas sobre el amor y las mujeres, y mi joven amigo me contó que

todo el ejército inglés estaba sencillamente rabiando por mujeres. Que era imposible conseguir ninguna en Afganistán y que, por regla general, ni los oficiales ni la tropa habían tenido una mujer durante dos años por lo menos.

—¡Por San Jorge! —exclamó mientras reía—, los burdeles de Peshawar están haciendo una buena cosecha. Tan pronto como llega un regimiento de Afganistán todos ellos, hirviendo, se apresuran a ir a los bazares, y puedes ver a los tíos esperando fuera de los lupanares con la cosa en la mano, creando tumultos para que no les salten el turno.

Eso era desde luego una exageración, pero no tan grande como quizá suponga mi amable lector.

Acabábamos de terminar nuestros puros después del desayuno cuando el criado del joven oficial apareció guiando el mismo carruaje de daks que me había traído desde Attock, y a los pocos minutos mi jovial anfitrión estaba estrechándome la mano.

—Hay alguien ahí —dijo apuntando hacia el cuarto contiguo— de quien debo despedirme, y luego me marchó.

No estuvo ausente largo tiempo, me estrechó la mano otra vez y al minuto un mar de polvo ocultó su coche de mi vista.

Me sentí un tanto solitario y triste cuando él partió, pues aunque el bungalow estaba lleno yo quedaba en una pequeña porción del mismo, separada de lo demás por tabiques, con lo cual no podía ver a los demás ocupantes aunque pudiese oírlos de vez en cuando. Olvidé preguntar quién era nuestro vecino inmediato y, realmente, no me importaba mucho. Estaba muy preocupado pensando en cómo lograría llegar a Cherat. Eran ahora casi las diez, el sol comenzaba a derramar sábanas de rayas mortales de luz sobre el abrasado llano donde está situada Nowshera. El viento caliente empezaba a soplar, abrasando y cortando los labios y los ojos. No sabía qué hacer conmigo. Hacía demasiado calor para pensar en visitar al comandante, por lo cual encendí otro cigarro y —sacando a mi deliciosa *Mademoiselle de Maupin* del equipaje— fui y me senté junto a una columna de la terraza, para protegerme del calor sofocante y tratar de leer; pero incluso esa damisela de maravillosos encantos fracasó a la hora de encandilarme, y me hundí en mi silla fumando agotado mientras mis ojos vagaban sobre la cadena de imponente montañas que podía ver retorciéndose a través del aire

amarillo y abrasado. En ese momento no sabía que estaba mirando hacia Cherat, y de haber sabido anticipadamente lo que allí me esperaba habría contemplado desde luego con mucho más interés esas colinas.

Querido lector, ¿sabes lo que es sentir que alguien te está mirando aunque quizá tú no puedas verlo, ni eres de hecho consciente de que alguien lo está haciendo? Soy extremadamente susceptible a este tipo de influencia. Mientras estaba sentado ocioso, observando la cosa más distante sobre la cual descansar los ojos, empecé a sentir que alguien estaba cerca y me miraba intencionadamente. Al principio resistí la tentación de volverme y ver quién era. Con el viento caliente, y con las circunstancias de la súbita parada que me había visto obligado a hacer, me sentía tan irritable que consideré un insulto ese hecho de estarme mirando; pero al fin esta extraña sensación llegó a desasosegarme y volví parcialmente la cabeza para ver si se trataba de una realidad o de una fantasía febril.

Mi sorpresa no conoció límites cuando vi el mismo rostro encantador cuyo destello me había alcanzado por la mañana, mirándome desde detrás por la puerta levemente entreabierta del cuarto contiguo al mío. Quedé tan atónito que en vez de echarle una buena ojeada a la dama volví a observar de nuevo las colinas al instante, como si volver la cabeza para mirar en su dirección hubiese sido una falta de educación por mi parte; pero noté que ella seguía teniendo los ojos puestos en mí, y me imaginaba —pues estaba convencido de acertar en mi sospecha de que mi belleza desconocida era una señora, y la hija de un coronel— fuese culpable de tan mala educación mirando así a un perfecto extraño. Volví la cabeza una vez más, y esta vez miré con algo más de fijeza a esta encantadora pero extraña joven. Sus ojos, grandes y luminosos, supremamente bellos, parecían atravesar los míos como intentando leer mis pensamientos. Por un instante imaginé que ella no estaba en sus cabales cuando —aparentemente satisfecha con su inspección— la hermosa criatura dejó caer la persiana contra el lado de la puerta y quedó perdida para mi vista. Desde ese momento mi curiosidad quedó grandemente excitada. ¿Quién era? ¿Estaba sola? ¿O acaso estaba con el coronel desconocido en ese cuarto? ¿Por qué me estuvo mirando con tanta insistencia? ¡Por

Júpiter! No pude soportarlo más. Me puse en pie de un salto, entré en mi cuarto y llamé, acto seguido, al khansamah.

—Khansamah: ¿quién está en el cuarto contiguo al mío? —dije indicando la puerta que comunicaba con el cuarto donde estaba la dama y que por entonces estaba cerrada.

¡Una *mem sahib*! Ahora que llevaba unos días en la India, sabía que *mem sahib* significaba una mujer casada. Me sorprendió, porque si cualquiera me hubiese preguntado habría dicho que esa encantadora muchacha nunca había conocido varón, y que nunca sería seducida si no encontraba el hombre de hombres que la complaciera. Era extraordinario cómo había arraigado en mí esa idea.

—¿Está el sahib con ella?

No, sahib.

—¿Dónde está?

—No sé, sahib.

—¿Cuándo llegó aquí la *mem sahib*, khan?

—¡Hace una semana o diez días, sahib!

—¿Va a marcharse pronto?

—¡No lo sé, sahib!

Era obvio que no podría conseguir información de este hombre. Una pregunta más y di por terminado el interrogatorio.

—¿Está la *mem sahib* más bien sola, khan?

—Sí, sahib: no tiene a nadie con ella; ni siquiera un aya.

¡Bien! ¡Esto es maravilloso! ¿Hasta qué punto la conocía mi joven amigo, el que acababa de irse esta mañana? Tú, amable lector, que tienes experiencia, tendrás tus sospechas de que no todo era correcto en ella, pero yo no lograba sacudirme el firme convencimiento de que esa mujer no sólo era una dama, sino una dama excepcionalmente pura y conectada con lo más alto.

Volví a mi sitio de la terraza, esperando ser mirado de nuevo, y no esperé mucho. Escuché un ligero ruido, miré en torno y allí estaba mi encantadora muchacha mostrándose más. Seguía con la misma mirada ávida, sin signo alguno de sonrisa en su rostro. Parecía llevar puestas sólo las enaguas, desnudas sus pantorrillas y sus minúsculos y encantadores pies; ni siquiera llevaba puestas zapatillas. Un leve chal cubría sus hombros y su busto, pero sin ocultar ni sus brazos blancos, llenos y bien formados, ni su esbelta

cintura ni sus caderas espléndidas y amplias. Esos pies y pantorrillas desnudos me inspiraron una súbita oleada de deseo tanto como su rostro encantador y su expresión severa aunque maravillosamente tranquila habían alejado tales pensamientos de mi mente. Casanova, que es ciertamente una perfecta autoridad en todo cuanto concierne a las mujeres, declara que la curiosidad es cimiento sobre el que se construye el deseo, pues si no fuese por ella un hombre quedaría perfectamente satisfecho con una sola mujer, ya que en lo fundamental todas las mujeres son semejantes. Con todo, la mera curiosidad hace que un hombre se vea impelido a aproximarse a una mujer y desear su posesión. Algo similar a esto me influyó indudablemente. Se apoderó de mí una curiosidad devoradora. El rostro de esta exquisita muchacha me impulsaba a saber cómo era posible que estuviese completamente sola en Nowshera, en un bungalow público, y sus encantadores pies y pantorrillas hicieron que me preguntase si sus rodillas y sus muslos se correspondían, a ellos en perfecta belleza, y mi imaginación pintó en mi mente un toisón voluptuoso y una deliciosa grieta, sombreada por rizos oscuros del color de las encantadoras cejas arqueadas sobre los expresivos orbes. Me levanté de la silla y fui en su dirección. Ella se retiró instantáneamente, e instantáneamente después volvió a desplazar la persiana. Vi por vez primera una sonrisa cubriendo su rostro. ¡Qué expresión maravillosamente distinta le confería! Aparecieron dos encantadores hoyuelos en sus redondeadas mejillas, sus labios rosados se abrieron desplegando dos filas de dientes pequeños y perfectamente uniformes, y aquellos ojos de mirada tan adusta y prohibitiva parecían todo ternura y suavidad.

—¡Debe tener mucho calor aquí fuera, en la terraza! —dijo con una voz grave y musical pero con un acento más bien vulgar que al principio arañó mi oído—, ¡y sé que está completamente solo! ¿No querría pasar a mi cuarto para sentarse y charlar? ¡Lo hará si es buena persona!

—¡Gracias! —dije sonriendo y haciendo una inclinación de cabeza.

Tiré mi cigarro y entré mientras ella sujetaba la persiana para que pudiese pasar. Cogí yo la persiana entonces, pero ella seguía teniendo el brazo levantado y extendido; su chal se separó un poco del casi desnudo busto y no sólo vi los globos de marfil más

exquisitamente redondos, llenos y pulidos, sino incluso el mármol de un rosa coralino que adornaba la cúspide de uno de ellos. Noté que ella captó la dirección de mi mirada, pero no tenía ninguna prisa por bajar el brazo y consideré —correctamente— que esta liberal exhibición de sus encantos no era en modo alguno involuntaria.

—Tengo aquí dos sillas —dijo ella riendo con una risa de dulce sonido—, pero podemos sentarnos juntos sobre mi cama, si no le importa.

—Me encantará —dije—, si sentarse sin respaldo no la fatiga.

—¡Oh! —dijo ella con el gesto más inocente—, me pasa Vd. el brazo por la cintura y no me sentiré cansada.

De no haber sido por el tono extraordinariamente inocente con el que dijo esto, creo que la habría tumbado inmediatamente y me hubiese puesto encima, pero fui alcanzado por una nueva idea: ¿estaría ella en sus cabales? ¿No sería una acción semejante el colmo de la deshonestidad?

Sin embargo, me senté como me sugería y deslicé el brazo izquierdo alrededor de su esbelta cintura, apretándola un poco contra mí.

—¡Ah! —dijo ella—, ¡así me gusta! ¡Sujéteme fuerte! ¡Me encanta que me sujeten con fuerza!

Descubrí que no llevaba corsé. No había nada entre mi mano y su suave piel excepto una enagua y una camisa de muselina muy fina. ¡Era tan endiabladamente agradable tocarla! Hay algo tan estremecedor en tocar el cuerpo cálido y palpitante de una encantadora mujer que resultaba natural no sólo una aceleración de la sangre sino ese sentimiento que los franceses llaman la «picadura de la carne». ¡Allí estaba esa criatura realmente hermosa, semidesnuda y palpitante, resplandecientes de salud sus mejillas aunque más pálida de lo habitual en nuestra templada Europa, casi totalmente desnudos sus hombros y su busto, ambos exquísitos! Cuanto más se acercaban mis ojos a la piel mejor veían la belleza de su textura. Había en ella el florecer de la juventud. No mostraba agujeros feos que mostrasen dónde se había retirado la carne y se proyectaban los huesos. Sus bellos senos eran redondos, llenos y de aspecto firme. ¡Anhelaba tomar posesión de esos encantadores pechos, encantadores! ¡Apretarlos en mi mano, devorarlos y devorar

sus puntas rosadas con mi boca! Las enaguas caían entre sus muslos ligeramente abiertos y mostraban su redondez y bella forma como para provocar más aún mi deseo, deseo que ella debía conocer en su estado de ardiente ebullición, pues podía notar las palpitaciones de mi agitado corazón aunque un mirada de sus ojos en otra y más baja dirección no le delatase el efecto que su toqueteo y su belleza tenían sobre mí. No contenta con ello, sacó primero uno y luego otro de sus mágicos pies, tan blancos y perfectos, como si quisiera desplegarlos ante mis ávidos ojos. Ese suave y delicioso perfume que sólo emana de una mujer en su juventud flotaba en nubes fragantes sobre mi rostro, y su abundante pelo ondulado tenía el tacto de la seda en mi mejilla. ¿Estaría ella loca? Ése era el pensamiento que me atormentaba, brotando entre mi mano y los resplandecientes encantos que anhelaba apresar. Estuvimos sentados en silencio unos pocos momentos. Noté entonces que su mano se insinuaba por debajo de mi chaqueta blanca, jugueteando con los botones que sujetaban mis pantalones por detrás. Desató un lado, y al hacerlo dijo:

—¡Te vi esta mañana! Estaba en un coche de daks y sólo logré echarte una rápida mirada.

Su mano empezó a trabajar sobre el otro botón. ¿Qué pretendía, Dios mío?

—¡Oh, sí! —dije mirando sus pequeños ojos y devolviendo las agudas miradas que se disparaban desde ellos—, ¡y yo también te vi! Había estado durmiendo profundamente, y en el momento de abrir los ojos te vi, y...

Ella me había desabrochado los pantalones por detrás. Ahora retiraba la mano y la ponía, con la palma hacia arriba, sobre la parte más alta de mi muslo.

—¿Y qué? —dijo, deslizando suavemente sus dedos estirados hacia abajo, por la parte interior de mi muslo; ¡estaba a unos milímetros de mi verga que ahora se alzaba furiosamente!

—¡Oh! —exclamé—, ¡pensé que nunca había visto en el mundo rostro y cuerpo tan encantadores!

¡Las puntas de sus dedos tocaban realmente mi Juanito! Los oprimió levemente contra él, y mirándome de nuevo con la sonrisa más dulce, dijo:

—¿Será verdad? ¡Muy bien! Me alegro, porque ¿sabes lo que

pensé cal verte tumbado dentro del carruaje?

—No, querida.

—Pues bien, pensé que no me importaría viajar con un joven tan guapo y de tan buen aspecto.

Luego, tras una breve pausa, prosiguió:

—¿Así que me imaginas bien hecha? —y miró con orgullo hacia abajo, en dirección a su dilatado pecho.

—¡Desde luego que sí! —exclamé, bastante incapaz de reprimirme un minuto más—. No sé si he visto jamás un busto tan encantador como éste ni senos tan tentadores y apetitosos —dije mientras deslizaba la mano hacia su pecho y aferraba un resplandeciente globo. Mientras lo oprimía suavemente y retorció el endurecido pezón entre los dedos, besé la encañadora boca que se me presentaba vuelta hacia arriba.

—¡Ah! —exclamó ella—, ¿quién te dio permiso para hacer eso? ¡Bien! Intercambio no es robo. ¡Tendré yo también algo agradable tuyo que tocar!

Sus ágiles dedos habían desabrochado mis calzas, por detrás y por delante. De un tirón me sacó la camisa y, con ella, mi garañón ardiente y enloquecido, del que tomó inmediata e instantánea posesión.

—¡Ah! —exclamó—, ¡ah!, ¡oh!, ¡qué belleza!, ¡qué guapo!, ¡coronado por campana! ¡Y tan grande! ¿Verdad que está muy duro? ¡Es como una barra de hierro! ¡Y qué huevos más grandes y bonitos tienes! ¡Mi hermoso hombre! ¡Oh! ¡Cómo me gustaría vaciarlos para ti! ¡Oh! ¡Ahora me tendrás! ¿Querrás? ¡Tómame! ¡Tómame! ¡Oh! ¡Siento que podría correrme tan agradablemente si lo hicieses!

¿La poseería? ¡Cómo! ¡Dioses del cielo! ¿Cómo podría un mortal rebosante de salud, fuerza, juventud y energía resistir semejante apelación a sus oídos y sentidos sin ceder, incluso si la peticionaria no fuese sino la mitad o una cuarta parte de bella que esta criatura lasciva y exquisita, cuyas manos estaban manipulando las partes más tiernamente sensibles que el hombre posee? Por toda respuesta la tumbé gentilmente sobre su espalda, mientras ella conservaba una presa firme pero voluptuosa de sus posesiones. Levanté su enagua y su camisa y deslicé mi ardiente mano sobre la superficie suave de su muslo marfileño hasta llegar a la mata más voluptuosa

que creo haber visto o palpado en toda mi vida. ¡Nunca había reposado mi mano sobre un toisón tan voluptuoso y lleno! Nunca habían sondeado mis dedos un encanto tan lleno de vida y tan suave por fuera, tan pulido y aterciopelado por dentro. ¡Ese lugar absolutamente perfecto, así como sus alrededores, estaban en mi posesión! Estaba ávido por meterme entre sus encantadores muslos, por retirar mi órgano casi dolorosamente dilatado de sus manos y enterrarlo hasta las raíces y más allá en esa gruta que se derretía, pero ella me lo impidió. Con el rostro y el busto sonrojados, los ojos bailando y una voz estrangulada por la mayor de las excitaciones, exclamó:

—¡Pongámonos en pelotas antes!

Yo estaba de pie ante ella, con mi espada en un ángulo de setenta grados por lo menos, doliéndome la bolsa y las ingles, porque me había invadido la acción más vigorosa, y mis depósitos habían sido llenados ya hasta el límite de su capacidad. ¡Sentí que o poseía a esa hermosa muchacha o estallaría!

—¿Qué quieres decir? —dije con voz sofocada.

—¡Te lo enseñaré! ¡Mira!

Y en un momento saltó fuera de sus ropas, por así decirlo, quedando toda desnuda y resplandeciente, radiante de belleza, real por todo aquello que es voluptuoso y erótico ante mí.

En un momento o quizás algo más tarde, pues yo llevaba botas y calcetines, así como chaqueta, camisa y pantalones que quitarme. Sea como fuere al poco estaba yo tan desnudo como ella. Puedo ahora cerrar los ojos y veo ante mí a esa criatura exquisitamente formada, con certeza una igual de la hermosa Mademoiselle de Maupin, posando ante mí en toda su radiante belleza. ¡Estas formas tan puramente perfectas, tan inimitablemente graciosas, esos miembros sin par! Ese busto con sus colinas de nieve viva coronadas de rosado fuego, y ese toisón más que voluptuoso, perfecta «colina de Venus» vestida con los más ricos matorrales oscuros de pelo rizado bajando rápidamente hacia abajo, como un triángulo sostenido por la punta, hasta que los dos lados, plegándose, formaban una línea profunda de aspecto suave, que proclamaba la perfección misma de una diosa. La única cosa que desmerecía levemente en esa perfecta galaxia de belleza eran algunas leves arrugas, que como finas líneas cruzaban la en otro

caso perfecta llanura de su bello vientre, ese exquisito vientre con su redondo ombligo.

¡Dioses! Me lancé sobre la encantadora criatura y al momento estaba sobre ella, entre sus muslos abiertos de par en par, descansando en su hermoso busto. ¡Qué elásticos parecían sus bellos senos apretados contra mi pecho! Y qué suave, qué inexpresablemente deliciosa era su caverna mientras enterraba pulgada a pulgada mi Juanito allí, hasta que mis pelos se mezclaron con los suyos y mis huevos colgaban o más bien se apretaban contra su encantador trasero blanco. ¡Y qué mujer para poseerla! Cada uno de mis movimientos provocaba en ella una exclamación de deleite. Oyéndola pensaría uno que era la primera vez que sus sentidos habían sido poderosamente excitados desde sus cimientos mismos. Sus manos no quedaban quietas jamás; paseaban sobre mí, desde la nuca hasta los íntimos límites de mi cuerpo donde lograban llegar. Era simplemente perfecta en el arte de dar y recibir placer. Cada transporte mío era devuelto con interés, cada loco empujón encontraba la correspondiente sacudida, cuyo efecto era hundir mi máquina hasta su última raíz. ¡Y ella no parecía hacer otra cosa que «venir» o «correrse»! Había oído hablar de una mujer que «vino» trece o catorce veces durante una sesión, pero ésta no parecía hacer otra cosa desde el comienzo al fin. Sin embargo, sólo cuando llegué a los golpes cortos, excitantes, furiosos, ardientes y violentos supe hasta qué grado intenso disfrutaba mi Venus. ¡Creí que había entrado en trance! ¡Casi gritaba! ¡Ruidos roncros brotaban de su garganta! Al final casi me aplastó entre sus brazos, y poniendo los pies sobre mi trasero me apretó contra su toisón con una fuerza que jamás habría sospechado en ella. ¡Oh!, ¡el alivio!, ¡el exquisito deleite de la corrida por mi parte! La inundé, y ella notó los chorros de mi amor como flechas calientes y rápidas, golpeando contra la parte más profunda de su grieta casi enloquecida. Se apoderó de mi boca con la suya y lanzó su lengua tan dentro como pudo, tocando mi paladar y derramando su aliento caliente y delicioso por mi garganta mientras todo su cuerpo, de pies a cabeza, temblaba literalmente con la tremenda excitación en que se hallaba. ¡Jamás en mi vida tuve un espasmo semejante! ¿Por qué no habrá mejores palabras para expresar lo que constituye realmente el cielo en la tierra?

Pasada la tempestad, yacimos uno en brazos del otro, mirándonos tiernamente a los ojos. Al principio nos faltaba el aliento para poder hablar. Notaba que su vientre empujaba hacia mí y su palpitante coñito aferró mi herramienta como si fuese otra mano, mientras su toisón avanzaba y retrocedía. Miré ese rostro angélico y bebí en su intensa belleza. Me era imposible creer que fuese una mujer abandonada. ¡Era la propia Venus la que estaba así apretada por mis brazos, cuyos muslos tiernos y voluptuosos rodeaban a los míos! Habría podido desear que quedase tranquila y me dejase soñar que era el muy deseado Adonis, ella mi persistente y anhelante Venus, y que al final había conquistado sus deseos amorosos encontrando en sus brazos un cielo que desconocía antes de penetrar en su grieta incomparable. Pero mis vaporosas fantasías fueron apartadas por sus palabras:

—¡Eres sin duda alguna un buen polvo! ¡Oh! ¡Sabes cómo hacerlo! ¡Ningún tío topa así sin que le hayan enseñado!

—¡Sí! —dije apretándola entre mis brazos y besando los labios de rubí que acababan de hablar tan grosera como verazmente—. ¡He sido bien entrenado! Tuve buenas lecciones en mi adolescencia, y siempre he intentado practicar lo más a menudo posible.

—¡Ah! —dijo ella—, ¡ya lo pensaba yo! Haces el dedo-talón mejor que ninguno de los hombres que he tenido, y me atrevo a decirte que he tenido muchos más hombres que tú mujeres.

¡Franca y cómo!

—¿Qué quieres decir con dedo-talón, querida?

—¡Oh! ¿No lo sabes? ¡Seguro que sí! ¡Con lo espléndidamente que lo haces! Dedo-talón es comenzar cada golpe por el principio mismo y terminar por el final mismo. ¡Dame ahora una sacudida larga!

Así lo hice. Me retiré hasta que estaba casi fuera de su jadeante orificio y luego, suave pero firmemente, lo inserté todo lo lejos y hondo que podía, para acabar descansando de nuevo sobre su vientre.

—Eso —exclamó—, ¡exactamente! Casi lo sacas aunque no del todo, y nunca te quedas corto en el empuje, sino que lo metes en casa con un topetazo de tus pelotas contra mi culo, ¡y eso es lo que es bueno!

Y pareció chasquear los labios involuntariamente.

Acabé retirándome, y mi hermosísima ninfa comenzó al instante el más detallado examen de aquella parte de mí que tanto le había satisfecho. Según ella, todo era absolutamente perfecto, y si hubiese debido creerla pensaría que no había pasado por su observación ningún órgano tan noble y bonito, ni bolas tan hermosas como las que ella poseía en ese momento. ¡Las pelotas la complacían especialmente! ¡Dijo que eran grandes! Estaba segura de que estaban llenas de jugo, y añadió que estaba decidida a vaciarlas antes de consentir que yo abandonase Nowshera.

Ese primer sacrificio sólo había afilado nuestros apetitos. Aún más inflamados por el detallado examen de nuestros encantos, nos pusimos a ello de nuevo y nos estremecimos en las deliciosas agonías de otro combate amoroso. Dieron las dos antes de que la dejase y no habíamos pasado más de diez minutos «fuera de servicio». Cuanto más poseía a esa criatura exquisita más anhelaba poseerla. Yo estaba descansando, fuerte, vigoroso, y hacía casi dos meses (largo tiempo para mí) que no me había consentido los deleites de los placeres venéreos. Poco puede extrañar que mi Venus estuviese complacía conmigo, que considerase una fiesta perfecta mi comportamiento.

Dicen que el amor destruye el apetito de comida. Quizás es así cuando el amor no es correspondido, pero prometo —querido lector— que tenía un apetito devorador tras el ejercicio de la mañana. Me alegró realmente conseguir algo de comer, pues con el calor de los combates pasado y el efecto abrasador de terrible viento tórrido estaba seco completamente en lo que a la boca concierne, aunque muy otra cosa sucediera con las reservas de mi bolsa. Nunca me sentí tan preparado para la mujer como ese día, y probablemente nunca gocé tanto con tan poca pérdida de fuerza física. Mi vida marital ordenada, con sus horarios regulares, comidas regulares, y sacrificios regulares —nunca excesivos— sobre el altar de Venus tenían sin duda no poca relación con la potencia continuada que sentía en mí, pero se trataba sobre todo de la extraordinaria belleza y la voluptuosa lascivia de mi nueva dama, y la excitación erótica surgida en mí era grande en proporción a su causa. A pesar de mi hambre de comida, habría permanecido desde luego con ella sobre esa deliciosa cama, deleitándome en sus gozosos brazos, llenándola con la quintaesencia de mi vigor varonil, pero me dijo que se

echaba una siesta todas las tardes, tenía hambre ella también y — dudando de mi poder— deseaba que reservase buenas partes de mi fuerza para gastarlas entre sus encantadores muslos esa noche, para solaz del animadísimo conejito.

Mientras el khansamah estaba poniendo la mesa vi una nota dirigida a mí, apoyada sobre la pared en la repisa de la chimenea (pues en la India septentrional los inviernos tienen suficiente crudeza no sólo para hacer agradable un fuego sino para exigirlo), y al tomarla y abrirla —preguntándome de quién sería— descubrí que era de mi amigo el joven oficial, el que había abandonado Nowshera esa mañana. Su texto decía:

«Querido Devereaux: En el cuarto contiguo al vuestro está la más encantadora de las mujeres ¡y el mejor de los polvos! ¡*Verbum Sap*^[1]!

»Vuestro,
J. C.

»P. S. — No le ofrezcáis ninguna rupia o la ofenderéis mortalmente, pero si os sentís inclinado a poseerla —y pienso que así será nada más verla— decídselo sencillamente y no tendréis que pedirlo dos veces».

¡Ah! Joven y querido camarada, ahora comprendo por qué estuviste tan reservado esta mañana y no quisiste decirme que tenía por vecino de puesto a una dama. ¡Bien! ¡Pobre chica! ¡Temo que debes ser clasificada como una de las «irregulares», aunque sea una vergüenza pensar mal de quien me ha dado las primeras pocas horas de verdadero deleite desde que dejé mi casa!

Naturalmente, esos pensamientos trajeron al recuerdo a mi amada mujercita, y de alguna manera me desconcertó notar que la había olvidado tan completamente, a ella tanto como a mis votos matrimoniales. Pero estaba demasiado lleno de deseo. ¡Deseo recién espoleado y ansioso de más! ¡Más! De hecho, estaba medio demente con lo que unos llaman lujuria y otros amor. Esposa o no esposa, nada salvo la muerte evitaría que echase con aquella muchacha celestial palo tras palo y tras palo hasta ser incapaz de una erección. Ansiaba que llegase la tarde. Ardía por la noche. Tomé el almuerzo como un tigre voraz, pero sediento del dulce gusto de la sangre de

una víctima que sabe a mano. Apartado el almuerzo, encendí un puro y empecé a pasear en círculos por mi habitación, balanceándome con impaciencia ante la puerta que impedía la comunicación con mi Venus supuestamente dormida ¡y al igual que Wellington deseaba y rogaba por la noche o —no Blucher— su despertar! Me sorprendió de pronto como cosa muy graciosa que, en caso de separarnos alguna catástrofe, ni esta muchacha sabría quién soy yo ni yo sabría quién es ella. No habíamos intercambiado nuestros nombres. Mi joven amigo, el oficial que firmaba con sus iniciales «J. C.» no me lo había dicho. Yo ni siquiera sabía su nombre, y si él conocía el mío fue probablemente por verlo escrito sobre mi equipaje. Esa encantadora Venus debía necesariamente tener una historia, y me decidí a intentar obtener su versión de ella, a partir de la cual yo podría sin duda discernir lo verdadero de lo inventado, pues no me parecía sensato esperar la exacta verdad. ¡Oh! ¿Cuándo despertaría?

¿Debería intentar un vistazo? Por Júpiter, iba a intentarlo...

Arrojando el cigarro recién encendido fui de puntillas, en calcetines, hasta su persiana y la abrí ligeramente. Allí, sobre la cama, profundamente dormida, vi a mi encantadora dueña. Se había puesto simplemente una enagua y estaba tumbada de espaldas con las manos enlazadas detrás de la cabeza y los brazos curvados hacia fuera, en una posición encantadora que mostraba el ligero tufo de cabello en la axila; pelo de tinte igual pero de color no tan rico como el de la mata grandiosa que esa mañana había humedecido tan liberalmente, con ayuda de sus propias ofrendas; ¡desnudo su busto, con los senos inapreciables, tan bellamente situados, tan redondos, tan pulidos y firmes, y prácticamente desnudo todo su cuerpo hasta la esbelta cintura! La rodilla más próxima a mí estaba doblada, plantado el gracioso piecécito sobre las ropas de cama, separada cada joya de dedo de su vecino, un pie que habría encantado al más quisquilloso escultor entre los nacidos. En cambio, la otra pierna, descubierta casi desde la ingle hacia abajo, se encontraba totalmente estirada descansando sobre el borde de la cama el encantador pie que la terminaba ¡con lo cual sus muslos, esos muslos amorosamente voluptuosos y enloquecedores estaban abiertos! ¡Dioses! ¿Podría permanecer fuera mientras se exhibía libremente tanta belleza, una belleza sobre la

cual podría festejar mis ardientes ojos mientras su deliciosa dueña dormía? Penetré cuidadosamente, sin hacer ruido, dando la vuelta hacia el otro lado de la cama, con el fin de que mi sombra no cayese sobre esa forma exquisita ocultándola de la luz, ya de por sí suavizada por la persiana. Observé en silencio a la hermosa muchacha que me había hecho disfrutar el éxtasis del cielo de Mahoma en sus abrazos voluptuosos de la mañana. ¡Qué encantador era su sueño! Mirando ese rostro tan puro en todas sus líneas, tan inocente en todas sus expresiones ¿quién podría imaginar que en ese alma ardía el fuego de una insaciable pasión lujuriosa? Mirando esos incomparables pechos ¿quién imaginaría que innumerables amantes los habían apretado con mano lasciva o con labios, y que habían soportado el peso de esos amantes cuando temblaban en las agonías y el deleite de poseerla?

La bella y amplia llanura de su vientre estaba oculta todavía por la parte superior de sus enaguas, pero las finas líneas que percibí cuando se «puso en cueros» me hicieron pensar que quizá más de una vez había sido lugar de crianza de pequeños seres, que fundidos en semejante molde serían necesariamente tan hermosos como su encantadora madre. Mirando esos senos virginales que no parecían haber sido perturbados jamás por leche reprimida, y cuyos pezones como capullos de rosa no parecían haber sido chupados por los labios color cereza de los bebés ¿quién conectaría tales encantos con los dolores, los cuidados y los deberes de la maternidad? ¡No! Como las bellas hurís del paraíso de Mahoma, debió ser creada sólo para la satisfacción del placer, y no para las consecuencias del beso amoroso. Pero las arrugas contaban otra historia diferente, y deseé examinarlas más de cerca. Sería fácil, pues estaban casi desnudas excepto una pequeña parte próxima a la ingle, y todo cuanto necesitaba hacer era levantar suavemente —para no despertarla— la parte de enagua que aún la cubría allí poniendo la prenda sobre su cintura.

¡Así lo hice con la mano temblando de excitación! Mi ninfa estaba casi tan desnuda como cuando nació. ¡Dios de dioses! ¡Qué llamarada de belleza excitante! Había descubierto el dulce vientre para mirar las arrugas, pero mi ojo fue capturado antes de levantar tanto la vista. Tal como el pájaro es cogido en el cepo que rodea al cautivador, cebo expuesto para él, así mis ojos se enmarañaron en

los tufos de ese glorioso pelo, que crecía sobre la voluptuosa concha como un arbusto boscoso sombreando la grieta. Un sexo análogo en frescura, belleza y todo cuanto excita el deseo sólo pudo haber existido en la gran Madre del amor, la propia Venus. Me parecía imposible que este bello portal a los dominios del éxtasis pudiera haber sido invadido por tantos adoradores como me había llevado a creer su charla de esa mañana. Su aspecto era el de todo lo contrario. Tenía los labios grandes y llenos, y estaba situado muy bien. Qué bonitos parecían los hermosos pelos oscuros que lo cruzaban, contrastados con la blancura de la piel, cuyos pliegues doblados hacia dentro formaban esa línea profunda y perfecta. Qué perfecta selva la sombreaba, y qué divinas eran las laderas de esa colina gloriosa, el perfecto monte que guiaba el dulce descenso hacia el hondo del valle situado entre sus muslos y terminaba en la resplandeciente gruta donde el amor se complacía escondiendo su ruborizada cabeza, derramando las lágrimas calientes de su exaltado goce.

Pero ¿qué es esto? ¿Qué es esa pequeña punta color rubí que veo empezar a destacarse sobre la confluencia superior de aquellos exquisitos labios? Ella se mueve. ¡Mira! ¡Debe estar durmiendo! ¡Cierra levemente la pierna doblada en dirección a la extendida! ¡Es su clítoris extremadamente sensible, a fe mía! ¡Crece más y más! Y ¡por los dioses! Se mueve con pequeñas sacudidas, igual que un tallo excitado y rígido ¡enloquecido ante los pensamientos del deseo ardiente!

Observé el rostro tranquilo de la bella durmiente. Sus labios se movieron, y su boca se abrió levemente mostrando dientes como perlas. Su busto pareció expandirse, sus senos crecer, subiendo y bajando más deprisa que antes de este evidente sueño de amor cumplido o a punto de serlo, invadido el suave corazón de esta perfecta sacerdotisa de Venus. ¡Ah! ¡Sus pechos se mueven en efecto! Sus capullos rosados crecen, se endurecen como ávidos centinelas colgados sobre la cumbre de su propia montaña, vigilando al amoroso rufián que invadirá a esta soñadora muchacha, llevándola hacia el dulce, agudo y abrasador encuentro.

De nuevo esos muslos se cierran uno sobre el otro. ¡Cielos!, de nuevo se abren para mostrar la región del amor, excitada, inmóvil, adelantándose ¡realmente adelantándose! Ese centelleante clítoris

de rubí está evidentemente intentando notar la verga viril con la cual sueña mi embrujadora. ¿Por qué no convertir el sueño en una dulce y deliciosa realidad?

No vacilo. Me desvisto rápidamente, y en un momento estoy tan desnudo como por la mañana, pero me gustaría saber si conseguiré entrar efectivamente en esta muchacha durmiente antes de que despierte y me encuentre en su esplendoroso orificio, como sucedió con mi prima Emily, mi primer amor.

Por lo cual me puse suavemente sobre el muslo más próximo y, con las rodillas entre las suyas, me sujeté sobre las manos puestas a cada lado de ella y estiré las piernas hacia atrás, manteniendo los ojos fijos en la dulce y ardiente hendidura que pretendía invadir. Bajé mi cuerpo hasta poner la cabeza y la punta de mi herramienta, palpitante y agitada, justamente frente a su mitad inferior, y una vez allí maniobré para entrar.

¡Dioses! ¡La voluptuosidad de ese momento! Podía verme penetrando ese trono del amor y el lujo. ¡Noté que el prepucio se retiraba de la temblorosa cabeza de mi miembro, y que se plegaba tras su amplio y purpúreo hombro! Miré durante un momento su rostro para ver si había percibido el hurto galante que estaba cometiendo con su joya sagrada. ¡No! Estaba dormida ¡pero con la excitación de un sueño erótico! Poco a poco empujé más hacia dentro, retirándome sólo para proporcionarle más placer. Estoy casi por completo dentro, su mata espesa y enorme esconde la última pulgada de mi lanza de mis ojos, nuestros pelos se mezclan, mis huevos la tocan ¡y ella despierta de repente!

Por un instante, sus ojos encontraron los míos con esa mirada aguada y casi salvaje que tanto me había impresionado cuando la vi desde el carruaje. Pero al momento cambiaron, lanzando destellos de placer ante las afectuosas caricias.

—¡Ah! ¿Eres tú? —exclamó—, ¡estaba soñando contigo! ¡Qué amable despertarme tan dulcemente!

Algunos besos ardientes, algunos apretones fuertes, unas pocas exclamaciones de deleite y luego pecho con pecho, vientre con vientre, boca con boca jugamos por novena o décima vez. Realmente no lo sé, pero era esa misma melodía excitada que había sonado toda la mañana tan armoniosamente para nuestros arrobados sentidos. «Dedo-talón» como lo llamaba ella:

movimientos deliciosos entremezclándose en todas las partes, sacudidas calientes, rápidas, estremecedoras y cortas, y luego los torrentes de dos volcanes de amor entrando en erupción simultáneamente y mezclando sus oleadas de lava en los pliegues calientes enterrados bajo las laderas boscosas del Monte de Venus.

Tocó las cinco el gong en el que anunciaba el oficial de guardia las hora del día. Llevábamos casi una hora entera de acción intensa, y mi encantadora belleza estaba examinando por decimoquinta vez lo que llamaba mi «maravilloso» miembro y las pelotas no menos maravillosas, pues si el primero no mostraba signos de fatiga las segundas tampoco exhibían síntomas de agotamiento ni vaciado.

—¡No creo que esto pueda ser para nada una herramienta adecuada! —dijo ella palpándolo, apretándolo y besando su cabeza de aspecto impúdico, primero en un lado y luego en el otro.

—¿Por qué? —pregunté riendo.

—Porque está siempre duro como un atizador... ¡siempre derecha!

—Eso es porque admira tu deliciosa hendidura tanto, querida, que siempre está ansioso por volver a ella tras haber sido sacado de allí.

—¡Vamos, que nunca vi hasta ahora uno semejante! Todos los demás hombres que he tenido se ponían suaves y flácidos como más tarde tras el segundo palo, y no lograban una nueva subida sin mucho estímulo ¡salvo dándoles montones de tiempo! ¡Pero el tuyo! ¡Nunca, nunca encontré uno semejante! ¡Preveo que me costará mucho sacarle todo el almidón!

—¡Oh!, pero puedo asegurarte, maravillosa muchacha, que con las mujeres comunes soy justamente como los hombres que describes. Puedo asegurarte que debe ser tu belleza extraordinaria lo que ha tenido un efecto tan poderoso sobre mí. ¡Ven! —seguí diciendo mientras abría brazos y muslos—. ¡Ven y tumbate sobre mí y déjame besarte hasta la muerte!

Arrebatada por el elogio pródigo, pero no inmerecido, de su belleza, ella se lanzó con un grito de júbilo sobre mí, y mi hombría encontró un dulce lugar de reposo entre nuestros vientres. Me dio y recibió los besos más dulces, murmurando diminutivos de amor y pasión como un gato ronroneando. Iba justamente a proponer que pusiese sus muslos por fuera de los míos —dejando que me la

hiciese a la San Jorge— cuando una idea súbita pareció apoderarse de ella. Se levantó apoyándose sobre una mano y me preguntó:

—¡Por cierto! ¿Has informado de tu llegada al oficial de personal?

¡Qué idea! Hablar por hablar de cosas tan tópicas, cuando yo estaba por proponer la cosa más deliciosa que una mujer puede recibir de un hombre, ¡la poesía misma de la vida y el amor! Me era imposible no pensar en la señora Shandy preguntándole a su marido si había dado cuerda al reloj mientras él estaba en mitad de la operación que desembocó nueve meses después en Tristán.

—¡Mi querida muchacha! —dije en voz alta—, al infierno con el oficial de personal y todas sus listas. ¡Ven! ¡Estoy hambriento de una nueva carrera! ¡Quiero esto! —dije deslizándolo la mano bajo su vientre y entre sus muslos, metiendo el dedo medio en su palpitante caverna.

—¡No! —dijo, retirando con fuerza mi mano invasora—. ¡No! ¡Ni uno más hasta que vayas y te presentes! ¡Ah! No conoces las reglas, según veo. ¡Pero yo sí! No he pasado en India todos estos años sin conocer lo que son, y el comandante Searles, el jefe de la plaza, es un perfecto animal y un demonio. Puedes estar seguro de que está al tanto de tu llegada, y le encantaría una oportunidad de humillarte, cosa que permitirás si no te presentas inmediatamente, antes de que se haga de noche. ¡Anda! ¡Llegaste a primera hora de la mañana!

Intenté convencerla de que me importaba un bledo el comandante Searles, como los reglamentos en general. Le dije que estaba de guardia, y que —estando el puesto de honor entre sus muslos— no pensaba que fuera correcto abandonar mis deberes para con su cuerpo por realizar otro que bien podría esperar hasta mañana, momento en el cual Juanito habría bajado la guardia y pedido día de descanso. Pero fue en vano; ella declaró que yo no conocía a mi hombre, y me dijo bastante más, lo suficiente para resultar claro que había ocurrido algo desagradable entre el mayor Searles y ella, y que realmente le importaba mucho —si no por mí, por ella— que informase de mi llegada al instante.

Nunca hizo hombre alguno nada más a desgana que yo, cuando en obediencia a las órdenes de mi encantadora tirana, me vestí y me fui andando en busca de la casa del jefe de la guarnición. Sé que los

hombres no me creerán cuando diga que me parecía no haber echado un solo polvo desde mi salida de Inglaterra. Me dolía la ingle y tenía todas las sensaciones de un hombre que pronto celebrará la justa más buscada, aquella por la cual vivió casta y reservadamente, a fin de disfrutarla más y por la cual arde. Sólo puedo reseñar el hecho y dejar que los otros lo crean o no, según prefieran. Lo cierto es que en ciertos momentos un hombre exhibe mucho más poder en los campos de Venus que otras veces, bien sea por el tiempo transcurrido o por el modo en que le afecta la mujer. Imitando a Teófilo Gautier, pediré a mis lectores masculinos o femeninos que recuerden ese momento especial, cuando el primero tuvo aquella noche espléndida y cuando la segunda tuvo a ese amante activo, fuerte y grande, el mejor de los que tuvo nunca en cuanto a copulación.

En este estado anduve hasta el bungalow que se me indicó como residencia del comandante. Tuve tanta suerte que me lo encontré justamente cuando estaba saliendo —con su suave terrier inglés— para dar un paseo antes de la cena.

—Si me permite, ¿es usted el comandante Searles, señor?

—¡En efecto, así es!

—Debí haberme presentado antes, señor, pero viajé tanto en coche tirado por daks que estuve en la cama todo el día, y hacía tanto calor cuando me levanté que pospuse mi presentación hasta este momento.

—¿Y quién es usted señor?

—Soy el capitán Charles Devereaux, del primer regimiento de infantería de East Folk, y estoy de camino hacia Cherat para unirme a mi batallón.

—¡Ah, sí! ¿Qué tal está, capitán Devereaux? Lamento no haberle conocido al principio. ¿Prefiere pasar o le apetece dar una pequeña vuelta? ¿Vendrá usted a cenar con el 130 para que pueda presentarle a los oficiales? Temo que no pueda llegar a Cherat todo lo pronto que quizá desearía; toda bendita máquina con ruedas está comprometida con una semana de adelanto, y aunque se me ofrecieran sacos de rupias no podría obtener un vehículo aquí; por otra parte, la carretera desde Publi hasta Shakkote en el pie de la colina es *kacha* y mala para cualquier transporte más pesado que un *ekkha*, y usted tendría que guiarlo monte arriba al llegar allí.

Toda la actitud del hombre cambió al descubrir que yo era un oficial y —lo que es más— un capitán, es decir, el que ostenta el grado inmediatamente inferior en rango. De haber sido yo un subalterno quizás habría mantenido él una mayor distancia.

Al principio pensé que mi nuevo conocido era un hombre más bien agradable. Hablaba afable y amablemente. Me preguntó por mi viaje, mi estancia en Bombay y mi recorrido ascendente hasta allí. Me habló de la guerra, que se terminaría prácticamente cuando la expedición de Kandahar hubiese liquidado a Ayood Khan y a los conquistadores de la malhadada Maiwand, desparramando sus cenizas a los cuatro vientos del cielo; luego volvió al tema de Nowshera, el bungalow, sus inquilinos, etc. y pronto comenzó una serie de preguntas muy sutiles que por su cautela misma me demostraban que había una persona y una circunstancia a la cual se aproximaba como un gato astuto a la caza de un gorrión, aprovechando cada escondrijo a medida que se acercaba reptando. Recordé la repugnancia evidente que había mostrado mi nuevo amor hablando del comandante Searles, y esquivé sus preguntas, hasta el final inquirió abiertamente:

—¿Ha visto a una mujer con aspecto de dama en el bungalow?

—Sólo he visto a una dama —repliqué—, pero acabo de llegar. Puede haber otras a quién no haya visto, por lo cual no puedo contestarle si la que vi es la persona a quien se refiere.

—¡Bueno! —dijo él—, déjeme advertirle que la mujer a quien me refiero es la esposa de un oficial no comisionado. Es muy bonita y, lamentablemente, quizá la mujer más abandonada de la India, si no del mundo entero. Debe padecer ninfomanía, pues no puede ver a un hombre sin pedirle que la posea, y como su aspecto es realmente encantador si se lo pide a un hombre joven recién llegado de Inglaterra —como usted—, está escrito como en las cartas que él aceptará la proposición y pensará que le ha caído en suerte algo estupendo, pero —perdóneme, déjeme terminar— el castigo por adulterio con una mujer europea en la India supone dos años de cárcel, una multa de dos mil rupias y la expulsión de la mujer. La mujer de quien le hablo ha dado motivos más que sobrados para su expulsión, cientos de veces, aunque nadie haya informado en su contra todavía. Sin embargo, su conducta en Peshawar ha sido tan escandalosa e indecente que se emprenderán acciones contra ella,

sin duda alguna. Ella no lo sabe, pero se encuentra bajo estricta vigilancia, y algún pobre desgraciado —digamos que usted, pues es usted joven y sin duda no le disgustan las damas ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!— podría acabar siendo una víctima de su lujuria, pues de lujuria se trata y nada más.

—¡Bien!, comandante Searles —repliqué—, soy un hombre casado, y —espero— menos expuesto a la tentación que el infeliz soltero. Sin embargo, muchas gracias por su oportuna advertencia, porque desde luego sé que, soltero o casado, un hombre puede llegar a ser víctima de sus pasiones ¡especialmente cuando baja la guardia debido a una mujer bonita!

—¡Ah! ¡Habla usted con juicio! —respondió—, y puedo decirle que esa criatura depravada es tan encantadora como una hurí y tan lujuriosa como la ramera más capaz de Babilonia.

No había vivido yo una vida tan larga en la adoración de Venus sin haber visto buena parte de los resortes escondidos de la mente masculina, y llegué a la conclusión de que este discurso del comandante Searles no provenía enteramente del lado de la virtud o la cautela. Al contrario, era una especie de advertencia: «no toques a esa mujer, es coto mío y nadie excepto yo caza en la selva que hay entre sus piernas».

La hora del almuerzo puso fin a nuestra conversación. Como sucede con la mayoría de los regimientos que llevan algún tiempo en la India, la mesa estaba compuesta por un grupo agradable de oficiales por lo general hospitalarios, pero más o menos lánguidos a consecuencia de su larga estancia en un clima caliente e insalubre. También estaban demasiado acostumbrados a ver rostros nuevos —por los hombres que iban o venían de Afganistán— para interesarse mucho en las personas, pero estuvieron cordiales y amables, me hicieron beber un par de tragos y me pidieron que cenase con ellos la noche siguiente, que resultaba ser su noche de «huéspedes», rogándome que me considerase miembro honorario de su mesa durante mi estancia en Nowshera.

Con gusto me habría excusado de aceptar su amable invitación a la cena, porque estaba tan encandilado por mi encantadora muchacha en el bungalow público que el pensamiento de no tenerla a mano era doloroso para mí y para mis sentidos, pero el comandante Searles estaba allí, me estaba mirando, y supe que si

eran correctas mis sospechas en cuanto a las relaciones con «mi» deliciosa mujer mejor haría alejando sus presentimientos y aceptando gustoso la invitación, cosa que hice al punto con toda la vivacidad que puede reunir. Esto pareció aliviar al comandante, que se volvió y comenzó a charlar con otro oficial. Preguntaron entonces a Searles si él vendría para cenar conmigo, pero dijo que debía hacer algunas cosas mañana por la mañana, aunque si encontraba tiempo vendría con gusto para chocar las bolas con una partida de billar a última hora de la noche.

Tras esperar un tiempo decente dije que me iba y que daría un pequeño paseo mientras quedase luz, y Searles propuso acompañarme. El hombre me aburría y me molestaba, y deseé que estuviese en el infierno, porque mis ideas sobre él empezaron a hacerse muy celosas. En efecto, me pareció extremadamente probable que hubiese poseído a mi embrujadora; estaba seguro de ello, pero me sentía incapaz de soportarlo mientras estuviese en Nowshera. Pretendía guardar para mí su delicioso sexo. ¡Ella me lo había ofrecido, yo era su actual dueño y tenía títulos para continuar así! Conocía la ley y la multa de las que me había hablado; no me asustaban porque —al igual que todas las demás leyes draconianas— rara vez eran puestas en práctica, aunque no pudiera ocultarme que un hombre celoso, si era además mala persona, podría fácilmente interferir de modo bien triste en la relación que yo tenía ahora a mano, y hacerla muy incómoda también para la mujer. Sin embargo, tuve la sensatez de intentar mantener bajo control mis sentimientos y ser todo lo agradable posible. Nuestro paseo fue muy simple y corto, porque fuimos derechos del comedor al bungalow, mientras Searles, como inconscientemente, me conducía hacia allí. Le ofrecí un trago que él declinó, diciendo que los licores del bungalow eran viles —cosa cierta— y que no tenían hielo. Tampoco lo tenían en el regimiento. El hielo era desconocido más allá de Jhelum. Pero la mesa de oficiales tenía a su disposición un medio simple y utilizable fácilmente mientras duren los vientos calientes y secos, que es enfriar los líquidos colocando botellas en cestas de esparto mojado y situarlas en una posición donde el viento sople sobre ellas, pues la evaporación rápida hace que pronto baje mucho la temperatura del líquido. No sabía esto, o lo había olvidado, pero pronto lo puso en práctica para mí el khansamah, y esa misma

noche y el día siguiente tuve bebidas frescas.

Estuvimos sentados en la terraza hasta oscurecer. El galante comandante no se refirió en ningún momento a mi conexión, cuyos ojos brillantes y penetrantes podía yo sentir asaeteándonos con su rayos desde detrás de la persiana, y cuyos oídos estaban sin duda devorando cada palabra. Entonces Searles se marchó, refiriéndose a la conversación anterior sólo con las palabras de advertencia: «¡No olvide lo que le dije!».

—¡De acuerdo, comandante! ¡Muchas gracias! ¡Buenas noches!

Cuando estuvo segura de que se había ido, mi dama entró en la terraza y ocupó la butaca donde Searles estuvo sentado.

—¿Qué te ha estado contado ese animal de mí? —preguntó, con la voz temblando por la pasión.

Le hice un relato minucioso de todo cuanto había sucedido entre nosotros, y cuando le conté —aunque en lenguaje muy suavizado— el modo en que había hablado de ella se puso en pie, anduvo de arriba abajo por la terraza en un ataque de rabia, enfurecida como un tigre.

—¡Ojalá se pudra el canalla! —exclamó—. ¡Oh!, desde luego la persona más adecuada para predicar continencia y virtud. Me gustaría saber quién empujó a su mujer a las colinas para que se convirtiese en la verdadera zorra que es. ¡Sí! ¡Es una zorra! ¡Pide a sus hombres dinero! Pasar la noche con ella son quinientas rupias ¡de verdad! Todavía no he pedido un centavo a un hombre, y no aceptaría ni uno ni un millón como pago ¡Si juego lo hago por placer, y porque me gusta mi amante! ¡Pero odio a un rufián!, y si alguna vez ha habido un rufián en este mundo, ese rufián es el comandante Searles —y escupió en el suelo como signo de lo que le detestaba.

Utilicé todas mis artes de persuasión amable para tratar de calmarla, y acabé teniendo éxito a la larga. Me dijo que Searles nunca la había poseído con su autorización. Le había enviado mensaje tras mensaje suplicando lo que se le permitiese venir y presentar sus «respetos», pero ella se había negado persistentemente a darles respuesta. Nunca supe exactamente la razón de que ella le odiase tanto, pero sin duda hubo alguna circunstancia que alzó un muro de rencor y aversión entre ellos. Ella dijo que Searles era un hombre en el que ninguna mujer confiaría, y que suponiendo que

podría obtener las dos mil rupias por denunciarla, evitando la pena de prisión, era justamente el hombre que trataría de poseerla, para luego informar sobre la circunstancia. Era evidente que ella le aborrecía más de lo que suele aborrecerse a alguien, y he de confesar que me gustó verlo, pues temía que Searles tuviese algún derecho sobre ella y a mí me cupiese el tormento de saber que estaba acumulando a manos llenas el goce indescriptible en sus brazos, mientras yo rabiaba silenciosamente en mi cuarto. Ese pensamiento me resultaba perfectamente intolerable.

Lizzie, pues al final acabé descubriendo su nombre, cenó conmigo esa noche y me contó parte de su historia antes de retirarnos a la cama. Aunque mis pacientes lectores, narrando las aventuras de su cálido amor, pero antes de hacerlo debo explicar cómo cesaron por completo las aborrecidas atenciones del comandante Searles, y cómo Lizzie Wilson se libró de un hombre que había sido como una plaga para ella durante algunos años.

La fatiga provocada por varias jornadas de viaje en un oscuro coche de caballos, la excitación causada por la gloriosa y totalmente inesperada *bonne fortune* que me había llevado a los claros brazos de Lizzie como la más complaciente aunque sorprendida de las víctimas, y sin duda el excesivo ardor con el que había luchado con mi encantadora enemiga se combinan todos para hacer que me sintiese muy cansado, y tras resistir virilmente la pesada mano del sueño saliendo victorioso con llameantes colores y el estandarte todavía no erguido tras dos desesperados encuentros, sólo me cabía hundirme junto a Lizzie en el sueño más completo y realmente reparador tenido desde la partida de Bombay. Mis lectores no se sorprenderán al oír que cuando desperté, el día siguiente, se había convertido en lo que Lizzie llamaba un «hombre normal», esto es, que la fuerza casi sobrenatural que me había sostenido el día anterior había remitido en poder. Como una segunda y mucho más dulce Dalila, ella me había rapado mi fuente de fortaleza, pues tras el primer sacrificio de la mañana mi arma asumió la posición de descanso y exigió los toqueteos delicados de los bellos testículos ora recorriendo la ingle o deslizándose sobre mi vara hacían que ese importante encanto adoptase el estado rígido y erecto, gracias al cual puede realizar su tarea deliciosa. ¡Qué día fue aquél! Creo que las situaciones alternantes de languidez y acción furiosa resultaron,

en conjunto, más placenteras que la tempestad salvaje y turbulenta que nos había poseído el día anterior. También Lizzie confesó que un segundo día como el primero la habría matado. Que tenía rota la espalda y que sentía como si, en efecto, hubiese estado moliendo y la hubiesen molido. Así pues, a pesar del cruel viento caliente, y los feroces mordiscos de las moscas de arena, terribles monstruos casi invisibles dada su pequeñez que atormentan cualquier piel tierna, pasé un día enteramente delicioso. Lizzie estaba hecha a prueba de moscas de arena, como otros están hechos a prueba de mosquitos, pero yo —llegado recientemente de Inglaterra— suministraba a esas abominables bestezuelas un festín a su manera tan succulento como para mí fuera la voluptuosa enramada entre los muslos de mi Lizzie. Toda rosa tiene su espina, queridas muchachas lectoras, y ¡ay! La mayoría de los placeres tienen sus inconvenientes. Felices quienes sacan lo máximo de la rosa y lo mínimo de la espina.

Había alquilado un criado nativo como sirviente para todo, mientras permanecía en Lahore camino de mi destino en Cherat. Era un hombre capaz, y dotado de ojo para el asunto, pues aunque no sabía si estaba o no casado, trajo consigo a una muy bella y joven mujer nativa. El lector tendrá ocasión de ver que sus talentos no fueron desperdiciados con otros en Cherat, aunque yo tenía presas mucho mejores para perseguir que la piel marrón y los encantos algo maduros de la señora Soubratie, que a pesar de no haber superado los veinte años seguía los pasos de casi todas las indias: su busto había empezado a fluir, y los senos, en otro tiempo bellos y llenos, colgaban de manera descuidada. Sin embargo, estos defectos son tan comunes que preocupan poco a los soldados y oficiales ingleses, quienes sacian su apetito sobre buenas rajas jugosas más que sobre las gracias personales de las damas que les proporcionaron el placer. Oyendo que iba a la cena de oficiales, Soubratie sacó mi ropa nueva y limpia para ocasiones semejantes, se compuso el también suntuosamente y —armado de una linterna — me acompañó para mayor seguridad por el camino cubierto con un palmo de polvo hasta el comedor del regimiento, donde iba a compartir la generosa hospitalidad del generoso 130. ¿Hay alguna necesidad de describir el vestíbulo con oscilantes *punkahs*, sillas, mesas y grabados, alfombras, libros, periódicos, trofeos de caza, etc.? Podría contar cómo me recibieron los presentes y el

importante Ayudante con estilo adecuado y decente; el coronel me miró con aire de «inspección», los otros oficiales a quienes todavía no conocía con un educado «encantado de conocerle» en sus labios y en sus ojos una mirada de «me pregunto cómo diablos será este tipo». La mayoría de los regimientos son semejantes: cuando has visto uno has visto todos. El oficial inglés es indudablemente un temible «palo», y de todas las cargas insulsas la más pesada es sin duda la convivencia entre oficiales durante estas cenas. Junto con la atmósfera de tedio y aburrimiento hay un corriente mejor, malvada, perversa y despreocupada que constituye el corazón de la vida de un oficial, y sabía bien que tras comer una buena cena bebiendo una cantidad considerable de vino, con cigarros y licor como cierre, oiría bastante más de lo que sería probable ante la mesa, donde la corrección y la rigidez eran reinas del cotarro. Oí las viejas historias de la guerra, relatos de salvajismo y cobarde crueldad por parte de los afganos, con algún rebuzno ocasional contra los generales y autoridades que —parecía— deben haber sido incompetentes, pues en otro caso resultados mayores aún podían haberse obtenido del valor de las tropas británicas. Sabía cómo tomarme todo eso, y escuchaba con interés más o menos afectado las lamentaciones y criterios de mis nuevos amigos. Pero la «retirada de mantel» trajo un tema que es consubstancial al frente. Las mujeres, las encantadoras mujeres pasaron a ser el tema de conversación. La afirmación de mi conocido J. C. sobre la completa ausencia de mujeres en los cuarteles de Afganistán, así como la correlativa e inmensa necesidad de amor en su retorno a la civilización y el confort, fue inmediatamente confirmada. En aquellos días los reglamentos (sólo muy recientemente modificados) exigían que cada regimiento arrendase los servicios de cierto número de nativas, y esas damas de campo acompañaban a su regimiento a cualquier punto que fuese de la India, formando parte del personal lo mismo que el coronel, el ayudante o el cabo furriel. Pero el soldado ama la variedad como todos y allí donde hay un bazar o tiendas hay establecimientos para damas de placer, donde éstas obtienen buenas monedas que por derecho debieran ir a parar a los bolsillos de las rameras propiamente dichas del regimiento. El reciente aflujo de tropas a Peshawar desde Afganistán, había creado una enorme demanda de chicas deseosas, y Nowshera, Attock, incluso

Rawalpindi, Umbala y otros lugares habían sido vaciados de putillas, que se agrupaban como pájaros carroñeros los oficiales del 130, que padecían una penuria de mujeres casi tan desastrosa como estuvieran en Jellabad y en Lundi Kotal, donde un soldado gurka que cogió unas malas purgaciones de una nativa fue llamado «el afortunado *gurka*». No debido a las purgaciones, *bien entendu*, sino porque a pesar de sus posteriores sufrimientos había logrado asegurarse un placer tan infrecuente, dadas las circunstancias, que era como agua a mil millas de distancia para un viajero perdido en el gran Sahara.

Tan pronto como empezó a rodar el tema del amor y las mujeres, las bocas de quienes habían estado más reservados durante la cena comenzaron a moverse y descubrí un anfitrión divertidísimo en un comandante obeso, gordezuelo y con doble barbilla, a quien yo parecía gustar. Propuso que saliésemos fuera, donde una banda del regimiento estaba tocando algunos temas operísticos y música de baile más viva. Allí nos sentamos en esas voluptuosas tumbonas de Madrás, disfrutando la frescura que hubiera en el aire, los sonos de la sugestiva música y el brillo de las miríadas de estrellas luminosas que parpadeaban sobre las cabezas, literalmente como «diamantes en el cielo».

—Searles, nuestro comandante de brigada, dijo que vendría esta noche —dijo el comandante—, pero más bien pienso que no será así.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque está entretenido con una mujercita preciosa en el bungalow público.

Sospecho que era un tiro dirigido a mí.

—¡Ah sí! ¡Vaya! Espero que se salga con la suya y la consigo. ¡Pobre hombre!

—¡Oh! ¿Es así? ¡Bien! Todos estábamos diciendo que era una maldita vergüenza, pues pensábamos que era usted quien la encandilaba, y nos pareció malvado por parte de Searles intentar entrometerse mientras usted estaba fuera ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!

—¡Oh! —dije tranquilamente—, pero yo soy un hombre casado, comandante, que acaba de dejar a su esposa y no se mete en ese tipo de asuntos. Así pues, en lo que a mí concierne, bienvenido sea el comandante Searles a la dama si puede persuadirla para que le

conceda sus favores.

—¡Bien! Pero Searles es un hombre casado, Devereaux...

—¡Oh! ¡Me expresé mal! No quiero decir que un hombre sea impermeable a los encantos de otras mujeres por el hecho de estar casado. No soy estrecho, y me atrevo a decir que tan propenso como cualquier otro a poseer una mujer distinta de la propia, pero resulta que no llevo suficiente tiempo casado para estar harto de mi esposa, y todavía no llevo separado de ella el tiempo bastante para sentir inclinación alguna hacia el adulterio.

—¡Bien! Searles es un comandante, ¡pero es un animal! ¡Aunque a veces me compadezco también del pobre diablo! No sé cómo es, pero él y su mujer —una mujer endiabladamente buena, una Venus perfecta a su manera— no se llevan del todo bien; ¡de hecho, ella le ha abandonado!

—¡Oh! ¡No me diga!

—¡Sí! Ahora cuidado, Devereaux, no debe citarme como su fuente, pero puedo decirle que trató a esa pobre mujer como un animal, matándola casi con el golpe de un cepillo suyo para el pelo; de poco le aplasta la cabeza, sabe, y después de eso ella le dejó para instalarse por su cuenta en Ranikhet.

Estoy seguro de que mis querido lectores se divertirán viendo los aires de joven marido profundamente moral, todavía contento con los pechos de su esposa, como creo que Salomón nos dice que debemos ser, pero naturalmente no iba a divertir a mi nuevo amigo ni a nadie con historias que de alguna manera se extendían con tan maravillosa rapidez, y en círculos crecientes, hasta alcanzar los oídos menos deseados. Para ser sincero, mi corazón y mi conciencia punzaban cuando esta conversación me trajo a la mente a la pequeña Louie, y pensé en ella en su encantadora cama, quizá llorando en silencio triste mientras rezaba por la seguridad, el bienestar y el pronto retorno a casa de aquel a quien amaba tanto que la llenaba de júbilo durante el día y le proporcionaba fogosos juegos durante la noche, su marido, el querido padre de su angélico bebé niña. Pero ¡ay!, el espíritu está deseoso y la carne débil, como ya observé antes, y la debilidad de la carne supera en importancia a la fuerza del espíritu.

Pero la conversación estaba llegando a un terreno que me resultaba interesante, tras haber visto a Searles y escuchado la

indignada observación de Lizzie en el sentido de que su mujer era una ramera regular, aunque el precio de sus encantos fuese insólitamente alto. No me importó lo que mi gordo comandante dijo sobre las intenciones de Searles con Lizzie esa noche, porque ¡ella tendría que ser una mentirosa indescriptiblemente estúpida si sólo hubiese fingido aborrecerlo para cegarme! No, estaba seguro de que el odio era real y verdadero, y no temía descubrir que ella le había permitido recalar, hospitalariamente o no, en su dulcísimo escondrijo al volver a casa y buscarla.

—¿Qué quiere usted decir con instalarse por su cuenta, comandante? —dije.

—¡Oh! ¡Hum! ¡Bien! Mire... incline un poco la cabeza hacia mí ¡no quiero hablar demasiado alto! ¡Bien! Ella es, en fin, que casi cualquier tipo que le dé quinientas rupias puede hacérsela.

—¡Ah, caray! ¡Comandante no puedo creerlo! ¡Con certeza está usted tomando algún chisme malévolo por la realidad!

—¡Oh, no! ¡No es así! —repuso mi gordezuelo amigo, hablando con gran gusto—. ¡Por dios! ¡Señor! ¡Si ver es creer puedo jurarlo! ¡Puedo jurarlo!

—¡Qué! —dije con tono incrédulo bien afectado— ¿quiere persuadirme de que la mujer de un oficial, una dama como ha de ser la señora Searles, ha hecho una cosa monstruosa —por no decir estúpida— como abandonar a su esposo e instalarse como ramera en un lugar como Ranikhet? ¡No puedo comprenderlo! Con toda certeza, comandante, está usted equivocado. ¡Recuerde, se nos dice que no creamos nada de lo que escuchemos y sólo la mitad de lo que veamos!

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —dijo él, aún tan tranquilo como si fuese Moisés escribiendo la Ley—, pero mire, Devereaux, no me dirá que soy un mentiroso si le digo que la prueba del pudding es comérselo, y que mi prueba de lo que digo es que yo, Jack Stone, he poseído a la señora Searles y he pagado mi caza... ¡Sí señor! Rupias quinientas pagó Jack Stone a la señora Searles por una noche en su cama.

—¡Asombroso! Y usted realmente.

—¡Me la he hecho, señor! ¡Y me la he hecho bien! Es un polvo bien bueno, puedo decirle, que desde luego vale de lejos las quinientas que pide por la diversión. Es un polvo tan

condenadamente bueno que Jack Stone, que no es rico y debe ahorrar para días lluviosos, ha sacado tres veces quinientas rupias del banco de Simla y piensa depositarlas pronto en el banco de Ranikhet, del cual es exclusiva propietaria la señora Searles, y cuyo banco es su golosa grieta entre sus golosos muslos. ¿Ha anotado usted esto?

—¿Y lo sabe Searles? —pregunté aún incrédulo.

—¿Qué? ¿Que me hice a su mujer?

—No, no que usted en particular la haya poseído, sino que lo hacen otros hombres y con dinero pagado al contado.

—¿Saberlo? ¡Naturalmente que lo sabe! Es el modo que tuvo de pagar su brutal conducta con ella, torturarle pregonando lo bien que está arrastrando su nombre por el barro.

—¿Y por qué no se divorcia entonces? —exclamé con indignación ante lo que me parecía monstruoso, el hecho de que una mujer (fueran cuales fueran sus pesares) pudiese comportarse de una manera tan ultrajante.

—¡Ah!... Pero baje un poquito más la voz Devereaux, no porque nuestros compañeros no estén perfectamente informados de todo, sino por el divorcio. En fin, si lo que he oído es cierto, lo último que puede obtener Searles es un divorcio, aunque sea la cosa que más desearía. Ciertas cosillas aparecerían en el proceso, y podría encontrarse no sólo sin una mujer a la que odia sino también sin su libertad y lo que resta de su honor ¡y no creo que nadie quiera convertirse en un condenando, ni siquiera para librarse de la propia mujer!

—¿Qué era eso? —pregunté, bastante picado en la curiosidad.

—¡Oh! Searles pasó mucho tiempo en Persia antes de casarse, y adquirió allí ese gusto persa por los muchachos. ¡Sodomía!, ¡ya sabe! —y el modesto comandante bajó la voz hasta hacerla un susurro—. ¡Sodomía! Trató de que la propia señora Searles le tomase el gusto, pero ella —una mujer como dios manda— se negó indignada. La cosa podría haber terminado ahí, pero una noche, lleno de celo y de *brandy*, Searles violentó el —hem... hum... bien — trasero de su pobre esposa, y desde ese día ella le odió, ¡pienso que bastante lógicamente! Luego, por supuesto, ella le zahirió con el lado áspero de su lengua hasta que él casi la mata, como ya le conté, en un rapto de apasionamiento. Después ella se marchó y se

estableció en Ranikhet.

—Pero —dije yo horrorizado al escuchar una historia tan desagradable y penosa por ambas partes—, me pregunto cómo puede ella exigir sumas tan enormes, por las cuales supongo que en casi cualquier parte de la India puede obtenerse contraprestaciones igualmente buenas.

—¡Oh!, no está usted enterado. Ante todo, la señora Searles está introducida en sociedad, y es, supongo, la más bella mujer de las que hay en la India, si no en toda Asia.

—¿En sociedad?

—¡Claro! ¡Bendito sea, no comprende! ¡Vamos! Usted que conoce el mundo en la metrópolis ¿no ha oído decir que la señora Tal es sospechosa de andar follando, aunque usted se la haya encontrado todas las noches en las mejores casas? ¿No ha visto usted a mujeres comunes o fáciles atreviéndose a hacer lo que no osan su esposa o su hermana, sin que nadie diga nada excepto que son fáciles? ¿Cree usted saber qué mujeres follan efectivamente y las que sólo tienen fama de ello? Lo mismo sucede con la señora Searles. Vive en un bungalow bonito y pequeño, a unas tres millas de Ranikhet y profundamente metido en las colinas. Ella lo llama Casita Madreselva, pero los graciosos lo llaman Casita Coñiselva. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, y han llamado Monte Venus a la colina sobre la cual se asienta. Allí permanece durante toda la temporada caliente; con el tiempo fresco se desplaza a Lucknow, Meerut, Agra o Benarés, o donde quiere. Nadie se la hace sin una presentación. El virrey está endiabladamente encandilado por ella, y eso basta para mantener callada a la gente *comme il faut*. La gente sospecha, la gente sabe, pero pretende sólo pensarlo posible, porque la tranquila dama que vive apartada del mundo en su pequeño bungalow, ocupada sólo por su jardín y sus flores, es necesariamente una pobre esposa perseguida cuyo marido resulta ser una bestia.

—¡Oh, eso es! ¿De modo que resulta necesaria una presentación?

—¡Sí! ¡Sin ella resulta de todo punto imposible!

—¿Y cómo se consigue? —pregunté por pura curiosidad, pues no tenía intención de hacerme a la señora Searles pero estaba interesado en esta curiosa historia, de la cual no sabía bien qué creer y qué descartar como falso.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Devereaux! Sospecho que está empezando a pensar si podría conseguir quinientas rupias para usted mismo, ¿eh?

—¡En absoluto! —repuse indignado—. ¡Pregunté por simple curiosidad y sin el menor propósito de hacer cosa semejante!

—¡Bien! —dijo el gordezuelo y pequeño comandante, dando poderosas chupadas a su cigarro medio apagado—, no hay mal en decírselo, sea como fuere. Puede usted ser presentado por cualquier hombre que se la haya hecho. Yo por ejemplo podría presentarle. Verá, así es cómo me la hice. Había oído hablar de la señora Searles y —como todos los demás— había escuchado contar cosas divertidas, que creía a medias como veo que le pasa a usted ahora. Entonces no sabía que ella viviese en Ranikhet, pero el azar hizo que eligiera ese sitio para pasar tres semanas de permiso durante el tórrido verano del 75. El virrey y su séquito estaban pasando una temporada allí también, y todos se preguntaban por qué había elegido Ranikhet en vez de Naini Tal. Hay una razón para todo, y la señora Searles era su razón sin duda alguna. Pero no quiero irme por las ramas. Conocía a lord Henry Broadford, el secretario ayudante para asuntos militares como sabe. Broadford fue a la escuela conmigo, y es un tipo excelente. Un día, poco después de que llegara a Ranikhet, estaba hablando con Broadford cuando pasó la mujer más fina y hermosa que jamás viera. Broadford se quitó el sombrero y sonrió, inclinándose ella. Me miró de lleno mientras me quitaba el sombrero y, ¡por San Jorge!, hizo que el corazón empezase a darme saltos en el pecho de tan encantadora como era. Cuando estuvo a una distancia prudencial dije:

»—Harry, ¿quién es tu amiga? ¡Dios mío, qué maravillosa!

»—¿No la conoces? —repuso—. Es la famosa señora Searles.

»—Vaya —dije, y luego le pregunté si era verdad que follaba, como decía la gente. Broadford me miró, sonrió y dijo:

»—¿Te gustaría saberlo con certeza, Stone?

»—Sí.

»—Bien —repuso—, el mejor modo de averiguarlo es que le echés un palo tú mismo, pues podrías no creerme si te dijese que he estado con ella en la cama hasta las cinco de esta madrugada.

»—¡No te creo, farsante! —dije—. Te estás burlando de mí.

»—De acuerdo —dijo—, ¿tienes quinientas rupias para poder perderlas en una apuesta?

»—¡En fin! —dije vacilando, pues quinientas rupias es una gran suma, y el tema no lo valía. Viéndome dudar añadió:

»—¿Darías quinientas rupias por hacerte a la señora Searles tú mismo, Jack?

»—Sí —dije con total firmeza.

»—Entonces, ven conmigo —dijo Broadford.

»Pues bien, nos fuimos a mi hotel y allí Broadford hizo que firmara un cheque, y que consiguiese cinco billetes nuevos y crujientes de cien rupias del banquero nativo a cambio. Luego hizo que escribiera una carta dirigida a la señora Searles, donde preguntaba si podría acudir y cenar con ella tal día, especificándolo. Sospechaba que él estaba tomándose el pelo, pero se sacó un estuche del bolsillo y me mostró una encantadora foto de una dama desnuda, totalmente, viéndosele la mata y lo demás, a lo cual añadió que la señora Searles da una a cada uno de sus amantes, ¡y que se la había dado esa mañana, con su nombre, la fecha y hasta el número de veces que la había poseído! Pues bien, miré la foto y desde luego era la dama que acababa de ver, indiscutiblemente, además de que recordé haber visto fotos de ella tomadas en las llanuras.

»¡Dios bendito, señor! La visión de un encanto tan amable calmó mi inquietud. Dije a Broadford que cargaría con las culpas en caso de que cualquier cosa saliera mal. Él me juró que todo saldría bien, y después de que yo firmara la nota dirigida a la señora Searles añadió sus iniciales y H. P.

»—¿Qué significa eso? —pregunté.

»—Habrá palos, ¡naturalmente!

»Una vez hecho esto, metimos los crujientes billetes en la carta y fuimos a la oficina de correos; la certificamos y entonces empecé a pensar que se habían reído de mí. Pero todo estaba bien. Al día siguiente me llegó una carta certificada. Era de la señora Searles. Dentro estaban los cinco billetes. Decía lamentar mucho no poder tener el placer de mi compañía en la cena durante un mínimo de diez días. Si quería escribir otra vez dentro de una semana, ella estaba segura de no defraudarme. Me apresuré, encontré a Broadford y casi sufro un ataque de apoplejía por la excitación. Siguiendo su consejo esperé unos ocho días, envié otra carta, incluyendo de nuevo los billetes y añadí de mi puño y letra H. P.

Poco después llegó una carta traída en la mano. Esta vez decía “Querido Jack”. Me invitaba a cenar la noche siguiente a las ocho, y terminaba con Matilda Searles. H. P.».

—¿Y fue usted?

—¡Vaya pregunta! Por supuesto que fui. Por dios, señor mío, estaba sencillamente estallando. Incluso ahora mal puedo contar la historia serenamente. Pues bien, fui; me recibió ella en un cuartito de estar precioso, amueblado impecablemente y cuajado de bibelots, espejos, cuadros y todo cuanto puede hacer bonito y elegante un cuarto. El suelo estaba cubierto por una alfombra áspera donde se hundían los pies al caminar. La señora Searles estaba sentada leyendo cuando llegué, y tan pronto como el criado se retiró del cuarto ella vino, me cogió la mano, me la estrechó y luego me dio un beso. Estaba tan excitado que tenía una sensación de falsa timidez como si fuese un cochinito en el espetón. Pero ella me hizo sentirme cómodo rápidamente, se sentó en el sofá, hizo que me sentase junto a ella, apretó su rodilla contra la mía y —mientras me preguntaba dónde, cómo y cuándo había conocido a lord Broadford— me mostró sus espléndidos hombros y su grandioso busto. A mi manera, estaba espantosamente cachondo. Había estado cachondo todos esos días esperando por ella, pero me afectó tanto la elegancia que vi, recién llegado, que para decir verdad me sentía inclinado a salir corriendo. Pero poco a poco, según iba viendo a la mujer que iba a poseer, a medida que empecé a oírla hablar como si fuésemos casi viejos camaradas, jugando ella con mi mano mientras hablaba, por no mencionar algunos besos ocasionales que me fue dando, empecé a acumular valor. Así, para demostrar que no era un tonto y esperaba algo, sencillamente hice la oferta de poner mi mano en su busto y apoderarme de una de las gloriosas esferas que asomaban tan liberalmente por el vestido. Pero ella rió y dijo que todavía no era tiempo para eso, que cuando hubiésemos cenado y yo hubiese tenido mi fumada nos iríamos a la cama, donde podría hacer con ella todo cuanto quisiera y don dispondría de la más completa libertad, mientras no excediese los límites observados por cualquier hombre honesto al poseer a una mujer. ¡Bien! Pues la besé y supliqué que me perdonase. Yo llevaba un capullo de rosa en el ojal, ella lo cogió y dijo que ponía mi rosa donde yo acabaría estando; acto seguido la puso entre sus senos y dijo que era un rosa

entre dos lirios, pero que por el momento era todo cuanto de mí podía permitir en su persona. ¡Pues bien, señor mío!, tomamos una cena espléndida. A pesar de mi amor comí opíparamente, tras de lo cual ella hizo que me fumase un puro, y cuando estaba a punto de terminarlo dijo que iba a desvestirse y que —al oír una pequeña campanilla— debería ir a su dormitorio, que ya me había indicado antes. Pronto escuché la campanilla y fui. ¡Oh! ¡Qué encantado! ¡Por dios, señor mío! Me he hecho a muchas mujeres bellas, pero jamás vi ninguna comparable a la señora Searles cuando está desvestida. Llevaba una especie de salto de cama bastante transparente, que la cubría desde el cuello hasta los talones. No tenía mangas, y sus brazos eran algo espléndido. Sus pechos parecían más tentadores cubiertos por esa tela transparente que cuando los veía desnudos. Sus pezones parecían fresas, rojos y deliciosos. Hubiese podido ver su monte de no ser porque el salto de cama tenía una cinta rosa ancha que bajaba desde la barbilla hasta los pies, con lo cual sólo podía ver la sombra de pelo a cada lado. Declaro, Devereaux, que no puedo describir la noche pasada con ella, pues le pondría loco e intentaría deslizarse en el cuarto de esa mujer que vive en el bungalow público, y no adelantaría nada porque —como usted mismo dice— es hombre casado. Pero jamás, jamás, jamás he tenido una follada semejante en mi vida. Ciertamente entonces tenía cinco años menos, y como mantengo un precioso trocito de carne marrón y me voy de farra regularmente dos veces a la semana, quizá no fuera capaz ahora de esos rendimientos, pero me hice a esa mujer ocho veces señor mío, siete antes de dormir y una por la mañana. Ella misma dijo que yo era demasiado gordo, y los gordos son por regla general malos palos. Cuando me fui después del desayuno me dio un estuche como el que me mostró Broadford, diciéndome que no lo abriese hasta llegar a casa, y dijo que confiaba en mí para que no lo enseñase a nadie, excepto a aquellos que considerase adecuados para poseerla. «¡Se lo enseñaré ahora! ¡Ha! ¡Mozo! ¡*Khitmatgar!*, ¡*koi, hai!*», y el excitado comandante gritó a los criados, uno de los cuales vino. Obedeciendo las órdenes del comandante, su mozo trajo una pequeña caja para escribir despachos, extrayendo de ella un reducido estuche de unas seis pulgadas por cuatro. Luego tras hacerme una señal, caminó hacia la antesala desierta y me enseñó una foto muy bien tirada de

una mujer completamente desnuda. En el envés de la foto estaba escrito: de la señora Searles a Jack Stone —15 de junio 1875.

»—¡Escuche! —dijo el comandante—, en el momento que desee hacerse a esta mujer me pone unas líneas y le daré la necesaria presentación».

Le di las gracias de corazón, pero he de decir que no me sentía tentado a dar 500 rupias por los favores de ninguna mujer justamente entonces, y mentalmente hice comparaciones entre mi Lizzie y la señora Searles no favorables a esta última, aunque por la foto fuese desde luego una hermosa mujer.

Entonces, tras fumar otro cigarro, beber un par de copas más y hablar en general de la señora Searles y de follar me fui a casa, pensando encontrar a Lizzie y descargar parte de la sangre caliente que corría de manera desesperadamente agitada por mis palpitantes venas, pues la conversación con el pequeños comandante había tenido el efecto inverso al enfriamiento.

Era muy cerca de medianoche cuando alcancé el bungalow, y no había una sola luz encendida. Las estrellas habían bastado para el camino, pero la terraza y los cuartos, en mi ala al menos, estaban oscuros como la pez. Imaginé que Lizzie se había cansado de esperarme y había aprovechado la oportunidad de echarse un buen sueño antes de mi vuelta, como si no fuese maravilloso que, tras una buena cena y lleno de vino magnánimo, yo estuviera animado y la pusiese en ese estado también.

Lleno de esa idea, y decidido a darle su segundo despertar dulce entrando en ella mientras dormía, me deslicé de puntillas hacia mi cuarto para desnudarme allí y luego reunirme con ella en su «cama desnuda». Pero al atravesar la terraza vi un destello blanco y, al fijarme, percibí que era Lizzie sentada en mi mecedora y —por la posición— aparentemente dormida. Me situé detrás de ella e, inclinándome, besé su suave mejilla mientras llevaba sigilosamente la mano a su busto glorioso y acariciaba sus pechos firmes, hinchados y elásticos, que siempre me deleitaba palpar. ¡Oh! ¡Qué buena cosa para tocar son los pechos!

¡Ah! ¡Eres tú, querido Charlie! Debo haberme quedado medio dormida —dijo.

—¡Sí, querida! —repuse suavemente, oprimiendo aún los deliciosos globos con la mano, uno tras otro, mientras besaba la

dulce boca vuelta hacia mí.

Lizzie parecía disfrutar con mis caricias, porque me devolvió los besos y dio leves golpecitos en mi rostro con la mano. Descubrí que —a pesar de estar vestida— las ropas le venían sueltas, y que podía pasar las manos por debajo del cinturón. El tacto de su bella piel era tan suave, tan satinado y pulido, que me deleitó desde su busto hasta alcanzar la bonita llanura de su vientre encantador. Allí dejé que mi curiosa mano vagase de un lado a otro, bajando más y más hasta alcanzar el borde superior de ese arbusto glorioso que tan espléndidamente adornaba su toisón abovedado, abriéndome camino por ese bosque sin senderos hasta alcanzar el lugar donde el pliegue formaba la preciosa y voluptuosa línea profunda de su deliciosa olla de néctar. Recorrí la grieta con el dedo medio, rosando solamente el pequeño clítoris despertado y resbaladizo, hasta alcanzar la entrada hacia las ricas profundidades que buscaba.

Nada dijo Lizzie; mi mano izquierda, que estaba sobre el busto, notó que el pecho se alzaba un poco más tumultuosamente, y mi brazo soportó una tensión ligeramente superior al apoyar ella su cabeza sobre él, pero eso fue todo. Era algo tan soñado, tan exquisito, que me senté en esa posición, acariciando la cálida y húmeda mata, besando los labios de cereza con pequeñas caricias de las mías, como si fuese un palomo arrullando a su compañera.

De repente, un cambio pareció apoderarse de mí. Ya no estaba en la India; no era el señor de los encantos de Lizzie, sino de mi propia y adorada mujercita. Recordé entonces la tercera noche de nuestra jubilosa y celestial luna de miel. Ella me había precedido en la cama, era el mes de julio y la noche estaba caliente y perfumada, lleno el aire con el dulce aroma de las limas en flor. Había dado a mi Louie diez minutos para desvestirse y realizar esos pequeños actos necesarios para su comodidad durante la noche (actos que ninguna mujer hace a gusto en presencia de su marido), y luego fui hacia la cama yo también, esperando encontrar en ella una deliciosa fiesta para mi deseo todavía ardiente y excitado. Pero seguía vestida cuando entré en el cuarto. Estaba sentada ante la ventana abierta, reclinándose contra la silla. No había velas. Las estrellas brillaban con luz viva pero suave; las pesadas masas de follaje de los árboles se agigantaban, oscuras, contra el cielo y había silencio a excepción de algún ocasional susurro del viento sobre las hojas cuando la

amorosa brisa besaba las crestas de los árboles más queridos, y la poesía del momento me inspiró un grado de ternura y amor que no había experimentado de modo similar desde que Louie y yo habíamos sido unidos en el altar sagrado de Dios. Al igual que Lizzie, sólo se había vuelto a medias para aceptar mis besos, con una pequeña duda en cuanto a si era yo quien deslizaba dentro de ella mi mano feliz hacia su busto hasta hace poco virgen, quien acariciaba los crecientes globos que tanto me había deleitado encontrar la noche de bodas bellos, redondos, firmes, pulidos, elásticos y coronados por un capullo de rosa; Louie había guardado con tanto celo esas exquisitas bellezas que incluso cuando la vi vestida para la noche, en su bata de cuello bajo, no mostro una sola línea de los encantadores hemisferios y tuve que imaginar bellezas donde las pintaba mi fantasía; y recé pidiendo que tuviese realmente dulces senos, porque ¡ay!, qué a menudo quedan defraudadas las esperanzas de un hombre sobre el físico de su amada novia. Ninguno de los dos habló, éramos demasiado felices; mi mano traviesa había descendido desde el hermoso busto hasta que, descubriendo flojo el cinturón, exploró los pastos suaves de su plateado vientre. Cruzando la superficie áspera del monte de Venus mis dedos oprimieron el surco de Cupido; el encantador y pequeño clítoris, siempre vigilante, se había erguido para saludarlos con un beso húmedo y ávido. Noté que un escalofrío recorría el cuerpo de mi Louie, y cuando sintió que el fuerte dedo medio se enterraba en sus calientes profundidades apretó mi rostro contra sus ardientes mejillas murmurando: «¡Mi hombre! ¡Oh! ¡Mi hombre adorado!».

Rebosando de la emoción inspirada por esta escena de amor y pasión tan encantadora y apacible, casi olvidé por completo dónde estaba y a quién estaba acariciando. Besé apasionadamente a Lizzie y murmuré con una voz que debía temblar de profundo sentimiento:

—¡Oh, querida!, querida mía, mía.

Lizzie quedó estupefacta. Apartó mis manos, se incorporó y exclamó con una voz que me pareció desconocida, de tan distinta como era a su tono habitual:

—¡Charlie! ¡Charlie! ¡No me hables así! ¡No! ¡Como a un buen camarada!

—¡Oh Lizzie! ¿Qué he hecho? —dije alarmado.

—¡No debes hablarme así! Sabes que no me amas, Charlie querido. No me amas como a tu mujer, y si así fuese sólo me harías infeliz. ¡Oh, Charlie! Lo único que acabaría con mi placer en la vida sería saber que algún hombre me amaba real y verdaderamente. No podría dejar a mi marido y vivir con él, y he de tener hombres lo más a menudo posible. No entiendes. Cuando una mujer ha llevado la vida que yo he llevado no puede detenerse, salvo que alguna enfermedad ponga fin a toda sensación de deseo en ella. Debe continuar como es hasta la muerte o la decrepitud, cuando menos, de todos sus poderes corporales. ¡Confiesa ahora que no estabas hablando a Lizzie Wilson sino a tu esposa!

—¡Pues bien, queridísima Lizzie! —dije bastante conmovido por su vehemencia y su protesta ante el amor—, no te mentiré. Olvidé por un momento dónde estaba. Así fue, pero siéntate, querida, y te hablaré claramente.

Así lo hizo, y mientras yo seguía de pie junto a ella, poseyendo de nuevo los dulces encantos situados entre sus muslos —a los cuales admitía ella mis plenos derechos como sincero amigo, pero no como amante entregado y apasionado— le conté la escena antes referida, de la cual sólo puedo hacer una descripción vaga a mis tiernas muchachas lectoras, en cuanto respecta al delicioso fundirse de la adoración del corazón con el culto a los sentidos. Cuando terminé Lizzie dejó escapar un prodigioso suspiro y dijo:

—¡Charlie! Sigue mi consejo y no tardes demasiado en traerte a esa sincera esposa tuya. Te librárá de todo daño aquí, y no es correcto sino una cruel vergüenza condenarla a pasar la vida de una monja mientras te diviertes en la India, follando todo lo que quieres con mujeres que no merecen ese deleite. Grábate mis palabras, porque no eres el tipo de hombre capaz de vivir sin mujeres, ni encontrarás lugar donde no haya mujeres finas y bonitas. ¡Estarán tan ávidas de poseerte como tú por poseerlas a ellas! Sí, créeme, si alguna vez hubo un hombre formado para despertar el deseo de una mujer ése eres tú. Haz venir a tu mujer, o entre tú y la mujer que tendrás se urdirá algún enredo perjudicial, y quizá hayas de arrepentirte de haber dejado a tu esposa en casa.

Estas palabras, pronunciadas con gran sinceridad, me afectaron fuertemente. También se parecía tanto ella a un Satán desaconsejando el pecado que mal pude evitar sentirme divertido.

Tras una pausa de un segundo o dos, durante la cual toqueteé suavemente la dulce mata situada bajo mi mano, dije:

—¡De acuerdo, Lizzie! ¡Creo que estás bastante en lo cierto! Haré venir a mi esposa tan pronto como recomiendas, pero ven, querida, y disfrutemos la hora pasajera. ¡Parece haber pasado una eternidad desde que tuve por última vez mi virilidad en ese sitio tuyo tan dulce, suave y jugoso!

A esto ella contestó:

—Searles estuvo aquí esta noche.

¡Dios mío! Toda mi sangre se enfrió. Sentí como si mi Louie, respondiendo a mi súplica de venir a la cama, me dijese: «Demasiado tarde, querido, fulano de tal acaba de poseerme y no me siento inclinada a nada más».

—¡Searles! —exclamé, retirando la mano que tenía bajo sus ropas—. Searles, ¡oh Lizzie! ¿Y dejaste que te poseyera?

—No dije que me poseyera, Charlie, por lo cual no necesitas caer en un ataque de celos, ¡niño tonto! ¡No! Si hay alguien en el mundo a quien diría siempre no es a Searles, pero aquí estuvo a pesar de todo.

Respiré aliviado. De algún modo, le había tomado aprecio a Lizzie; había sido tan agradable, tan excelente compañera amorosa y tan tierna a pesar de desaconsejar el amor.

—¿Qué quería él, Lizzie?

—¡Lo que tú dices querer ahora, Charlie! Pero ¡oh!, tuvimos una bronca espantosa. ¡Confieso que me ha producido jaqueca! ¡Oh, Searles! ¡Maldito animal!

—¿Y qué dijo o hizo, Lizzie? ¡Dímelo!

—Bien, apenas habías dejado el bungalow cuando Searles, que aparentemente estuvo esperando tu partida, penetró en la terraza doblando la esquina y preguntó si había recibido su nota. Yo había recibido efectivamente una nota suya, que guardé sin enseñártela porque no quería ponerte celoso. Creo que debe haber estado borracho o enloquecido cuando la escribió, pues no podría haber preparado una prueba más incriminadora contra sí mismo aunque lo hubiese intentado estando sobrio. ¡Oh! La señora Searles daría una carreta llena de sus rupias por tener la nota, pues entonces podría obtener el divorcio que tanto ansía. Muchos tipos excelentes están dispuestos a casarse con ella si pudiera divorciarse, y sé que

ha dicho a menudo que le gustaría abandonar su vida actual, pero Searles lo sabe y su única venganza contra ella es comportarse prudentemente para no ofrecerle la menor ocasión. Si alguna vez se lo hace con una mujer es a escondidas, sin que nadie lo sepa. Pero ha escrito en blanco y negro que me poseyó, y después de dejarle la señora Searles. ¡Encendamos una vela y te enseñaré la carta!

Lleno de curiosidad y más bien asombrado por descubrir cómo emerge la verdad —pues había oído a Lizzie decir que Searles nunca la había poseído y nunca la poseería con su consentimiento— fui por la vela y la encendí. Lizzie sacó entonces la preciosa carta de su bolsillo y me la dio a leer.

Empezaba con súplicas y ruegos de que le dejase venir y poseerla mientras yo estaba en la cena de oficiales. Él sabía bien, decía que yo no hacía cosa distinta de saltar sobre ella noche y día, que para entonces seguro que ella estaba cansada de mí y que, cuando menos, le sería agradable un pequeño cambio en su dieta acostumbrada. De las súplicas pasaba a las amenazas. El regimiento de su marido estaba entonces en Peshawar, a las órdenes de un nuevo coronel que era inflexible con el adulterio y la fornicación, hasta el punto de decir públicamente que tan pronto como tuviera noticias de cosa semejante entre las mujeres casadas de su regimiento pondría en vigor las leyes penales sobre el asunto, y que él (Searles) tenía muchas pruebas capaces de meterme a mí (Devereaux) en prisión y desterrarla a ella del país con la etiqueta de mujer indecente, ramera y adúltera, y que si ella no le admitía en sus brazos él ayudaría al coronel a cumplir su palabra. Luego venían más súplicas y ruegos más sinceros, con ofertas de 1000 rupias (el doble de lo que cobraba su propia mujer), joyas o lo que quisiera si simplemente consentía, y luego en una P. S. alardeaba de habérsela hecho ya en Agra, cuando la llevaron a su bungalow desmayada al volcar el carruaje donde ella viajaba; viendo de quién se trataba, y decidido a no perder esa oportunidad preciosa, la había violado mientras estaba inconsciente disfrutando «la opulencia de su voluptuosa gruta».

—Asqueroso rufián —exclamé furibundo al leer esta preciosa epístola.

—¡Bien puedes decirlo, Charlie! Pero escucha ahora lo que hizo el animal de él. Primero pregunto si había recibido su carta. Le dije

que sí. Luego me preguntó en un tono zalamero si consentía y si iba a dejar que me poseyera. Dije que ni por todas las rupias de la India, que era un animal demasiado aborrecible para que lo tocara siquiera con la pértiga de una gabarra y mucho más para tomarlo en mis brazos. Entonces él empezó a amenazarme con nuestro nuevo coronel, diciendo que no podría salir de allí si él, Searles, no ponía a mi disposición un carruaje, que todo vehículo con ruedas estaba comprometido para los próximos diez días, y que mucho antes el regimiento se desplazaría de Peshawar a Muttra, y que al descubrirme el coronel allí en vez de en Muttra —donde me había ordenado ir— se pondría furioso y le daría a él la oportunidad de decirle por qué me había detenido en Nowshera, a saber: para estar con tres distintos oficiales, dos en camino hacia la India y uno de paso hacia su batallón en Cherat, y que diría quiénes eran esos oficiales y ellos se verían forzados a pagar dos mil rupias o estar dos años encarcelados, y que entonces tendrían buenas razones para maldecirme por ser una maldita zorra pues ¿por qué condenarlos a esas multas y castigos cuando sencillamente dejándole actuar durante una o dos horas podría evitar todo mal? A lo cual añadió que cumpliría su palabra en caso contrario, poniéndose más y más furioso.

»Le dije que jamás le permitiría tocarme y le insté a que me denunciase, o a ti y a los otros, y le conté lo que decía en su carta y hasta qué punto ella nos cubría a todos, advirtiéndole que debía marcharse tranquilamente o llamaría al khansamah. Eso le sumió en un ataque de pasión como nunca vi. Se abalanzó sobre mí y juró que me tendría.

Me apresuré a esconderme tras una silla. Él se detuvo un momento, desabrochó sus pantalones, sacó el miembro —que se encontraba en un estado furioso— y se abalanzó nuevamente sobre mí. Llamé gritando al khansamah, pero Searles no se inmutó. Me tomó por la cintura, levantándome del suelo, y corrió conmigo hacia mi cuarto rompiendo la persiana al pasar. Pero yo no iba a dejarme violar sin defenderme del mejor modo posible. Le metí bien mis diez uñas en las mejillas, hundiéndolas todo cuanto pude. Pude ver y notar cómo brotaba la sangre. Searles gritó y maldijo, lanzó juramentos y me llamó los nombres más horribles y espantosos. Yo le mordí todo cuanto pude, y él me tumbó sobre la cama, me

levantó las enaguas hasta la cara y se puso encima con todo su peso, intentando meter sus rodillas entre las mías. Pero yo mantuve fuertemente cerrados los muslos; aunque me golpeaba con sus rodillas contra mis muslos y casi me estrangulaba con una mano en mi cuello, no le fue posible meterse entre ellos. Podía notar la punta de su espetón tropezando contra mi toisón como una barra de hierro, pero ni una sola vez llegó más lejos. Al final, viendo que no podía hacerme abrir las piernas así, comenzó a empujar con la mano entre mis muslos y a pellizcarme terriblemente. ¡Oh!, me dio pellizcos espantosos. Estoy segura de que ando llena de moratones, pero su peso dejó de abrumarme entonces, pude gritar; y grité. Lancé alaridos diciendo ¡crimen!, ¡crimen!, ¡socorro!, ¡socorro!, todo lo fuerte que pude, y al mismo tiempo intenté coger sus pelotas para aplastarlas si me era posible, pero él logró mantenerlas fuera de mi alcance mientras seguía pellizcando, golpeando y arañando mis muslos como si fuese a romperlos en trozos. Pero antes de que me abandonasen mis poco resistentes fuerzas llegó ayuda. Dos jóvenes civiles llegaron hoy de Peshawar mientras estabas vistiéndote para la cena de oficiales, y consiguieron un cuarto en la otra ala del bungalow. Ellos oyeron al fin mis gritos y vinieron corriendo para ver de qué se trataba. Cuando Searles los vio les ordenó que abandonasen el cuarto, diciendo que yo era su esposa y tenía derecho a tratarme como quisiera, pero yo intenté zafarme de su presa e imploré a los jóvenes que me salvaran, diciendo que Searles no era mi marido y estaba tratando de violarme. Entonces los dos hombres le ordenaron que saliese de mi casa y —como no obedeciera— uno de ellos lo sacó a la fuerza. Searles se lanzó entonces sobre él, porque estaba loco de ira y de pasión, pero el joven estaba bien sereno y dio el golpe más terrible a Searles en la cara con su puño. ¡Oh!, me encantó escuchar el ruido del impacto, que le hizo tambalearse mientras la sangre manaba a borbotones de su nariz. Pero Searles parecía realmente un lunático. Se abalanzó de nuevo sobre el joven y le lanzó varios golpes malvados, por lo cual el segundo vino en ayuda de su amigo. Estimulé a ambos y Searles se llevó una paliza ¡de veras! Pero a pesar de todo no renunciaba. Para entonces el khansamah, los coolies principales, Oheestres, tu criado Soubratie y todos los pertenecientes al bungalow habían llegado. Me era imposible seguir

gritando. Todos se echaron sobre Searles, y al final lo expulsaron de la casa mientras lanzaba alaridos y luchaba como una fiera salvaje. Vinieron corriendo por la carretera algunos soldados y al principio, viendo de quien se trataba, quisieron ayudar a Searles, pero los dos hombres jóvenes les contaron lo que había hecho y parece que en el cuartel no aprecian a Searles, porque esos hombres se unieron a la paliza y te prometo que en ese momento empecé a asustarme. Pensé que le matarían entre todos. ¡Oh!, el escándalo era tremendo. En ese momento bajó un destacamento de la guardia del cuartel; al verlo los soldados se marcharon corriendo. Searles estaba tendido en el suelo, con una muchedumbre a su alrededor; algunos hombres habían encendido antorchas, el khansamah tenía una linterna, y no puedes imaginar el grupo que formaban. Los dos jóvenes que habían impedido la violación explicaron todo el asunto al oficial de guardia, y como los pantalones de Searles estaban abiertos y su miembro al aire, aunque ya no rígido ni erguido, comprendió la cosa al punto. A pesar de que apenas podía respirar, Searles quería que se llevasen prisioneros a los dos hombres, pero el oficial les suplico que se fuesen y persuadió al comandante de que se dejase llevar a su casa, pues no podía caminar. ¡Oh, Charlie! ¡Me sentía tan enferma! No sé cómo he logrado contarte tanto, se me parte la cabeza de dolor y me siento molida a palos por ese animal».

Dejo a mis lectores calcular el estado de rabia y disgusto hacia Searles que la intensa narración de la pobre Lizzie me produjo. Había vuelto a casa esperando una noche tan dulce de júbilo delicioso, pero resultaba obvio que era imposible y, de hecho, se desvaneció de mi mente cualquier deseo excepto vengarme de Searles. Lizzie parecía muy enferma cuando quise examinarla a la luz de la vela, y le rogué que se fuese a la cama.

—¡Sí, querido! —me respondió—. Es el mejor lugar para mí, pero ¡oh, Charlie querido!, temo que no podré tenerte esta noche. ¡Pobre muchacho! Estoy segura de que volviste esperando tener alguna follada grandiosa, y me apena tanto decepcionarte, ¡pero me siento tan mal!

—¡Mi pobre muchachita! —exclamé—. Esperaba como dices, tener algunos deliciosos encuentros más contigo esta noche, pero, naturalmente, no puede ser. Ven a la cama y deja que te ayude de desvestirte.

Ella hizo lo que le pedí. La desnudé y quedé conmovido viendo el estado en que se encontraba. Su garganta tenía unos pocos rasguños, pero sus pobres muslos eran una masa de contusiones, debidas todas a las uñas del monstruo que la había atacado. Los besé «para curarlos», y la pobre Lizzie sonrió débilmente y me besó, tumbándose luego y suplicándome que la dejase sola. Pero apenas había puesto la cabeza en la almohada me llamó diciendo que iba a vomitar.

—¡Oh, Charlie! ¡Ayúdame a llegar al cuarto de baño!

Pero fui corriendo a coger su palangana y se la traje. Y ella, pobre criatura, vomitó abundantemente. Sostuve su frente febril en mis manos e hice todo cuanto pude por confortarla y ayudarla hasta que al final, completamente agotada, se reclinó en la cama y todo su aspecto me alarmó. Cuando regresé estaba bastante tranquila, pero ahora su color era el de una peonía y su piel estaba agrietada y ardiente. Sospeché que tenía fiebre, y me alarmó la brusquedad del ataque. La cuidé toda esa noche, manteniéndola bien tapada para inducir el sudor, y de cuando en cuando le daba a beber el agua que ella pedía gimiendo. Nadie que no haya asistido a la cama de un enfermo en circunstancias similares sabe cuán tediosa, cuán cansada es esa vigilancia, especialmente cuando el vigilante ignora —como era mi caso— qué ha de hacer y debe guiarse por el instinto. Al fin, justamente cuando empezaba a rayar el día, Lizzie pareció caer en un sueño reparador. Su respiración se hizo más fácil y regular, su color más natural y —bendito sea el cielo— su piel estaba de nuevo fresca y húmeda. Era evidente que había pasado la parte más fuerte del ataque.

Un cuervo solitario dejó escapar su graznido. El grito áspero del milano resonó en el aire. Una ardilla empezó a correr por los alrededores gorjeando, y todos los sonidos de la noche convirtiéndose en día llegaron a mis oídos. Al mirar hacia fuera pude ver el pico de la montaña distante iluminándose con los rayos del sol, que todavía no brillaba en Nowshera. Satisfecho de que Lizzie estuviese en brazos de un sueño saludable, me conseguí un trago fresco. Cuando volví junto a la cama me senté en una silla, apoyé la cabeza contra su almohada y, exhausto, caí en un sueño reparador yo mismo. No sé cuánto dormí, pero al final me despertó Soubratie tocándome y murmurando ese irritante:

—¡Sa-hib! ¡Sa-a-hib! —en mi oreja, como despiertan todos los criados nativos a sus señores.

—¿Qué pasa? —dije levantando mi pesada cabeza.

—¡El comandante

Ish-tone

, sahib! ¡Está fuera, en la terraza! ¡Quiere ver al señor! —contestó Soubratie en su inglés nativo.

—¿El comandante Stone? ¡Oh, sí! ¡Muy bien! ¡Dile que en un momento estaré con él, Soubratie!

—¡*Iss sahib!* —dijo mientras salía.

Me sentía abrumadoramente cansado, y de bastante mal humor viendo truncado mi tan necesario descanso. Sin embargo, tras un bostezo o dos y una mirada ansiosa a la pobre Lizzie, que parecía haber casi recuperado su apariencia habitual, así como estar en brazos de un sueño saludable y reconfortante, apreté la cinta de mi pijama y fui a la terraza donde oí los pasos de mi amigo el comandante moviéndose con cierta impaciencia. Viéndome venir del cuarto de Lizzie y con ropa de dormir levantó las manos en un gesto de burla y dijo *sotto voce*:

—¡Oh! ¡O-h-h! ¡Capitán Devereaux! ¡O-h-h! —con un gesto tan cómico en el rostro que no pude evitar sonreír.

—¡No vaya tan deprisa, comandante, por favor! Las apariencias pueden estar contra mí, pero creo que puedo dar una explicación satisfactoria. La dama que vive en ese cuarto ha estado terriblemente enferma la noche pasada, y por pura caridad he estado atendiéndola.

—¡Exactamente en pijama! Sospecho que necesitaría un poquito de licor administrado mediante un enema, frontal en vez de posterior, y que pidió sus servicios y su elixir, ¿verdad? ¡Oh, Devereaux! No sirven las excusas. Jack Stone no es el hombre a engañar, si bien le gustaría que sus amigos fuesen francos con él. Por lo mismo, bien puede decirme la verdad y confesar que, poseído por mi descripción de la señora Searles y la noche espléndida que pasé entre sus muslos grandes y blancos, volvió usted a casa y pasó —espero— una noche no menos buena en brazos de la bella dama que está dentro. ¡Confíese ahora!

—Está bastante equivocado, comandante, ¡puedo asegurárselo! Me declaro culpable de haberme sentido muy conmovido y excitado

por su voluptuoso relato, y como la naturaleza humana es débil me atrevo a decir que podría haber pasado una noche como la que piensa, pero la dama estaba asustantemente enferma como dije, y todo ello por ese animal rufianesco de Searles.

—¡Ah! —dijo el comandante—, eso es justamente lo que he venido a averiguar. Mire, Devereaux, se ha montado un lío horroroso. Searles fue llevado a su casa anoche entre las siete y las ocho, mientras estábamos cenando, con seis o siete costillas rotas, la pierna rota por encima del tobillo, la nariz totalmente aplastada, los dientes delanteros tragados y con magulladuras, cortes y erosiones por todo el cuerpo. De hecho, el médico no confía en hacerle sobrevivir, de tan completamente apaleado y débil como se encuentra. El oficial de guardia informa que al oír alboroto en el bungalow bajó con algunos hombres. Vio a dos soldados del 130 salir corriendo y escuchó grandes voces entre la servidumbre del bungalow. Cuando llegó al lugar de los hechos encontró a un gentío compuesto por nativos y dos civiles europeos rodeando al comandante de brigada, que estaba tendido en el suelo hecho un cristo, y por lo que pudo averiguar había una mujer en el fondo del asunto, aunque no pudo hacer un relato claro de lo que había sucedido ni cómo. Naturalmente, el coronel está muy soliviantado al respecto. Ninguno de nosotros quiere a Searles, que es un animal hosco aunque buen oficial, pero un comandante de brigada no puede ser medio muerto sin más, por lo cual me envía a intentar descubrir qué pasó; y como sospeché que usted muy probablemente habría oído algo, pues vine a verle en primer lugar.

Hice entonces para el galante oficial un relato sucinto de todo el asunto, tal como me lo relatara Lizzie. Tuve que sufrir algunas burlas inmisericordes de Stone sobre ella, y me resultó imposible ocultar la verdad sobre mis relaciones con ella. Pero me prometió ser una tumba y, como dijo, no había necesidad de que mi nombre fuese mencionado para nada, desde luego actualmente y quizá nunca, porque no estaba en el bungalow cuando Searles vino. ¡Afortunadamente!

Armado con sus noticias, y bastante interesado por cómo se encontraba Lizzie tras la terrible escena, el comandante regresó para preparar su informe al coronel, y hacia las cuatro de la tarde me envió una nota —chit, como las llaman en la India— diciendo

que el coronel había decidido tapar todo el asunto, incluyendo sencillamente a Searles en el parte como dado de baja por enfermedad y encargando de sus funciones a Jack Stone. Añadió que las partes deberían abandonar Nowshera lo antes posible, recomendándome que preparase a Lizzie para su partida; él se encargaría de reservar para Lizzie un coche de daks tan pronto como lo hubiese, y para mí un par de ekkhas, único vehículo con ruedas capaz de hacer un camino como el que había desde Publi a Shakkote.

Cuando partió del bungalow, volví a mi guardia junto a la pobre Lizzie. La contemplé un breve rato y de repente despertó; viéndome aún allí, todavía sin afeitarse ni vestirse, dedujo correctamente que no había tocado la cama en toda la noche.

—¡Oh, Charlie! ¡Qué amable! ¡Qué bueno eres! ¡Cómo podré corresponderte alguna vez!

—¡Puedes corresponder poniéndote bien lo antes que puedas, mi Lizzie! Y entonces.

—¡Desde luego que sí! ¡Si fui amable antes, ahora lo seré por partida doble! ¡Pero ya estoy bien! Tuve un mal ataque de fiebre la noche pasada, y mis pobres piernas están todavía rígidas e irritadas, pero estoy bien. Si tuviese simplemente un poco de quinina ahora sería el momento de tomarla, para evitar un segundo brote de fiebre.

Yo había comprado una botella del precioso polvo en Bombay. Corrí a hacerme con ella y le di la cantidad que Lizzie me dijo en un vaso de agua.

—Ahí está bien —dijo ella haciendo un gesto de desagrado cuando la amarga dosis pasó por su garganta—. Ahora algo de comer, porque me siento débil por falta de alimento y tengo hambre. Ya viste que me puse mal, Charlie mío, pero creo que fue por miedo más que por otra cosa.

Cuando la dejé para conseguirme la copa de la mañana, antes de irme a dormir, llamé a Soubratie y le mandé que preparase para el momento requerido un consomé concentrado de carne. Se lo traje caliente y reconfortante a Lizzie, que quedó realmente conmovida ante esta prueba adicional de mi cuidado y devoción.

—¡Oh, Charlie! ¡Si todos los hombres fuesen como tú! —exclamó, y suaves lágrimas de gratitud resbalaron por sus

encantadoras mejillas. Las sequé con besos y ella puso una de mis manos sobre uno de sus hinchados senos diciendo:

—¡Eso es, mi Charlie! Si pudiese te dejaría poseerme esta mañana, pero me siento demasiado débil para eso. Me atrevo a decir que estaré mejor después de otro buen sueño, y entonces, querido, jugaremos, ¿verdad?

Reí y dije que así sería, pero puse su mano sobre mi paquete de encantos y le mostré hasta qué punto la fatiga y la vigilia habían reducido la fuerza y el vigor de aquello que no habían afectado las batallas más ardientes entre sus torneados muslos. ¡Pobre Lizzie! ¡Pareció decepcionada! Pero su manita jugando con mi colgante y mis relajadas joyas hizo brotar nueva vida, y con júbilo ella logró una perfecta erección dispuesta para ser plantada lo antes posible para el mantenimiento de su fuerte. Pero ambos estábamos cansados o más bien exhaustos, y le dije que debía dormir y que yo me iría también a dormir en mi propia cama, porque estaba agotado; con más besos dulces y caricias ella se volvió de lado y pronto quedó dormida. Fui entonces a mi cuarto, me tiré sobre el tan necesitado jergón, bajo la brisa fresca de la oscilante punkah, y pronto caí en un profundo sueño.

Mientras Lizzie y yo estamos fuera de combate creo que es un buen momento para contar a mis lectores la historia de sus primeros años, y trataré de atenerme a sus propias palabras en la medida de lo posible. Así amables lectores, imaginad que Lizzie y yo estamos sentados en la terraza tras la cena, o que estamos en o sobre la cama juntos mientras ella me cuenta su relato sin retórica, partes del cual ejemplificamos los dos mediante acciones muy sugestivas cuando su memoria añadía combustible a la pasión amorosa que hacía hervir su sangre, y cuando mi traviesa fantasía excitaba en mí toda la virilidad.

«Pues bien, Charlie, nací y fui criada en Canterbury. Mis primeros recuerdos están asociados con ese viejo y querido lugar, que no abandone hasta cumplir los trece años. El único progenitor que logro recordar es mi madre. No sé si mi padre estaba vivo cuando nací, pero sé que nunca le vi y que mi madre rara vez lo mencionaba. No sé quién o qué era, pero mi madre llevaba anillo de

casada y ningún vecino insinuó siquiera que fue una persona poco respetable, y ya sabes que los vecinos —especialmente las mujeres— no siempre tienen buenas relaciones y que cuando disputan son muy capaces de tirarse unos a otros los trastos sucios. Mi madre era costurera de profesión y tenía una clientela muy buena. Nunca parecía estar corta de dinero, trabajase o no; por otra parte, aunque en nuestra casa había una honesta abundancia, no teníamos lujos ni nada por mera ostentación, excepto en uno de los cuartos usados como probadores, donde ella puso algunos adornos. De niña solía considerarlo un cuarto espléndido, preguntándome si alguien más en el mundo tenía cosas tan elegantes como mi madre. Debes, pues, entender que teníamos una casa soleada y caliente, buena comida, ropa buena y sencilla, buenas camas y, de hecho, todo lo exigido por la comodidad, pero nada superfluo.

»Mi madre no tenía criadas que viviesen en la casa; una vieja asistenta venía todas las mañanas para arreglar la casa. Mi madre y yo quitábamos el polvo, nos hacíamos la cama y guisábamos nuestras comidas sencillas. Fui a la escuela hasta tener doce años, y como era muy despierta aprendí quizá más de lo normal entre chicas. También por entonces hice amistad con otras muchachas, y como nuestras conversaciones no se referían siempre a lecciones, sumas, manzanas o pirulís, recogí alguna información sobre las relaciones entre los sexos, los amantes y sus acciones que no repetía luego a mi madre. Sin embargo, lo que aprendí de este modo no tuvo efecto alguno sobre mí o mis criterios morales. Sabía que tenía una rajita y que un día tendría bebés, que me crecería pelo donde la piel estaba lisa, y que me vendrían las dolencias mensuales. Creía que me casaría, y que cuando así fuese mi marido pondría su “cosa” en mi “cosita” y en su momento tendría un niño, como veía acontecer entre todas las casadas, pero aunque las chicas solían hablar de estas cosas nunca había referencia alguna al vasto deleite que podía lograrse haciendo el amor. Éramos demasiado jóvenes para saber más que cosas vagas e indefinidas. Pero antes de que cumpliese los trece mi madre me sacó de la escuela, no sólo porque estaba poniéndome muy alta para mi edad sino porque se me empezó a formar el busto, empujando a cada lado dos encantadoras palomitas de senos. Con qué placer y orgullo las veía crecer. Hasta mi madre, que me bañaba regularmente cada sábado, las observó y

me dijo un día: “Tendrás un busto perfecto, Lizzie, no recuerdo haber visto pechos más bonitos ni mejor situados, ni con aspecto de crecer tan rápidamente”. Yo observaba que sus ojos miraban brevemente mi lugar, sospechando que lo hacía para ver si empezaba a nacer pelo allí. Pero mis senos estaban bien crecidos antes de que brotara. Con todo, el pelo y la menstruación vinieron casi juntos. Primero hubo una profusión de lo que parecían pequeños puntos negros sobre lo que tú llamas mi toisón, Charlie, y creció muy rápidamente, tan rápidamente que cuando cumplí los trece tenía una buena mata que podía rizar alrededor del dedo. También mi grieta experimentó un marcado cambio. Pareció hacerse más gruesa y con más forma. Mal lo puedo explicar, pero estoy segura de que tú debiste notar cambios semejantes en tu aparato y tu bolsa cuando empezó a crecer la mata. Puedes decir entonces que —en cuanto respecta a las apariencias externas— era una mujer a los trece. Tenía buena cantidad de carne cubriéndome los huesos, un busto encantador, una bonita cintura, caderas amplias y crecientes, buenos muslos y pies y tobillos preciosos. Estaba demasiado bien formada en general para seguir llevando vestidos cortos y mi madre me hizo algunos largos que yo usaba para admirarme en el espejo grande del probador. Sin embargo, aunque me admirase a mí misma nunca me entró en la cabeza provocar la admiración de los hombres. Hasta entonces no había sentido la menor chispa de deseo, y si —como pienso— mi madre vigilaba para ver si veía en mí signos de flirtear o de coquetería nada vio, porque no existían. Con todo, estaba mucho más cerca de usar las escondidas fuentes de placer en mí contenidas de lo que ella y yo pensábamos.

»En la parte trasera de nuestra casa había un buen trozo de jardín, digamos que de unos veinte metros por quince. Ese jardín era el orgullo de mi madre, porque allí cultivaba patatas nuevas y todo tipo de verduras para nuestro uso, además de muchas flores bonitas, con lo cual siempre teníamos buenas verduras para cenar y flores para la mesa y la repisa de la chimenea. Al final del camino había una vereda flanqueada a ambos lados por una fila de establos, donde los oficiales de caballería solían tener sus caballos particulares. Me gustaba mucho apoyarme contra nuestro pequeño postigo y ver salir esos hermosos caballos a pasear, todos

enjaezados conducidos por sus dueños. A veces los propios oficiales iban a echar una ojeada a los establos, pero como no me prestaban atención yo estaba bastante acostumbrada a mirar sin que me hablasen. Sin embargo, hacia el mes de agosto —cuando tenía poco más de trece años y tres meses— algunos establos que habían estado vacíos fueron alquilados por un oficial que tenía tres hermosos caballos. Sentía curiosidad por saber quién era ese oficial puesto que era nuevo. Una noche estaba apostada esperándole cuando vi a un hombre joven, alto, delgado pero muy apuesto, vestido con uniforme de faena, chaqueta de establo, calzas de montar, botas altas, espuelas y gorra de lazo dorado ladeada y puesta bien atrás. Andaba con paso vivo por el sendero, golpeándose levemente las botas con la fusta de cuando en cuando y mirando a derecha e izquierda como si le echase una buena ojeada a todo y todo le fuera novedoso.

»Miró hacia mí también, se quedó un rato observándome y luego miró al establo que tenía al lado, murmuró algo para sí, me miró de nuevo y con un pequeño saludo como en broma usando la fusta penetró en el establo. Entonces supe que se trataba del nuevo oficial. Había algo en él que me sedujo al instante. Parecía muy diferente a todos los otros que había visto. Siempre tenían algo pesado y oscuro flotando en el rostro, como si nada a su alrededor mereciese ser contemplado; en cambio, mi joven oficial era tan elegante y airoso, tan bonito y apuesto, y me había sonreído realmente demostrando haberme visto. Sentí una palpitación cuando hizo su pequeño saludo bromista, y medio me retiré de la puerta sobre la cual me apoyaba, pero no me fui. Quería verle de nuevo, por eso me quedé. Al poco salió él hablando con el mozo, luego el mozo volvió al establo. El joven oficial miró a una parte y otra del sendero mientras se quitaba un guante, y al verme vino jugueteando, haciendo una pequeña inclinación de cabeza, sonriendo y diciendo “buenas noches, Polly”. Se volvió y se alejó rápidamente. Sentí una nueva palpitación en mi pecho, sé que miré patéticamente en su dirección y quedé encantada cuando él volvió la cabeza, me miró y saludó con la fusta. ¡Pobre tonta! ¡Me había enamorado y no lo sabía! ¡Pero así era!

»Pues bien, noche tras noche nos encontramos así el joven oficial y yo. Nada pasó entre nosotros excepto lo mencionado. Si

una noche él no aparecía yo me sentía muy afligida. Le echaba de menos horrorosamente. Descubrí que su nombre era el de honorable Charles Vincent, y que era capitán de húsares. Lo supe oyendo hablar a su mozo; además, todos sus caballos llevaban unas grandes iniciales C. V. cosidas en letra blanca.

»¿Te conté que la final de jardín, en una esquina y cerca de la carretera, había un antiguo y pequeño cobertizo sin puertas? ¿No? Pues así era, y allí había yo plantado madreselva y clematis, así como un rosal trepador. Siendo estudiante solía encantarme ir allí a aprender las lecciones cuando el tiempo era bueno y cálido. La madreselva, el rosal y las demás plantas trepadoras habían crecido muy bien y el sucio y viejo cobertizo fue transformado por ellas en una enramada bastante elegante.

»Una noche mi apuesto oficial no vino como de costumbre. Quedé apenada y ofendida, porque me encantaba verle y él siempre parecía mirarme. Oí a su mozo hablando a los hombres del establo contiguo, diciendo que se preguntaba por qué no venía su capitán, pues la yegua baya estaba enferma y él lo sabía. Supo por eso que mi héroe iba a venir, por lo cual fui a la cabaña y me senté, atisbando y escuchando a través del follaje. Pronto se fueron todos los mozos excepto uno, que era el del capitán Vincent. Al cabo de un rato pareció agotar su paciencia, y le oí maldecir y hablar consigo mismo diciendo que iba a marcharse a buscar un vaso de vino para volver luego. En consecuencia cerró el establo, se metió la llave en el bolsillo y desapareció.

»Esperé y esperé. Al final escuché los pasos que tan bien conocía, y con el corazón latiendo como si realmente hubiese esperado y deseado ardientemente un amante salí y quedé de pie junto al portón, a la manera usual. El sol se estaba poniendo y todo el sendero estaba en sombras. El capitán Vincent llegó caminando rápidamente, me vio, sonrió como de costumbre diciendo “¡buenas noches, Polly!”, y trató de abrir la puerta del establo. Al ver que estaba cerrada dio una patada a la puerta, y como yo sabía que no había nadie dentro dije en voz alta: “Señor, el mozo estuvo esperando, y al rato dijo que iba a tomarse una copa pero que volvería”.

»—¡Oh! ¿Es así, Polly? ¡Gracias querida! —y acercándose a mí añadió—: ¿Hace cuánto se fue el mozo?

»—¡Oh! —dije, mientras hacía cálculos, pues me había parecido muchísimo tiempo—, me parece que hace unos tres cuartos de hora, señor.

»—Tres cuartos de hora —exclamó el capitán mirando su reloj—. Bien, entonces estará de vuelta pronto, según creo. ¿Y cómo estás tú, Polly? Te veo aquí todos los días. ¡Qué bonita mano! ¡Qué muchacha encantadora eres, Polly! ¡Afirmo que debo casarme contigo! ¿Te casarías conmigo si te lo pidiera, Polly?

»Naturalmente, yo era un poco tonta, pero no podía evitar sentirme complacidísima por su admiración y su pregunta, aunque me resultaba bastante claro que estaba bromeando al proponerme matrimonio.

»—¡Oh, señor! —dije—, no se burle de mí. ¡Sabe que no puedo casarme con usted, señor!

»—Bueno —dijo él—, en cualquier caso podrías darme un beso, criatura, ¿no es verdad?

»Sentí que mi rostro ardía. Era justamente lo que yo ansiaba. ¡Oh!, no puedo explicarte cómo había ansiado que se fijara en mí. Miré cuidadosamente a mi alrededor y, viendo que no había nadie a la vista, dije:

»—Si se da usted prisa, señor, porque alguien podría verlo y habría chismorreó.

»Apenas habían salido de mi boca las palabras y ya el galante y ávido capitán tenía sus labios sobre los míos, dándome un beso como jamás había recibido en la vida; ¡un beso que pareció recorrer todo mi cuerpo hasta los mismos pies!

»—¡Polly! —dijo él con voz grave—, ¿podría ir a tu casa de verano, tras ver a mis caballos, para charlar un ratito contigo?

»Sabía que había una pequeña posibilidad de que mi madre le viese, por lo cual dije rápidamente mientras me latía el corazón:

»—¡Sí señor! Iré ahora y esperaré, y puede usted venir cuando esté listo, pero, por favor, no se quede aquí hablando conmigo. Pueden vernos, ¿sabe?

»—Comprendo —dijo él con los ojos echando chispas cuando se hundieron en los míos.

»Se dio la vuelta y caminó un poco por el sendero, en la dirección por donde se había ido el mozo. Me fui a la “casa de verano” como él la llamaba, y me quedé mirando las plantas. ¡Oh!

¡Cómo me latía mi corazón! ¿Querría besarme otra vez? Deseaba ardientemente que viniese el mozo, porque si me quedaba fuera demasiado tiempo mi madre podía llamarme. Al fin vino. El capitán y él charlaron un poco, pero sin disputar. Creo que yo lo evité, pues estoy segura de que el capitán Vincent se enfadó al descubrir que el hombre no le había esperado, pero ahora estaba desde luego contento. No permaneció en el establo. El mozo y él salieron juntos y caminaron por el sendero. ¡Oh, qué estremecimiento sentí! ¿Acaso no iba a venir? ¡Qué cruel! ¡Qué cruel! Sin poder evitarlo me senté en el suelo y comencé a llorar y sollozar, y de repente allí estaba mi amante, dentro de la casita. Había vuelto todo lo rápidamente que pudo; sólo había caminado por el sendero con el mozo para librarse de él. Me levanté de un salto cuando entró, y él vio que había estado llorando. Entonces se sentó y me puso sobre su rodilla, y con un brazo alrededor de mi cintura y la mano derecha sobre mi busto me dio ¡oh! Cientos de besos. Parecía bastante excitado, y yo simplemente estaba fuera de mí por la felicidad y el júbilo.

»—¡Oh Polly! —dijo—. ¿Sabes que he estado ansioso por besarte desde la primera vez que te vi? ¡Eres la chica más encantadora que jamás vi!

»Yo sólo podía sonreír. Estaba bastante oscuro ahora en la casita, pero podía verle con relativa precisión. Me besó todo el rostro y el cuello, y su mano se cerró sobre el pecho que estaba más cerca. Me gustaba demasiado como para decirle que la retirarse, pero sabía que él no debería hacer eso. Todo el tiempo que me estuvo besando me llamaba su cariño, su palomita, su encantadora mujercita y cosas semejantes, mientras yo le acariciaba el pelo y le besaba también.

»Al cabo de un rato dijo:

»—¿Qué edad tienes, Polly?

»—¡No me llamo Polly, señor! Mi nombre es Lizzie.

»—¡Muy bien! ¿Cuántos años tienes, Lizzie? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

»—¡Dieciséis o diecisiete! —contesté—. ¡No, señor! ¡Tengo trece! ¡No tendré catorce hasta el año que viene!

»—¡Trece! —exclamó sorprendido—. Sólo trece. Pero, Polly (quiero decir Lizzie) ¡tienes que tener más de trece! ¿Quién ha visto a una chica tan espléndida como tú con sólo trece años?

»—Señor —dije riendo—, de verdad que sólo tengo trece.

»Él me miró; puso la mano sobre mi otro seno y le dio un delicioso apretón como si lo palpase, y luego la puso en su antiguo lugar sobre el otro seno.

»—Entonces —dijo él—, supongo que éstos son sólo relleno.

»—¿Qué? —dije.

»—¡Cielos! Digo que estas te... quiero decir... ¿cómo los llamas? Tu busto, Polly, ¿qué digo?, Lizzie.

»—Parece mentira, señor —dije con indignación—, no llevo relleno alguno. ¡No lo necesito! ¡Desde luego que no!

»—¡Oh! —dijo el riendo—, pero, Polly (quiero decir Lizzie), ¡me gustaría recordar tu nombre, cariño! Ninguna chica de trece tiene pechos tan espléndidos y bien desarrollados —y mientras hablaba los apretaba una y otro vez—. Son demasiado espléndidos para una chica de trece. ¡Debes ser mayor de lo que crees!

»—¡Desde luego que no, señor! ¡Sé que tengo sólo trece años!

»—¡Bien! ¡Entonces no me creo que sean de verdad! Deben ser relleno, Polly, ¡quiero decir Lizzie!

»Me ofendía. ¿Por qué tenía que ser tan obstinado? ¿Por qué no creía que mis pechos eran de carne en vez de mero relleno? En consecuencia le dije:

»—Si piensa que son falsos, ¡haga el favor de no palparlos más!

»—Pero —dijo—, Polly, Lizzie, no digo que no sean de verdad. El hecho es que no sé qué pensar. Hay un error en alguna parte, ¡pero no te enfades, criatura! ¡Ven y bésame!

»¡Esos deliciosos besos! ¡Esas deliciosas presiones de su mano!

»—Lizzie, déjame meter la mano dentro de tu vestido, ¡por favor!

»Y diciendo esto empezó a empujar por la parte delantera de mi vestido, que estaba sujeta con prendedores y ojales. Le incomodaban y se puso tan terriblemente impaciente que yo —no menos ansiosa por demostrar la falta de relleno— acabé alejando sus manos ávidas y desabroché por mí misma el traje que se le oponía obstinadamente.

»—¡Ahí está! —dije riendo—, puede meter la mano ahora, pero todavía queda un corpiño interior que desabrochar.

»Pero el corpiño le planteó pocos problemas. Como si asiera un premio que se le escaparía de no ser muy rápido, metió su mano

fuerte pero gentil entre la piel y la ropa interior, cerrándola sobre el firme pequeño globo que encontró allí.

»—¡Oh! —exclamó, haciendo con los labios una especie de ruido de beber, como si estuviese tragando un líquido caliente—. ¡Oh, Polly! ¡Lizzie! ¡Qué espléndido pechito y qué suave pezón! ¡Déjame palpar el otro ahora!

»Dio la vuelta a su mano y la metió por el lado derecho, asiendo ese seno y recorriéndolo con loca excitación como había hecho con el otro. El efecto sobre él era maravilloso. No puedo describirte mis sensaciones, Charlie, porque siendo un hombre no puedes entender lo que siente una chica cuando sus pechos son palpados tan bien por un hombre, pero me invadió una especie de sensación general. Noté que deseaba abrazar a mi amante y mantenerlo aferrado a mí. Sentí que deseaba algo más de él; algo que sólo podía obtener apretando mi cuerpo al suyo todo, todo lo posible, pero en la posición donde me encontraba —con el brazo de él levantado y su mano tocándome el busto— era imposible pensar en abrazarle. Hice lo que podía hacer. Rodeé su cuello con un brazo, acerqué su cara a la mía y besé su boca con una energía apasionada que le avivó aún más.

»—¡Ábrete el vestido, Lizzie! ¡Cielos! ¡Debo ver y besar esas espléndidas joyitas que son tus pechos!

»¡Cómo se estremeció su voz! Noté que me hacía temblar de pies a cabeza, y que su voz temblaba igualmente. Lo que se apoderó de nosotros era pasión, deseo y amor. Uno de los dos conocía bien su significado; el otro —yo— se encontraba todavía en un estado de ignorancia que pronto iba a despejarse.

»No vacilé en obedecerle. Des hice el cuello del vestido y él —abriéndolo de par en par hasta que quedaron al aire mis hombros y busto— derramó un torrente de besos sobre mis hinchados senos. Yo me recosté apoyada en su fuerte brazo, entregando mi persona y mis palpitantes pechos para que hiciese con ellos lo que quisiera. Fue indescriptible. Cómo volaba su boca de colina en colina. Cómo ascendían sus labios por cada una, apresando su aliento cálido por el valle intermedio y recorriendo hacia abajo mi cuerpo hasta que la cinturilla le cerraba el paso. Pero mientras estaban así de ocupados sus labios, con la mano derecha puesta en mi regazo, apretando entre mis muslos, estaba produciendo estragos en otra parte. Al

principio me sentí inclinada a resistir, no porque no me gustase sino porque sentía brotar en mí una sensación de vergüenza, casi superior a la intensa sensación de placer proporcionada por sus dedos en movimiento.

»—¡Ah! —dije.

»—¡Querida!

»¡Cómo dijo esa palabra! Era como si su alma la exhalase desde lo más profundo del corazón.

»—¡Oh, señor, no ponga su mano ahí!

»—¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Oh! ¡Mi deliciosa Polly! ¡Lizzie! ¿Cómo te llamas? Debo, ¡oh! ¡Ahora no seré feliz hasta que te posea! Sabes lo que eso significa ¿verdad, querida? ¡Di que me dejarás! ¿No es así?

»Yo no lo sabía exactamente, pero empecé a sospechar que el amor, el matrimonio y el acto de “poner su cosa dentro de mi cosita” como decían las chicas hablando de maridos y esposas estaban íntimamente conectados, y el placer que sus dedos causaban en mi derretida colina me hacía pensar que también el “poner” debía ser algo celestial, ¡y estaba en lo cierto!

»No sé si dije “sí” o “no” a su pregunta, ¡pero él actuó como si hubiese sido lo primero en cualquier caso! Porque de repente puso la mano bajo mi vestido, y antes de que pudiese proferir palabra lo tenía todo lo arriba que podía llegar entre mis muslos, mientras al mismo tiempo me apretaba contra él y besaba mi boca. Las enaguas, que me llegaban por delante hasta la cintura, supusieron un pequeño obstáculo, ¡pero sus dedos ávidos y ágiles encontraron modo de penetrar! ¡Cielos! ¡La deliciosa sensación de esos dedos acariciando mi musgosa mata! Uno de ellos penetró a fondo entre sus felices labios y ya no intenté evitar que hiciese lo que quisiera. Era demasiado delicioso. Abrí los muslos algo más, y mientras él chupaba mi boca con largos besos ardientes, ese dedo entraba y salía, entraba y salía dándome un placer más y más exquisito hasta que al final un espasmo, un estremecimiento y una especie de salto pareció recorrer grieta, toisón y todo mi cuerpo, y mi amante exclamó:

»—¡Ah!, ¡ah!, ¡oh!, ¡Lizzie querida! ¡He hecho que te corras!

»Retiró entonces por un momento la mano de entre mis muslos y noté que se hacía algo. Con voz temblorosa de emoción y excitación me dijo:

»—¿Dónde está tu mano, Lizzie? ¡Dámela!

»La cogió y la puso sobre lo que parecía un palo grande y grueso, más grueso que el palo de una escoba, caliente y terriblemente duro salvo por su superficie, que tenía el tacto del terciopelo y estaba suelta, móvil. Era tan grande que apenas podía rodearlo con mis dedos. Sin embargo, el mero hecho de tocarlo hizo que mi cerebro girase enloquecidamente.

»—¿Qué es esto? —dije con voz estrangulada.

»—¡Soy yo, Lizzie! ¡Es mi... mi... mi virilidad! ¿No sabes, querida, querida Lizzie, qué es lo que se mete allí? —dijo mientras movía el dedo otra vez en mi coñito excitándome más salvajemente todavía—. ¡Déjame meterla, querida Lizzie! ¡Me mataría oírte decir que no!

»—¡Oh! —dije sofocada, casi incapaz de hablar—, ¡no puede, señor! ¡Es demasiado, demasiado grande! —y mientras hablaba iba tocando la cabeza curiosa, suave y elástica que coronaba su poderosa arma.

»A guisa de respuesta mi amante me desplazó de su rodilla al asiento, se levantó de un salto, se desabrochó las calzas bajándolas a continuación, levantó su camisa y por un instante contemplé atónita lo que parecía una enorme barra blanca con punta roja, que brotaba de un completo bosque de pelo negro.

»Antes de que pudiese hablar o resistir mi impaciente Charles me levantó vestido, enaguas y todo poniéndome sobre sus rodillas, de manera que tenía una pierna a cada lado, y entonces —mientras se acercaba la parte inferior de mi cuerpo— hizo que me reclinase hacia atrás. Para hacerlo tuve que flexionar las rodillas y quedar de puntillas, mientras él se sentaba en el borde mismo del asiento. ¡Oh! ¡Qué conmoción recibí de placer delicioso, y qué atónita quedé al notar que me había puesto justamente sobre lo que llamaba su virilidad, que con un ruidito como de chapoteo había entrado directamente en mi hendidura!

»Él no dijo nada excepto “¡querida!, ¡querida mía!”, una vez y otra vez, y yo estaba demasiado en el cielo para pensar en hablar. Sin embargo, para sujetarme tuve que poner los brazos alrededor de su cuello, echándome hacia atrás para darme a él como me enseñaba la naturaleza.

»Charles no hizo ninguna tentativa de tomar mi virginidad

entonces. Deseaba fascinarme dándome sólo placer y, ¡cielos!, ¡bien que lo consiguió! Empujó su gran vara hasta que mi virginidad impidió cualquier progreso, luego la sacó casi totalmente, y cada vez que lo hacía yo notaba que mi gruta se abría y que sus labios se deslizaban sobre la vasta cabeza, como sucediera cuando se cerró frente a ella. De nuevo sentí ese exquisito espasmo y Charlie exclamó que había hecho que me “corriese” otra vez, pero pronto él se puso poderosamente agitado, sus movimientos se hicieron más y más rápidos, sus sacudidas más enérgicas, hasta que de repente me apretó contra su pecho mientras mantenía el arma dentro de sí todo lo profundamente que podía, y sentí algo caliente que me corría por los muslos, y que toda mi mata y esa parte de mí estaba inundada de algo que venía de él. Me sentí casi inclinada a desmayarme con el placer inexpresable que me embargaba cuando de repente oí:

»—¡Lizzie! ¡Liz-z-zie!

»—¿Quién te está llamando? —dijo Charles quitándome rápidamente de encima de él y bajándome la ropa al tiempo que se ponía de pie de un salto, escondía esa emocionante cosa suya y se arreglaba la ropa del mejor modo posible.

»—¡Oh! —exclamé, sintiéndome horriblemente culpable y asustada—, ¡es mamá!

»—Bueno —dijo Charlie dándome un beso apresurado—, no tengas miedo, abróchate el vestido, grita diciendo que vas.

»—¡Ya voy, madre! —grité.

»—¡Ven entonces, criatura! —fue la respuesta de mi madre mientras penetraba en la casa.

»Mi amante podía ver a través de las enredaderas que colgaban sobre el agujero que yo llamaba “mi ventana”, y vio que mi madre desaparecía. Entonces me tomó en sus brazos, me apretó, me besó y, cogiendo mi mano, la puso sobre su rígida y enorme cosa que se erguía dentro de sus calzoncillos, y apretando mi palpitante colina me besó una y otra vez, suplicándome que estuviese allí la noche siguiente a la misma hora, pero cuidando de que mi madre no percibiese nada extraño en mi conducta o mi aspecto. Se lo prometí, di un tierno apretón más a su deliciosa herramienta y corrí feliz, aunque todavía nerviosa, hasta la casa.

»Madre sólo me llamaba para que cosiese unas cosas. Las velas estaban encendidas, pero no pareció ver que yo tenía los colores

subidos y temblaba. Yo sentía arder mi rostro, palpar mi busto, y los senos como si fuesen a estallar el vestido. Guardaba aún la sensación de la querida mano de Charlie, y en cuanto a la grieta bastará decir que parecía haberse vuelto loca. ¡Latía! ¡Me hacía cosquillas! ¡Y mi mata y mis muslos húmedos se pegaban a la ropa interior! ¡Qué delicioso era! ¡Oh! ¡Qué placer dulce, dulce había disfrutado! ¡Y tendría más la noche siguiente! ¡Imaginar que este caballero apuesto y aristocrático pensaba tan bien de mi pobre persona! ¡Una muchachita como yo, sin haber cumplido siquiera los catorce años, con un verdadero amante que tenía —cielos— un arma gloriosa! ¡Cómo respiraba agitadamente! Sus “oh, dios mío” y “¡mi niña querida!”, mostraban qué intenso era su placer también. Así vagaban mis pensamientos mientras movía mecánicamente la aguja.

»Después de ir a desnudarme para la noche hice un examen minucioso de mi cuerpo desnudo. ¡Así que era hermosa! Tenía pechos mejores que la mayoría de las chicas, y mi pequeña cueva era una joya perfecta. ¡Si solamente Charles pudiese venir a mi cama! ¡Qué perfecto sería! Me haría durante toda la noche lo que hizo en la casa de verano. Pero iba a volver mañana. Intenté dormirme lo antes posible para poder soñar con él.

»Sin embargo el sueño no llegaba. Estaba demasiado excitada. Me descubrí metiendo el dedo todo cuanto podía, y haciendo el movimiento de émbolo que Charlie hizo, pero su dedo era mucho mayor que el mío, me había dado más placer, y en cuanto a su virilidad, ¡cielos! ¿Sería posible que cosa tan enorme tuviese manera concebible de entrar en mi raja? No podía creerlo y, sin embargo, él me había dicho que sí podía. Entonces, ¿por qué no me había entrado toda esa misma noche? ¡Quizá porque se vio tan urgido! A lo mejor requería más tiempo. Pasó mucho tiempo antes de que me durmiese, y entonces quedé decepcionada. No soñé con mi amante ni con nada.

»¡Vaya si me pareció largo el día siguiente! Me preocupé de parecer la misma, aunque notara que había experimentado un cambio tremendo. No me sentí como la muchachita que sólo esperaba a su admirado joven oficial para complacerse viéndole. Ahora esperaba, quería y deseaba mucho más. Y lo conseguí. Cuando llegó y me encontró sentada en la casita, no hizo al

principio nada más que besarme y palpar pechos y grieta a través del vestido, diciendo que como mi madre estaba tan cerca sería peligroso que me desnudara hasta el punto de no poder salir corriendo tan pronto como llamara, para detenerla y desviarla de la casa de verano, pero poco a poco se fue excitando más y más; de hecho, no abrió mi vestido por delante, aunque metió la mano bajo mis enaguas, se apoderó de mi lugar secreto y lo enloqueció con sus acariciadores dedos, mientras yo palpaba su armadura con el hierro, hasta que al final dijo:

»—Lizzie, creo que debemos echar un polvo solamente.

»Me preguntó entonces si quería sacarle el “hombre” de los pantalones. ¡Cómo no! Comencé inmediatamente a desabrocharle los botones, metí la mano, retiré la camisa y ¡oh!, ¡el deleite de aferrar esa cosa grande, espléndida y caliente! Encantado igualmente, Charlie me dijo que palpase sus joyas aunque con cuidado, diciéndome cómo llegar a ellas, y así lo hice. ¡Qué encantadoras! ¡Qué agradables al tacto! Parecían dos buenos huevos en una bolsa de terciopelo. Entonces se bajó los calzoncillos y me puso de nuevo sobre sus rodillas, y yo tuve el mismo deleite de notar su herramienta metiendo y sacando la cabeza de mi grieta y de correrme. ¡Ah! ¡Las sacudidas rápidas y los casi gruñidos de placer, y los veloces chorros calientes de leche que derramó sobre mi excitada abertura! Esta vez no nos interrumpió mi madre, y mientras me sujetaba con su hombría aún metida dentro de mí preguntó:

»—Lizzie, ¿vendrás un día a dormir conmigo? ¡Sería tan magnífico estar ambos en cueros sobre una buena cama cálida! Y entonces podría poseerte como es debido. Aquí no puedo hacerlo. Debo entrar por completo en ti, pero en estas condiciones no puedo meter ni la mitad, ni un cuarto.

»—¡Cielos! Me gustaría, pero ¿cómo podría dormir alguna vez contigo, Charlie querido?

»—¡Oh! Naturalmente debes venir conmigo. ¡Vente mañana! Nos encontraremos aquí y te llevaré a Dover. ¡Pasaremos una semana allí! ¿Vendrás, Lizzie?

»Parecía imposible. Me era tan nueva la idea de abandonar mi casa que al principio apenas podía permitirme pensar en ella, pero Charlie me persuadió fácilmente; pero lo que dijo con palabras su

voz persuasiva lo dijo con silencio elocuente su verga aún más persuasiva a mi ávida rajita. Mi raja estaba desde luego de parte de Charlie.

»Dije que haría lo que quisiese, y justamente lo que me dijera. Así pues, manteniéndome todavía en esa deliciosa posición sobre él, me dijo que cogiese todas las pequeñas cosas que necesitara y las llevase a la casa de verano el día siguiente, cuando menos podría observarme mi madre, y que me asegurara de coger el mejor traje y el mejor sombrero pues habría de viajar como su esposa y era conveniente que tuviese el mejor de los aspectos. Dijo entonces que no vendría a buscarme hasta las nueve, y que para entonces yo debería estar dispuesta. Quería saber si a esa hora tan tardía me sería difícil salir de la casa, porque de ser así haríamos otro plan. Pero yo sabía que podía hacerlo fácilmente, y me parecía tan larguísima la espera hasta entonces que le aseguré que estaría preparada, y todo lo bien vestida que él podría desear, pues siendo mi madre costurera y yo una bueno “modelo” siempre me tenía bien vestida, diciendo que yo era su anuncio andante. Entonces, tras muchos más dulces besos y caricias pero nada más abandoné a mi amante adorado para pasar a mi costura y a mis pensamientos.

»Ahora puedo decir también que —aunque luego me arrepentí amargamente de esta escapada, y mi corazón me reprochó espantosamente abandonar a mi madre de modo tan cruel, especialmente cuando no tenía la más remota causa de queja hacia ella sino todo lo contrario— me fue imposible evitarlo. Nadie de los que como yo han sido dotados de pasiones abrumadoramente fuertes puede resistir una tentación similar. Yo estaba, de hecho, enloquecida por deseos insatisfechos. Tenía hambre de una fiesta carnal. Me había conducido como una tigresa hambrienta olisqueando la presa exquisita, olvidando todo excepto sus deseos rapaces y ávidos. Sabía que iba a hacer un daño infinito, quizás irreparables, pero no era dueña de mi voluntad. Mi rajita —hasta entonces apenas percibida o tomada en consideración— había emergido repentinamente de su oscuridad, capturándome y haciéndome prisionera. En realidad, estoy segura de que si Charlie hubiese estado en el mismísimo infierno allí habría saltado, para estar en sus brazos y obtener su amor.

»Así, tras lo que me parecieron horas de espera, y una noche

pasada casi totalmente en vela, llegó la hora fatal. Cumplí las instrucciones de Charlie; llevé poco a poco las cosas que necesitaba y las escondí en la casita de verano, y cuando Charlie llegó me encontró vestida y lista. Había cambiado de ropa dejando en el asiento la que llevaba generalmente, y allí descubrió mi madre el vestido pocas horas después. Mi mente y mi cuerpo se encontraban en tal estado tumultuoso que mal recuerdo cómo dejamos la casita de verano. La abandoné virgen, aunque no muy casta y cuando volvía a ella ya no lo era. ¡Ay!

»Recuerdo más nítidamente las cosas desde que Charlie me puso en un compartimento de primera, fue a ver si habían metido mi equipaje y volvió. Sólo había otro pasajero, un viejo caballero que viajaba evidentemente desde Londres. Se quitó las gafas para mirarme y pareció tan satisfecha ante mi aspecto que apenas me quitó los ojos hasta que llegamos a Dover. Ser mirada tan insistentemente me irritaba más de lo que puedo explicar, pero la cosa divirtió inmensamente a Charlie, que me hacía pequeños guiños maliciosos de cuando en cuando y susurraba a mi oído que había hecho una nueva conquista.

»Me mantuve callada, aunque me hubiese gustado decirle alguna impertinencia al viejo caballero. El hecho es que mis nervios estaban tan tensos que a menudo me pregunto si estaría en mis cabales. Fuimos al hotel Ship, que como sabes está cerca del malecón, y Charlie alquiló un dormitorio doble con antesala, inscribiéndose como capitán Charles Vincent y a mí como su esposa, ambos con el título de Honorables.

»Yo estaba verdaderamente muy nerviosa. Todos parecían mirarme con dureza. En mi corazón me decía: “¡Saben que no soy su mujer!”. Era tan joven, con tan poca experiencia que imaginaba a los otros capaces de leer en mi corazón y en mi mente lo mismo que yo. Me puso tan contenta ¡cielos!, subir al fin hasta nuestro cuarto. Allí Charlie me tomó en sus brazos y me dio, como dijo, todos aquellos besos, caricias y apasionados abrazos que me habría dado en el tren si el horroroso caballero y viejo no hubiese estado allí. Me quitó el sombrero y la capa, retrocediendo unos pasos para admirarme, según dijo, y cuando lo hubo hecho corrió hacia mí y me aferró de nuevo entre sus brazos, diciendo:

»—¡Oh, Lizzie! Nunca te había visto tan bien vestida. Pareces

una perfecta dama, querida, y sólo tienes trece años. Este busto estupendo, estos pechos encantadores y las espléndidas caderas no pertenecen a una niña de trece, sino a una mujer de diecinueve o veinte; y tu rostro hermoso, realmente hermoso, aunque tenga un aspecto deliciosamente joven, no es en modo alguno el de una niña.

»Diciendo esto me besó y me acarició, poniendo su mano perversa y deliciosa entre mis muslos. Yo comencé entonces a perder mis nervios; me apoyé sobre él con el corazón rebosante de amor y afecto, y el deseo hizo que me estremeciese de pies a cabeza.

»Charlie insistió en que comiésemos algo y bebiésemos una botella de champán. Yo no me sentía hambrienta para nada y así se lo dije, pero él dijo estar seguro de que yo no había comido nada en todo el día. Confesó que a él le había pasado lo mismo, añadiendo que si no comíamos y bebíamos nos faltarían fuerzas durante la noche. Lanzando masas de deslumbrante luz desde sus ojos sobre los míos, Charlie dijo:

»—Estás muy equivocada, querida Lizzie, si piensas que vamos a poder pegar un ojo antes de las cuatro de la madrugada, o quizás en toda la noche.

»Antes de que trajesen las cosas de comer Charlie me había dado dos anillos. Tengo a ambos conmigo ahora. Están donde él los puso aquella primera vez. Uno liso de matrimonio y otro con perlas, diamantes y rubíes. Ésta fue mi boda fingida y mi luna de miel verdadera. Más adelante me casé de verdad con el mismo anillo, y ese matrimonio fue seguido por una fingida luna de miel. Estuvo bien que él hiciera eso, porque nos esperaba una doncella bonita y curiosa, y varias veces observó sus ojos clavados sobre mis dedos para ver si llevaba la marca externa y respetable del matrimonio. Me pregunto cuántos anillos semejantes habría regalado Charlie a otras chicas. Era un gran burlador de doncellas. Tenía mucha mano para todas las fases de la seducción —era un perfecto cazador de mujeres— y yo sólo era una entre muchas que pasaron de vírgenes a mujeres cruzando las puertas de sus brazos; porque mi primer Charlie, como mi último Charlie, comenzó a cazar grietas muy joven. Siendo apuesto como tú, bien dotado con las armas necesarios y rico, cosechó muchos más éxitos que fracasos. Dijo siempre que yo era la gema de sus gemas, y que me había

encontrado por casualidad. Desde luego, no tuvo dificultades conmigo; caí como un melocotón maduro tan pronto como sus dedos me tocaron.

»Sigamos. Tras el refrigerio la doncella quiso saber si yo necesitaba su ayuda para desvestirme antes de ir a la cama, y Charlie contestó por mí diciendo que se lo agradecía pero que ya no necesitaría sus servicios esa noche, añadiendo que no deberían molestarnos por la mañana porque habíamos hecho un largo viaje y dormiríamos hasta tarde probablemente. Pude ver que la muchacha luchaba por contener una sonrisa. Era demasiado evidente que estaba recién casada, si casada estaba, y creo que ella se dio perfecta cuenta de que no pasaríamos la noche durmiendo. ¡Sé que me ruboricé! No puede evitarlo. Cuando dejó el cuarto la cogí mirando a Charlie y, si no me equivoco, pensó que cambiaría con gusto su lugar por el mío, arriesgándose a pasar la noche en vela junto a él.

»Ya me estoy acercando mucho al final de la vida de mi pobre y pequeña virginidad, que murió antes de cumplir yo los catorce. Pocas perecen tan pronto, pero temo que en el tipo de vida donde nací pocas superan los quince o dieciséis. ¡Esas chicas tienen demasiadas oportunidades para librarse de esos monstruitos! Pero yo ni siquiera sabía qué era. Pronto iba a aprender, pero sólo para sentir cómo desaparecía para siempre.

»Tan pronto como la doncella se marchó Charlie suplicó que fuese a la cama. Lo curioso, aunque cierto y me parece que natural, es que la “cama” me resultó algo alarmante, por más que estuviese ansiosa de ser poseída y me deleitara la idea de estar allí con él, conociendo el placer ya disfrutado a causa de su dulce órgano. Habría demorado gustosa el momento, pero Charlie me suplicó y rogó que no demorase nuestra felicidad, y sintiéndome desde luego un poco como una verdadera novia virgen dejé que me llevase del salón al dormitorio. ¡Allí estaba el altar del amor donde iba a oficiarse el sacrificio! Era una cama como no había visto hasta entonces, bonita, grande y ancha. El cuarto era amplio; había dos mesas con palanganas, un espléndido armario con puerta de cristal que tendría un metro ochenta de altura al menos, agradables paisajes pintados al óleo en las paredes y en el suelo una moqueta apagaba cualquier ruido de pasos. En mi vida había estado en un

dormitorio tan suntuoso. Estaba atónita de admiración y asombro. Me parecía todo demasiado espléndido.

»—¡Querida! —exclamó Charlie—, debo ir a darle unas chupadas al puro y ver quiénes están en la casa para saber si hay alguien de quien convenga mantenerte escondida. No tardaré mucho. Desabróchate las ropas pero no te las quites. Seré tu doncella esta noche y tu hombre también.

»—¡Oh, Charlie! ¡No te retrases! ¡No me dejes sola!

»—¡Nadie vendrá a comerte, nena! Además —dijo sonriendo—, a lo mejor te gusta estar a solas unos pocos minutos.

»Comprendí. Realmente lo necesitaba mucho, y nada más dije para retenerle. Agradecí mentalmente a Charlie su amable pensamiento. Me pareció extremadamente delicado de su parte, y sentí que mi corazón saltaba hacia él.

»Antes de seguir sus instrucciones y aflojarme la ropa miré por la ventana y vi un paisaje encantador. Supongo que conoces Dover. La vista de la Explanada con todas las lámparas encendidas, las luces del castillo y las de las casas situadas a lo largo de la playa parecían estrellas, formando en conjunto una visión completamente nueva para mí. El murmullo de las olas rebotando contra el malecón y rompiendo en la orilla llegaba amortiguado a mis oídos, haciéndome sentir una felicidad soñadora que no puedo describir. Recordando entonces de repente lo que tenía que hacer, dejé caer la persiana y me puse a desabrochar el vestido. Mientras estaba soltando las cintas entró mi Charlie con pasos rápidos y ávidos, tomándome en sus brazos, metiendo un muslo entre los míos y exclamando:

»—¡Todo bien, Lizzie! No hay nadie que me conozca o a quien yo conozca. ¡Ahora déjame desnudarte! Nos pondremos en cueros y tendremos una noche encantadora, encantadora en esa cama celestial.

»¡Cielos!, quitándome la ropa fue más rápido de lo que hubiera podido sospechar tras la experiencia en la casa de verano. En un instante me tenía desnuda excepto combinación, medias y botas. Pensé que iba a quedarme con la combinación puesta, pero no fue así. Al quitarme las botas y las medias él hizo que me sentase en una silla, y sus insolentes manos siguieron empujando hacia arriba la combinación más de lo necesario, con lo cual quedaba al

descubierto mi mata. ¡Era encantador! Me hizo muchas cosquillas, me hizo reír y me excitó tanto que para devolvérselo puse mi pie ya desnudo entre sus muslos. Él lo cogió al instante, situando la planta sobre la hermosa y rígida arma, y una sacudida como de electricidad recorrió todo mi cuerpo. Me había quitado ambas medias ahora y yo iba a levantarme de la silla cuando él, reclinándose hacia atrás, dijo que debía ver mis hombros y mis pechos desnudos. Al momento me fue bajando la combinación por los hombros hasta dejarla en la cintura, con lo cual todo lo situado por arriba quedaba totalmente desnudo. Se lanzó con un grito de júbilo a besar, morder y acariciar mi busto mientras apretaba mis muslos y los palmeaba debajo de la combinación. Entonces, levantándose de repente, me tomó en sus brazos, me alzó del suelo, dejó que la combinación resbalase, la apartó de un puntapié y me puso frente a él desnuda como nací.

»—¡Charlie! ¡Cómo te atreves a hacerme esto! ¡Dame mi combinación! —exclamé poniéndome las manos sobre el toisón, ardiendo de vergüenza por encontrarme tan espantosamente desnuda en presencia de un hombre.

»—¡Oh, mi bella y encantadora Lizzie! No puedo permitir que cubra ese cuerpo adorable y esos exquisitos encantos. ¡Mira aquí, muchacha! ¡Ven a mirarte en este espejo, y dime si has visto algo más bonito en tu vida!

»Y medio a la fuerza me llevó ante el espejo de cuerpo entero ya mencionado.

»¡Cielos! Me es difícil relatar la impresión que me produjo mi propia imagen. Inmediatamente antes me sentía colorada de pies a cabeza por la vergüenza de estar completamente desnuda en presencia de Charlie, pero ahora estaba tan conmovida por la visión que todos los sentimientos de vergüenza se desvanecieron sustituidos por una oleada de placer. Nunca me había visto desnuda y entera en un espejo, porque mi pequeño dormitorio en casa no tenía ningún espejo semejante y porque nunca se me ocurrió desnudarme y ver cómo eran mis encantos desnudos ante el espejo de cuerpo entero del probador materno. Además, todos los alrededores estaban ahora a favor de que me viese ventajosamente. El papel de las paredes era oscuro y reflejaba mal la luz, con lo cual mi imagen en el espejo se destacaba contra un fondo oscuro

brillando con cegadora blancura. Madre había dicho a menudo que era una chica bien hecha, pero nunca se explayó mucho sobre mi figura o mis encantos. Aquí los tenía todos, y quedé atónita y encantada con la revelación. Tú me has visto desnuda, Charlie, y sabes cómo soy ahora. Pero entonces mi cuerpo era casi tan redondeado y lleno como ahora, con la misma forma en los miembros. Quizá lo que al principio me sorprendió más fue la impecable piel. A continuación venían los encantadores hombros y el busto, la esbeltez de la cintura y el bello modo en que se expandían mis caderas hasta hacerse más anchas que el torso. Mis preciosos pechitos bien separados, cada uno mirando en una dirección, perfectamente redondo cada uno donde brotaba el torso y ambos afilándose en perfectas curvas hasta llegar a dos puntas como capullos de rosa, eso fue lo siguiente que captaron mi complacidos ojos. Nunca les había visto con aspecto tan encantador como entonces tenían, mientras resplandecían y brillaban como si fueran más blancos que el cuerpo por efecto de la luz. Mi vientre, suave, amplio y marcado en el centro con un dulce y pequeño ombligo, semejante a una impecable llanura de nieve, tanto más deslumbrante cuanto que contrastaba con el espeso cabello rizado en generosos bucles marrones oscuros sobre el triángulo de mi toisón, haciéndose gradualmente menos espeso al acercarse a ese punto entre mis redondeados muslos donde comenzaba a formarse mi preciosa y recatada rajita. No podía ver mi gruta estando derecha porque se hundía demasiado rápidamente entre los muslos, como si considerase su deber esconderse hasta que el amor exigiera su exhibición en el acto de abrir las piernas. Mis muslos, rodillas, piernas, tobillos y pies vinieron a continuación en el examen, y para cuando me había mirado de pies a cabeza llegué a la conclusión de que Charlie estaba en lo cierto, y que a un amante debiera permitírsele contemplar con ojos apasionados los encantos de cualquier belleza fuera de lo común. No me consideres frívola, pero me han dicho que soy bella demasiado a menudo para creer que todos los hombres ante quienes he estado desnuda son y han sido mentirosos.

»Pues bien, mientras estaba intoxicándome con mi propia imagen reflejada Charlie no estaba ocioso. Se había desnudado completamente y vino ansiosamente junto a mí. Puso el brazo

alrededor de mi cuello y se quedó así, añadiendo su belleza viril al cuadro reflejado en el espejo.

»—¡Fíjate, Lizzie! ¿Verdad que es un cuadro perfecto? ¿Verdad que hacemos buena pareja?

»Sólo pude responder rodeando con los brazos su cintura y apretándola contra mi flanco. Su cuerpo cálido me provocó un escalofrío, y ante la proximidad del delicioso contacto vi una pequeña cresta brillante y de color rubí erguirse de repente entre los labios superiores de mi excitable montecillo. Charlie tenía un aspecto espléndido. Aparté los ojos de mí para observarle con asombro y admiración. Parecía tan poderoso, y al tiempo tan esbelto. Sus hombros eran tan anchos como estrechos los míos, y su caderas tan estrechas como anchas eran las mías. Su torso profundo y varonil contrastaba con el mío, más grácil pero enteramente femenino. Sus brazos largos y musculosos parecían modelos marmóreos perfectos, y cualquier movimiento suyo mostraba músculos firmes moviéndose bajo una piel bien distinta a la mía, tras de la cual esa suave grasa o carne hacía tan flexibles y suaves mis extremidades y mi cuerpo. Pero, naturalmente, lo que atrajo mis ardientes ojos fue la larga, dura, tiesa y grandiosa herramienta, así como el grande y tosco conjunto que formaba con las bonitas joyas debajo, contenidas en la aterciopelada bolsa surcada de arrugas, porque allí estaba esa vara realmente robusta apuntándome a la cara. La cabeza, de un color tirando a rosado con una leve sombra violeta por los bordes, estaba parcialmente descubierta y su aspecto casi impúdico me divertía, pues parecía atisbar hacia mí con su ojo en forma de grieta en la punta. Pude ver que esa espléndida arma se hacía más ancha por la base —donde brotaba de una selva de pelo que vestía el toisón de mi amante— y se afilaba ligeramente hasta alcanzar la cabeza, donde se ensanchaba de nuevo repentinamente para cesar muy deprisa alcanzando una punta redondeada y roma, donde estaba su “ojo”. Charlie me cogió las manos, puso una en su bolsa y otra sobre su hombría, y cuando me hizo apretarlas un momento casi me desmayo con la emoción estremecedora inducida por su tacto. Él, por su parte, me cogió y me apretó contra él, para que su poderosa arma en forma de lanza quedara cogida ente su vientre y el mío. Yo notaba su punta bastante más arriba del ombligo, y recuerdo haber preguntado si —

en caso de lograr meterla— yo la sentiría así de alta dentro de mí. Al mismo tiempo estaba segura de que un volumen tan enorme no podría en modo alguno entrar en mi prieta grietecita. Estaba convencida de ello.

»Tras unas pocas estremecedoras caricias más, por ambas partes, Charlie dijo: “¡Ahora, Lizzie!”, me levantó en sus grandes y fuertes brazos y me tumbó de espaldas sobre la cama, después de llevarme allí como si fuera un bebé y retirar las sábanas. ¡Oh! ¡Me sentía inclinada a poseerlo! ¡Todo mi cuerpo gemía por él! Mis pechos parecían ir a estallar de tanto crecer, y los pequeños pezones rojos se endurecieron como guisantes que me picaban agudamente. En cuanto a la hendidura, ¡estaba rabiando! Nunca había sentido antes semejantes espasmos allí, ni siguiera cuando medio me poseyó en Canterbury. Le esperaba entre mis muslos, que abrí para él, pero en vez de instalarse allí al punto mi irritante amante empezó a besarme en la boca, las mejillas, las orejas, los ojos, la garganta y toda esa zona, mientras su mano vagaba de seno en seno palpando suavemente y apretando. No parecía tener la mitad de prisa que yo. Y realmente triunfó hasta la perfección si su propósito era volverme medio loca, frenética de deseo, avivando todo lo que era lascivo en mis sentidos. Pero él hacía lo que se debe. Pienso que unos buenos preliminares de labios y manos hacen siempre un polvo mucho más delicioso. Los labios de Charlie descendieron desde los míos a mi busto. Puso su cabeza entre mis senos, y volviéndola de un lado a otro besó un pecho y luego otro cuando los labios encontraban sus redondeadas superficies, y mientras hacía esto su perversa mano pasaba y repasaba sobre mi vientre, sobre mi ingle, sobre mis muslos y luego para arriba rodeando mi toisón, peinando la mata con sus yemas, tocando pero nada más la línea de mi dulce túnel, hasta que apenas podía soportar el placer casi agonizante así causado. Entonces mordió con firmeza un seno y metió el fuerte dedo en mí hasta el nudillo, repitiéndolo mientras mordía pero sin hacer daño mi otro seno, y entonces su boca vagó por mi vientre con repetidos besos, descendiendo hasta las ingles, hacia los muslos—tal como hicieran sus dedos momentos antes—, hasta que de repente la puso justamente sobre mi punto estremecido, ¡que casi abrasó con su besos! Notaba su lengua abalanzándose sobre mis labios excitados y agitados, y al final, incapaz de resistirlo más, casi

grité pidiéndole que dejase eso y me diera lo que ansiaba. Me miró soñadoramente distraído, hasta que de repente pareció despertarse.

»—¡Oh! ¡Casi se me olvidaba! —dijo, mientras corría hacia la repisa de la chimenea y cogía algo como un tarro de pomada—. ¡Esto es crema para la piel, Lizzie mía! Como todavía no me has tenido entero dentro, y tu deliciosa cavernita es muy prieta, esto nos ayudará a los dos. ¡Sujeta el tarro, querida, y déjame untarte la grieta, Reina de mi espada!

»Fue rebañando con el dedo la crema, y puso tanta substancia fresca dentro de mí que pensé que pretendía meterla toda. Era muy suave, fresca y agradable. Me gustaba por sí sola tanto como por sentir su dedo penetrar todo lo posible.

»—Ahora —dijo él—, unta al Rey de tu dulcísima grieta, Lizzie —y volvió hacia mí esa arma de aspecto horrorosamente enloquecido.

»La cogí cerca de la base con la mano izquierda, y con la derecha unté su cabeza. Al extender la crema retrocedió la piel recogiénose tras los hombros, y Charlie hizo que pusiera mucha en ese lugar. Entonces, con ambas manos, siguiendo sus instrucciones, puse lo que quedaba del tarro sobre su dardo hasta que brilló como si hubiera sido ungido con óleos. ¡Ah! ¡La sensación de tocar ese órgano! Estoy segura de que recuerdas la excitación que debiste sentir la primera vez que pudiste “palpar” libre y completamente a una chica, ¿verdad, Charlie? Pues piensa en lo que sentí teniendo esa grandiosa vara y esos gloriosos huevos enteramente para mí, para que los apretara y acariciara en perfecta libertad por vez primera.

»Charlie hizo que me secase las manos sobre su pelo rizado, y entonces, con un triunfante: “¡Abre tus muslos ahora, Lizzie! ¡Por el cielo, el éxtasis y todo lo que es delicioso!”, me tumbó de espaldas y antes de que pudiese pestañear estaba entre mis brazos, con los muslos gustosamente abiertos. Hizo que le introdujera yo misma en mi coñito, puso luego una mano bajo mi cabeza y otra bajo mis caderas y, con una leve presión, forzó o más bien deslizó fácilmente su arma todo lo dentro que había llegado a entrar. Al principio, como cuidando de no suscitar en mi mente recelo alguno, se limitó a jugar suavemente como había hecho en Canterbury, dándome un placer delicioso, pero de repente dio una sacudida que me cortó la

respiración, y mantuvo una presión tan terrible que empezó a dolerme no un poco sino mucho.

»—¡Oh, Charlie! —exclamé—, detente, cariño, me estás haciendo un daño horroroso.

»Él no dijo nada, pero me dio un beso; luego puso su mejilla junto a la mía, me aferró más firmemente que nunca en sus brazos y de nuevo pareció lanzarse violentamente por mi interior.

»¡Casi grité, pero Charlie hacía caso omiso de mis quejas! Una y otra vez topó hasta que con una mareante sensación de desgarramiento noté que el obstáculo —fuese cual fuese— había cedido ante su terrible verga, y que cada golpe, cada sacudida, la enterraba más y más profundamente en mi interior. Temí realmente que hubiera reventado mi pobre y estrecho refugio, y que moriría en consecuencia; pero antes de poder expresarme en palabras sentí que cada átomo de esa horrenda máquina estaba enterrado en mí, pues podía notar claramente la bolsa de Charlie contra mi piel y nuestros vientres estaban aplastados uno contra el otro completamente, al igual que nuestras matas. Charlie aflojó entonces su tremendo abrazo. Elevando el rostro me miró ávidamente, sonrió, me besó y dijo:

»—¡Ah! ¡Querida Lizzie! ¡Espero no hacerte demasiado daño! ¡Tenías una virginidad tan endiabladamente resistente! Además, tu grutita es de las prietas. ¡Tanto mejor! ¡Más placer sentirás! ¿Te hago daño ahora, querida?

»—¡Ahora no! ¡Pero no sabes cuánto me dolió cuando entraste! ¡Espero que no me hayas hecho ningún destrozo!

»—Ni pizca —dijo él riendo—. Me alegra que no te duela. ¡Hagámoslo ahora por gusto! Túmbate más bien quieta y déjame jugar contigo tranquilamente. Verás si olvidas cualquier dolor sufrido.

»Entonces, comenzaron esos golpes largos, espléndidos, excitantes, estremecedores. Incluso esa primera vez sentí gran placer, y luego, cuando la irritación había desaparecido por completo, recuerdo que era como estar sumergiéndose en un mundo nuevo. Mi rajita era como un violín, el instrumento de Charlie era su arco, y cada movimiento del arco suscitaba la más deliciosa melodía que experimentarse o imaginarse sea posible con los sentidos. ¡Cielos! Estoy segura de que él estaba en lo cierto cuando

dijo que nunca hubo una chica tan claramente nacida para follar y follar solamente como yo. ¡Lo adoro! ¡No puedo vivir sin ello! Y a veces no puedo imaginar cómo algún hombre o alguna mujer pueden pasar un día sin tenerlo siguiera una o dos veces.

»Fue así como perdí la virginidad antes de saber que tenía semejante cosa. ¡Esa semana en Dover será recordada siempre como la más exquisita de mi vida! Charlie no se agotaba jamás. ¡Y era tan amable al mismo tiempo! Me llevó a dar largos paseos, me enseñó el castillo, me llevó en barco, hizo planes de cuentos de hadas para nuestro futuro. ¡Yo iba a ser su pequeña amada! Iba a vivir en una dulce casita en Londres, con mi carruaje y mis criados y todo cuanto quisiera, y sería su querida amante, casi su mujer. No recordé ni uno sola vez a mi pobre madre, ni mis deberes hacia ella como hija. Parece desde luego terriblemente egoísta, pero estaba ofuscada por mi amante, y todo el mundo parecía centrarse en él. Sin embargo, cuando ese ardiente amor hubo de ser puesto a prueba ya verás lo que pasó.

»¡Sí! ¡Sí! Fue un sueño exquisito. Un sueño que a menudo he deseado volver a tener, pero al que ni en los momentos más felices he logrado aproximarme desde entonces.

»En fin, todo estaba preparado. El permiso de Charlie se terminaba a los seis días de nuestra luna de miel. Tendríamos una noche más de éxtasis ¡y qué bien había aprendido yo a amar el hecho de ser bien follada! ¡Cómo había llegado a apreciar sus deliciosos goces, sus indescriptibles deleites!

»Íbamos como digo a pasar una noche más en Dover. Luego Charlie me llevaría a Londres, me dejaría en un hotel durante un día, obtendría más permiso y vendría para encontrar alguna casita agradable donde yo viviese, etc. etc. como había planeado, y yo sería su querida. La idea de volver a Canterbury con mi madre se había desvanecido completamente de mi cabeza. Había sido arrancada de sus brazos por una vida perfectamente distinta, y — como la mosca brillante— ya no podía pensar en reanudar mi vida de larva. La cosa era imposible, tan imposible que no le conferí ni un solo pensamiento.

»Pero hay muchos buenos “peros” en el mundo capaces de trastornar como piedras en el camino al más firme y valeroso. La última noche de nuestra estancia en el hotel Ship me trajeron una

nota justamente cuando estaba a punto de desnudarme. Charlie y yo habíamos hecho una larga excursión a Shorncliffe. Bastó una ojeada a la letra para descubrir que provenía de mi madre. Caí sobre una silla, y viéndome con aspecto de ir a desmayarme Charlie se acercó alarmado.

»—¿Qué pasa, mi amor? ¿De quién es?

»—¡Oh, Charlie! —dije—, ¡es de mi madre!

»—¡Diablos! ¿Qué quiere? ¿Por qué se inmiscuye en lo que no le importa? —exclamó el pobre Charlie, olvidando que tenía todas las razones del mundo para inmiscuirse—. ¿Qué dice? —continuó con impaciencia, pues yo no había tenido el coraje de abrir la nota y la sostenía en una mano temblorosa—. ¡Pásamela, chica! ¡Dámela! Veamos lo que dice la vieja... hmm... dama.

»Al leer la nota me dijo:

»—Lizzie, tu madre está en el malecón y pide que salgas un momento a verla, que si no entrará y te verá aquí. ¡Es mejor que vayas, querida! No vendría bien que organizase un escándalo aquí. ¿Te irás con ella si te lo pide? ¡Contéstame, Lizzie! ¡Lizzie! ¡No debes abandonarme! ¡No puedo vivir sin ti! ¡Debo tenerte! ¿Me oyes?

»Yo estaba ahogada en lágrimas, y mi pecho estaba desgarrado por sollozos. ¡Amaba a Charlie! ¡Vaya si le amaba! ¿Qué chica no hubiese amado a un amante que ya había adorado, venerado y follado como él a mí? Pero, por otra parte, amaba a mi madre también. Hasta ese momento no sabía cuánto. Los dos afectos, el antiguo y el nuevo, luchaban dentro de mí. Yo era el punto donde se bifurcaban los caminos, y si hubiese sido posible me hubiese gustado recorrer ambos.

»—¡Oh, Charlie! —exclamé lanzándome en su brazos—, ¡no puedo, no puedo saberlo! Quizá madre me diga que después de lo que he hecho no quiere tenerme nunca más en casa.

»—¿Y entonces? —exclamó ansiosamente el pobre Charlie.

»—Entonces, naturalmente, iría contigo, Charlie.

»—Eso significa que, si tu madre (¡y dios la confunda!) dice vente a casa, Lizzie, ¿me abandonarás?

»—¿No podría ir con ella si quiere tenerme y venir a ti en otro momento, queridísimo Charlie?

»—En fin —dijo—, librémonos de esta incertidumbre. Aunque

todo depende de ti, según creo. ¡Si tuvieses arrestos mandarías decirle que no puedes encontrarte con ella!

»—Entonces se presentaría aquí, Charlie. No conoces a mi madre. Es muy amable, pero si dice que hará una cosa, la hace.

»—¡Por Zeus! ¡Claro! ¡Se me olvidaba! Vendría aquí y organizaría un lío del demonio. ¡Corre, Lizzie, corre! Y mantenla lejos de aquí como una buena chica.

»Me sequé los ojos, bajé rápidamente las escaleras, salí del hotel y me puse a caminar por el malecón, forzando los ojos en la débil luz del crepúsculo para ver dónde estaría mi madre. Al fin vi una figura de pie justamente delante de la hondonada; reconocí a mi madre y corrí hacia ella. Ella me recibió con los brazos abiertos, apretándome con fuerza contra su pecho, y así nos quedamos agarradas y sollozando como si fuese a partírsenos el corazón.

»No puedo entrar en los detalles de ese triste encuentro, Charlie. Debes ahorrármelos, y dejarme contarte tan sólo que mi madre no me dijo una palabra de reconvención; me contó que casi había muerto de miedo y de pena al descubrir que me había ido. Guardando lo mejor que podía la calma, no dijo nada a nadie pero uniendo una cosa con otra llegó a la conclusión de que si me había fugado con alguien habría sido probablemente con un oficial de húsares. Descubrió entonces que el capitán Vincent tenía los establos detrás de nuestra casa, y que se había marchado de permiso el día mismo de mi desaparición. Luego descubrió accidentalmente su nombre y el de su esposa en uno de los periódicos de Dover, con la mención de que se alojaban en el Ship. Como sabía que él no estaba casado vino directamente a Dover, y arriesgándose envió la nota con la esperanza de que la honorable señora de Vincent fuese yo, como en efecto sucedía. Dijo que lo hecho, hecho estaba, y que todo cuanto podía hacerse era evitar que las cosas empeorasen aún más provocando un escándalo. Me dijo que volviese con Charlie, que pasara con él la noche y que me las arreglara para volver al día siguiente por la noche a Canterbury, donde nos encontraríamos y ella tendría un coche esperando fuera de la estación. Nuestro modo de vida tranquilo y reservado había evitado que los vecinos percibiesen mi ausencia, y salvo que se produjese algún nuevo acontecimiento nadie sabría nada sobre ello.

»Así terminaron todos mis sueños de una casita en Londres. Es

cierto que amaba a mi Charlie, pero más de grieta que de corazón, y mi madre prevaleció fácilmente a la hora de convencerme de que le abandonase.

»El pobre Charlie quedó encantado cuando me vio volver. Supuso que volvía definitivamente, y fue amarga e intensa su decepción al enterarse de que estaba firmemente decidida a volver a mi casa en vez de ir a Londres con él; pero cuando digirió el mal trago dijo que mi madre descollaba entre todas las mujeres maravillosamente sabias de las que había oído hablar, por su decisión de permitir que pasase la noche con él. Ni había ni podía haber ningún escándalo, y pensó que una chica con sentidos tan vivaces como los míos no podría nunca volver a una vida aburrida como la mía antes de enseñarme él el cielo que podía encontrar en sus brazos y gracias a su divina y espléndida vara. ¡Sacamos todo el provecho aquella noche! Yo porque estaba firmemente convencida de o volverle a ver, y él porque no sabía cuándo podría tenerme de nuevo, aunque estaba bastante convencido de que nuestra separación sería más bien breve.

»Así que volví a casa. ¡Qué mujer maravillosa era mi madre! ¡No profirió una sola palabra de reproche! Dejó eso encargado a mi propio corazón, y puedo asegurarte que mis propios remordimientos eran infinitamente más dolorosos que todo cuanto hubiera podido decir. Pero lo que hizo fue indicar los espantosos peligros que había corrido. Me contó lo fácil que era perder el buen nombre y la reputación, y lo infinitamente difícil que resultaba recobrar tales cosas. Me refirió caso tras caso de muchachas que, empezando como queridas de un caballero rico y apuesto, terminaban como ramerías comunes de un burdel, muriendo de enfermedades y alcoholismo en pocos años si sus infelices vidas no las llevaban a poner un fin a la existencia mediante el suicidio. Una cosa nos mantuvo a ambas incómodas durante cierto tiempo. Había grandes probabilidades de que mis amores con Charlie desembocaran en un bebé, pero ese acontecimiento terrible, terrible para una muchacha como yo y para una madre como la mía, no llegó a producirse. No quedé embarazada de Charlie esa vez, aunque uno de los que parí después pudo haber sido suyo, y solía gustarme pensar que así era.

»Pues bien, tuve una vida tranquila y no del todo infeliz junto a mi madre hasta cumplir los quince. Los húsares habían abandonado

Canterbury, y aunque —naturalmente— pensaba a menudo en Charlie me sentía bastante indignada de que aparentemente ni una sola vez intentase verme de nuevo. Él me contó más tarde que había tratado por todos los medios de comunicarse conmigo a través de cartas. Quizá mi madre las interceptó. El caso es que nunca recibí ninguna. Odio el acontecimiento siguiente de mi vida. Un día conocí a un sargento vestido con el viejo y amado uniforme de los húsares. Empecé hablando con él y con eso pasamos a caminar juntos y caminando empezamos a hacer el amor y de hacer el amor pasamos a follar. ¡No pude evitarlo! Deseaba atrocemente un hombre, y todos mis viejos fuegos volvieron al ver el viejo uniforme de los húsares. Naturalmente, obré con engaño y oculté todo a mi madre, que confiando en mí plenamente esperaba evitar acciones semejantes por mi parte. Mi nuevo amante estaba sólo de permiso. Se marchó poco antes de que descubriera que esta vez me había quedado embarazada. Mi distracción casi me mata, tanto más cuanto que temía contárselo a mi madre. Pero al paso del tiempo se lo dije. Mi figura perdió su forma elegante y tuve que confesar. ¡Qué odioso dolor el de esa confesión! Pero, fiel a sí misma, mi madre no perdió para nada los nervios. Encontró a mi segundo seductor, fue a verle, descubrió que era el sastre del regimiento, le contó qué excelente costurera era yo, propuso matrimonio, mantuvo la promesa de una buena dote, sus ahorros de muchos años — ¡pobre madre!— y me casé con el sargento Thomas Wilson a tiempo para salvar la legitimidad de mi bebé. Pero no vivimos felices.

»Un día que mi marido estaba fuera vino a verme Charlie. ¡Qué contenta me puso verle! Tuvimos una larga explicación y todo terminó haciéndolo en la cama de mi esposo. Me poseía otra vez — gozoso pensamiento— el hombre querido que me enseñó cuán dulce era. Pero apenas hubo salido Charlie entró Tom. Yendo de cuarto en cuarto vio su cama deshecha y sonrió. Me acusó de follar con Charlie, con quien se había encontrado al entrar y de quien había oído hablar, dios sabe cómo, y me hizo entonces una oferta que acepté. Yo me dejaría, admirar y él cobraría derechos de aduana. Él no oiría nada, ni vería nada, ni sabría nada. Yo era demasiado infeliz con él para no saltar de alegría ante una oferta que me devolvía a Charlie. Todo cuanto necesitaba hacer es que le encargase de cuando en cuando unos trajes, y Charlie compró una

docena al menos. Otros oficiales encargaron también trajes, y mi marido los hizo todos; anotó en sus libros las ventas desde el coronel al alférez y yo los tuve a todos de amantes. Tuve varios hijos. Sólo sé con certeza el padre de uno, que fue mi marido. Pienso que el segundo era de Charlie, pero no estoy segura. Ninguno vivió.

»Ésta es mi historia, una triste mezcla de felicidad y miseria, desatino por mi parte y sabiduría por parte de mi madre. Sé que no soy como debiera, pero me es imposible evitarlo. ¡Vamos! ¡Basta de hablar sobre ello!

¡Pobre Lizzie! Mirando su hermoso rostro, donde los ojos de quien desconociera su verdadera naturaleza sólo verían pureza, castidad y autodominio, no podía evitar preguntarme cómo ese dulce aspecto de continencia era el asiento de un templo donde Venus no sólo regía con exclusión de todos los demás dioses y diosas, sino con un poder superior al habitual. Debo dejar que mis gentiles lectores formen sus propias conclusiones sobre esta encantadora golfa, pero cuanto más la conocí más pude convencerme de que había mucha bondad en ella. En cualquier caso, no me incumbe a mí lanzarle la piedra condenatoria. No es mi estilo gozar de una mujer y luego denostarla. Lizzie debía anhelar una vida mejor y más pura, porque me instaba constantemente a que mandase venir a mi amada Louie, advirtiéndome que de no hacerlo estaría constantemente extraviado del camino de la virtud, y diciendo también que no era justo que ninguna mujer —y especialmente la que amaba a su esposo en todo el sentido de la expansiva palabra— fuese forzada a languidecer en soledad. Yo esperaba reunirme con mi Louie en Inglaterra o bien traerla a la India, pero los hados eran contrarios; y la propia Venus pudo considerar que alguien tan adecuado como yo para ser su sumo sacerdote no debiera restringirse a un único templo para ofrecer los sacrificios de incienso tan gratos a ella, sino que debería extender sus deliciosos deberes a otros altares, de los cuales muchos estaban ya consagrados o dispuestos para su apertura para ese rito sagrado y voluptuoso.

Durante los días restantes de mi estancia en Nowshera disfruté de la tierna Lizzie con toda tranquilidad, y mis tiernas lectoras jovencitas pueden estar seguras de que se aprovecharon todas las

oportunidades de procurarnos el más completo placer de sentidos tan activos como los nuestros. Sus pobres muslos seguían marcados por la violencia del brutal Searles cuando los vi por última vez, pero la dulce colina situada entre ellos no por eso perdió belleza ni atractivo. Hasta hoy recuerdo esa semana de amor ardiente con nostálgico deleite. No he conseguido aún lamentar haber pecado contra el cielo y mi queridísima esposa, ni haber quebrantado con Lizzie el séptimo mandamiento. Las aguas robadas son dulces, como dice Salomón, y yo, Charles Devereaux, digo a eso amén, amén.

Nuestro nuevo oficial encargado de transportes, mi buen amigo el comandante Stone, consiguió un coche de daks para Lizzie y dos ekkhas para mí. Ambos partimos el mismo día hacia nuestras respectivas rutas; Lizzie salió por la mañana y yo de noche hacia la India propiamente dicha ella y yo hacia Shakkote, que se encuentra en las estribaciones de las montañas donde está situada Cherat. No nos separamos sin pena, e intercambiamos rizos de pelo arrancados de nuestras respectivas matas. Guardo todavía los suyos y nunca miro su rizo hoy algo ajado, sino que recuerdo las noches deliciosas pasadas en sus hermosos brazos en Nowshera. Esas horas vuelven a mi memoria con una fuerza que de saberlo ella contribuiría a la felicidad que siento cada vez que busco los goces agudos experimentados entre los muslos deliciosos y voluptuosos de mi Louie, y puedo asegurar que mi Louie no sale perjudicada de mi infidelidad con Lizzie.

Llevé a Soubratie conmigo, dejando a la «señora Soubratie» atrás al cuidado de mi equipaje, que el criado volvería a recoger cuando alcanzáramos sin complicaciones Shakkote. Me dijeron que fue la delicia de los oficiales galantes en Nowshera durante la ausencia de su esposo, y que se trajo una gran bolsa llena de rupias a Cherat, donde sus encantos le permitieron añadir muchas más a la provisión ya conseguida por su activa y diligente grupa.

En el segundo volumen hablaré de mi viaje, de mi llegada a Cherat y de las encantadoras doncellas allí halladas, que no habían conocido todavía a varón alguno, porque me incumbió el gratísimo privilegio de comunicar las estremecedoras sensaciones del deseo suave y del sentimiento voluptuoso.

Volumen 2

Volumen 2

Nunca en mi vida he utilizado un medio de desplazamiento tan incómodo como un ekkha, y sólo espero que ninguna de mis bellas lectoras se vea sometida a las incomodidades y molestias por mí padecidas entonces. En cuanto a los valientes amigos masculinos que puedan recorrer estas memorias, sólo me cabe esperar que si un mal hado les trajese incomodidades podrán consolarse recordado que las flores y las zarzas crecen juntas en el mundo, que su camino no pasará siempre por las segundas, y que a lo mejor unas y otras se suceden demasiado rápidamente para una vida de comodidad uniforme. Y, sin embargo, pocos no habrán sufrido agonía y noches en éxtasis suscitadas por el desplome del dolor. Sin embargo, en esta ocasión fue para mí lo contrario, el dolor siguiendo una cúspide de placer voluptuoso, pues ¡qué distinto era mi asiento en el execrable ekkha de mis suaves reclinatorios sobre el blanco vientre de mi encantadora Lizzie Wilson y el almohadón entre sus redondos muslos de marfil! ¡Ah! Verdaderamente había estado vagando entre las flores, y ahora alcanzaba el desierto de zarzas y espinos.

Pero ¿qué es un ekkha? Podrían preguntar algunas de mis hermosas lectoras. Lo explicaré. Es un carro de dos ruedas usado mucho en la India septentrional. Carece de muelles. Tiene una plataforma como de un metro cuadrado sobre la cual no se sienta lo mejor que puede. Es arrastrado por un pequeño poni. Las guías suelen alzarse, con lo cual la plataforma donde uno se sienta se desliza hacia atrás. El conductor se sienta delante, y si es muy oloroso —como resulta casi seguro— uno obtiene el beneficio del mal olor. Pero eso no es todo. El ekkha tiene cosas buenas. Puede ir casi a cualquier parte. Es ligero y fuerte. Muchísimas veces he visto a uno llevar media docena de nativos, que pueden acucillarse con soltura donde un europeo es incapaz de hacerse sitio a él solo. Es un medio de transporte barato, y generalmente espléndido para ser

contemplado, pues en cada una de sus cuatro esquinas se alza un pilar blanco esculpido con toda la habilidad del arte del carpintero indio. Sobre ellos se sustenta una bóveda coronada normalmente por algún adorno de cobre, y todo el vehículo está pintado con los colores más brillantes y adornado con pintorescos patrones cortados en cobre y colgados con pequeñas campanillas, con lo cual presenta ese aspecto extremadamente bárbarico que tanto complace a la fantasía y a los ojos de los nativos.

Entre los soldados europeos y sus esposas el ekkha se conoce como «Juanito Tintineante», nombre que describe perfectamente el ruido que hace al estar en movimiento, un sonoro tintineo, que así añade tanto tormento al oído civilizado como su incómoda forma y su bamboleo suponen para sus sentimientos. En conjunto, no es uno de los carruajes que recomendaría para viajar confortablemente por la India.

Además de esta gran molestia había otras varias. En primer lugar, la carretera había sido hecha pedazos por los miles de hombres y carros de todo tipo —incluyendo artillería ligera y pesada— que durante los dos o tres últimos años estuvieron recorriéndola constantemente hacia y desde Afganistán. Por consiguiente, había polvo en capas de varias pulgadas de espesor, fino como harina. Este polvo se iba levantando a lo largo de las primeras horas del día, quedaba suspendido y creaba una neblina perfecta que ahogaba al conductor, le secaba la boca y le llenaba los ojos y las orejas, además de cubrirme a mí de pies a cabeza. Por otra parte, ¿cuántos camellos murieron durante la marcha? Creo que debieron contarse por decenas o veintenas de millar. A juzgar por el hedor, que sin interrupción llenaba la atmósfera entre las afueras de Nowshera y Publi, una gran proporción de fallecidos debieron sucumbir a lo largo del camino. Los cadáveres fueron quemados o enterrados lo antes posible, pero quedaban sobre el terreno los suficientes para poner enfermo al más fuerte de los estómagos. ¡Oh! ¡Lizzie! ¡Lizzie! ¡Qué distinto del dulce perfume que siempre emanaba de tus hermosos encantos, cuando me abrazabas en tus éxtasis de amor y voluptuosa pasión lasciva, devolviéndome goce por goce sobre esa inolvidable cama donde tan a menudo, tanto, te he follado en el delicioso bungalow público que ahora estoy dejando tan rápidamente atrás! ¡Oh! Eran en verdad

zarzas, zarzas después de flores, punzantes espinos tras oler la dulce rosa.

Oscureció poco después de que hubiese comenzado mi doloroso e incómodo viaje. De cuando en cuando un lancero nativo pasaba a caballo, y con la débil luz de la linterna podía ver los brillos de la espada y la lanza, así como los adornos metálicos de la montura, porque el camino entre Attock y Peshawar nunca es del todo seguro, y es —o era por entonces— muy patrullado. La propia Nowshera había sido saqueada más de una vez, cuando todavía no eran los años de la guerra de Afganistán, y si había sido insegura en tiempos de paz menos aún lo era ahora cuando la guerra acababa de cerrarse.

Me atrevo a decir que el ekkha habría sido menos incómodo si hubiera dormido las horas empleadas hasta llegar a Publi, repasando en mi mente los júbilos totalmente inesperados y apasionadamente intensos que hicieron tan verdaderamente deliciosa mi estancia en Nowshera, pero debo confesar que en vez de bendecir mi estrella la maldije libremente, pues contaba cómo se me rompía más y más la espalda por la posición forzada que me veía obligado a mantener, y ansiaba que llegara el momento de abandonar el vehículo maldito donde me había condenado a viajar mi maligno destino.

Al final llegué a Publi, pequeña aldea situada en el punto donde se desvía el camino hacia Cherat. Estaba llena de animación; estaban todavía abiertas las tiendas de los nativos, exponiendo comestibles y dulces más o menos brillantemente iluminados con lámparas de aceite hechas con una mecha y un tazón de arcilla. Hombres, mujeres y niños se movían como ajenos por completo a la idea del sueño, y se alzaban apropiadamente en el aire los sonidos musicales de los juglares nativos (Dios salve la marca) y el ritmo monótono de los

tam-tam

locales. Becerros, elefantes, camellos, caballos y perros se alineaban a cada lado del camino, añadiendo sus variados ruidos y olores al conjunto.

Esperamos lo justo para que nuestros conductores obtuvieran una ración de maíz y algo de agua. Soubratie y yo aprovechamos para estirar las piernas, y luego volvimos a subir y enveredamos a

buen paso por el camino kacha, hacia las montañas ahora ocultas de la vista por la profunda oscuridad de la noche. Pero sobre nuestras cabezas el cielo estaba cuajado de estrellas, y aunque el camino tuviese más baches abandonamos definitivamente el polvo y el hedor de la carretera dejada atrás. El aire de la noche soplando sobre la llanura abierta se sentía puro y refrescante, y si Soubratie tuvo algún motivo de queja por incomodidades —que no lo sé— lo cierto es que yo sólo podía quejarme de la molesta posición que me veía obligado a mantener en el ekkha. Con todo, bastaba para evitar que me entretuviese con cualquier tipo de pensamientos agradables, pues si me ponía a pensar efectivamente en Lizzie no era para anhelar su monte dulcísimo, encantador y delicioso, sino para envidiarle la comodidad del carruaje de daks donde se estaría aproximando velozmente a Muttra.

A pesar de la advertencia amistosa de mi excelente amigo Jack Stone, en el sentido de no cerrar los ojos entre Publi y Shakkote y asegurarme de tener la espada desenvainada, lista para entrar inmediatamente en acción en caso de ataque de bandidos, y a pesar de mi posición agarrotada, el sueño acabó llegando con su amistosa mano y me venció. Hasta entonces seguí honestamente la sugestión de Jack, sacando la espada y poniéndomela cruzada sobre el regazo, pero no puede mantenerme despierto. Me dormí profundamente, y no desperté hasta que el ekkha se detuvo y me encontré en un pequeño bosquecillo, próximo al cual estaba la última choza nativa junto a un guardia de infantería nativa. Se me dijo que debía bajar porque estaba en Shakkote.

Alzándose majestuosamente sobre mí y presentando un aspecto inaccesible aparecía una cadena de montañas altísimas, cuyas desgarradas laderas atestiguaban la violencia con la cual la lluvia caída sobre ellas se precipitaba en su prisa por alcanzar el nivel inferior. Se me dijo que Cherat estaba en la cumbre misma, a unos 1500 metros de donde me encontraba, lo cual era más alto que Snowdon, la montaña más alta de las hasta entonces escaladas por mí, y estas montañas parecían el doble de empinadas. En la puerta de la choza esperaban dos ponis, uno ensillado y otro no. Pregunté a quién pertenecían, y al oír que los habían hecho bajar para recoger a un oficial con su equipaje no pregunté más sino que al punto alegué mi derecho a ellos que afortunadamente no fue

discutido. Montado en mi poni y recomendando a Soubratie que se diese la mayor prisa posible cargando mi baúl sobre el otro animal, dije al mozo que estaba encargado de mi bestia que procediera y me enseñase el camino, lo cual hizo el medio desnudo salvaje. Atravesé paisajes agrestes e incultos. Escalábamos paredes de roca casi perpendiculares, sobre las cuales mi fuerte y listo poni trepaba de modo felino, o bien descendíamos a cañadas profundas y arenosas, cuyos lechos eran a veces torrentes irresistibles. Cruzamos precipicios, siguiendo sendas peligrosamente estrechas y muchas veces derrumbadas, hasta que al final alcanzamos las faldas de la colina principal. Dejé a partir de entonces que mi poni eligiese sus pasos. Todo lo que me preocupaba era no resbalar hacia atrás sobre su cola, porque de haber sido así probablemente no estaría escribiendo esto hoy, y las dulces y amistosas Fanny y Amy Selwyn podrían tener protegidas sus queridas grutas por el velo sagrado de la virginidad. Ellas, que estaban todavía a muchos centenares de metros por encima de mí, y yo, que jadeaba por el esfuerzo mientras los rayos ardientes del sol me abrasaban la espalda y me cuarteaban la piel, poco pensábamos que siguiendo esa misteriosa ley de la naturaleza que pone en contacto las afinidades estaba entonces escalando esa montaña escarpada y áspera un hombre cuya potente herramienta había recorrido cuidadosamente miles de millas por mar y tierra a fin de que pudiese ser plantada en esas grietas deliciosas, barriendo de una vez por todas los pequeños hímenes encantadores y terminando la obra del Creador al hacer de esas bonitas vírgenes mujeres perfectas.

¡Al fin! ¡Al fin! Tambaleándose por la inmensa fatiga y el pavoroso esfuerzo que le había costado la terrible ascensión hasta el estribo de la montaña, el poni alcanzó la cima del contrafuerte por el que llevábamos dos horas subiendo. ¡Cielos! ¡La bocanada exquisita, fresca, casi fría y vigorizante de verdadero aire de montaña que sopló contra mi rostro, llenándome los pulmones con su regocijante fuerza! Mi poni pareció agradecerla tanto como yo. Durante un minuto o así quedó quieto bebiendo el delicioso trago de naturaleza, y luego realmente trató de ponerse a trotar; como si se supiera no lejos de casa, y que cuanto antes volviera antes obtendría el agua que tan bien se había ganado y el desayuno que tanto necesitaba la pobre bestia. Pero pronto el trote se desvaneció

en un andar tranquilo por una senda muy bien y bien hecha de unos cinco o seis pies de anchura, que seguía el borde del valle. Vi entonces un bonito *cottage* y ¡loado sea el cielo! Un collie inglés de dulce aspecto que paseaba con una criatura, llevándola evidentemente a dar el paseo temprano de la mañana que abre el apetito para tomar un desayuno bueno y completo. No podía ver su casa, ni saber tampoco si mi senda acabaría llevándome a ellos, pero vi este dulce cuadro de comodidad e inocencia, decidiendo que si iba a preguntar el camino a alguien sería a esa muchacha de aspecto veraz. Ella estaba todavía demasiado lejos de mí para que pudiese distinguir sus rasgos, pero su aire general y su modo deliberadamente grácil de moverse me convencieron de que una inspección más próxima, no anularía la primera impresión causada. Espoleé por eso al poni para que cogiese el mejor de sus trotes, y, casi tan pronto como vi a mi desconocida, ella pareció verme, porque dejó de caminar y se quedó mirando hacia mi dirección. Como el sendero rodeaba el final del valle, en cuyo otro extremo se encontraba el *cottage* antes mencionado, pronto estuve a veinte o treinta metros de ella. Desmonté entonces y fui con el poni de la mano hasta el lugar donde estaba la joven dama. Llevaba puesto un casco del sol como el que usan las damas en la India, bajo cuya ala vi dos ojos encantadores de un color entre azul y violeta profundo, que me miraban con curiosidad pero sin miedo ni grosería.

Bastó verla de cerca para comprobar que era realmente una muchacha bonita. No exactamente hermosa en el sentido en que lo era Lizzie Wilson, sino más bien al estilo de mi propia y adorada Louie, dulce, femenina, bonita en todos los sentidos.

Sus mejillas redondeadas por la salud tenían los colores de la rosa, mostrando que el clima de Cherat le sentaba bien. Su piel era blanca, incluso clara; y sus labios —esos queridos labios que en días venideros se unirían tan a menudo a los míos en apasionado éxtasis— eran del rojo más vivo, ese rojo que sólo pertenece a los labios de los jóvenes y que mi experiencia reconoce como signo de una naturaleza tierna, apasionada y voluptuosa. Su cuello estaba hermosamente formado, y su cuerpo era el de una doncella que estuviese pasando del estadio de muchacha a la madurez femenina. Podía ver que aunque su busto no estaba desarrollado aún del todo ya lo adornaban dos encantadoras colinitas, pues era evidente que

los reducidos hemisferios no eran sostenes vacíos sino carne sólida y firme. Su cintura, aunque no tan estrecha como la de Lizzie, era dulcemente pequeña, y sus caderas poseían esa anchura generosa que anunciaba un vientre bello y de hermosas formas, colchón adecuado para el reposo de cualquier hombre. ¡Reposo! ¿Puede decirse que un hombre reposa cuando yace entre los muslos de su amada y la penetra con movimientos tan llenos de dulzura, de júbilo y de goce ardiente para ambos? Creo que no, pero el caso es que mi doncella mostraba bajo su enagua pies y tobillos pequeños y bien formados mientras quedaba allí en pie esperando mi llegada. Una sonrisa empezó a animar sus ojos con una expresión de amable bienvenida, y aparecieron dos hoyuelos que dieron a su encantador rostro un aspecto de gran dulzura, justamente el que podría encandilar irresistiblemente a cualquier hombre que lo viera por primera vez.

Me quité el sombrero y me incliné, preguntando a la encantadora muchacha:

—¿Podría decirme, si fuera tan amable, dónde debo dirigirme para encontrar al coronel Selwyn?

—Papá está en el cuartel, pero volverá pronto a casa. Ésta es. Supongo que usted será el capitán Devereaux, ¿verdad?

—¡Sí! Acabo de llegar. Estuve viajando toda la noche y temo estar más que sucio; debe tener la amabilidad de disculparme por el hecho de que me atreva a acercarme en semejante estado. En realidad, no sabía qué camino tomar; dejé que el poni guiase, y me ha traído a usted.

—¡Muy bien! ¿Por qué no deja que se lo lleve el mozo y entra a ver a mi madre? ¡Pase y tómese una taza de té! Estoy segura de que papá no tardará mucho.

—Se lo agradezco mucho, señorita Selwyn, pero me siento demasiado mugriento para presentarme por primera vez a la señora Selwyn. Causaría una mala impresión, estoy seguro, y eso me apenaría, pues quizá tendría como efecto tomarle ojeriza al hombre que (tras haber visto a la señorita Selwyn) desearía a toda costa estar en los mejores términos con su padre y su madre.

—¡No diga tonterías! —dijo la franca doncella sonrojándose y con aspecto de muy complacida—. Estoy segura de que mi madre lo comprenderá perfectamente, y estoy segura de que debe estar

deseando una taza de té o una copa, quizá mejor esto último. ¡Entre!

En ese momento una dama, algo más alta que la señorita Selwyn y acompañada por otra muchacha de talla muy semejante a la de su hermana, llegó a la puerta del bungalow evidentemente atraída por las voces.

—¡Oh, mamá! —exclamó mi amistosa doncella—. Es el capitán Devereaux, que acaba de llegar. Le he pedido que pase a verte y se tome una taza de té o una copa, pero dice que quiere ver a papá primero y que está demasiado, en fin... demasiado sucio para entrar. ¡Dile que lo haga!

—¡Cállate, Fanny! ¡Dejas que la lengua te arrastre demasiado deprisa! Encantada de conocerle, capitán Devereaux. Supongo que lo pasaría terriblemente mal en Nowshera durante la semana pasada. Supimos que estaba allí sin poder desplazarse, pues las tropas que retornan de la guerra habían hecho uso de todos los ekkhas y carros.

¡Ajá! Si sabían que estaba en Nowshera, quizá la señora Selwyn había oído hablar de Lizzie Wilson también. Pero, aunque pensase todo eso, contesté:

—¡Desde luego! Ni el amor ni el dinero podían procurarme vehículo de ningún tipo, señora Selwyn, y muy en contra de mi voluntad tuve que estar allí hasta que el comandante de brigada me consiguió al fin un ekkha. Acabo de llegar.

—Pero ¿por qué no entra usted? —añadió la impaciente Fanny, que parecía decidida a meterme en la casa, curiosa anticipación del intenso deseo que más tarde le haría ansiar tenerme dentro de su dulce y vivaz huerto—. ¡Mamá! ¡Mamá! Estoy segura de que este pobre hombre está muriéndose de sed. ¡Pídele que entre y deja que le traigamos algo de beber!

La mujer accedió al deseo de su encantadora hija, pero sin esa sincera buena voluntad capaz de igualar el deseo expresado por su hospitalaria hija. Como más tarde me contó ella misma, el hecho es que no admiraba el modo como la pobre Fanny se lanzó al punto sobre mi cabeza. Le habría gustado que Fanny hubiese sido un poco menos impulsiva y ávida. Lo vi al instante y, por eso, aunque realmente estuviese muriéndome de sed y muy dispuesto a entrar en la casa e inspeccionar a la segunda hija, que a primera vista

parecía más encantadora aún que su hermana, me excusé diciendo que consideraba mi primer deber presentarme al coronel, y que entonces, tras hacer mi aseo personal, tendría el honor de presentarme.

Fanny me miró con ojos de reproche, como si quisiera decir «podrías haberme complacido». La otra muchacha me miró desde sus grandes ojos brillantes, sonriendo levemente, y la señora Selwyn me dio indicaciones para llegar al despacho del coronel. En realidad, bastaba desandar parte del sendero hasta encontrar un camino que llevaba a los barracones donde se encontraban los oficiales, a una milla aproximadamente de donde estábamos. Haciendo una inclinación de cabeza, dando las gracias a la señora Selwyn, mirando con toda la animación y el agradecimiento que me permitían los ojos llenos de polvo a la picada Fanny, y lanzando otra larga mirada a la hija cuyo nombre no conocía aún, entregué el poni al mozo y caminé en la dirección indicada.

Antes de doblar la esquina miré hacia atrás. Fanny estaba sola, todavía en la entrada de la casa, mirándome. Su actitud era de tristeza. De alguna manera sentí que ella había sido desairada y me daba pena por ella, aunque me alegrase descubrir que gustaba a personas que a primera vista parecían tan aristocráticas como la señora Selwyn y sus dos hijas. No me había enamorado todavía de Fanny, pero me sentía desde luego inclinado a quererla. Una chica bonita, sin aires de importancia y desdenes, mal puede no causar una impresión favorable en cualquier hombre, y aunque haya detallado los encantos físicos que pude percibir, he de rogar a mis bellas lectoras que no me atribuyan por aquel entonces la menor idea o deseo sobre los favores de la bonita Fanny. Me es imposible no ver bellezas que admiro, pero puedo mirar a un melocotón sin querer devorarlo al punto. Admiré a Fanny desde el principio, ciertamente, pero fue sólo después, cuando ella hizo que mi arma se levantase y me doliesen las ingles de deseo voluptuoso, cuando empecé a desearla. Por más que supiese que debía tener una rajita de lo más deseable, no deseé al punto jugar con ella. Esos deseos y ese delicioso polvo llegarían, pero hasta el presente no estaban formados ni se percibían. Continué mi marcha siguiendo el sendero encantador y sencillo por la montaña, deleitado con la magnífica expansión de horizontes que me permitía la altura de mi posición.

Abajo estaban los torrentes escarpados y abruptos, diversificándose en gargantas profundas y crestas rocosas, todo ello probando inequívocamente la furia de las lluvias que barrían sus pétreos flancos. En todas esas laderas crecían innumerables árboles chaparros y arbustos de varios tipos, pero el olivo salvaje parecía predominar. Muy a lo lejos, oscureciéndose rápidamente por la espesa calima polvorienta añadida al intenso calor que abrasaba la llanura y el valle, vi dos ríos. Uno era aparentemente el Indo, cruzado por mí en Attock, pues podía seguir su curso hasta donde brotaba de montañas distantes; el otro era el río Kabul, del que había oído hablar en Nowshera y que pasaba a unos pocos cientos de metros del bungalow donde pasé una semana tan deliciosa, gracias a la belleza y a la disposición lasciva de la incomparable Lizzie Wilson, así como a mi propio vigor juvenil no dañado y a mi gusto por follar.

Desde la gran altitud en que me encontraba, esos dos poderosos caudales parecían meras hebras plateadas describiendo meandros por la llanura color marrón oscuro. Un grupo de edificios blancos, de aspecto casi microscópico, anunciaba la posición de Nowshera, y mientras miraba hacia allí con cariño vi algo como una estrella encenderse y apagarse a intervalos inciertos. Deduje inmediatamente que se trataba del heliógrafo, ese instrumento tan maravillosamente ingenioso y útil para lanzar señales aprovechando la luz solar reflejada, y tan particularmente adaptado a un territorio como la India. Quizá mis dos ponis de esta mañana se debían a que el honesto Jack Stone mandó un mensaje diciendo que al fin había iniciado la última parte de mi viaje. Quizás el triste relato de la desgracia ocurrida al infortunado Searles y su causa habían sido enviados por destellos igualmente, surcando millas de aire y siendo ya conocidos por mis compañeros oficiales. ¿Sabía algo de Lizzie Wilson la señora Selwyn? De ser así, no me asombraba su falta de prisa en admitirme a una casa de vírgenes. Y eso podría explicar que no apoyase la invitación a descansar y tomar una taza de té, invitación que —dadas las circunstancias— casi tenía derecho a exigir.

Este pensamiento me inquietó un poco, no tanto porque me importe lo que puedan pensar los extraños de mi moralidad —pues conozco demasiado el mundo— como por cuestiones de naturaleza

militar. Desde luego, no le parecería bien al oficial jefe que perdiese el tiempo en Nowshera en brazos de una puta (como sin duda y muy injustamente consideraría a la pobre Lizzie) en vez de hacer todo lo posible por incorporarme a mi regimiento. Y, efectivamente, no me había esforzado lo más mínimo en eso. Estaba encantado con esa excelente excusa para quedarme en Nowshera, y el dulcísimo túnel de Lizzie me tendría allí aún ahora si no se hubiese marchado con su encantadora propietaria a Muttra. Es realmente curioso observar cómo la conciencia nos hace a todos cobardes; ningún hombre sabio permitirá que el arrepentimiento le embargue sino por temor a las consecuencias. La muchacha, cuyo vientre se hincha por su amor demasiado ardiente hacia el apuesto joven, se arrepiente y arrepiente amargamente de su «pecado» porque para ella es la peor secuela posible del delicioso polvo; no sucede así con aquella que, protegida por su tierno y cuidadoso amante de infaustos percances similares, disfruta con él sus encuentros voluptuosos. Todo arrepentimiento es una sandez, y con certeza no se suscitará si no es estimulado por un cuadro de inminente pesar y miseria.

Queridas muchachas lectoras, obedeced el mandamiento «no os dejéis descubrir» dejando atrás arrepentimientos y reproches. Estos pensamientos interferían con mi admiración de la belleza agreste y salvaje del escenario hasta que, de repente, al doblar un muro del sendero vi colgado de una leve eminencia del terreno un barracón de madera bajo y largo de grandes proporciones, cubierto por un techo de baldosas rojas. Al ver en la puerta un grupo de soldados con sus uniformes caqui sospeché que era el edificio de despachos del regimiento, y pasando delante de este grupo penetré en lo que parecía un gran vestíbulo con pilares de madera como soporte del techo. La primera persona que me encontré fue el habilitado pagador, que al oír mi nombre me dio cordialmente la bienvenida y me enseñó a encontrar el despacho del coronel Selwyn, situado en el otro extremo del edificio. Fui hasta allí. El coronel estaba sentado ante su mesa dispensando justicia. A su alrededor, con uniformes rojos, caquis y azules, estaban varios oficiales que debían traer a miembros de la tropa. No conocía a ninguno, y como no llevaba uniforme y estaba, además, cubierto de polvo y suciedad me atrevo a decir que no se presentaba un aspecto muy favorable. Esperé

hasta que fue despachado el último «sorche» y luego, adelantándome, me presenté como el capitán Devereaux, recién llegado para incorporarse al batallón. El coronel Selwyn me miró con interés durante un momento, mientras los rostros hasta entonces inexpresivos y adustos de los oficiales circundantes se rompían en sonrisas de bienvenida.

—¡Ah! —dijo el coronel levantándose—, me alegra verle, Devereaux. Supe que estaba atascado en Nowshera. Llegó en un mal momento, cuando todos los transportes estaban comprometidos. ¡Temo que lo habrá pasado bastante mal allí abajo con tantos inconvenientes!

Me dio la mano cálidamente y me presentó a varios oficiales que hicieron lo mismo. Recomendándome todos que antes de nada me tomase un trago, el coronel pidió a los otros que me enseñasen el camino hacia el bar de oficiales, añadiendo que debía volver a su casa rápidamente.

Así pues, mi «arrepentimiento» parecía innecesario. Con la mente bastante aliviada acompañé a mis nuevos hermanos de armas, que abrían camino charlando y riendo y haciéndome muchas preguntas, hasta llegar a la miserable choza llamada —por cortesía— bar y comedor de oficiales.

No haré una descripción de todos y cada uno de los oficiales. Baste decir que eran muy buena muestra de los que forman todo regimiento al servicio de Su Majestad. Los de más edad, como es costumbre, resultaban ser egoístas y avariciosos. Los capitanes estaban a medio camino entre aquéllos y los subalternos que, como de costumbre también, eran joviales, generosos, despreocupados y siempre prestos a compartir su pitanza con un hermano aquejado de problemas.

Lo primero que aprendí fue que —como el agua era escasa— era dudoso conseguir a esas alturas un baño, pues todos estaban de permiso y mi llegada no estaba prevista a ese nivel. La segunda cosa que aprendí fue que si no había traído mi tienda quizá me vería obligado a dormir al raso. La tercera, que hasta conseguir un *chokeydar* o vigilante nativo ni mis propiedades ni mi garganta estarían seguras, pues de noche era imposible mantener alejados del campamento a los bandidos.

Se trataba, efectivamente, un contraste extraño y no agradable

en comparación con la vida que había estado llevando últimamente en Nowshera, donde todas mis quejas eran los vientos calientes y las moscas de arena, y donde podía demorarme gozosamente en la grieta suave y deliciosa de una Venus perfecta. Pero, como sucede casi siempre, sumadas unas cosas con otras el conjunto acabó resultando no tan malo como hacían pensar al principio las apariencias.

A los pocos días había encontrado un agradable bungalow de adobe como vivienda. Era ciertamente un hervidero de ciempiés realmente peligrosos y de aspecto formidable, pero nunca me mordió ninguno y como maté a muchos sólo me ayudaron a mantener un estado de satisfactoria excitación. Lo que realmente compensaba en gran medida la incomodidad de Cherat era el aire delicioso, fresco y tonificante. Me sentía vigorizado y fortalecido por él; y la salvaje grandiosidad del paraje añadía satisfacción al hecho de respirar las brisas puras de montaña que jugaban sobre él.

Soubratie había vuelto a Nowshera para recoger a su mujer y a mi equipaje, y tardó casi quince días en llegar a Cherat. Me dijo que era tan difícil obtener un carro de cualquier tipo que hubo de esperar hasta que el comandante Stone le consiguió uno, pero hoy pienso realmente que su notable retraso tuvo mucha relación con el beneficio que obtuvieron los encantos de la señora Soubratie entre los oficiales de Nowshera. No mencioné la existencia de la señora Soubratie a nadie, y de hecho apenas pensaba en ella, pero la primera noche de su llegada obtuve las burlas más inmisericordes. ¡Un hombre casado! ¡Recién salido de los brazos de su esposa! ¡Contratar a una mujer! En vano traté de defenderme, hasta que al fin dije que, por mí cualquiera podía hacérsela y que —a mi entender— ella no se mostraría tímida. Al principio mis camaradas no quisieron creerme, pero cuando comprendieron que así era realmente su júbilo no tuvo límites. Como en todos los demás sitios, las ramerías del regimiento habían desertado al extenderse desde Peshawar el grito «chicas, más chicas», debido a la llegada de tropas provenientes de Afganistán; y durante semanas ni oficiales ni tropa habían disfrutado el dulce solaz de un polvo estupendo en Cherat, salvo que se tratase de alguien casado y acompañado por su esposa.

No se le concedió descanso a la señora Soubratie. Esa noche fue de tienda en tienda, choza en choza, y al llegar la mañana una

docena de oficiales habían probado esa carne de la que el hombre nunca se cansa hasta ver exhausta su naturaleza.

Había en Cherat por entonces varios oficiales de otros cuerpos y regimientos a cargo de «Destacamentos», enviados desde Peshawar para recobrar la salud con nuestro aire fresco y benéfico. Mi historia nada tiene que ver con esos caballeros, salvo que quizá debería hacer justicia a la señora Soubratie contando a mis amables lectoras que su hendidura activa y muy buscada extrajo de sus testículos la moneda amada, y de sus bolsillos con gusto abiertos la moneda que le gustaba. Pero había dos oficiales en el departamento médico del ejército a quienes debo mencionar más particularmente, porque la acción de uno de ellos casi me puso a la fuerza en el camino que terminaba en el delicioso escondrijo de la bonita Fanny Selwyn, desde donde salté hacia el no menos dulce situado entre los macizos muslos blancos de su hermana Amy. Antes de proseguir quiero apelar a la confianza de mis lectores, y especialmente de mis lectoras, esas buenas, queridas y amables criaturas a quienes me gustaría conocer en todos los sentidos de tan expresiva palabra y muy íntimamente. Quiero contar a todos que, a pesar de haber sido un ardiente cazador de rajas desde el día fundamental de cumplir los dieciséis años, cuando mi encantadora criada Margaret me inició en los misterios de las mujeres, enseñándome a follar de modo satisfactorio para mí y mi compañera, jamás ha sido mi intención traicionar a muchacha o mujer alguna, virgen o no. Todo cuanto he hecho ha sido sencillamente observar y aprovecharme cuando vi la abertura y el interés deseado. Si veía (¡y qué cosa frecuente es!) a una chica desconocedora del hombre e inclinada a adquirir ese conocimiento, hacía cuanto estaba en mi mano para ayudar a obtener ese ciencia. Si resultaba ser virgen, tenía necesariamente bastante más por enseñar que si ya había hecho del hombre un objeto de estudio práctico, y naturalmente me siento orgulloso del collar realmente bonito de virginidades que la buena fortuna me hizo capturar y agujerear con la lanza de mi hombría. Pero hasta ahora no he intentado y no intentaré, inspirar deseos o pensamientos en el corazón de una doncella cuando carece de ellos. En otras palabras, si alguna vez «seduje» a una chica fue por su placer, tanto como por el mío, y mi cuidado fue que al abrirle los muslos no los abriese ella al peligro y a una futura ruina. Siempre

me preocupé ante todo de que no sufriesen ni su persona ni su reputación, y agradezco profundamente a Venus esto, que no me haya castigado nunca por ser descuidado en esos puntos esenciales. De hecho, me parece un acto de bastardo seducir a una muchacha bajo falsos pretextos o pretensiones de cualquier tipo, pero siempre he considerado un acto de la más sincera bondad ayudar a las muchachitas para que satisfagan los anhelos naturales de su naturaleza femenina. Encontré en Cherat a dos muchachas encantadoras, casi niñas y desde luego no más que eso en mi mente, prescindiendo de la mayor o menor madurez de sus nacientes encantos. Como se verá, tuve la posición más ventajosa que hombre alguno ha tenido para seducir conscientemente y deshonar a ambas. No digo que la tentación no fuese fuerte, pero cuando la tentación es puesta de lado tranquilamente, o no obtiene simpatía alguna, es superada fácilmente; ni de palabra ni de acto intenté desviar a esas encantadoras doncellas del camino del deber. Más tarde, cuando los acontecimientos me comprometieron en las relaciones más delicadas con Fanny, cuando descubrí que un afecto al principio meramente platónico había dado paso a un amor erótico ardiente y devorador, cedí efectivamente ante la dulce tentadora, sin ahorrar esfuerzos para llevarla a ese punto donde sabía que podría alcanzar consuelo eficaz. Tomé su virginidad, pero ni ella ni yo hemos alcanzado el día del arrepentimiento, que jamás llegará.

Los dos médicos eran el comandante Jardine y el cirujano Lavie. El primero era un escocés enorme y tosco, de baja cuna e ínfimo espíritu. Grosero en su aspecto y en su conversación, era igualmente grosero en sus maneras y de alma, y cuando pasaron algunos meses me asombró descubrir que no sólo había pensado hacer de Fanny su esposa, sino que se lo había propuesto. No me costaba entender que un hombre tosco deseara la belleza juvenil de Fanny, pensando que sería estupendo follársela, pero Jardine era ese tipo de hombre que se asociaba espontáneamente con las ramera más viles. Un discurso suyo favorito era que la única buena parte de la mujer era la pelvis, y uno pensaría que alguien con tales ideas nunca querría cargarse con una esposa. Pero a pesar de toda su grosería Jardine tenía sus puntos buenos. Tenía buena salud continuamente, por ejemplo, y me parece que es todo cuanto puedo decir en su favor. No era para

nada apuesto, aunque era desde luego muy grande; y a los ojos de algunas mujeres las proporciones enormes y el aspecto hercúleo superan con mucho el peso de la belleza en el porte y la elegancia de la figura. Tales mujeres deberían ser vacas y contraer matrimonio con toros.

Lavie era muy diferente. Era un caballero por nacimiento y por educación. Mentalmente era tan refinado como tosco Jardine. En sus modales era decididamente reservado y tímido, no muy dado a la extroversión, buen oyente —en el caso de abrir los labios persona que iba directamente al punto—. Solía dar paseos muy gratos con él, y pronto nos hicimos amigos de verdad. Me contó pensamiento que le habría horrorizado mencionar a otros, y abrió plenamente su corazón conmigo excepto en un tema. Como la mayoría de los hombres, disfrutaba con un buen palo, y nadie quedó más complacido cuando me descubrió deseoso de levantar el imaginado embargo sobre la succulenta y muy activa raja de la señora Soubratie.

La gran ambición de Lavie, según me contó, era volver a Inglaterra y establecerse como médico en la vida civil. Se quejaba amargamente del poco o ningún horizonte que había para la energía y el esfuerzo personal en los rutinarios surcos de la vida militar. Como mis propias ideas sobre el tema coincidían con las suyas y nos caímos simpáticos, creo que me empezó a considerar su amigo de confianza, la persona con quien podía hablar de todo. Aparentemente no me ocultaba nada, pero como verán mis queridas y espero que interesadas lectoras, ocultó el secreto más importante, aquél que de haberlo conocido yo hubiese evitado escribir esta parte de mis memorias pues los acontecimientos habrían tomado un curso diferente. De hecho, Lavie fue el instrumento inconsciente con el cual la carretera que conducía a los dulces montecillos de Fanny y Amy se trazó, niveló y pavimentó, haciendo posible que viajara sin apenas darme cuenta hasta casi el final de mi destino.

Resulta innecesario hablar con más detalle de los otros compañeros oficiales. Me entendí con ellos muy bien, pero nunca llegué a hacerme amigo íntimo de ninguno. En conjunto, diría que no eran de mi especie. Puede que tenga ocasión de mencionar a alguno de ellos, pero no será porque hayan tenido influencia importante alguna en mi carrera.

Sin embargo, *revenons a nos moutons*^[2]. No debe suponerse que retrasé hacer mi primera visita formal a la señora Selwyn y sus hermosas hijas. En efecto, fui a verlas al segundo día de mi estancia en Cherat, cuando al fin conseguí darme un baño y afeitarme, cosas ambas que no logré el primer día.

El coronel estaba también en su casa, y vi a toda la familia. Me encantó la señora Selwyn, que era una mujer bonita y agradable, todavía hermosa aunque —por desgracia— acercándose rápidamente a la tumba. Era alta y debió ser siempre esbelta; a juzgar por los restos de sus ya ajados encantos, cuando fue joven debió ser encantadora en medida superior a lo normal. Su rostro había sufrido menos destrozos que su persona, todavía tenía rasgos bellísimos y ojos gloriosos, pero su pobre busto ¡ay!, había perdido completamente su forma redondeada, y apenas hay palabras para describir el estado de su cuerpo. Es curioso: aunque conociese su delicada salud, y aunque su esposo lo conociera igualmente sin duda, ni uno ni otro parecían tener la menor idea de que su creciente enflaquecimiento terminaría con una muerte prematura; digo prematura porque la señora Selwyn no tenía mucho más de cuarenta años. Cuando pregunté a Lavie sobre ella él sacudió la cabeza diciendo que de nada servía darle pistas al coronel; una sola vez se había aventurado a decir algo más directo, pero el coronel se enfadó bastante diciendo que tenía demasiada poca experiencia como médico para atreverse a dar una opinión, que toda su vida la señora Selwyn había sido así, y que estaba seguro de que les sobreviviría a todos.

Naturalmente, la conversación que tuve con esta familia en mi primera visita, y que iba a resultar tan interesante en todos los sentidos para mí, abarcó un gran temario; por las cartas de mi querida Louie llegadas a Cherat antes de mí sabían que debía estar casado o comprometido. Confesé lo primero, cosa que —según me dijo— encantó a la señora Selwyn. No obstante, pensé que como tenía hijas casaderas le hubiese gustado más descubrir que mi corazón estaba todavía disponible. Una cosa me complació desde luego: saber que tanto ella como el coronel ignoraban todo, esto es, que desconocían la existencia de Lizzie Wilson. Por supuesto, sabían que el comandante de brigada de Nowshera había tenido algún tipo de accidente grave y sería enviado a Inglaterra tan pronto como

podiera desplazarse sin peligro, y me preguntaron por el accidente porque sabían que yo estaba por entonces en Nowshera. Les conté todo lo que estaba dispuesto a saber ante ellos, declarando haber oído contar que, siendo odiado por la tropa, el comandante Searles había sido acechado y molido a palos por algunos soldados.

—¡Ah! —dijo el coronel—, eso explica la extraordinaria reserva por parte del oficial al mando allá abajo. Me fue imposible obtener detalles de cualquier tipo, ni mediante heliógrafo ni por carta. Por supuesto, el coronel no quiere dar publicidad a una falta de disciplina tan grave como golpear a un oficial.

—¡Fanny! ¡Amy!, queridas, id ahora a vuestras lecciones —dijo la señora Selwyn—. Mis hijas no tienen gobernanta, capitán Devereaux; las pobrecitas deben aprender lo mejor que pueden. India es un mal país para los niños, pero no podía dejarlas en Inglaterra. No tenemos suficiente dinero para mantener abiertas dos casas.

Pude ver por el rostro de Fanny que entendía la razón de ser enviada fuera del cuarto, esto es, que su madre deseaba hablar de «secretos», y aunque más tarde descubrí que no siempre estaba dispuesta a obedecer una orden desagradable sin embargo se levantó y abrió camino, seguida de Amy y el resto.

Cuando sólo quedamos en el cuarto el coronel, la señora Selwyn y yo, la señora Selwyn dijo:

—Capitán Devereaux, mientras estuvo en Nowshera, ¿oyó acaso extrañas informaciones sobre el comandante Searles?

—¡Bien! —dije con vacilación, como si no quisiera realmente entrar en ningún detalle del escándalo—, así fue, ¡pero debo decir que no creí enteramente en ello!

—¿Oyó usted entonces que ella está separada de su marido?

—¿Sí?

—¿Y oyó usted algo más?

—Oí que ella estaba todavía en la India, viviendo en Ranikhet, según creo.

—¡Ah! ¡Desde luego, ella es una mujer de las peores! ¡Un baldón para su sexo! ¡Considero escandaloso que el gobierno no la fuerce a abandonar India! ¡Hay una ley para casos semejantes! Pero el virrey, —dijo haciendo una expresiva parada.

—¡Oh, querida! —se interpuso el coronel—, ¡olvidas decir que,

si la señora Searles no es mejor de lo que debiera ser, la culpa principal ha de recaer sobre su esposo!

—¡Oh! ¡Ya sé! ¡Ya sé! —exclamó la señora Selwyn cálidamente y muy excitada—. ¡Oh capitán Devereaux! ¿Sabe usted qué condujo a la separación?

—No lo sé —dije, contando la más tremenda de las mentiras, pero curioso por conocer a la señora Selwyn. Entonces me contó, encantada de hacerlo, que Searles había impulsado a su mujer a cometer sodomía.

—Bueno, lea el primer capítulo de la Epístola a los Romanos, especialmente ese versículo sobre la conducta de ciertos hombres hacia los hombres. No puedo ser más explícita, capitán Devereaux, ¡y ya con lo que he dicho siento el rostro como ardiendo! —y, de hecho, su rostro habitualmente pálido estaba color carmín, no sé si de vergüenza o de rabia.

—Comprendo perfectamente, señora Selwyn —dije—, y si la señora Searles ha mancillado el nombre de su esposo, pienso que no le ha dado sino su merecido.

—¡Pero también ella se ha mancillado, capitán Devereaux! Imagino lo que pensarán los nativos cuando vean a una dama —pues es una dama por cuna, por educación o por todo—, vender sus encantos a todo el que pueda gastar quinientas rupias. Sólo hay un nombre para semejante mujer, y no es prostituta, sino uno más vigoroso y, por supuesto, sajón.

Aquí intervino el coronel Selwyn y desvió el rumbo de la conversación, que se estaba calentando más de lo previsto y deseable en la primera visita de su joven capitán. Tras contar mis viajes y la impresión que me causaba estar en Cherat, mis proyectos futuros y la posibilidad de que mi esposa se me uniera en la India, después de todo, sin haber contado nada de verdadera importancia, dejé la casa donde iba a ocurrir el memorable acontecimiento que ahora relataré.

Pronto me convertí en un huésped bienvenido en la casa del coronel. La familia era lo que podría llamarse «hogareña». El coronel se había casado con una chica sin un duro cuando era joven, y la consecuencia natural de tener una encantadora esposa fue una familia numerosa, algunos de cuyos miembros seguían en Inglaterra asistiendo a la escuela. No llevaba mucho tiempo en la

India, y aunque su sueldo y sus dietas como coronel al mando de un regimiento fuesen grandes tenía que pagar muchas deudas contraídas en el pasado, con lo cual no se beneficiaba mucho con los sacos de rupias recibidas mensualmente del habilitado. Por consiguiente, los Selwyn vivían muy apacible y sobriamente, y la llegada de un oficial cuyos gustos eran decididamente domésticos fue un don que aprovecharon.

A pesar de mi firme voluntad de poseer otra vez a Lizzie Wilson, a pesar de mis gratos recuerdos de su bello busto, sus deliciosos senos y sus regios muslos, entre los cuales estaba su perfecto monte de Venus, yo seguía recordando con profundo afecto a mi querida mujercita, cuyos encantos pensé por un tiempo que me habían apartado de los de otras mujeres. Durante nuestra vida marital Louie y yo vivimos muy apaciblemente. Si en alguna parte vivíamos tormentosamente era en la cama. Fanny Selwyn, aunque no pueda compararse en carácter a mi Louie, me recordaba a ella por muchas cosas, por lo cual en casa del coronel encontré algo que hacía siempre agradable una invitación a tomar el té. En una de las primeras ocasiones que cené con ellos la conversación recayó en las ventajas de la educación, y Fanny dijo con acentos de gran nostalgia:

—¡Me hubiera gustado tanto tener una gobernanta! Nunca podré aprender de los libros por mí misma. Salvo la tabla de multiplicar y el abc es como pedir a un ciego que lea.

—¿Cuál es su problema en particular, señorita Selwyn? —pregunté.

—¡Oh! ¡Todo! Pero quizá lo más difícil sea la aritmética más allá de la regla de tres.

Después de la cena le pedí que me enseñase las operaciones difíciles, y tras una pequeña presión me trajo una de simples fracciones. Le mostré qué sencilla era, hice varias y acabé urgiéndola a que hiciese una ella misma. Así lo hizo, y aunque temía quedar en ridículo acertó con la solución, para su infinito deleite. Viendo la alegría de Fanny ante lo que dijo ser todo obra mía, alguien habría podido pensar que yo era un dios perfecto, y me complació tanto proporcionarle un placer tan real e inocente que el espíritu me movió a proponer que —disponiendo de tanto tiempo libre— bien podía emplearlo viniendo una hora o cosa así todas las

mañanas para ayudar en las lecciones, si el coronel y la señora Selwyn no tenían objeciones. La señora Selwyn se abalanzó sobre la oferta, pero el coronel se mostró menos expresivo. No sé si fue pensando en los crecientes pechitos de Fanny y en aproximarse ella a una edad donde su grieta juvenil podría verse presa de deseo, suscitado fácilmente por la comunicación próxima y constante con una mente joven y vivaz, aunque el joven estuviese casado, o bien si supuso que me echaba generosamente encima una tarea que pronto me resultaría incómoda y gravosa. Pero, en cualquier caso, me mantuve en mi oferta y fue aceptada.

En Cherat no había concentraciones generales salvo los domingos por la mañana, después de misa, ocasión en que el coronel leía unas oraciones. Los oficiales al mando de compañías los hacían desfilar en días de semana a las horas convenientes para todos, inspeccionando a los hombres y sus armas. El regimiento había prestado servicios tan agotadores en Afganistán, tenía a tantos enfermos y débiles en sus filas, que había sido enviado casi inmediatamente a Cherat con órdenes positivas de trabajar lo menos posible, para que un prolongado y buen reposo en un clima fortalecedor le permitiera recuperar su gastado vigor. Por consiguiente, yo disfrutaba de un ocio casi completo desde la mañana a la noche, y ansiaba alguna ocupación distinta de caminar por los senderos de las agrestes laderas, ver los innumerables cuervos y contemplar lo que parecía un espacio interminable. Por lo mismo, comencé al punto con mis nuevos deberes de tutor, olvidando todo sobre Abelardo y Eloísa para convertirme casi en uno más de la familia del coronel. Al principio tuve que soportar tremendas burlas de mis compañeros oficiales; unos —incapaces de comprender mis motivos— apenas escondían sus sospechas de que mi finalidad era seducir a Fanny y Amy; otros me veían como a un lunático, que no sabía disfrutar los encantos de una ociosidad perfecta, pero no me importaba.

No sucedía lo mismo con Fanny. Más tarde me dijo que en esos días me consideraba el hombre más maravilloso del mundo, porque sabía todo. Pobre y pequeña Fanny. La verdad es que ella no sabía nada y mis conocimientos en la línea educativa le resultaban prodigiosos. No era de asombrar, por eso, que obtuviera sobre ella una ascendencia que, aunque apenas perceptible para Fanny, existía

como la mano de acero dentro del guante de terciopelo. Mis palabras de elogio o encomio hacían que se pusiera jubilosamente alegre, y una lágrima brotaba en sus ojos si le hacía un reproche. Era una combinación de felicidad real y sincera, no turbada por las llamas de la pasión pero llena de afecto por ambas partes, una comunión —por así decirlo— del amado hermano y la queridísima hermana.

El efecto sobre mí fue muy «purificante». Poco a poco iba pensando más en Fanny y Amy, y menos en Lizzie Wilson; más en extraer raíces cuadradas y cúbicas que en el incomparable monte de aquella Venus soberbiamente hermosa. A veces una u otra de mis encantadoras pupilas, inclinándose sobre mi hombro, ponía su sonrosada mejilla resplandeciente de salud y juventud junto a la mía, mezclando su dulce y fragante aliento con el mío y haciéndome notar su seno naciente contra la espalda. Pero mi verga, como si estuviera dormida, quedaba perfectamente quieta, porque su dueño no pensó nunca en haber encontrado fácilmente un camino si se hubiese sentido inclinado a aprovechar la ignorancia e inexperiencia de las muchachas. Pronto el coronel y la señora Selwyn depositaron en mí su más completa confianza, y tras tomar las «lecciones» me encomendaron muchas veces que llevase a las chicas a pasear por el salvaje y hermosos Chapin Ghaut o por cualquier otro paraje que nos apeteciera.

Una noche los doctores Jardine y Lavie fueron invitados conmigo a cenar en casa del coronel. Por entonces, como luego supe, Jardine estaba pensando en pedir la mano de Fanny en matrimonio. Yo lo desconocía por completo, sobre todo dados los modales de él y la aparente indiferencia de Fanny esa noche y en otras ocasiones. Siguiendo su costumbre, hacia el final de la reunión ella vino a sentarse a mi lado para conversar animadamente. Su mente estaba abriéndose rápidamente y recibiendo nuevas ideas; un mes de clase había tenido gran efecto sobre ella. Poco sospechaba yo que Jardine miraba todo esto con ojos envidiosos, pero al volver a casa dijo:

—¡Parecía muy a gusto esta noche, Devereaux!

—¿Qué quiere decir, doctor? —pregunté.

—Vamos, vamos, la chiquilla sólo parecía tener ojos y oídos para usted. Y usted parecía tener las manos de ella cómodamente

apretadas entre las suyas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —dijo lanzando una de esas desagradables carcajadas guturales que tanto me molestan.

—¡Alto ahí, Jardine! —dije, bastante molesto—, le aseguro que no me gusta nada esa forma de hablar. La señorita Selwyn sólo es para mí una amable chiquilla, a quien doy lecciones que me entretienen y —espero— la instruyen. Ella es despierta, rápida, y tiene grandes deseos de aprender. Me parece natural que le guste hablar conmigo de su tarea cuando todo su corazón está puesto en el aprendizaje.

—¡Ah! ¡Eso si no le enseña usted algunas otras lecciones, amigo! Vamos a ver: ¿qué hacía apretándole las manos?, ¿eh?

—¡Lo niego! —respondí con calor—, ¡sus ojos deben haberle engañado!

—Bien —dijo él—, quizás es así. Pero en cualquier caso debe recordar, Devereaux, que está casado; no debería copar demasiado la atención de las damas jóvenes, sino dejarnos algunas opciones a los pobres solteros.

No contesté. Me irritaba y ofendía, ver criticadas mis inocentes atenciones por un hombre que confesaba desear en una mujer solamente su pelvis.

Nos acercábamos ahora a una fila de chozas donde vivían algunas mujeres casadas de otros regimientos, enviadas allí desde Peshawar por razones de seguridad y salud mientras los regimientos de sus maridos volvían desde Afganistán a sus acuartelamientos fijos. Muy femenina, la señora Selwyn había insistido en que «esos barrios matrimoniales» fuesen vigilados por centinelas, cuyos deberes no eran sólo evitar visitas de cualquier «persona no autorizada», sino impedir que ninguna mujer abandonase su choza después de oscurecer. Esto era una fuente de gran irritación para todos los interesados. Los oficiales querían que las mujeres alternasen, y a ellas les habría encantado hacerlo como en Peshawar, donde pasaron épocas excelentes en las cuales no pasaban un día o una noche sin experimentar esa delicia de las delicias, y donde cosechaban sacos de rupias de sus innumerables y siempre cambiantes adoradores, pero aquí en Cherat estaban como en un convento y anhelaban el deseado palo y las rupias de acompañamiento.

Era una noche muy oscura y caía una especie de llovizna, cosa

muy infrecuente. Nos dio el alto el primer centinela, y pasamos tras contestar el santo y seña, mientras pasábamos frente a las puertas bajas de las chozas Jardine dijo con voz considerablemente alta:

—¡Pensar que están ahí todas esas encantadoras mujeres y no tenemos oportunidad de hacernos con ninguna! Creo que deben estar cachondas perdidas, y que darían rupias en vez de pedir las por ser bien folladas.

—¡En lo cierto está, señor! —dijo una voz femenina con acento claramente irlandés—. En lo cierto está y, ¿deberé ir ahora con su señoría?

—¡Por San Jorge! ¡Sí! ¡Vente! ¡Pero tenemos que pasar otro centinela!

Hubo un breve silencio, Jardine añadió:

¡Aquí! Ponte mi capa y mi gorra. ¡Así! Quedará estupendamente. ¡Lavie! ¡Devereaux! Dejen que la chica ande entre ustedes y yo iré delante.

Diciendo esto, Jardine puso su gorra sobre la cabeza de una mujer bella y maciza, joven, aunque hubiese demasiada oscuridad para precisar sus rasgos. Se envolvió en la capa y continuamos caminando los cuatro. Lavie y yo manteníamos una conversación con Jardine para engañar al alerta centinela, y pronto logramos que la muchacha evitara cualquier peligro de ser descubierta inmediatamente.

—Vamos ahora a mi choza —dijo Jardine—, ¡eres mi propiedad durante esta noche, y por ahí se va a mi choza!

—¡Confianza, señor! —dijo ella riendo—. ¡Estoy pensando tomarles a todos! Podría hacerlo fácil, uno después del otro, y aunque los tres pudieran tirármese esta noche apenas compensarían tres meses de total abstinencia. No he tenido un hombre en todo ese tiempo, ¡y no me casé para eso!

Nos compadecemos de ella con risas, y la mujer continuó:

—¡Oh! Bien fácil nos sería venir a ustedes, caballeros, todas las noches sin luna, ¡pero hay algunas tan envidiosas e intratables! Hay mujeres allá abajo —dijo indicando hacia el «barrio matrimonial»— a quienes les encantaría salir a la caza de oficiales, pero a quienes les molestaría muchísimo que lo supiesen otros. ¡Si no fuese por eso y por los chismes de las envidiosas habría media docena de nosotras en las camas de sus señorías cada noche!

—Bueno, estamos perdiendo el tiempo —dijo Jardine con impaciencia—. Devereaux no tendrá usted muchas oportunidades esta noche, por lo que mejor sería que se fuese a su casa y se lo haga a la señora Soubratie, si quiere una mujer.

—Gracias —respondí secamente—, pero me parece que no deseo a ninguna mujer. No por eso dejo de desearles todos los placeres. Buenas noches —y desaparecí.

¿Fue virtud? ¿Qué fue? Jardine estaba en lo cierto. Cuando me puse a pensarlo recordé que tuve las manos de Fanny entre las mías, pero como sin darme cuenta. Y ahí estaba la oportunidad de llegar a un acuerdo con esa succulenta irlandesa; pero ni las manos de Fanny ni los encantos más maduros de esa mujer —encantos que debían ser opulentos y lozanos si correspondían a los melodiosos tonos de su voz— habían suscitado la menor chispa de deseo en mi pecho. Estaba asombrado, y me pregunté: ¿eres el mismo Devereaux que estaba simplemente fuera de sí hace un mes, y cuyo miembro se comportó tan apasionada y activamente con Lizzie Wilson?

Sólo he mencionado este incidente para mostrar hasta qué punto me había apartado, con completa inconsciencia, de ese culto que Venus impone a sus adeptos, pero fue por los propios decretos de la diosa, y mi camino estaba siendo configurado por sus infalibles manos. Dos altares sagrados se habían erigido entre los bonitos muslos de Fanny y Amy; mi garañón era el Dios destinado a plantarse dentro de ellos, y Venus respiraría el dulce aroma del sacrificio cuando —a su debido tiempo— los altares manasen primero sangre y luego la nata de las ofrendas.

Lavie me contó el día siguiente que Jardine retuvo a la señora O'Toole

hasta las dos de la madrugada, que luego se la pasó y era tan apasionada que le puso fuera de combate desde las cuatro, y que de no ser por la proximidad del alba y la distancia de mi choza respecto del «barrio matrimonial» la animada mujer me habría hecho a mí también una visita. Me alegró que no viniese, porque puesto cara a cara con una buena grieta fresca temo que no habría vacilado en echar un polvo, y la señora Selwyn se habría enterado, como sucedió en el caso de Jardine y Lavie. Ésa no fue la única visita de la señora

O'Toole

a los médicos, que lo ocultaron a los demás oficiales, pero el secreto se filtró de algún modo y la señora

O'Toole

fue una de las primeras mujeres enviadas a la llanura cuando Cherat fue quedándose gradualmente despoblado.

Pero a comienzos de octubre llegó a Peshawar un telegrama que lanzó un escalofrío de júbilo por los corazones de los sorches de Cherat y alegró también a los oficiales, aunque de alguna manera molestó a la señora Soubratie. Decía lo siguiente: «Doce rameras llenas, lozanas y jóvenes saldrán hoy de Peshawar en dirección a Cherat». El telegrama era dirigido por el *kotwal* de Peshawar al kotwal de Cherat. Tan pronto como se enteró, el coronel Selwyn mandó la respuesta: «Conserven mujeres hasta que las haya inspeccionado». No dijo cuál era la naturaleza de su deber a la señora Soubratie, sino solamente que el general le había llamado a Peshawar para asuntos importantes. Sólo supe la partida del coronel cuando ya se había marchado, cosa que me puso muy incómodo. Como estaba en la cima del Chapin Ghaut la casa se encontraba muy expuesta, y los ladrones llevaban un tiempo singularmente activos. Los Selwyn tenían desde luego un chokeydar, que es el modo como en la India compran los ingleses su inmunidad. Los chokeydares son seleccionados siempre entre las tribus o aldeas de los alrededores que suministran un número mayor de bandidos, pero últimamente habían sucedido muchos casos de robo, y algunos de violencia con derramamiento de sangre, por lo cual estaba conmovida mi fe en esa institución local. También las noches estaban brillantemente iluminadas por la luna, cuyo esplendor apenas pueden imaginar los que nunca han visto esa luminaria en el Este. Comprendí que el coronel deseara ver a esas rameras. Difícilmente podía la señora Selwyn darle placeres nocturnos, y por ciertas pequeñas historias oídas del coronel en privado sabía que le gustaba un trasero jugoso tanto como a cualquiera. Sospeché por eso que las noticias de doce rameras macizas, lozanas y jóvenes habían provocado en él una oleada de deseo, y que no sólo había sido a inspeccionarlas sino a probarlas para ver si estaban a la altura de la descripción dada. Mis sospechas resultaron correctas, porque cuando yo mismo fui a Peshawar, unos dos años más tarde, el khansamah del bungalow público me dijo que el coronel Selwyn

sahib era el mejor hombre que había conocido, y que siempre dormía con cuatro mujeres cada noche; y Jumali, una de las doce, contó a sus compatriotas que en Peshawar el coronel se la había hecho todas las noches de su estancia, tomando otras tres distintas además, por turnos. ¡Pobre coronel! Tenía los testículos mayores que he visto; no es de extrañar que a veces estallasen sus embotelladas emociones. Creo personalmente que los centinelas apostados por la señora Selwyn en Cherat alrededor de la zona «matrimonial» estaban destinados a impedir sobre todo las visitas del propio coronel. En cualquier caso, esta visita a Peshawar tuvo consecuencias casi fatales para algunos miembros de su familia.

La primera noche apenas pude dormir, debido a un temor impreciso; me preguntaba qué podría estar ocurriendo al otro extremo del campamento, a un milla de mí, donde se encontraba la casa de los Selwyn; me levanté de madrugada, mientras la luna iluminaba el encantador paisaje, y anduve rápidamente hasta alcanzar la casa del coronel. Todo parecía estar bien. El chokeydar estaba en su puesto, tosiendo de ven cuando con esa terrible tos suya que equivale al «sin novedad» del centinela. Las dos noches siguientes di el mismo paseo con los mismos resultados. Pero a la siguiente noche, justamente cuando el coronel debía estar entre los morenos muslos de la última de sus doce rameras, yo estaba justamente doblando la esquina donde el sendero se unía con aquél donde vi por vez primera a la bonita Fanny Selwyn cuando de repente escuché algo que me hizo sentir un escalofrío de miedo. Pensé que oía gritar mi nombre. Me puse en movimiento y corrí como en mi vida. A los pocos minutos estaba en la casa, y durante la carrera no cesaron los pavorosos alaridos. Me parecía que alguien, una muchacha, estaba pidiendo ayuda y ¡oh Dios!, los gritos cesaron justamente cuando llegué a la terraza. Allí, sobre el suelo, con la garganta cortada de oreja a oreja yacía el infortunado chokeydar cuya tos me había confortado las noches anteriores, con la cabeza echada hacia atrás y la horrible herida como bostezando y manando sangre todavía. Resbalé en el rojo charco antes de poder evitarlo, pero no había tiempo que perder. La ventana del cuarto de Fanny estaba abierta de par en par. Era una ventana alta que se abría como una puerta, y su umbral no estaba a más de un metro del suelo. Pasé a través de ella con un solo salto y me encontré ante

un oscuro afgano luchando entre un par de muslos palpitantes, completamente desnudos y descubiertos, sabiendo que esas piernas pertenecían a Fanny.

Me quedé un momento paralizado de temor. La posición del maldito afgano era justamente la de un hombre que, violando a una mujer, hubieses completado las exquisitas sacudidas cortas y estuviera metiendo el final de su arma lo más dentro posible mientras derramaba su ardiente leche. Sus luchas eran exactamente las de un hombre en tales circunstancias, y todo su peso parecía descansar sobre el cuerpo palpitante de la muchacha postrada. No podía ver el rostro de ella, pero su pobre mano izquierda yaciendo inmóvil con la palma vuelta hacia fuera me dijo que estaba insensible, si no muerta. Sólo me quedé así un momento. Entonces, con un grito ahogado de rabia y desesperación, me lancé sobre el animal sacrílego que así mancillaba un templo custodiado para albergar a seres superiores. Él no me oyó entrar por la ventana ni luego, porque el suelo era de chaman, una mezcla muy dura de piedra caliza y argamasa, y mis zapatos en la India llevaban suelas de goma (en realidad, eran mis playeras de tenis). Le cogí por el cuello de la chaqueta y di un tirón tan brusco que no tuvo tiempo de soltar a la pobre Fanny, aunque la dejase caer tan pronto como se recobró de su sorpresa. El modo inerte en que la desgraciada muchacha cayó de nuevo sobre la cama, casi desapareciendo su cabeza por el otro lado, me produjo una conmoción adicional. Estaba convencido de que estaba muerta. Pero el podrido cuello de la chaqueta del fornido energúmeno cedió, desgarrándose con un ruido estridente mientras brotaba de la prenda una nube de hediondo polvo, casi como si fuese la explosión de un mosquete. Sin intentar devolverme el ataque y con un grito ahogado de alarma el rufián saltó hacia la ventana. Antes de que la alcanzase yo le cogí otra vez de la chaqueta, esta vez por el hombro. Una vez más se rasgó la tela podrida, aunque no tan pronto en esta ocasión. A pesar de todo, fue demasiado rápido para que pudiese agarrar al hombre. Al caer prácticamente la prenda entera también cayó al suelo su lámina, un largo y brillante cuchillo, y desembarazándose de mi presa el vil bandido atravesó la ventana, corrió como un rayo por el sendero y desapareció como si se lanzara de cabeza por el lado más escarpado del valle. Pude oír cómo caía aplastado y desgarrando

arbustos, porque había un silencio mortal. Satisfecha no sólo de que el animal hubiese desaparecido, sino de que no hubiese otros escondidos cerca, me volví con el corazón lleno de miedo y pesar a la cama donde estaba extendido el cuerpo sin vida de la desdichada Fanny. Las plantas de la terraza oscurecían el cuarto incluso durante el día, pero la poderosa luz de la luna reflejada desde el suelo y las laderas rocosas conseguía iluminar todavía el dormitorio, y la pequeña lámpara de aceite que está generalmente encendida toda la noche en los dormitorios de la India añadía sus débiles rayos para mostrarme lo que parecía ser la desolación de la muerte.

El pie de Fanny apenas tocaba el suelo. Sus bonitas piernas de tobillos hermosos y esbeltos, con pantorrillas redondas, graciosas y bien desarrolladas estaban abiertas de par en par, como sucedía con sus muslos llenos y realmente espléndidos, blancos como la nieve y pulidos como el mármol.

No pude evitar ser la querida y musgosa matita, porque me miraba ella directamente y la luz de la pequeña lámpara caía allí de lleno, mostrándome que los pelos que cubrían el redondeado monte eran más espesos en el centro y no muy abundantes. Me estremecía al ver esa raja tan dulce y esa tierra sagrada toda manchada de sangre, y una gota espesa manando del punto más bajo de penetración. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Así pues había sido violada, ultrajada, expoliada. Y por un asqueroso y nunca bastante maldito afgano, hediondo y piojoso. Me asombraba la increíble insolencia que pudo haber animado a un nativo, en el tiempo de paz y dentro de nuestros propios confines, a cometer crimen semejante, pero no tenía tiempo que perder en pensamientos. Me incliné sobre la pobre muchacha inerte y le levanté la cabeza. Sus ojos estaban cerrados; su rostro parecía tan puro, tan apacible, y aunque el color había desaparecido de sus mejillas pensé que nunca había visto tan hermosa a Fanny Selwyn. Sus labios levemente entreabiertos mostraban las filas de perlas que formaban sus dientes, pequeños, bellos y perfectamente regulares. Su piel estaba cálida. Naturalmente que no estaba fría, pues aunque la vida la hubiese abandonado no llevaría muerta siquiera cinco minutos, aunque — como de costumbre— me haya tomado muchas palabras describirlos. Su encantador cuerpo como de sílfide se notaba cálido.

¡Qué elegantes eran sus líneas! ¡Qué pura, bella e inmaculada era esa satinada piel! ¡Qué hermosos eran esos senos crecientes y nacientes, todavía no crecidos del todo pero prometiendo ser un día incluso más exquisitamente bellos aún —los senos níveos de una ninfa de dieciséis primaveras—! Las pequeñas gotas de coral que los coronaban parecían tener más color del que tendrían si la muerte hubiese tomado realmente posesión de ese cuerpo elegante. ¡Puse mi mano sobre su corazón! ¡Gracias a Dios, no estaba muerta! Su corazón latía, y firmemente. En un éxtasis de alegría besé esos labios mudos y no pude resistir cerrar la mano (de tan acostumbrado como estaba a hacerlo cuando besaba a chicas guapas), y el dulce pechito estaba cerca de su corazón. ¡Era encantador!, ¡tan firme!, ¡tan duro!, y llenaba tan dulcemente la mano. De repente pensé en los viles efectos de las hazañas del monstruo que había destruido su virginidad. Mis ojos miraron una vez más hacia el suave vientre, pasaron sobre las calderas de vegetación leve pero deliciosa del naciente monte de Venus y cayeron sobre la línea profunda de su suave rajita. ¡Quizás dentro de esos portales hasta hace poco vírgenes se alojaba la maldita simiente de un inmundo afgano! ¿Qué pasaría si, como bien podría suceder si sobreviviera, ese vientre encantador y pequeño debiera crecer hasta convertirla en madre de una criatura que sería contemplada con horror y consternación? ¡Oh! ¿Qué podía hacer yo? De repente tuve la idea de intentar prevenir una catástrofe semejante abriendo las hermosas puertas del templo, e intentando estimular la salida de la baba bestial. Lo hice al punto. ¡No vacilé! Pasé el tembloroso dedo medio por esa suavidad hasta que el nudillo impidió progresar. Para mi indescriptible júbilo descubrí que Fanny no había sido violada. ¡El pequeño himen estaba claramente allí, sin rotura ni desgarramiento! Me pareció bien asegurarme y, retirando el dedo de las calientes profundidades, encantado al descubrir por su humedad que la naturaleza estaba totalmente viva allí, busqué una vez más la fuente de la sangre, si de tal se trataba, que cubría el encantador toisón. No podía imaginar de dónde venía, y temiendo que quizá los alaridos asustados y agonizantes que escuché pudieran deberse a la tortura de alguna temible herida interna, causada por la violencia del rufián en su asalto, separé el pelo de su querida matita para ver si

había allí alguna herida oculta, pero aunque la luz fuese débil me resultó demasiado fácil (pues me gusta como adorno del monte una selva espesa y rizada) ver cada partícula de piel, y no tenía un solo rasguño. Al mover mi pie tropecé con algo suave y blando; cogí el objeto del suelo y descubrí que se trataba de un trapo empapado en sangre, y apenas necesité examinarlo para comprender la fuente de toda mi alarma. La pobre Fanny tenía su período, y la sangre que vi era la inofensiva consecuencia. Casi me reí de alegría. Pero, fuese cual fuese la causa de la sangre, no cabía duda de que la muchacha debía encontrarse mal si el desmayo duraba tanto, y comencé a alarmarme a cuenta de eso. La había tumbado en una posición más cómoda, esperando que volvería en sí en seguida —como había visto suceder con mujeres desmayadas—, pero allí quedó pavorosamente inmóvil. Sólo sus móviles senos demostraban que estaba viva. Subían y bajaban, aunque casi imperceptiblemente ¡Pobres queridos senos! Los acaricié. Los apreté. Pellizqué suavemente los pequeños botones rosas. Pero los ojos de Fanny permanecieron obstinadamente cerrados. Pasé la mano sobre todo su cuerpo, sobre sus suaves flancos, sobre su cóncavo vientre, sobre su precioso toisón, bajando por los encantadores y hermosos muslos. Deslicé incluso una vez más el dedo en su jugosa suculencia esperando despertarla de su sopor, y efectivamente excité el pequeño y activo clítoris, pero aunque junté apretando sus aterciopelados labios y lo noté crecer bajo mis caricias Fanny no lo sintió. Al fin vi un vaso sobre la mesa, y rocié su rostro y su ondulante busto con el agua fría. ¡Se movió! El frío hizo lo que no lograron cálidas caricias. Abrió los gloriosos ojos, me miró salvajemente un momento y luego chilló de nuevo con terror y pavorosa alarma. La tomé en mis brazos y la apreté tiernamente, mientras ella se debatía violentamente todo el tiempo.

—¡Fanny! ¡Fanny! ¡Señorita Selwyn! ¡Queridísima Fanny! — exclamé con acentos que pretendían implorar y calmar—. ¡Soy yo, el capitán Devereaux! ¡No tema, nadie va a hacerle daño ahora! ¡He perseguido a ese tipo y ha escapado corriendo para salvar la vida!

Mi voz la calmó algo. La pobre muchacha volvió el rostro hacia mi pecho, y mientras me aferraba salvajemente estalló en una agonía de llanto, sollozando en voz alta como un niño. Sus sollozos convulsivos y sus movimientos casi histéricos apretaron contra mis

sus duros pechitos, que yo podía sentir nítidamente, aunque tuviese chaqueta y chaleco puestos, estando ella desnuda. La acaricié, intenté calmarla, y ella se colgó aún más cerca de mí. Sentí que era un animal, un bruto, pero su desnudez, el calor de su cuerpo, sus abrasadores brazos y, sobre todo, las sensaciones simpáticas que sus senos me producían por todo el pecho hicieron que la verga se me empinase con tremenda fuerza. No pretendía aprovecharme de la situación, pero me era imposible evitar sentir la deliciosa excitación del momento. Todo el tiempo estuve intentando prevalecer sobre Fanny para subyugar su emoción de terror. Sé que hablé con el mayor cariño. Estaba muy emocionado, y me descubrí llamándola querida, niña mía y epítetos similares. Fanny pareció avivar al fin los oídos y escuchar. Sus sollozos se hicieron menos violentos. Dejó de llorar en voz alta. Volvió su rostro hacia el mío, y yo besé sus labios de cereza intentando secar sus lágrimas de sus mejillas con mi boca. ¡Que si le gustó eso!

—¡Oh, capitán Devereaux, me ha salvado! ¿Cómo podré alguna vez darle las gracias?

—Siendo buena ahora, querida Fanny. Intentando recobrar el valor y diciéndome cómo entró en el cuarto ese brutal afgano.

—¿Era afgano? No pude ver bien. Estaba durmiendo y de repente sentí una mano entre mis muslos... sobre mí... en alguna parte... y cuando abrí los ojos vi a dos nativos.

—¿Dos? —exclamé.

—Sí, dos. ¡Estoy segura! Había dos; uno tenía su cara grande cerca de la mía, el que tenía su mano sobre mí... sobre m... en alguna parte. El otro tenía un cuchillo en la mano y sonreía. Pude ver sus dientes. Entonces grité y traté de saltar de la cama, pero el hombre cuya mano estaba... que tenía la mano sobre... que tenía la mano sobre... sobre mí.

—¡Sí, querida! —dije, viendo que se sentía avergonzada—, el hombre que la estaba atacando.

—¡Sí! Me puso la mano sobre el pecho y me sujetó. Le pegué en la cara y debo haberle hecho daño en el ojo, porque gritó y se llevó allí la mano con lo cual pude saltar y escapar un momento, dando las voces más altas que pude. Él se dio la vuelta y me cogió; noté que me rasgaba el camión, me tiró sobre la cama y cayó sobre mí con toda su fuerza. Me cogió de la garganta con ambas manos y

supongo que entonces me desmayé, porque nada más recuerdo. ¡Oh! ¿Cómo se le ocurrió venir aquí, querido, querido capitán Devereaux?

Durante todo ese tiempo la cariñosa y asustada muchacha tenía sus brazos a mi alrededor. No parecía darse cuenta de que, a excepción de la parte superior de los brazos, estaba desnuda como al nacer. De hecho, aunque fuese ahora capaz de hablar yo comprendía que no se daba cuenta cabal de su posición exacta. Se colgaba de mí con la presa del que se ahoga, y eso era lo encantador en extremo, pues parecía el abrazo de una muchacha que siente la herramienta animada y móvil dándole incomparables goces.

—He estado muy nervioso desde que su padre se fue a Peshawar, señorita Selwyn, y he patrullado todas las noches para comprobar que estaba usted segura. Oí sus gritos, y así es cómo logré venir oportunamente.

Fanny levantó la cabeza y me miró con ojos donde tanto el amor como la gratitud lanzaban delatores rayos.

—¡Bésemel! —exclamó, recorrida visiblemente por la emoción—. ¡Es usted bueno!

No esperé a que me lo dijiesen dos veces. Le pasé mis sedientos labios en un beso largo y profundo, pero mientras estaba a ello me vino una idea a la cabeza. ¿Qué había pasado con el segundo afgano? Si no se me hubiera ocurrido no sé realmente qué había pasado. Estaba perdiendo control sobre mis pasiones rápidamente. Fanny estaba poseída por algo más que amorosa gratitud; noté que bastaría una presión muy leve para darme la bienvenida entre sus muslos, y a pesar de su «dolencia» allí y entonces habría barrido el himen que había descubierto firme y a salvo. Un pito tieso no tiene conciencia, dice el proverbio, y el mío estaba más que tieso. ¡Se encontraba en un terrible estado de agonizante distensión, intentando rasgar la piel exterior!

¡Pero ese segundo afgano!

—¡Fanny! ¿No me dijo haber visto a dos hombre? ¿Uno con un cuchillo?

—¡Desde luego que sí!

—¿Dónde está el segundo?

—¡No sé! Supongo que escaparía al verle.

—¿Pero hacia dónde? ¡Su puerta está cerrada! Sólo hay una ventana, y estoy seguro de que no salió por allí. Ese hombre está en algún lugar de la casa.

Me solté de su estrecho abrazo y miré bajo la cama. Encontré algo, pero ningún afgano. Si quieres saber lo que fue, querido lector, debo remitiré al *Don Juan* de Byron, canto primero, cuando el marido desconfiado busca por los alrededores a don Juan, que, en efecto, estuvo acostado sobre los hermosos muslos de Julia bajo las frazadas. He olvidado las líneas exactas, pero encontré como él algo debajo de la cama, aunque no lo buscado. Temo que estoy frivolisando, cuando el asunto era muy serio.

Tras asegurarme que el segundo afgano no estaba en el cuarto insistí en registrar la casa. También me sorprendió como muy raro que nadie se hubiese despertado con los alaridos de Fanny, cuando yo los había escuchado estando a cien metros de la casa. Maldiciéndome por el desatino de perder tiempo cuando cada instante podía ser precioso, y por pensar en lo dulce que sería poseer a Fanny, cuando quizás Amy estaba siendo violada o asesinada, salté hacía la puerta por más que Fanny hizo cuanto pudo por retenerme. Estaba alarmada ante la idea del peligro, y su gesto era egoísta. Pero y persistí.

Había un corredor entre su puerta y la de su hermana. Pero he de decir primero que había cogido el cuchillo de mi afgano. Lo llevé en la mano si fuese una espada. Abrí la puerta del dormitorio de Amy rápidamente y me encontré ante otra visión que ponía enfermo de horror. El afgano estaba aparentemente sodomizando a Amy. ¿Aparentemente? ¡No! ¡Lo estaba haciendo efectivamente! Y al igual que el otro rufián, a quien tan afortunadamente detuve a tiempo de evitar cualquier daño real a la sufriente Fanny, la mente de este demonio estaba tan absorta en su pleno goce que al principio no percibió mi entrada. Todo sucedió tan rápidamente que no puedo intentar imitar el tiempo transcurrido en esta tan verdadera historia. Me lancé sobre el villano, y él retiró su brillante ariete negro tan deprisa del trasero de la pobre Amy que sonó un «pop», como el ruido de un corcho saliendo de una botella. Se enderezó, cogió un largo cuchillo de la cabecera de la cama donde lo había puesto al empezar la sodomización y, con un grito de triunfante desafío y la expresión de un canalla buscando adicionales

victorias, se lanzó hacia mí exclamando: «¡Ah!, ¡ha! ¡Bahin chut! ¡I eri ma ki chut!» (¡raja de la hermana!, ¡raja de la madre! Términos ofensivos utilizados por los gentiles indios y por los afganos salvajes igualmente, cuyo significado es que quien te interpela ha deshonrado y follado tanto a tu hermana como a tu madre). «He follado y he dado por el culo a tu hermana. ¡Ahora te daré por el culo a ti también!».

En mi ira rugí como respuesta: «¡Qué me den por el culo, si lo consigues!», cosa que es quizás un fragmento innecesario de lenguaje grosero por mi parte, pues si el rufián hubiese triunfado a mí me habrían dado desde luego.

Descubrí entonces qué error había cometido no cogiendo el cuchillo como una daga en vez de cómo una espada, pues antes de poder hacer tentativa alguna de acuchillar a mi gigantesco antagonista él me clavó el suyo por dos veces, una en el hombro izquierdo y otra en el pecho. Estaba intentando meterme el cuchillo hasta el corazón a través del hombro, y su segunda cuchillada lo habría conseguido de no saltar yo hacia atrás. El caso es que me cortó terriblemente por debajo del pecho izquierdo. Sin embargo, yo le había hundido bien mi daga en el costado izquierdo. Fanny, gritando al límite de su voz, había salido corriendo tan pronto como vio a este segundo diablo, y durante todo el combate pude oír cómo resonaban las colinas y las cavernas rocosas con los agudos alaridos, porque se había ido a la ventana y gritaba con todas sus fuerzas. Mientras tanto, el fornido y realmente inmenso afgano estaba destrozándose. Estaba mucho más acostumbrado a usar la daga que yo, que nunca había luchado con una. Me apuñaló muchas veces pero, afortunadamente, en el brazo sobre todo, aunque me diese varios tajos pavorosos en el pecho como el primero. Empecé a luchar sin orden ni concierto, porque me desorientaban su extraordinaria actividad y los fulgurantes golpes que evitaba como podía, algunas veces saltando de un lado a otro como un gato, pero al fin una cuchillada afortunada y desesperada sin vida a mis pies a la bestia rojiza. Le había alcanzado con un golpe hacia arriba en el estómago. El agudo cuchillo, tras penetrar en la ropa y la capa externa de carne, pasó por el interior como si fuese mantequilla y se hundió hasta el mango atravesando su corazón. Quedó un momento en el suelo sacudiéndose y pataleando, pareció requerir aire y

murió. Hasta el último momento me miraron con odio mortal sus ojos fieros, y a pesar de la victoria no pude evitar un temblor ante la terrible lucha mantenida.

Al principio quedé abrumado por una tendencia al desmayo y la fatiga. Podía escuchar los gritos de Fanny, pero no podía ir en su ayuda. Me senté en la cama junto a la inmóvil Amy y gemí. No sentía mucho mis heridas, pero hacían que me marease. La pobre Amy estaba tumbada sobre su rostro, que me resultaba invisible por eso mismo. Estaba totalmente desnuda. Tenía los brazos atados a la espalda, unidas las muñecas. Las ligaduras pasaban aparentemente por su cara también, pero confinaban la opulenta y fluyente mata de pelo a la nuca. No tenía tiempo ni humor para admirar su encantador cuerpo, pero hasta hoy veo esas caderas opulentas y llenas, esos hermosos hemisferios entre los cuales se hallaba esa entrada trasera tan recientemente mancillada por el poste negro del bestial afgano. Con manos temblorosas por la fatiga y la excitación comencé a tratar de desatar las ligaduras. Los nudos estaban demasiado duros, y me vi obligado a usar cuidadosamente el cuchillo para cortarlos, y allí donde la tocaba mi sangre se derramaba sobre su bella piel blanca hasta que la final estaba toda manchada, pero conseguí después de todo, devolví los brazos a su posición normal, quité la mordaza de la boca y volví a Amy poniéndola de espalda sobre la cama. Al hacerlo agarré sin darme cuenta dos senos llenos y firmes que adornaban su busto mucho más opulentamente que el de Fanny. Yo ardía por saber si la brutal bravata del afgano era cierta. Indudablemente la había sodomizado, pero ¿la habría desvirgado también? Sin apenas notar que su mata era bastante más espesa y crecida que la de Fanny, deslicé un dedo inquisitivo en el pequeño nicho palpitante y dulce sintiéndome espiritualmente enfermo de temor y aprensión. ¡Oh, júbilo! Su querido virgo estaba intacto. La habían dado por el culo, pero no la habían follado.

Poseído por este importante y buen descubrimiento corrí en busca de Fanny, cuya voz estaba ronca, y la imploré que fuese a socorrer a su hermana. Ya se oían voces de hombres que subían a la carrera el empinado sendero que conducía al Bazaar, por el otro lado de la casa. Temiendo que en su ansia de ayudar algunos penetrasen y descubrieran a las dos muchachas desnudas como

estaban, imploré a Fanny que se pusiera las enaguas y fuese a cubrir a Amy. Pero Fanny había perdido prácticamente los nervios. Fue al cuarto de Amy efectivamente, aunque al verla desnuda, cubierta de sangre y aparentemente muerta, así como el cadáver del afgano en el suelo sobre un lago de sangre, salió a la carrera de allí gritando y llorando como una loca.

Corrí hacia la puerta a tiempo para prevenir al kotwal y decirle que no permitiese a nadie la entrada. Le supliqué que pusiera guardia alrededor de la casa, que se quedase donde estaba, que avisara inmediatamente al doctor Lavie y que hiciera lo mismo con el piquete del regimiento. Satisfecho de ver cumplidas mis órdenes, y de que nadie trataría de penetrar en la casa aunque estuviesen ardiendo de curiosidad, me dirigí hacia Fanny —que estaba acurrucada en una esquina del cuarto— esforzándome por calmar sus miedos, diciéndole que Amy estaba sólo desmayada, y que su sangre no era suya sino mía. La pobre chica había recibido tantos choques que al principio fue casi imposible hacerla entrar en razón, ni explicarle que su hermana necesitaba ser atendida. Hice que escuchase el rumor de las voces fuera y estaba realmente ansioso de que abandonara el cuarto, pues podía escuchar las observaciones hechas por los recién llegados, y los *jughs!*, y *jahs!*, con los que cada uno saludaba el cuerpo difunto del desdichado chokeydar.

No deseaba que esta información llegase todavía a los oídos de Fanny, y a la larga logré que fuese a cuidar de Amy. Tiré una manta sobre el sanguinolento cadáver del abominable afgano y Fanny, con visibles escalofríos, anduvo de puntillas sobre el suelo salpicado de sangre. No parecía darse cuenta de que estaba desnuda pura y simplemente. El afgano no le había quitado completamente el camisón, como aconteciera con Amy. Lo había rasgado de arriba abajo por delante, y Fanny conservaba todavía las mangas, cortas por cierto, que permitían ver casi totalmente sus brazos.

Quizá notar los restos del camisón le hacía pensar que estaba cubierta, pero de hecho veía, y mientras veía admiraba y mientras admiraba deseaba todo su cuerpo por delante, y su aspecto era embrujador, con los ojos lanzando miradas salvajes, los senos subiendo y bajando rápidamente al ritmo de su acelerada respiración. Su bonito toisón sobresalía un poco como perfecto cojín, y se estrechaba rápidamente hasta el lugar donde la turgente

joyita mostraba su línea profunda y tentadora. Su mata no era todavía lo bastante espesa como para permitirme ver esa línea que es visible cuando una muchacha desnuda está de pie sin saber que está exhibiendo su secreto encanto de encantos ante un admirador, y cuando se sentó junto a la hermana completamente desnuda pude compararlas, imaginando cuál me daría mayor placer.

¡Bendito sea Dios! ¡Qué extraños pensamientos entran en la mente del hombre en momentos inoportunos! Era perfectamente consciente de que mi deber consistía en aliviar a Amy y continuar las pesquisas por la casa, pero allí estaba cotejando en la mente los dos deliciosos montes, comparando sus pechos, sus cuerpos, sus muslos.

Traje a Fanny algo de agua e hice que rociase a Amy, suplicándole una vez más que se pusiera algo rápidamente, porque:

—¡Estás completamente desnuda, querida niña!

—¡Oh! ¿Qué importa? —dijo ella estallando en lágrimas otra vez—. ¡Querría morir!

—¡Hazme caso, querida Fanny! ¡No debes consentirte tanto! Recuerda que eres una dama y la hija de un soldado. ¡Valor! Eso es, sécate las lágrimas. He mandado llamar al doctor Lavie y estoy esperándole. Date prisa y movamos a Amy. Está respirando bien —añadí poniendo ambas manos en sus encantadores senos—. Rocíala bien. ¡Así! Pronto estará bien. Cúbrela entonces con la ropa de cama y métete tú también dentro. ¡A ti no te han hecho la mitad del daño que a ella!

¿Cómo? —preguntó Fanny con voz de sorpresa.

—Fue amordazada por ese rufián —dije apuntando hacia el afgano muerto—, y él le ató los brazos por detrás; no sé qué otras cosas pudo haberle hecho.

Fanny llevaba tiempo suficiente en la India para haber aprendido toda la teoría de la copulación, aunque al abandonar Inglaterra era demasiado joven para conocerla en esa dichosa tierra.

—¡Oh, pobre Amy! —exclamó—. ¡Oh, capitán Devereaux! ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

Comprendí su llanto.

—¡No te alarmes, querida Fanny! No creo que el maligno rufián hiciese nada que vaya a dejar lamentables secuelas. Pero estoy seguro de que Amy debió luchar, y que quizá le golpearon

malamente y está herida.

No podía decirle que había visto efectivamente cómo el afgano estaba dentro del trasero de Amy hasta su bestial bolsa; Fanny salió corriendo demasiado rápidamente para verlo por sí misma, y por entonces nada sabía de sodomía.

Fanny se puso a trabajar con verdadero ahínco, y al tener algo en lo cual ocuparse alejó los malos pensamientos de sí. La convencí de que fuese valerosa y se quedara en el cuarto mientras yo visitaba lo demás de la casa, pues aunque estaba seguro de que no quedaban bandidos quería verificarlo a pesar de todo. Sin embargo, antes de hacerlo llamé al kotwal y aposté algunos hombres en el pasillo, cerrando la puerta del cuarto de Amy para que ningún curioso pudiese ver a las chicas desnudas.

Lo primero que visité fue el dormitorio del coronel. Allí estaba la señora Selwyn, aparentemente dormida como un tronco. En vano traté de despertarla. Le abrí los ojos y las pupilas inmensamente dilatadas me explicaron la razón del sopor. ¡Opio! ¡Drogada! Había premeditación y, por lo tanto, era preciso que hubiese un traidor o una traidora en la casa.

Fui luego a lo que llamaban la guardería. Allí dormía con otros niños Mabel, una guapa chica de doce años, y también debía estar allí un aya. ¡Pero no había aya alguna!

Mabel estaba despierta, llorando entre sollozos. Dio un pequeño alarido cuando entré en el cuarto, pero tan pronto como me vio, saltó de la cama con tal prisa y desorden que aunque sólo había la débil luz de la lámpara de aceite no sólo vi su valle a la perfección, sino la pelusa que ensombrecía el monte y prometía ser hermosa cuando llegara la estación para recolectar el fruto maduro del jardín de Venus. Me dije mentalmente: «Parezco destinado a ver esta noche todas las grutas aterciopeladas de las Selwyn». Pues Mabel podría haberme tomado entonces, aunque fuese tan joven. Conozco la medida de una grieta capaz de recibirme plenamente. Pero continúo.

Encantada de verme a mí, y no a un ogro o a un ladrón, Mabel saltó a mis brazos y me hizo daño en el izquierdo, tanto en realidad que se me escapó un grito. Retrocedió sorprendida, y lanzó un alarido al ver todo su camisón cubierto de sangre. Me costó mucho tranquilizarla, pero logré que se metiese en la cama; allí la besé y

deje que se quedara tranquila. Le conté cómo vinieron los bandidos, que yo había matado a uno tras ser herido por él, que todos estaban bien y seguros en la casa y que por la mañana le contaría más. Era una chica obediente y se quedó realmente muy tranquila tumbada, prometiendo ser buena. Examiné a los otros dos niños y los hallé en el mismo estado de estupor que la señora Selwyn. Habían sido drogados evidentemente, y todo el asunto era una conspiración. Me lo aseguraba la ausencia de la aya. Si hubiese corrido a dar la alarma habrían venido a ayudarnos mucho antes, pero el kotwal me contó que el Bazaar fue despertado por los sobrenaturales gritos de Fanny. Me parecía claro que la misión de los dos afganos había sido violar, quizá sodomizar también a Fanny, Amy y Mabel, y que la señora Selwyn y los otros niños habían sido drogados para evitar que añadiesen berridos en caso de un torneo de gritos por parte de la pobre Fanny y sus hermanas mientras eran violadas, etc. El hombre a quien maté hizo su trabajo mejor que el estúpido encargado de Fanny, pues comenzó amordazando a Amy, con lo cual la pobre criatura no pudo proferir sonido alguno mientras estaban dándole por el culo. En otro caso yo la habría oído cuando trataba de reanimar a Fanny. Pero no escuché un solo ruido; en otro caso la pobre Amy quizás hubiese escapado. Volví al cuarto de Amy, pero terriblemente mareado, enfermo y dolorido. No es extraño. Ella expresó su gratitud con sus ojos más que con palabras, y levantó su carita implorando tanto por un beso que me incliné — aunque me doliera— y deposité algunos cálidos besos sobre sus temblorosos labios. Pidiendo entonces a Fanny que se quedase donde estaba, en la cama con Amy, fui a ver si había indicios de Lavie y el piquete de guardia.

No tuve que esperar mucho tiempo. Pero en el intervalo el kotwal me contó que había tres criados del coronel muertos en las inmediaciones, el cocinero, el mozo de recados y el encerador, y que el *chuprassi* moriría pronto de sus múltiples puñaladas, además de lo cual había dos niños degollados. Era una espantosa masacre, y apenas podía creer que dos hombres solos pudieran hacerla. Tuvo que haber más, pensaba, pero sólo vi a dos y ninguno vivió para contar toda la historia, aunque la investigación posterior aclaró la causa de este feroz ataque.

Pronto se escuchó el paso regular de hombres formados y

disciplinados, porque el piquete vino tan pronto como pudo ascender el empinado sendero desde el Bazaar, apareciendo a la vez el pequeño Crean, la primavera salvaje de Green Isle, y Lavie. Con el menor número de palabras que pude les expuse los hechos. Lavie mandó pedir inmediatamente su bomba de estómago, que no se había traído pensando innecesario tal suplemento. Crean dispuso a sus centinelas y rastreó rocas y arbustos, pero sin encontrar nada nuevo. Los cadáveres fueron colocados en un cobertizo exterior y, tan pronto como Lavie dijo que las jóvenes damas podían soportarlo, el grupo penetró en el cuarto y se llevó el enorme cuerpo del afgano muerto. Era un hombre gigantesco, y me estremecí pensando en el trasero de la pobre Amy cuando vi el tamaño descomunal de su ahora blanda, muerta y horrenda máquina. ¡No me extrañaba que estuviese prieta e hiciera un «pop» cuando sacó la súbitamente de su infeliz trasero! Había decidido no decir a Lavie nada de lo que había visto hacer a esa verga, dejándole suponer que había llegado justo a tiempo de evitar una violación.

Entonces, y sólo entonces, permití que me examinase.

Querido lector, ¿has sido herido alguna vez? Si así es recordarás qué horrible era ver a un hábil cirujano curar tus heridas. Las mías no eran peligrosas, salvo una que había penetrado justamente por debajo de las costillas, pero iban haciéndose más dolorosas a medida que se descubrían y eran separadas de la tela con sangre coagulada. Lavie insistió en que fuese a la cama del cuarto de Fanny. Dijo que debería quedarme totalmente quieto y sólo beber agua (porque yo me estaba muriendo de sed y quería un trago) por miedo a la inflamación. Afortunadamente, había perdido tanta sangre que —salvo en caso de hacer algo estúpido— tenía pocas probabilidades de caer en un mal estado por inflamación, pero lo más sensato era tomar todas las precauciones posibles.

Al quedar allí, me pregunté cómo mi hombría se empinó con dureza tan exorbitante apenas unos momentos atrás —mientras jugaba con Fanny, intentando hacerla volver en sí—, cuando ahora parecía incapaz de volver a levantarse nunca más. Me sentí mortalmente débil. La excitación había terminado y entraba la reacción. Me culpé a mí mismo pensando que si hubiese estado en mis cabales habría olvidado el sexo de Fanny y visitado primero los

otros cuartos, en cuyo caso la pobre Amy no habría sido nunca sodomizada. Me preguntaba si ella lo sabría. ¿Acaso un cielo misericordioso la hizo perder el sentido antes de que el brutal afgano mancillase su trasero? Confié en lo segundo. Me sorprendía la conducta de Fanny. La imaginaba más heroica, pero se lo disculpé como es debido y, ¡oh!, ¡qué encantadoras estaban ella y Amy desnudas! ¡Y qué embrujador escondrijo tenía Mabel igualmente! Seguí así hasta caer en un sueño delirante del que no me desperté durante varios días.

Recuerdo ese despertar con intensidad. Había una brillante luz solar. La ventana estaba abierta, así como la puerta del cuarto, y el aire fresco soplaba sobre mí del modo más refrescante, mezclado a veces con una risotada que venía rodando hacia arriba por la colina desde el concurrido Bazaar. Habían llegado las doce ramera buenas y jóvenes, y me atrevo a decir que oí la risa feliz de alguno de los sorches esperando ansiosamente su turno para echar un polvo estupendo. Supe esto por mi joven amigo Crean, quien me contó más tarde que Jumali era un polvo de primera A, y una mujer espléndida y muy guapa. De hecho Jumali era la favorita entre todas esas mujeres útiles y graciosas. Años después oí en Peshawar que era ella quien comenzaba siempre la noche con el coronel, antes de que él pasase a las tres o cuatro lozanas y macizas. ¡Ah! Bien le costó al querido coronel esa «inspección», y más podría haberle costado. ¡Pobre Amy! ¡Pobre Fanny!

Bien, entonces me desperté, preguntándome el comienzo dónde estaría, pero mi brazo en cabestrillo y una sensación de dolorosa rigidez despertaron rápidamente a mi divagadora memoria. Había alguien en mi cuarto. Podía oír que alguien estaba moviéndose sobre una silla, pero no podía ver quién era. Dijo en voz baja:

—¿Hay alguien aquí?

—¡Oh, capitán Devereaux! ¡Así que está bien! ¿Me reconoce? — exclamó la vivaracha Fanny, que vino rápida y sonriente a la cabecera de la cama, tan lozana y limpia como de costumbre, porque Fanny era en todo momento una chica muy cuidadosa.

—¡Reconocerla! —exclamé sorprendido—, naturalmente que la reconozco, querida Fanny.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Venid! ¡El capitán Devereaux no dice desatinos ahora! ¡Venid! —gritó saliendo a la carrera del cuarto.

La señora Selwyn vino todo lo de prisa que permitía su debilidad, pues el mortífero narcótico la puso muy enferma; era el primer día que dejaba la cama desde que ocurrieron los acontecimientos que he descrito —según temo— tan débilmente. Al principio la señora Selwyn no pudo hablar, embargada por la emoción. Le brotaron lágrimas en los ojos, que buscaron por las pestañas un lugar por donde rodar y acabaron encontrándolo. Cogió mi mano libre con las suyas, la apretó y, encontrando al fin la voz, dijo con mucha emoción y muy lentamente:

—¡Oh, capitán Devereaux! ¡Capitán Devereaux! ¿Qué no le debemos?

—No me debe nada, querida señora Selwyn.

—¡Nada! ¡Oh, no! Le debemos todo: ¡las vidas y el honor de nuestras hijas! ¡Jamás podremos pagarle! —y sin decir una palabra más se inclinó y me besó, dejando que sus lágrimas cayeran sobre mis carrillos.

No pude evitar emocionarme. Fanny estaba de pie, mirando con una mezcla de diversión y aprensión en la cara, muy cómica. Le divertía evidentemente que su madre me besase, pero no puedo entender su aprensión. Sea como fuere, dijo nerviosamente:

—¡Ahora no me llama Louie, mamá!

—¿Cómo? ¿La llamé así? —dije.

—¡Oh, sí! Parecía pensar que yo era su esposa. ¡Insistía usted en que me metiera en la cama! Dijo que me deseaba muchísimo, y no sé cuantas tonterías más.

La señora Selwyn miró a Fanny y luego otra vez a mí.

—¡Bien, Fanny! Eso demuestra que el capitán Devereaux ama a su esposa, ¡y que a ella se dirigían únicamente sus pensamientos durante el delirio!

—¿Deliré?

—Yo diría que sí —dijo Fanny estallando en una risa incontrolable—. ¡Qué cosas me dijo! ¡Insistía en que yo era su esposa!

—¡Dios mío! —dijo la señora Selwyn—, nunca he visto a su esposa, capitán Devereaux, pero nunca en mi vida deseé tanto que no estuviese casado un hombre como en el caso de usted.

—Porque entonces se casaría conmigo —dijo riendo Fanny.

Hubo un breve silencio algo embarazoso, que suprimí diciendo:

—¡Y yo hubiese conseguido una esposa buena y muy encantadora en tal caso, Fanny!

Fanny se sonrojó y pareció más que complacida. Sus ojos adoptaron esa mirada que a veces les daba el aspecto de pronunciar amor y afecto.

—¡Vaya! —añadí riendo—, ¡ojalá fuésemos mahometanos los dos y pudiéramos casarnos! Pero tenemos la desgracia de ser cristianos.

—Mala suerte —dijo Fanny con un suspiro.

—¡Bien! —dijo la señora Selwyn—, sólo puedo decir que, si para una madre sería un placer dar a su hija a un hombre, habría sido efectivamente un placer darle a Fanny a usted, capitán Devereaux, pues se la ha merecido.

—¿Y quién puede decir —añadió Fanny, inocentemente y no con clara conciencia del sentido de sus palabras— que no irá a tenerme?

Pensé en esa dulce y pequeña colina musgosa que tan bien había visto, y una débil onda animó mi falo. Esta última sensación me asombró, pues me hizo comprender repentinamente el estado de agotamiento en que me encontraba. Antes, siempre que me venía a la mente el pensamiento de poseer a una muchacha era acompañado por una poderosa erección, pero aunque flotaban ante mí los dulces encantos desnudos de Fanny, fortalecidos por su presencia (aunque fuese vestida), sólo una desvaída sensación recorrió la antaño noble arma. Hasta entonces nunca había sabido lo que era dudar de mi poder, y el choque que me produjo fue mayor de lo que puedo explicar a mis lectores.

La señora Selwyn observó el cambio en mí y dijo:

—¡Ven, Fanny! Trae al capitán Devereaux un caldo de carne. Puedo ver que está cansado. Hemos estado hablándole demasiado, y el doctor Lavie se indignará con nosotras si lo descubre.

El coronel entró en el cuarto entonces. Vio el cuadro de miseria y aflicción. Su conciencia le remordió. Sabía que el joven postrado e inmóvil en la cama de su hija estaba así debido a su «lujuria». ¡Pobre hombre! Sabía que varias personas inocentes habían ido a su perdición por la misma causa, y que su mujer y una hija estaban todavía enfermas por la misma causa. Consideré que su apenado aspecto, pero al darme él la mano me dijo pausadamente:

—Devereaux, le debo todo, y usted me debe todo.

—¿Cómo, coronel?

—Le debo el honor y las vidas de mis hijas, y... ¡nunca debí ir a Peshawar! —dijo poniéndose la mano delante de los ojos y emitiendo un ronco lamento—. Lavie me dice que pasará algún tiempo antes de que pueda reincorporarse al servicio, y que le gustaría tenerle en su choza porque estaría más cerca de usted, pero admite que estará mejor en una casa donde pueden atenderle y cuidarle, por lo cual se quedará aquí hasta que esté bien y fuerte otra vez.

—Muchas gracias, coronel. Pero espero estar pronto bien. ¿Cómo se encuentra Amy? —añadí—, no la he visto.

—Sigue en la cama, la pobre —dijo el coronel—. El ataque sufrido tuvo sobre ella un efecto curioso y, por desgracia, grave. Volvió a aquejarla un padecimiento que sufrió durante la infancia.

—¡Vamos, vamos! Olviden lo que le pasa a Amy —dijo la señora Selwyn—. El capitán Devereaux quedará contento sabiendo que ha recibido un choque (poco puede extrañar) y sigue muy deprimida. ¡Ven Fanny! ¡Tráele su taza al capitán! —y tanto madre como hija dejaron el cuarto.

—Es una cosa de lo más singular —dijo el coronel, mirando con cuidado por la puerta antes de hablar—, pero siendo bebé la pobre Amy tenía un esfínter relajado, ¿comprende? Y ha vuelto otra vez. Lavie dice que es muy infrecuente, pero espera que se ponga bien tomando líquido solamente. ¿Comprende?

Me sentía inclinado a estallar en una carcajada, si no fuese porque estaba tan débil y porque me sabía que a la pobre Amy la habían sodomizado.

—Pero, coronel, ¿qué pudo producir ahora semejante cosa?

—Lavie dice que el choque, solamente eso.

¡Santo cielo! Ya había observado antes en el coronel ese rasgo, una decisión de no ver —o una falta de fuerza para ver las cosas como eran realmente— cuando la realidad no coincidía con su gusto. Sabía como yo, o quizá mejor, lo adictos que son los afganos a la sodomía. Otro hombre habría sospechado al instante que esta relajación del esfínter anal de la pobre Amy se debía a una penetración, pero el coronel era como el avestruz y escondía su cabeza en la arena de la obstinación, considerando que nada era manifiesto. No le gustaba pensar que a una hija suya le habían dado

por el culo y, en consecuencia, no le habían dado por el culo. Eso era todo.

También Lavie me interrogó muy detenidamente sobre lo que vi hacer al afgano cuando le cogí con Amy.

—Mira, Lavie —le dije—, no sé qué esperas oír, pero déjame decirte que la luz del cuarto era muy tenue. No pude ver bien. Tan pronto como le vi, él pareció verme, y al instante nos atacamos a muerte.

—Estoy seguro de que podrías decirme algo más, Devereaux. Veo que me veré obligado a decirte lo que sucedió, según me temo. La pobre Amy tiene desgarrado el esfínter de su ano. Al menos yo digo que lo tiene desgarrado. Jardine dice que sólo está anormalmente distendido. Si está desgarrado será necesario operar. Si Jardine está en lo cierto puede que no. Me sentiría sobre una base sólida si supiera con certeza que ha sido sodomizada, pues eso explicaría el estado de su ano. Sin embargo, el coronel dice que Amy tuvo siempre un esfínter débil siendo niña. A pesar de todo, alguna violencia debe haber sufrido para recaer.

—Lavie, eres un caballero y puedo confiar en ti. Pero no refieras esto a nadie, ni siquiera a Jardine, porque una de las cosas peores que puede acontecer a la pobre Amy es que se sepa la verdad. Fue sodomizada, y completamente. El maldito afgano estaba enterrado hasta el fondo en su culo, y rugió diciendo que le había dado por el culo y me daría a mí también.

—Ya lo pensaba yo —dijo Lavie pensativamente—. Sabía que estaba en lo cierto. Estoy seguro de que es ruptura y no distensión anormal del esfínter. Pero me temo que el mal está hecho, Devereaux. Por supuesto, nadie lo sabe con certeza, pero todo el campamento cree que Amy fue sodomizada, y los hombres están dispuestos a matar a cualquier afgano que aparezca. Ya ves, hasta las lecciones que dabas a las chicas, desgraciadamente, se han usado para hacer chistes. Fue el joven Crean quien empezó, cuando Jardine dijo sospechar que Amy había sido sodomizada aunque no estaba seguro. Crean dice: «Entonces es A. E., Amy Enculada, y podemos burlarnos de Devereaux felicitándole porque una de sus alumnas ha conseguido una A y una E como notas de fin de curso».

Dejo a mis lectores calcular el grado de irritación que me produjo esta broma de mal gusto. El joven Crean tuvo suerte de no

estar cerca cuando oí eso, no tanto porque le hubiese atacado con las manos estando tan débil, sino porque le habría dicho lo que merecía. Sin embargo, la jovialidad de los oficiales hizo que, tras la primera carcajada con el chiste, aludiesen abreviadamente a él; en realidad, no les preocupaba molestar o herir.

Me tomó casi tres semanas reunir fuerzas suficientes para saltar de la cama y arrastrarme por los alrededores. Había perdido muchísima sangre. Mi delirio provenía totalmente de la debilidad, no de fiebre, aunque algunos la padezcan en semejantes casos. Comía como un buey. Nunca estuve tan continuamente hambriento como durante ese período. Amy, operada o no, pues no lo sé, mejoró también lentamente. Ella y yo solíamos sentarnos al atardecer rodeados por el coronel y la señora Selwyn, Fanny y los demás, charlando y admirando la exquisita belleza de los crepúsculos sobre las montañas de picos nevados del Afganistán, tal como se divisan desde el encantador y salvaje Chapin Ghaut. La pérdida de sangre tuvo el efecto más serenante sobre mi disposición amorosa, y aunque recordaba perfectamente las dulces rajitas contempladas, el hecho de pensar en ellas no me afectaba más de lo que afectaría a un eunuco. Mencioné a Lavie que temía haber quedado inservible para follar en el futuro, pues en vez de descubrir dura mi verga todas las mañanas, como hasta entonces me había sucedido, ahora estaba flácida y completamente muerta. Sin embargo, él me respondió que era mera aprensión, y que se debía únicamente a la pérdida de sangre experimentada.

Antes de que pudiese abandonar el casi hogar que tenía entre los Selwyn, recibí una carta muy tierna y amorosa de mi querida Louie, escrita en la vena más melancólica, describiendo la terrible soledad —especialmente por las noches— que sentía al no verse rodeada por los brazos de su «adorado» esposo. Me imploraba que le dijese cuándo podría venir y reunirse conmigo. No puedo dar a mis lectoras —tiernas de corazón y apasionadas como sé que son— ninguna idea adicional de esta carta, pero tuvo gran efecto sobre mí. No había duda de que el abrazo voluptuoso de Lizzie Wilson propinó un tremendo golpe a mi fidelidad hacia Louie. Además, estaba seguro de que tenía bastante cerca un pequeño lugar virginal, entre los muslos de la dulce Fanny, que ansiaba también por mí. Había empezado a pensar que cuando estuviese curado me

esforzaría por despertar las esperanzas de ese querido sitio, pero la carta de Louie afectó fuertemente mi conciencia, aunque ni por un momento sospechase ella siquiera que la tentación podría apartarme del recto camino. Decidí que no la tentaría. Cuanto más lo pensaba más veía lo vil que sería inducir a la dulce muchacha a pecar conmigo. Fanny era joven y de mente pura todavía. Me había dejado ver su corazón efectivamente, y sabía que estaba conmigo sin reservas, pero hasta entonces no había dicho o hecho nada para atraerlo más hacia mí. Me hice a la idea de hacer un alejamiento gradual. ¡Ah! ¡Más fácil resulta de decir que de hacer!, pero a pesar de todo logré irme alejando, porque estaba lo suficientemente curado como para volver a mi vivienda. La cosa se convirtió en un semidestierro dolorosísimo para mí, pues me encantaba la manera en que ella me contaba todos sus pensamientos, como si fuera su prometido o su hermano. Pero Venus me había marcado como sumo sacerdote, y la virginidad de Fanny estaba predestinada de antemano a caer presa de mi lanza.

Naturalmente, unos hechos como los que acontecieron no podían quedar así sin más. Cuando estuve curado en medida suficiente hubo una investigación oficial, y en ella aparecieron los siguientes hechos.

Al llegar a Cherat se advirtió a los soldados que si iban de caza por las laderas nunca deberían hacerlo en grupos inferiores a cinco o seis como mínimo. Siendo menos podrían ser atacados, y siendo muchos más podrían alarmar a los nativos haciéndoles temer un ataque. Pero las rameras desertaron y el único deporte que los hombres se podían conseguir era arriesgar sus propias vidas y las de las mujeres serviciales que podían de cuando en cuando obtener entre pastores de vacas y cabras. Parece que dos grupos de seis hombres se encontraron accidentalmente en un lugar solitario de la cañada, donde había dos guapas y jóvenes afganas apacentando algún ganado. La oferta de una rupia por cabeza regocijó a las doncellas, y con gusto se ganaron doce rupias cada una, pues cada hombre se hizo a ambas chicas. Ellas volvieron encantadas a su aldea, y los sorchos regresaron al campamento muy aliviados. Se habían prometido más rupias por más follaje, pero nunca pudo ser cumplido.

Los hombres de la tribu lo descubrieron de un modo u otro. La

consecuencia inevitable fue para las pobres muchachas que, tras ser cortadas de cuajo sus narices, resultaron paseadas ante todos los hombre mujeres y niños y luego quemadas lentamente hasta morir. Como consideraron vírgenes a esas pobres chicas, los reunidos decidieron llevar a cabo una venganza desesperada contra los ingleses de Cherat. Fue una pena que la señora Selwyn contratase su aya en Peshawar, donde acudió a encontrarse con el esposo tras el fin de la guerra. Esa aya tenía sangre afgana en las venas, y la señora Selwyn la había convertido en una enemigo mortal abofeteándola por alguna impertinencia o desidia en el servicio. Esto sucedió justamente cuando los airados hombres de la tribu buscaban vírgenes inglesas a quienes violar. Fanny, Amy y Mabel eran las únicas muchachas jóvenes de Cherat, y el aya —sabiendo lo que pasaba— conspiró con los hombres de la tribu para poner en sus manos a las pobres inocentes. Decidió aprovechar también la oportunidad que le daba la partida del coronel Selwyn, y las consecuencias son las que traté de narrar. Innecesario decir que el aya desapareció y nadie, volvió a saber de ella. De no haber sido por la afortunada coincidencia de mi extremo desasosiego aquella madrugada, las tres chicas habrían sido con toda certeza violadas, sodomizadas y quizá muertas también.

Es curioso cómo se cuelgan unos de otros los acontecimientos. La huida del aya exigió contratar a otra, y recomendada por una dama de Peshawar la señora Selwyn alquiló los servicios de una mujer a quien —estoy seguro— no habría contratado de haberla visto primero, pues Sugdaya era la más encantadora mujer nativa de todas cuantas vi. La señora Selwyn sabía que, debido a su propia mala salud y a su consiguiente incapacidad para proporcionar al coronel esas noches satisfactorias de sexo succulento que conservan castos y tranquilos a los hombres casados, un hombre de temperamento se siente a veces inmensamente urgido por su deseo. Admitir un trozo de carne tan tentador como Sugdaya en su casa era bastante imprudente, pero una vez hecho era imposible echarse atrás. Sugdaya era modesta de modales, evitaba al coronel, se dedicaba devotamente a sus deberes para con la señora Selwyn y las señoritas y, de hecho, acabó convirtiéndose en la mano derecha de la señora Selwyn. Tendremos ocasión de oír hablar bastante más de Sugdaya, amable lector o lectora, especialmente en el tercer

volumen.

Visité Peshawar varias veces tras mi restablecimiento. En la medida en que podía hacerlo decente y no muy marcadamente, evitaba todo lo posible a los Selwyn. Pensé que le gustaría al coronel. Solía parecer incómodo ante el cariño que Fanny me demostraba. La pobre muchacha me reñía ahora a menudo por comportarme como un extraño, y a mí me era difícil mantener la actitud reservada, pero estaba decidido a alejarme de su camino y de la dulce tentación que en tiempos amé tanto.

Las cosas se iban gastando, nos íbamos cansado en Cherat y preguntándonos dónde iríamos y cuándo, porque el gobierno nunca había dejado allí tropas durante todo el invierno, y esperábamos pasar a algún punto de la llanura. La señora Soubratie se había visto muy perjudicada por los superiores encantos de Jumali y las otras once rameritas jóvenes y lozanas, pero hizo un uso instantáneo de su buen cuerpo y no perdió oportunidad alguna de recoger rupias usándolo libremente. Pero desde la llegada de Jumali, Cherat había perdido gran parte de su atractivo para la señora Soubratie, y con gran frecuencia sentía «dolores de vientre» que requerían *whisky*, azúcar y agua, remedio nunca requerido durante los días serenos de sus juegos amorosos.

Al fin llegaron las órdenes esperadas. Debíamos comenzar la marcha en diciembre con dirección a Rawalpindi, tomar el tren allí —pues acababa de terminarse la línea— y seguir hasta uno de los mejores campamentos de la provincia noroccidental: Farrukhabad.

Si hubiese tiempo me gustaría describir esta marcha en detalle, porque es verdaderamente delicioso recorrer la India, pero sólo puedo contar dos incidentes que debo narrar. El primero afectó mis relaciones con el coronel Selwyn, y el segundo me elevó al cielo para luego empujarme inmediatamente hacia el infierno.

La primera noche de marcha acampamos en Shakkote, al pie de la colina. Lavie y yo, que éramos inseparables, fuimos a dar un paseo y sólo volvimos al campamento ya de noche. Yendo a mi tienda me encontré con Soubratie en la puerta; me hizo un signo misterioso y me dijo en un susurro que el coronel sahib estaba dormido en mi cama.

Por curiosidad y preguntándome por qué habría elegido mi cama en vez de la suya, abrí con cuidado la lona y espí a pesar de

las protestas de Soubratie. Mi linterna de campamento ardía tenuemente, bajada lo más posible y colocada en el suelo, pero había luz suficiente para ver que el hombre estaba en mi cama entre los muslos de una mujer y follando deliciosamente con ella. No me era posible ver sus rostros, pero pude ver sus traseros, y vi un par de huevos tan enormes colgando y como ocultando cualquier parte de la húmeda caverna que, en otro caso, habría sido visible cuando el aparato de aquél a quien pertenecían era sacado todo lo posible antes del siguiente golpe hacia dentro, que aún sin decírmelo Soubratie habría deducido la presencia del coronel. No pude resistirlo. Pasé como si no me esperase nada. El pobre coronel miró hacia arriba, farfulló algo. Yo estallé en carcajadas.

—Le pido realmente perdón, mi coronel, no sabía que estaba usted aquí. ¡No se preocupe! No diré una palabra y no les molestaré. —Y antes de que pudiera decir nada abandoné la tienda.

Al rato salió. Hice como si no quisiera verle, pero tomándome por el brazo dijo:

—¡Devereaux, Devereaux, le debo mil perdones! ¡No se lo diga a nadie, por Dios! Querido muchacho, si su esposa estuviese tan delicada como la mía comprendería lo imposible que me es prescindir de una mujer. ¡No me traicione, Devereaux! ¡No lo haga! ¡Mataría a la señora Selwyn! ¡Me es imposible evitarlo! ¡Pero ella no lo comprendería! ¡Hable, muchacho!

—Naturalmente que no lo diré, coronel. Pero ¿cómo se le ocurre mirar a la señora Soubratie, cuando tiene un aya tan encantadora en Sugdaya?

—Oye mi consejo, querido muchacho. Si alguna vez le haces el amor a alguna mujer que no sea tu esposa, evita que sea de la servidumbre propia. ¡Ahora bien! Si lo que quiere es hacerse usted a Sugdaya por mí muy bien. ¿Le gustaría?

—Mi querido coronel, me siento realmente muy obligado, mucho realmente, pero creo que perdí demasiada sangre en las montañas para que sienta la falta de una mujer antes de reunirme con mi esposa.

—¡Bien! Si le apetece ya sabe. Sugdaya o cualquier otra, recuérdelo —dijo el coronel.

Estoy seguro de que no pretendía incluir a Fanny o Amy en el «cualquier otra».

Al tercer día de marcha llegamos a Nowshera. Mi corazón latió con fuerza viendo el bungalow tan familiar, templo de Venus en tiempos donde oficié como sumo sacerdote tantos sacrificios a ella con júbilo y acción de gracias en su favorecido altar entre los voluptuosos y hermosos muslos de Lizzie Wilson, de la bella Lizzie Wilson. Estaba fatigado de la marcha; no porque fuese excesiva la distancia, sino porque no me había repuesto las fuerzas tras la tremenda hemorragia de Cherat. Lavie hizo la marcha junto a mí. El coronel y su familia, atendidos por Jardine, fueron por delante y estaban ahora sentados justamente en la terraza donde comenzó la lucha entre Lizzie y Searles, contemplándonos mientras desfilábamos por delante hacia el campamento situado tras el bungalow, entre su edificio y el río Kabul. Fanny había montado a un poni. A Amy no le permitieron cabalgar. Ella y la señora Selwyn habían sido traídas en un *dhuli* o palanquín, y Jardine y el coronel hacían compañía a Fanny. Por la noche, tras haber visitado los bancos del río —cosa que durante mi primera estancia no hice, retenido por los superiores atractivos de la deliciosa lujuria de Lizzie—, volví a mi tienda, encontré a Soubratie montando guardia y él me contó con una sonrisa que el «coronel sahib estaba hablando con su mujer en la tienda del Amo». Me acerqué, miré procurando no hacer ruido y tuve la felicidad de ver al coronel sin chaqueta ni pantalones, tumbado junto a la señora Soubratie y manipulando su bonita y gruesa hendidura marrón mientras ella aferraba las joyas que en otra ocasión he mencionado por su colosal tamaño. Evidentemente, la interesada pareja se estaba preparando para un segundo asalto, cosa que pronto vi cumplida.

El coronel disfrutaba desde luego mucho, y a juzgar por el pequeño murmullo de risa femenina que la señora Soubratie dejaba escapar de cuando en cuando ella también aprovechaba la agradable fricción que la verga de gran tamaño estaba ocasionándole. Pronto llegaron los golpes cortos y vigorosos, y luego el apretón final hacia dentro, que me contaron en su elocuente silencio que el coronel estaba inundando el altar con el aceite de su virilidad. Luego, retirándose de su caliente retiro, se tumbó jadeante unos minutos y tras un rato se levantó y comenzó a cubrir sus miembros inferiores. De haber visto esta buena representación algunas semanas antes, cuando no me habían

debilitado todavía mis heridas, me habría puesto casi frenético, con el arma en un estado de alarmante rigidez y furia tales que probablemente habría esperado a ver salir al coronel para luego entrar yo y —a despecho de las enormes manos de la señora Soubratie, que siempre me disuadieron de hacérmela cuando me vino la idea en Cherat, donde por entonces no tenía a ninguna otra disponible— celebrar un encuentro o dos con ella, descargando así el exceso de efervescencia de mis sentimientos. ¡Pero ahora! ¡Oh! ¡Me enfermaba! ¡No me llegaba una chispa siquiera! ¡No el espectro de una erección! ¡Ni un estremecimiento!

Con profunda desesperación abandoné el lugar desde donde contemplé la representación y me fui a la tienda de Lavie, donde tras cierto tiempo le dije que había visto a un sorche montar a una mujer sin sentir cosa distinta de lo que habría sentido viendo a un perro o a otro animal cuyos deseos no estuviesen entre los muslos de una mujer. Lavie rió y me aseguró que no necesitaba desesperarme, que cuando hubiese reparado con comida toda la pérdida de sangre sufrida quizá comenzaría a percibir mi miembro como una lata intolerable, pues siendo casado no podía hacer lo que él en circunstancias similares, que era llamar a Jumali o a otra de las doce y reducir con su ayuda las dimensiones del implemento. De hecho, no parecía dar importancia a lo que me afligía día y noche, porque estaba seriamente alarmado. Poco podía extrañar que Louie se quejase del tono apagado de todas mis cartas; siempre que las escribía estaba temiendo no volver a oír sus suaves suspiros de gozosa gratitud cuando hacía que se corriese y caracoleara bajo el impulso de mis acometidas. ¡Realmente pensaba que me había quedado de pronto impotente!

Sin embargo, ¡ah!, durante el día siguiente, durante la noche siguiente, se produjo un cambio delicioso y jubiloso que me sobrevino. Si algún médico lee esta exacta narración de mis sentimientos y de mi historia quizá pueda explicarlo. Yo no, o al menos no puedo proporcionar razones científicas, cosa que sin duda él tendrá que responder a cualquier lama inquisitiva. El caso es que la mañana siguiente recibí una agradable notita de Fanny:

«Querido capitán Devereaux:

»Mamá quiere saber por qué se está usted convirtiendo en un extraño. Apenas si le hemos visto de refilón hace ya mucho tiempo.

¿Vendrá a cenar con nosotros esta noche? Será una cena temprana, a las seis, porque mañana tenemos que levantarnos pronto para la marcha. ¡Venga!

»Suya, siempre afectuosamente

»Fanny Selwyn»

Envié devuelta una pequeña nota aceptando, y sintiendo un extraño latido en mi corazón, porque Fanny había llegado a hacérseme demasiado querida, y el lector sabe por qué no cultivaba su amor más ardientemente.

Mientras tanto el honrado Jack Stone había venido a verme, y me dijo que el desgraciado Searles había muerto de cólera cuando iba hacia Bombay. El malvado se había recobrado lo bastante como para permitir que los médicos recomendasen su repatriación en permiso por enfermedad, pero antes de llegar a Bombay fue atacado de cólera, tuvieron que bajarle del tren moribundo y yace enterrado en una pequeña estación solitaria sin una lápida siquiera en su recuerdo. Muchos pobres viajeros mueren así en la India; son enterrados, olvidados, y sólo el libro del jefe de estación conoce el lugar de su último sueño.

Stone estaba horrorosamente preocupado en el sentido de que yo no añadiese teas al fuego diseminando informes sobre la señora Searles y su establecimiento en la casita de la madreselva. La razón de ello se me hizo manifiesta años después, cuando le encontré en Brighton con una dama que me presentó como la señora Stone. Los rasgos de la dama me resultaron algo familiares, y forzando la memoria recordé que eran extremadamente semejantes a los de la mujer desnuda de la fotografía que me enseñara la movida noche donde Searles intentó forzar a Lizzie Wilson. El galante Jack había hecho de la señora Searles una mujer honrada otra vez a los ojos del mundo, ganándose un derecho igualmente honrado a gozarla cuando le viniese en gana, sin necesidad de pagar quinientas rupias por ese grandioso placer. Ella parecía una criatura guapa y voluptuosa, con senos decididamente grandes y bien formados, y me atrevo a decir que el viejo Jack pasó muchas noches golosas entre sus golosos muslos, follando su golosa grieta, como en tiempos dijo. ¡El pobre y viejo Jack! Hay en el mundo muchos hombres peores que él, y me atrevo a decir que la pequeña señora Searles fue para él una mujer tan buena como muchas otras.

No fue sin nuevos apretones de corazón como descubrí que los Selwyn ocupaban mi viejo cuarto en el bungalow como sala, y que usaban el en tiempos cuarto de Lizzie Wilson para las chicas y los niños. La puerta que comunicaba ambos cuartos estaba abierta, y

mientras cenaba junto a Fanny vi la cama donde había echado tan a menudo polvos con la hermosa Lizzie y una pasión indescriptible se apoderó de mí. Estaba mirándola y evocando escenas pasadas en la mente cuando Fanny captó la dirección de mis ojos.

—Ésa es mi cama —dijo inocentemente.

—¿Sí? —repuse mecánicamente.

¡Oh! ¡Qué se había apoderado de mí! ¿Cómo es posible que la visión de esa cama no enfureciese a mi verga? Estoy convencido de haber actuado como un comensal aburrido y estúpido durante la cena. Sin embargo, el coronel estaba en la mejor de las disposiciones, muy contento. Yo sabía por qué.

El pobre había conseguido engañar al fin a su observadora esposa, obteniendo el muy anhelado escondrijo disponible. Estaba por eso radiante y locuaz. Le dejé hablar y me comporté como un oyente respetable, contestando sólo ocasionalmente a alguna pregunta de Fanny, esperando suscitar alguna de las antiguas conversaciones abiertas y sin restricciones. Me conmovió el modo en que ella estuvo pegada a mí toda aquella noche. En vez de ofenderse ante mi obstinado silencio, vino y se sentó conmigo en la terraza, donde fumé cigarro tras cigarro escuchando la charla continua del coronel, hasta que al final la señora Selwyn se lo llevó a la cama advirtiéndome que se estaba haciendo tarde y dejándome solo con Fanny.

—¿Qué le pasa, querido capitán Devereaux? —acabó por decirme mientras ponía su delicada manita sobre la mía—. Apenas me ha dirigido la palabra desde que vino. Temo que la marcha es demasiado para usted y que se siente agotado.

—Bien. Fanny, es cierto. Pero no sé si es exactamente la marcha. No sé bien qué es, pero no he vuelto a ser el que era desde esa noche feroz con el afgano.

—¡Ah! Mamá dice que está segura de que eso tiene alguna relación con el hecho de estar usted tan taciturno. ¿Por qué? Si yo hubiese matado a un afgano en tales circunstancias estaría estallando de orgullo.

—¡Ah, Fanny querida! Antes de esa noche era un hombre. Tenía poder, fuerza, pero desde entonces he sentido que no tenía nada, ningún poder, ¿me entiende?

—¿Poder? ¿Qué quiere decir con eso?

—¡Lo que hace a un hombre aceptable para su esposa, querida!

—¡Oh!

¿Comprendería Fanny? Pensé que sí, y tras un pequeño silencio ella añadió:

—¿Sabe que tuve un sueño muy gracioso y agradable sobre usted la noche pasada? Lo soñé tres veces, pero temo —es decir, creo— que no podrá llegar a realizarse.

—¿Cómo era?

—Soñé que usted venía mientras yo estaba durmiendo, y que me despertaba justamente como el afgano, aunque con más delicadeza. Me pidió entonces que le dejara calentarse en mis brazos, y lo pidió con tal sinceridad que le dije que podía hacerlo, y entonces.

—¿Entonces? —dije ávidamente.

—Bueno, no sé realmente cómo decírselo. Con todo, se metió usted en la cama a mi lado y me abrazó estrechamente, ¡tan estrechamente!, y... no sé lo que hizo exactamente, pero era tan delicioso y usted estaba tan feliz... pero me desperté... de repente... y no estaba usted allí. Me puse a llorar, porque ya sabe, capitán Devereaux, que todos le queremos.

Si esto no era ser directo no sé qué lo será. Pero el efecto sobre mí fue mágico. Al momento pareció abandonarme mi debilidad, y mi vara largo tiempo muerta e inútil se enderezó con toda su prístina fuerza como se había enderezado para Lizzie Wilson. Toda la atmósfera rezumaba lujuria, y me asaltó un deseo tan poderoso como el más intenso de los sentidos. Podía ver que el busto de Fanny subía y bajaba rápidamente. Me pareció que ella se estaba ofreciendo allí y entonces, si yo me dignaba aceptarla. Su mano apretó más la mía y yo la adelanté delicadamente, tratando de ponerla sobre mi máquina ahora rígida, y mostrándole así que estaba listo si ella lo deseaba tanto. Un órgano duro es inconsciente, lector. Se desvanecieron en los cuatro vientos del cielo todas mis resoluciones de no aprovecharme de Fanny. Sólo podía recordar la dulce visión de su querido vallecito, manchado por la sangre sucia de la menstruación pero a pesar de todo tentador. No sé si llegó a tocar efectivamente mi miembro o no porque en ese momento llegó corriendo Mabel del dormitorio y dijo:

—Fanny, mamá dice que no debes estar levantada más tiempo, y que te vengas a la cama.

Sin dar siquiera las buenas noches Fanny saltó y se fue, pero me apretó con firmeza la mano.

Excitado como estaba con el tumulto de júbilo y pasión, movido por el deseo y la corriente de vino lujurioso salté yo también y tomando a Mabel por la cintura la besé una y otra vez, apretando sus jóvenes pechitos mientras lo hacía para su gran deleite.

—¡Cómo estás creciendo, Mabel! ¡Qué bonito busto tienes! ¡Qué pechitos más perfectos! Supongo que tienes mucho pelo ahí —dije deslizándola la mano hasta su toisón y apretando el dedo nervioso entre sus muslos.

—¡Oh, capitán Devereaux! —exclamó ella en voz baja—, es usted un hombre malo y perverso —pero no trató para nada de defenderse. Me senté y la puse sobre mis rodillas; mi mano penetró como un tiro por debajo de sus enaguas, y el dedo quedó enterrado en su pequeña gruta virgen y caliente antes de que ella pudiera enterarse siquiera.

—¡Mabel! ¡Mabel! ¡Eres una mujer! —exclamé casi fuera de mí a causa de la excitación—. ¿No piensas que quieres un marido?

—Sí —contestó con un ardiente susurro, mientras devolvía mis besos encendidos—, siento a menudo que me gustaría un hombre.

¡La educación india!

Sólo Dios sabe lo que habría hecho, pero creo que la virginidad de Mabel se habría terminado allí y entonces si no hubiésemos oído resonar la enfadada voz de Fanny desde el otro cuarto:

—¡Mabel! ¡Ven a la cama!

Palpando por última vez el dulce vallecito que, ¡ay, pesar!, no había tenido tiempo de hacer correrse, y con un último beso plenamente devuelto por la satisfecha muchacha, que era realmente precoz aunque tuviese sólo doce años, dejé que Mabel se fuese susurrándole «no se lo cuentes a nadie». Luego, feliz con mi poder plenamente recobrado y «erguido» me fui a mi tienda, me desvestí rápidamente y vi con deleite mi buena y fornida máquina, que tantas veces me había dejado bien en mis encuentros con el encantador enemigo.

Debo dejar a mis lectores masculinos —especialmente los que han sido realmente ardientes y se hayan mantenido vigorosamente — intentar comprender lo que representa para mí haber recuperado el «poder». Con certeza, nunca había sido tan intensamente

desgraciado como desde el día que comencé a pensar que mi pendejo no volvería a levantarse, pues creía haber sido debilitado casi hasta la muerte por la pérdida de sangre. Ciertamente, mi fuerza iba volviendo más y más de día en día por cuanto se refería a los músculos, pero no afectaba a mi orgullosa hombría. Al fin tuve que reconocer ese hecho, y desde entonces comencé a deprimirme progresivamente. No me sorprendía mi tremenda excitación, mis indescriptibles alegría y felicidad, porque me había apoderado de la afortunada y joven Mabel dando a su corazón júbilo, y dando felicidad y placer a su juvenil trofeo. Pues todas mis queridas muchachas lectoras reconocerán lo horrorosamente agradable que es para ellas ver palpadas ya acariciados sus dulces senos y su delicioso monte por el hombre a quien admiran, y Mabel quedó con certeza tan encantada como ellas. Lo único que me asombraba es no haber sido más rápido con Fanny, pues no tenía dudas sobre la razón de que me contase el sueño. ¡Ah!, tanto ella como Mabel habían sentido indudablemente que deseaban un hombre. ¡Y el hombre que ella deseaba era yo! Todo había acontecido tan súbitamente, y ella se había marchado tan deprisa, que no comprendí realmente mi posición y la suya antes de hacerse demasiado tarde para hablarle, y había tomado en su lugar a Mabel. Me fui a la cama enfebrecido de júbilo y alegría. Desde ese momento me entregaría al más feroz asedio del queridísimo y muy dulce tesoro de Fanny, y mal me iría si en ocho o diez días no conseguía tomar esta tentadora virginidad. En cuanto a Mabel, lamentaba un poco haber ido tan lejos con ella, no porque no fuese atractiva y muy agradable sino porque no podría encontrármela en mi otro camino. Ella ansiaba mi arma casi tanto como Fanny, y con el tiempo quizá vería modo de penetrar también en su tierno vallecito. Aunque sea extraño, no pensé en Amy en esa coyuntura.

Tuve sueños deliciosos. Volví a amar a no sé cuántos de mis amores precedentes, pero ni Fanny ni Amy acudieron a recibir su lote. Me desperté por la mañana, y no sólo descubrí tiesa como antaño la vieja herramienta, para mi júbilo y deleite, sino que encontré signos inequívocos de un sueño húmedo, signo seguro de que había recobrado el poder de segregar la esencia del hombre, tan querida para las dulces muchachas que conocen su valor, y tan terriblemente peligroso si lo reciben en sus satinadas cavernas sin

las precauciones más perfectas. Pues es un poderoso veneno para la felicidad si se toma equivocadamente, jóvenes doncellas.

¿Por qué la maliciosa fortuna se complace tanto alzando la copa del júbilo y la alegría hasta nuestros labios, sólo para arrojarla lejos cuando empezamos a paladear la dulzura de sus contenidos? ¿No acontece eso demasiado a menudo? Cuando me disponía a unirme a la compañía encontré al cartero del regimiento que me tendió una carta. Vi con una simple ojeada que era de mi amada Louie. Tenía el convencimiento de que me traía malas noticias. ¡Malas noticias! ¡Oh!, ¿en qué me había convertido yo para que me pareciesen malas noticias saber que saldría hacia la India con el próximo correo para reunirse conmigo? Decía además que había esperado hasta entonces para anunciar que esperábamos otro niño para marzo, fruto de nuestro desenfrenado amor durante los últimos días. Ella no estaba segura hasta entonces, y no le gustaba mencionarlo hasta cerciorarse. No aparecían los signos usuales, pero ahora ella estaba segura de que existía realmente un bebé con seis meses de vida ya. Así pues, si Louie venía —y ella era persona de palabra— habría un período en el que no podría disfrutar el intenso placer de amarla como cuando su útero estaba desocupado.

Ella decía que mis cartas estaban escritas con un espíritu tan progresivamente apenado, y desconocido en mí, que se había ido alarmando más y más y que —costase lo que costase— vendría y se me uniría; no sabía bien dónde, pero ya lo descubriría en Bombay al desembarcar. Ahora bien, si iba a llegar con el próximo correo ¡debía estar ya surcando el Mar Rojo! ¡O a lo mejor estaba en el Indico, y llegaría a Farrukhabad casi cuando nosotros! ¡Oh, Fanny! ¡Fanny! ¿Cómo podría poseerte ahora? ¡Dioses! ¡Pensar que había llegado el día en que no deseaba ver a la mujer que otrora persuadió a mi alma y a mis sentidos, haciéndolos olvidar el cuidado por cualquier otra, la única mujer cuya grieta me endurecía y la que había quitado su resplandor a todas las otras! Queridos lectores, estaba dividido por emociones contradictorias. Era demasiado tarde para detener a Louie. Tan cierto como que había palpado el toisoncito querido de Mabel estaba ahora ella ya en camino. ¡Ahora ya no lo disfrutaría! ¡No! ¡Ni el de Fanny tampoco! Y justamente cuando había decidido no resistir sin deshonor para mí y para las encantadoras muchachas el ansia sentida por los tres.

Muy poco puede extrañar que Lavie me encontrase cabizbajo y hundido cuando se unió a mí en el polvoriento camino.

—¡Mira Devereaux! —me dijo—, sé muy bien lo que te pasa. Te estás sencillamente matando con la estúpida fantasía de que tu miembro no volverá a endurecerse. ¡No seas tonto y abandona esas ideas absurdas! Pronto verás cómo se levanta el viejo caballero, si le dejas en paz hasta cansarse de su malhumor, pero si te obstinas con la cosa puedes quedarte impotente de modo permanente, porque la mente tiene un gran poder sobre los sentidos. Te contaré una pequeña historia mía como ejemplo. Sucedió hace tres años en Woolrich. Había estado de guardia en el hospital Herbert y volvía a casa caminando con un compañero, persona a quien quería mucho. Eran más o menos las nueve de la noche y al pasar por lo barracones de artillería vi a una muchacha con muy buen aspecto —evidentemente una zorra— en la acera de pie. Le di las buenas noches y pregunté si esperaba a alguien «Sí, querido» —dijo—, te estaba esperando a ti. «¡Oh!» —repuse yo—, vente entonces e iremos a tu casa. ¿Dónde vives? «En la calle Wood» —contestó ella. «Ésa no es tu calle, Lavie», dijo mi amigo, «sino la mía, por lo cual mejor me dejas llevar a su casa a la joven dama y te vas tú a la tuya». «Desde luego que no», contesté riendo, «quiero echar un palo y voy a hacerme a esta chica, ¿verdad, querida?». «Claro», dijo ella, «me lo pidió primero y me iré con usted, pero si a su amigo le gusta iré a su casa o él puede venir a la mía cuando usted haya terminado». «¡Sinvergüenzas!», dijo mi amigo riendo. «No, gracias, pero si mañana por la noche, a las ocho, nos encontramos en la carretera del cementerio te llevaré a tu casa y lo haremos entonces». «Muy bien», dijo ella. Caminamos luego un rato y pronto estuvimos en la calle Wood, y justamente cuando la chica estaba abriendo la puerta y yo la seguía, mi amigo le dijo en voz alta: «Mejor lo pasarías viniendo conmigo esta noche, porque Lavie no sirve para nada y no extraerás cambio de su bolsa». La chica rió, al igual que yo. Subimos a su dormitorio, nos desnudamos y descubrí que era una zorrita de las mejores: buenas tetas, piel agradable, buenos brazos y piernas, y un buen arbusto negro que escondía un tesorito gordo y suave. Pero ¡por Zeus!, me era imposible conseguir una erección. Las palabras del amigo seguían resonando en mis oídos, porque cuando lo dijo había pensado: ¡imagina, por Dios, qué

horror si fuese cierto! Y así fue. Simplemente porque dudé de mi propio poder. La pobre chica estaba muy preocupada. Intentamos en vano todo cuanto se le ocurrió para levantar a mi animal. Yo quería pagar y marcharme, porque me sentía hundido, pero ella — muy cariñosa— no quiso dejar que lo hiciera «Intenta dormir», me dijo. «No te tocaré más, pero me atrevo a decir que tu verga estará bien del todo por la mañana, y entonces follaremos». Pensé que no me dormiría nunca, pero al final me adormilé; creo que me desperté como una hora después con una erección gloriosa. La chica estaba profundamente dormida, dándome la espalda. Sin despertarla, metí una de mis piernas entre las suyas, dándome la vuelta hasta adquirir la dirección correcta, y cuando se despertó yo tenía la espada enterrada hasta la empuñadura dentro de ella. No le gustaba esa posición, e insistió en que lo hiciéramos estilo Adán y Eva, pero nunca he disfrutado más con una juerga nocturna. Me la hice siete u ocho veces, y cuando me fui, después de hacer ella el desayuno, me preguntó si estaba o no en lo cierto sugiriendo que me quedase. Dijo que estaba segura de que era sólo depresión nerviosa y el efecto de la fantasía; había tenido experiencias de ese tipo más de una vez, y no quedó sorprendido al verse defraudada. Ya ves, Devereaux. Yo, que no tenía tus razones para sentirme débil, perdí mi poder debido sólo a la imaginación. No te consientas más miedos en lo sucesivo.

Agradecí mucho a Lavie el gesto de simpatía, para decirle luego que me había recobrado de forma un tanto inesperada, con una polución nocturna, y cuán encantado estaba. Le gustó saberlo, porque había empezado a alarmarse conmigo. Pero sentía evidente curiosidad por saber qué me tenía tan abatido. Le dije entonces que había recibido una carta de mi esposa anunciando su pronta llegada a la India con un bebé de seis meses en el vientre, y dije que estaba alarmado por su seguridad. Lavie se interesó, y el resto de la conversación versó sobre el desatino de mujeres embarazadas emprendiendo viajes largos y tediosos, los inconvenientes del clima caliente, la mortalidad infantil en la India y cosas semejantes, pero mi mente lamentaba la oportunidad perdida con el trofeo de la querida Fanny, justamente cuando parecía estar tan a mi alcance.

Cuando llegamos a Akhora, fui directamente a la tienda de los Selwyn y encontré a la señora Selwyn y al coronel sentados a su

sombra, porque el sol quemaba aunque el aire estuviese tan fresco. Nos encontrábamos en el centro del delicioso tiempo fresco en la India septentrional. Fanny, que estaba también sentada junto a la madre, se sonrojó. Se puso de un rojo remolacha que, afortunadamente, su madre no vio. Mabel, que estaba apoyada contra un mástil de la tienda, en la puerta, me sonrió y se puso colorada también por un momento, pero sabiendo que tenía un fondo oscuro me proporcionó un contorno perfecto de su naciente busto, sacando hacia afuera todo lo que pudo sus bonitos pechitos y mostrando también las piernas por el procedimiento de poner el pie en el palo opuesto de la puerta todo lo alto que podía. Tenía piernas extremadamente perfectas, con pies y tobillos muy bonitos. Jardine y Amy estaban sentados en el extremo más distante campamento, y entonces le dije a la señora Selwyn que había recibido carta de Louie.

Tanto ella como Fanny quedaron muy sorprendidas por la repentina decisión que Louie había tomado, y se miraron una a otra. La pobre Fanny se puso blanca como la muerte. Tan pálida que pensé que iba a desmayarse. También la señora Selwyn lo vio, pero afortunadamente no lo atribuyó a su verdadera causa.

—¡Fanny! ¡Fanny! ¡Bendita sea la criatura! ¿Ha visto usted alguna vez a alguien palidecer tanto en un segundo?

Sin embargo, el medio desmayo de Fanny sólo duró un segundo. Con esa maravillosa determinación que más tarde descubrí como un rasgo tan fuerte de su carácter, Fanny se recompuso y dijo que no era nada.

—¡Nada! —exclamó su madre—, ¡nada! Yo te diré lo que es, te estás agotando. Esta marcha y las cabalgatas prolongadas te están gastando. Debes venir en el dhuli con Amy y conmigo.

—¡Oh, mamá! —gritó Fanny—. ¡Realmente no puedo! ¡Te aseguro que no es nada! En realidad, estoy fuerte como un caballo y preparada para soportar... —deteniéndose aquí como si buscara una palabra.

—¡Niños y un marido! —dijo también en voz alta la poco recatada Mabel.

—¡Mabel! ¿Cómo te atreves? —exclamó la señora Selwyn—. ¿Cómo te atreves a decir cosas semejantes, y encima delante del capitán Devereaux? ¡Váyase a la tienda, señorita, y no se atreva a

salir hasta que yo se lo permita! ¡Le daré una somanta! ¡Váyase, le digo!

Mabel me miró, y mientras se daba la vuelta riendo, para obedecer hizo como si tuviese un bebé en brazos a quien estuviera amamantando. Su madre no lo vio pero yo sí, y me divirtió mucho al tiempo que me escandalizaba un poco, un poquito solamente.

—¡Todo viene de esta horrible India! —dijo para mí la señora Selwyn—. Fanny, querida, ¿no es aquél tu padre volviendo? Levántate y vete a mirar. ¡Buena chica!

Cuando Fanny estuvo lo bastante alejada como para no escuchar, la señora Selwyn repitió:

—Todo es esta espantosa India. Los niños aprenden cosas que en Inglaterra no saben a los dieciséis y diecisiete.

—Sí —dije yo—, creo que es eso, señora Selwyn, pero pienso siempre que lo mejor es aparentar no darse cuenta; debería ser el objeto de todos trata de mantener puras las mentes jóvenes, pero muy especialmente las de las muchachas.

—¡Ah, capitán Devereaux! Por eso me gusta usted tanto. Noto que puedo dejar a mis chicas con usted en cualquier parte y momento. No dejaré de decírselo a su querida esposa cuando venga.

¡Oh, mi Venus! ¡Mi Venus bendita, bendita! Y, con todo, veía destruida cualquier ocasión de topar con Fanny justamente cuando era tan factible. ¡Amado por ella, persona de confianza para la madre! Tenía todas las oportunidades a mi favor, pero la llegada de mi esposa iba a derribar todos mis encantadores castillos en el aire.

—Sí —prosiguió la señora Selwyn—, es asombroso lo precoces que se hacen los niños en la India, tanto mental como corporalmente. Mire a esa maleducada de Mabel. Tiene poco más de doce años y, como verá, la sigo llevando con falda corta para que recuerde que es una niña todavía. Pero, mi querido capitán Devereaux, Mabel ha crecido ya y podría casarse mañana y tener hijos inmediatamente. Se sorprendería si la viese en el baño. Como es usted hombre casado puedo hablarle de cosas que no podría siendo soltero, y por eso puedo contarle que Mabel tiene senos de mujer, muslos de mujer sin casar, y pelo... ¡ejem!, ¡ejem!, ¿qué estaba diciendo? ¡Oh! Sí, está completamente desarrollada.

Mal pude contener la risa ante el lapsus de ella cuando mencionó el «pelo», pero me detuve con el pensamiento de que

aquella hermosa matita que había visto y palpado quizá nunca sería penetrada por mi hombría, y que quizá tampoco penetraría en aquella otra por la que clamaba todo mi cuerpo, la situada entre los agradables y encantadores muslos de Fanny.

—¡Bueno!, señora Selwyn —dije—, todo cuanto puede hacerse es actuar como he dicho. Intente hacer como que no oye cualquier cosa no demasiado abiertamente dicha o hecha en el camino de la precocidad, hablando sexualmente; e intente conducir a la mente juvenil por otro canal. Le prometo esforzarme secundándola.

—¡Ah, querido capitán Devereaux! ¡Qué bueno, pero qué bueno es usted! —dijo la buena señora dejando que algunas lágrimas le corriesen por las mejillas. Yo me sentía una mala bestia. Porque no había intentado para nada conducir a las chicas por camino distinto del que conducía a meter mi picha dentro de sus encantadoras grietas.

Pero algo me detenía. Quizá la propia Venus hacía un poco más difícil alcanzar estos encantos deliciosos, a fin de que tras la dolorosa ascensión pudiera asentarme con mayor seguridad sobre las grutas cubiertas de bosque cuando las consiguiera.

Al principio, tuve un ataque regular de obstinación. Mi Louie estaba viniendo. Su llegada —según toda regla de derecho— debía poner término radicalmente a cualquier plan trazado por mí para trajinarme a cualquier muchacha, pero al mismo tiempo estaba no menos decidió a poseerlas, por lo cual me puse a trabajar pensando en ello y en la propia Louie, a fin de que un profundo estudio de sus modos de ser y pensamientos me permitiera encontrar manera de escapar a su vigilancia y mantener segura a Fanny también cuando me la hiciera (como me había jurado). Pero ¡ay!, cuanto más pensaba en Louie más se agigantaban ante mí la dulzura de su carácter y su apasionado amor por mí. No soy un depravado, aunque sea hombre de las más intensas pasiones. Y no podía sino reconocer la verdaderamente cruel que sería traicionar a esa querida mujer mía. La mataría, pensé, el hecho de descubrirlo. Nunca había dudado de mí lo más mínimo. Se había convertido en una parte y parcela de mí.

Nunca la había decepcionado todavía, y era tan dulce y agradable que incluso tras la luna de miel convencional, tras ese destello convencional del cielo cristiano y musulmán enrollados en

uno solo, tras haber vuelto al trabajo y las preocupaciones cotidianas ella seguía igual para mí. Durante el día era mi segundo yo, ayudándome, alegrándome, sin ponerse jamás en mi camino y sin que yo me sintiera feliz hasta su retorno cuando salía. De noche ya no era mi esposa. Ni en lo más mínimo. ¡Era mi amor! Era Venus y toda su compañía de brillantes ninfas reunidas en una sola persona. Ninguna mujer podría esforzarse más que ella en darme el placer más intenso cuando yacía soñadoramente entre sus muslos, ni recuerdo a mujer alguna que pareciera gozar más siendo poseída por mí. ¡Oh Lizzie Wilson! ¡Lizzie Wilson! ¡Qué lástima haberte poseído! Sin eso estaría loco de alegría ante la llegada de mi Louie, pero la deliciosa grieta de Lizzie me trajo todo el viejo y ardiente amor por el cambio que hiciera de mí un cazador de grietas antes de casarme.

Dejo en manos de los comprensivos lectores entender las conflictivas pasiones que me animaban. Estaban ahora danzando ante mí dos toisones dulces, dulces: el de Louie y el de Fanny. El de Mabel no contaba. Sentía el más intenso deseo de saborear a Fanny. Estaba seguro de que sería soberbio disfrutar a la chica en razón de su temperamento apasionado. Guardaba el recuerdo más intenso de la grieta de mi Louie, y cuanto más lo traía a la mente más me gustaba pensar en ella y más dura me ponía la verga.

Al fin me llegó un pensamiento. ¿Sería un tonto como el perro de la fábula y perdería los dos dulces refugios soltando la presa sobre uno por intentar un nuevo placer? Llegué a la conclusión de que mientras Louie estuviese conmigo cualquier acto en ese sentido redundaría en pérdidas y fracasos ingentes. Por eso, al nivel más bajo, me decidí a posponer el ataque sobre Fanny.

El hombre es un animal divertido. Como la zorra con las uvas, si no menosprecia realmente los resultados de sus esfuerzos, le gusta darse una buena y sensata razón para dejar de anhelar lo que no puede conseguir. Poco a poco, con el curso del tiempo, intenté al comienzo y logré al final persuadirme de que casi había pecado, pero que era mi amor hacia Louie, y no el miedo a ser descubierto, lo que me hacía abandonar la idea de poseer a Fanny Selwyn. ¡En realidad, yo era virtuoso! Había sido ásperamente tentado por el vicio, casi había sucumbido, pero al final había sido rescatado por la virtud.

Lo que me ayudó a alcanzar este grado de excelencia espiritual fue la repetición de varias falsas alarmas. Esperaba firmemente encontrar a Louie en Farrukhabad cuando llegásemos allí, o un carta anunciando su llegada a Bombay, pero lo que me encontré fue una carta escrita con el mayor de los abatimiento, diciendo que no tenía lugar hasta tres barcos después del que había pretendido coger. Iba a venir con certeza, por lo cual me comporté en consecuencia, manteniéndome lo más lejos de Fanny que podía sin llegar a los extremos de la rudeza. Hasta la señora Selwyn se quejó de que estuviera convirtiéndome en un extraño. Al coronel no le importaba, porque la señora Soubratie satisfacía todos sus deseos regularmente tras alquilar un bungalow justamente detrás del de los Selwyn, cosa muy cómoda para el pobre coronel cuando se sentía hambriento de grieta (lo cual era muy frecuente). Pero Fanny estaba atrocemente ofendida conmigo. No había modo de engañarla. Sabía a qué se debía, y que estaba sencillamente sacrificando su felicidad a las exigencias del caso. Sin embargo, cuando a veces debía estar en su compañía inexorablemente, no lograba mantener tan bien la gravedad en las maneras como para impedírselo ver. La admiraba, y era un verdadero placer para mí estar con ella. Una vez dijo:

—Capitán Devereaux, en tiempos pensé que era el más sabio de los hombres por mí conocidos.

—¿Y qué piensa de mí ahora, señorita Selwyn?

—¡Un estúpido! —dijo con énfasis. Levantándose de un salto, se alejó con la cabeza al viento y del modo más desdeñoso.

Después de eso pensé que sería lo mejor que Louie llegara cuanto antes. Si una mujer desprecia a un hombre una vez, pocas oportunidades tendrá él de poseerla alguna vez.

Pero me parecía que no iba a haber posibilidad de que Louie viniera. Debido a algún error extraordinario por parte de alguien, volvió a perder el vapor y luego se produjo una catástrofe que provocó un silencio de dos correos, y que pudo muy bien costarle la vida. Pienso que lo que más me dolió fue la aparente indiferencia de Fanny Selwyn cuando supo que la vida de Louie estaba en gran peligro. En otro tiempo le habría costado evitar expresar abiertamente su júbilo ante semejante catástrofe, pues si Louie moría ella estaba segura de casarse conmigo; pero ahora hizo fríos

votos por su restablecimiento. El accidente que casi costó la vida a la pobre Louie no puso fin por muy poco a toda mi descendencia también. El feto y ella estuvieron a punto de morir por culpa de nuestra niñita, que estaba jugando en lo alto de la escalera. Al verla, Louie saltó hacia allí, pero tropezó y no sólo cayó sino que arrastró al bebé hasta el final de la escalera. Afortunadamente, la niña no quedó herida de gravedad, pero la pobre Louie —embarazada como estaba— resultó terriblemente golpeada. El desenlace fue un parto prematuro, el alumbramiento de un niño muerto y una vacilación entre la vida y la muerte que duró algunas semanas. Mi angustia era terrible. La pobre señora Selwyn hizo cuanto pudo por consolarme. La familia entera, incluyendo a Mabel —que se había desarrollado como muchacha desvergonzada y siempre hablaba con retruécanos desde que toqué su gruta aterciopelada en Nowshera— mostraba su simpatía y condolencia excepto Fanny; ella dijo abiertamente que no me merecía una buena esposa, y que por eso Dios me la estaba quitando. Puedo decir que por aquel entonces había entre nosotros más odio que amor. Sin embargo, era sólo superficial afortunadamente. Fanny y yo estábamos engañándonos a nosotros mismos. Ella imaginaba que me detestaba tanto como antes me amara. Yo intentaba pensar que, después de todo, no era para nada tan deseable como al principio pensara, y que no la tomaría ahora aunque tuviese oportunidad para ello.

Así fueron pasando los días. Había entre nosotros una tregua implícita, y las cosas podrían haber continuado así, hasta que el curso natural de los acontecimientos nos hubiera separado, pero todo estaba en manos de Venus, que sonreía ante nuestros miserables esfuerzos por guiar nuestro propio curso. Había llegado el tiempo del sacrificio, estaba condenado a su destrucción el velo de la virginidad de Fanny, y en ese altar iba a instalarse esa vara que en tiempos había sido el Dios de su ardiente devoción. Sí, Fanny Selwyn me abrió los muslos con gusto, y narraré ahora cómo se produjo.

Farrukhabad es un enclave grande. Siempre hay allí acuartelados un regimiento europeo y otro nativo, con una batería de artillería y un escuadrón indio de caballería. Había también muchos civiles, con lo cual teníamos muy buenas ocasiones de

hacer vida social. En esto difería mucho de Cherat, donde no había civiles y sólo estaba nuestro regimiento con retazos de otros. En Farrukhabad teníamos un juez, un diputado delegado, un médico civil, un ingeniero civil y varios otros civiles, así como un sacerdote católico, otro anglicano, un ministro presbiteriano y varios religiosos más; por encima de esos predicadores varoniles que vivían existencias puras, simples y sin mácula, había varias damas jóvenes y muy atractivas en la llamada misión de Zenana, de las cuales una misionera tenía dotes físicas tan hermosas que suscitaba un deseo mucho más carnal que espiritual en las mentes de los habitantes mundanos del acantonamiento, que —como yo mismo— adoraban al Creador en sus criaturas.

Los tranquilos se dedicaban al tenis, al polo y al *cricket*, deportes buenos todos ellos en las hermosas tardes, donde las frescas sombras hacían delicioso y hasta necesario el ejercicio, pues en la parte septentrional de la India puede hacer mucho frío desde noviembre hasta principios de marzo, y los militares teníamos muchos desfiles, con formaciones por la mañana y por la tarde, salvo jueves y domingos, días dedicados siempre al descanso y la diversión en ese país. Compensábamos en Farrukhabad las épocas de ocio en Cherat, y no fueron pocos quienes dieron la bienvenida al tiempo caliente que se avecinaba, con sus vientos calientes, sus noches calientes y sus días calientes a causa de los desfiles nominales y la mínima cantidad de trabajo, porque el hombre es por naturaleza un animal ocioso por cuanto no respecta a sus placeres.

De modo que pueden comprender fácilmente mis pacientes lectores que, estando diseminadas las casas ampliamente y con nuestro trabajo situado en direcciones muy distintas, Lavie y yo no nos encontrábamos tan frecuentemente como en Cherat. Nos veíamos por la noche en el comedor de oficiales y cruzábamos algunas palabras, pero nunca me gustó quedarme allí más tiempo del necesario para fumarme un puro después de la cena, con lo cual veía realmente muy poco al otrora constante compañero. Me encantaba ir a casa, quitarme el uniforme y, envuelto en ropas sueltas, sentarme en el sillón a fumar y leer tranquilamente en vez de quedarme hasta tarde en las salas de oficiales. Además tenía el corazón herido. Me angustiaba profundamente la situación de mi

pobre Louie tras el accidente, y no podía sino reconocer que —en cuanto se refería a Fanny Selwyn— el curso del amor verdadero no sólo no discurría suavemente sino que, según todas las apariencias, la frágil barquichuela donde navegaba por esa corriente había encallado, si es que no naufragado completamente. Me sentía derrotado, y derrotado por mis propios miedos, y me sentía de algún modo degradado ante los ojos de ella, ante los ojos de la muchacha que casi me había invitado a seducirla. Notaba que ella me despreciaba por la falta de ese arrojo tan grato para una chica llena de deseo y pasión. Pero en vez de intentar recuperar su estima, yo había llegado casi a la conclusión de que debía abandonar cualquier idea referente a Fanny; la empresa donde me había embarcado tan espontáneamente en tiempos, pensaba, quedó abortada en estado germinal, e intentar reanudarla sería tentar a la providencia para que derramase los recipientes de su ira sobre mi necia cabeza. Pero seguía siendo igualmente infeliz. No me gustaba.

Tras sus nubes de ambrosía, desnuda, amorosa, hermosa, Venus sonreía mientras iba leyendo mi corazón.

Si no hubiese sido por Mabel podría haber frecuentado más a los Selwyn. Desde que toqué su toisón en Nowshera esa chiquilla esperaba evidentemente que me la hiciese muy pronto, y se comportaba con extraordinaria audacia cada vez que yo visitaba a su familia. Me molestaba sobremanera. Lo que le encantaba era hacer que mediante palabras, miradas o gestos se me empinara el palo, aunque estuviese junto a la madre, y mi incomodidad era siempre enorme. Pretendiendo considerarse una mera niña, y a pesar de las reconvenciones demasiado débiles de su madre, se sentaba en mi regazo escondiendo la mano por debajo para palpar y apretar mi estúpido órgano, que le respondía endureciéndose furiosamente aunque yo deseara verlo cortado en esos momentos. Si resultaba que estaba pasando una tarde en la casa de su padre y jugando al ajedrez con alguna de las dos muchachas, Mabel encontraba ocasión de deslizarse bajo la mesa sin ser vista, arrastrase hasta mis rodillas, desabrocharme los pantalones con sus hábiles dedos y tomar posesión de todo cuanto encontraba allí con su excitante manita. Me habría reído de no encontrarme aterrorizado ante la posibilidad de que este juego muy explícito fuera descubierto, con lo cual me veía obligado a acercarme lo más

posible a la mesa y trata de parecer distraído, mientras la mano de Mabel estaba a punto de hacer que me corriese. Me agradaba decir que nunca logró producir semejante catástrofe. Aproveché las oportunidades para suplicarle e implorarle que fuese más cuidadosa conmigo y con ella misma, pero su respuesta era levantarse las faldas y exhibir completamente los adorables muslos, su oscuro toisón y la dulce y joven grieta, cosas todas que insistía en que yo tocase cuando yo me sentía demasiado débil para resistir. Me tocaba la tortura de Tántalo, y su consecuencia fue el mayor alejamiento posible de la casa del coronel, conducta interpretada por Fanny como algo dirigido a evitarla. No podía decir a Fanny la verdad, pues se habría enfadado como nunca al saber que había tocado por primera vez la gruta de Mabel inmediatamente después de que ella me contase el maravilloso y delicioso sueño de follada conmigo en Nowshera.

Había llegado el mes de marzo, y el sol ganaba fuerza cada día. Ésta es la estación donde son más abundantes los frutos en la Indica septentrional, y diariamente me festejaba con higos, melocotones, uvas y hasta fresas. La última carta recibida era algo más alegre, y ya saben lo que es verse aliviado de esas mortales angustias.

Una mañana a principios de mayo llegué a mi casa del desfile y, mientras bebía mi té y comía mi chetah, hazir de fruta y pan con mantequilla, el cartero me trajo una carta escrita por la propia Louie. Me trajo un júbilo incapaz de expresarse en palabras dichas o escritas. El tipo de júbilo que le hace a uno aplaudir e intentar atravesar las nubes para divisar a ese Dios que nuestro corazón arde por alabar en acción de gracias. Me sentía elevado sobre mí mismo. Caminé por la terraza en un éxtasis de alegría. Incluso salté y brinqué. ¡Louie estaba fuera de peligro! ¡Levantada! ¡Capaz de moverse! ¡Capaz de sentarse en un sillón, coser un poco y leer un libro! ¡Y escribir una carta! ¡Allí tenía la prueba! ¡Ah!, pero así como toda nueve tiene su revestimiento de plata, toda rosa tiene su espina. Pues aunque estuviese realmente en convalecencia, y aunque su médico le asegurase que no había sufrido ninguna lesión permanente, le dijo también que por ningún concepto debería vivir en un clima caliente y menos aún dormir con su esposo si él volvía a casa, pues la copulación era lo último que debería hacer durante por lo menos dos años. En caso contrario, él no se responsabilizaba

de su completa curación ni de su inmunidad ante el peligro. Advirtió incluso que el comercio sexual prematuro podría desembocar en dolor y en todo lo contrario de placer, añadiendo que yo estaba «providencialmente» en la India y allí debería seguir para evitarle cualquier daño.

¡Pobre Louie! Me dijo que le resbalaban por el rostro las lágrimas cuando escribió la frase del destierro de mi hombría de su hendidura ansiosa, realmente ansiosa, pero dijo:

—Sólo es una corta temporada, aunque dos años parezcan mucho tiempo a personas jóvenes como nosotros, adorado esposo Charlie. Pero imagina solamente el pesar y la completa desolación que produciría un encuentro prematuro si se cumpliera la amenaza del médico, ¡la muerte completa de todo ese encantador amor que nos hizo tan supremamente deliciosa la cama nupcial! ¡Oh! Amo a mi Charlie y deseo esa vara de su hombría, ese garañón espléndido, demasiado y demasiado bien para pensar en poner en peligro toda la felicidad y el deleite que puedo proporcionarle, y toda la transida pasión y el cielo que puede proporcionarme. ¡No! Me quedaré en casa y seré como una monja, hasta que pueda ser como una novia nueva para mi querido esposo. Sin esa asustada timidez que hasta cierto punto limitó el goce experimentado cuando él penetró ese territorio virgen del que sigue siendo único Dueño y Señor.

Yo estaba loco de contento. Me llenaba tanto el pensamiento de mi Louie que nunca pensé que parte del júbilo podría provenir de que ella ya no se interponía en mi camino hacia cierto lugarcito delicioso, entre los muslos de Fanny Selwyn. Dije que no pensé conscientemente en Fanny, pero como mi historia va a mostrar ya no tenía a Louie levantando un dedo inquisitorial y diciendo:

—¡No en esa grieta sino exclusivamente en la mía hará cabriolas tu garañón!

Mientras recorría hacia la terraza, mirando distraído los arbustos y flores de mi jardín, observé de repente a una mariposa grande y amarilla, con cola de golondrina y marcas negras y rojas, sobrevolando algo que me resultaba imposible ver. Llevaba el casco puesto todavía, y fui a ver qué podía atraer a ese macho. Allí, sobre la hoja de un arbusto, había una mariposa hembra de la misma especie con las alas gachas y a veces temblorosas, levantando implorante la cola mientras animaba a su admirador para que

iniciara caricias más próximas. Pero el macho parecía encantado de verla inclinada tan voluptuosamente, mientras él podía —con gran autodomínio— elevar el deseo de ella hasta un punto de combustión aún más alto. Se limitaba a batir las alas para que le llegase a ella el aire y entonces, cuando ella esperaba sentir su suave peso en la espalda, flotaba como a medio metro por encima. En vano se desplazó de hoja a flor y de flor a hoja la pobre hembra ardiente y enferma de amor intentando encontrar un lecho irresistible para su cruel torturador. Él no se aproximaba más. Al fin ella voló de repente a esconderse tras un arbusto. El macho la echó de menos y pareció contrariado. Voló aquí y allá con gran ansiedad evidente hasta encontrarla. Pero ¡oh, ingrato insecto! En vez de dar a la hembra aquello por lo que evidentemente suplicaba de modo tan sincero reanudó sus maniobras tentadoras y torturantes, hasta que al fin —ultrajada y molesta— la hembra emprendió súbita y seriamente el vuelo para desaparecer rápidamente tras la esquina de mi bungalow. El macho pareció tomarlo con bastante calma esta vez. La había encontrado una vez. Seguro que la encontraría otra. Así pues, no pareció preocuparse mucho hasta que, tras haber buscado sin éxito muy tranquilamente durante un rato, se puso muy agitado de repente. Voló aquí y allá, por todas partes, mirando agudamente, buscando ávidamente, pero no la encontró, porque ella se había ido. ¡Ido! Era realmente muy curioso ver la expresión de verdadero pesar y desilusión del engreído macho, pero fue en vano; su despreciado amor se había desvanecido y nunca lo encontraría. Tras cierto tiempo voló en otra dirección, bien castigado por su crueldad.

Esta pequeña escena de amor, pasión, deseo, crueldad, desilusión y bien merecido castigo me excitó grandemente. No me apliqué en aquel momento la lección, por cuanto se refería a la relación con Fanny Selwyn, pero luego recordé el episodio y pensé en lo adecuado que era. Si no perdí el querido escondrijo de Fanny Selwyn no fue porque merecieses mejor suerte que la mariposa macho, sino porque mi adorada diosa Venus había decretado que mi servicio se realizaría en ese adorable templo.

Volví a mi sitio y encendí un cigarro, pensando en la carta de mi Louie y en las mariposas, y mientras me encontraba en una especie de ensoñación deliciosa oí ruido de pasos y al mirar vi a Lavie, que

venía hacia mí caminando por la terraza.

—¡Ah! ¡Buenos días, Lavie! ¿Qué tal estas, viejo camarada? ¡Siéntate!

—No, gracias, Devereaux —dijo él con un medio suspiro.

—¿Qué te pasa, Lavie? Suspiras como un ternero echado a coces por su madre. ¿Acaso te ha pasado Jumali o alguna otra la gonorrea?

—¡Ah, no! No hablas de ese modo, por favor. No estoy de buen humor esta mañana.

—¿Por qué?

—¡Oh! ¡No sé!

—Amigo mío, debe funcionarte mal el hígado. Vete a casa y toma cerveza negra, o mejor siéntate a fumar un cigarro y a tomar una copa, y a contarme todas esas novedades.

—¡Ah, Devereaux! Te veo radiante. ¡Eres feliz! Nunca estas deprimido.

—Salvo cuando pensé que mi miembro no volvía a endurecerse, ¿verdad, Lavie?

—Se me había olvidado —dijo con un sonrisa enfermiza.

—Ya ves que yo también ando hundido a veces, Lavie.

Lavie no dijo nada. Parecía realmente pálido y agotado, como si no hubiese dormido en toda la noche. Se sentó pesadamente sobre el sillón, y gruñó cubriéndose los ojos con las manos.

—¡Vamos, Lavie! —dijo seriamente—, algo te pasa. ¡Ven dímelo! Yo seré tu médico ahora. Dime de qué se trata.

Pero quedó como estaba durante algunos minutos; luego, levantando lentamente la cabeza me miró con la expresión más extraña y dijo:

—Puedo confiar en ti, Devereaux. ¿Prometes no decírselo a nadie si te digo de qué se trata?

—¡Naturalmente! —contesté, preguntándome qué diablos sería.

—Bien —dijo hablando muy lentamente—, ¡amo a Fanny Selwyn!

—¡Buen Dios! —exclamé estallando de risa—, ¿es eso todo? Pero ¡hombre!, estar enamorado debería animarte y no ponerte taciturno como un gato enfermo.

—¡Ah! Pero ella no me ama —gimió.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh! Lo sé muy bien, demasiado bien.

—Querido compañero, ¿puedes decirme por qué lo sabes tan bien? Quizá yo pueda consolarte un poco si me tratas como a tu médico mental diciéndome la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad.

Lavie gimió, apoyó el codo en una mano, escondió el rostro en la otra y, con evidente esfuerzo, dijo:

—La noche del domingo pasado no quiso caminar conmigo hasta la iglesia.

Me entró un ataque de risa. ¡Era tan gracioso! Una joven dama no camina hacia la iglesia con un caballero que la admira, probando así que no le ama.

Bien, escuché toda su historia. En Cherat había quedado muy impresionado por Fanny Selwyn, había estado alimentando en secreto la chispa del amor y ahora estallaba en llamas. De hecho, nunca había demostrado una atención marcada, pero como ella nunca le evitaba y siempre le hablaba con amabilidad y gentileza, él imaginó que adoptaba su propio y tranquilo modo de demostrar admiración, y que ella con el tiempo le permitiría comprender que ella comprendía y estaba dispuesta a casarse con él. Pero esa desafortunada noche de domingo él estaba sentado en su terraza sin la chaqueta, esperando ver pasar a Fanny con sus hermanas en dirección a la iglesia, y que si las llamaba esperarían —como habían hecho en previas ocasiones— hasta poder él ponerse la chaqueta, porque hacía mucho calor y no quería llevar esa prenda un minuto más del necesario. Pero ¡oh, pesar!, ¡desánimo!, ¡horror! Fanny no quiso esperar, y no sólo no quiso esperara sino que, cuando él se apresuró a seguirla, vio cómo sus hermanas y ella salían corriendo. ¡Sí, corriendo! Eso mataba a su pobre corazón. ¡Sus esperanzas violentamente arrojadas al suelo! Ya no valía la pena vivir, ahora que con certeza no le amaba.

Escuché con creciente sorpresa. Hasta entonces había considerado a Lavie un tipo singularmente sensible. Pero la historia que me contó, y su razonamiento, eran absolutamente infantiles y probaban que en asuntos de amor cuando menos era un tonto egregio y un estúpido. Sin embargo, le quería demasiado como para no sentir lástima, y me puse a trabajar en consolarle, y lo conseguí diciendo que —si aceptaba su historia como algo totalmente cierto

— sólo probaba las ganas de divertirse de Fanny Selwyn haciéndole echar una carrera tras ella. Admití que era una muchacha lo suficientemente agraciada como para merecer una buena carrera.

Pero a pesar de todo no conseguí despertar en Lavie el arrojo necesario para ir a verla al punto (vivía justo al otro lado del camino, a sesenta metros de mi bungalow), declararse y descubrir cuáles eran los verdaderos sentimientos de ella hacia él. Le aterrorizaba. Le dije, en vano, que el corazón pusilánime nunca ha conquistado todavía a una hermosa dama. Sólo logré convencerle de que fuese a ver al coronel y a la señora Selwyn, para averiguar si ellos apoyarían su oferta. Consintió en hacer esto, al fin, y se fue dejándome más que asombrado ante su falta de agallas. Porque Lavie era un hombre de pasiones fuertes, un amante ardiente; entre Jumali y las otras tenía reputación de ser uno de los mejores palos de Farrukhabad; y habría pensado que su arrojo le seguiría allí donde su picha guiaba al corazón. Pues me resultaba evidente que estaba más encoñado que enamorado de Fanny Selwyn.

Mientras seguía pensando en su asombroso anuncio, y felicitándome por dentro de estar libre de responsabilidad hacia Fanny, Lavie volvió con el rostro aparentemente satisfecho. Había visto al coronel y a su esposa, y ellos estuvieron muy amables. Dijeron que no urgirían a Fanny, pero que no objetaban una conducta semejante de él hacia ella. Que sus hijas debían elegir por sí mismas, y que si Fanny le elegía ellos no dirían no. Pero cuando pregunté si había pedido verla dijo que no se había atrevido, que otro día lo haría. ¡Dioses! Hice cuanto pude por hacerle presentarse inmediatamente, pero fue inútil. Estaba satisfecho hasta cierto punto, y viviría sobre las esperanzas derivadas del consentimiento otorgado por el papá y la mamá de Fanny. Yo conocía a Fanny mejor que él, y estaba seguro de que no le agradecería preguntar a papá y mamá antes de decírselo a ella. No obstante, esperé contra la esperanza que ella le aceptase.

¿Por qué? ¿Por qué? Una sonrisa me llega cuanto más pienso en el pasado y en lo imposible que parecía tener siquiera alguna opción al corazón de Fanny. Ella me había llamado estúpido deliberadamente. Me había mostrado de cien ácidas maneras femeninas que me despreciaba y le encantaría decir algo cortante si alguna vez demostraba buscar su amor de nuevo. Cuando una

muchacha se ofrece, tómala, porque no es probable que vuelva a pedírtelo. Es un consejo para mis queridos amigos masculinos. Por otra parte, aunque mi fe en Lavie se había visto brutalmente conmovida por sus asnales ideas de conducta, pensaba que sería un buen marido para Fanny. Era esencialmente un caballero; tenía una buena profesión a sus espaldas, y sabía que se la follaría bien. Cuando una mujer es bien follada está siempre contenta y feliz.

He conocido tantos casos de chicas casadas contra su voluntad, que van al altar y al lecho nupcial como perfectas víctimas y allí se convierten en mujeres felices, pura y simplemente porque sus maridos resultan ser folladores de primera. Éste es el evangelio absoluto, pueden creerlo mis amables lectores.

Estaba sentado, leyendo por quincuagésima vez la deliciosa, enamorada y apasionada carta de Louie, con la herramienta erguida encantadoramente contrata mi vientre, bajo los botones de mis pantalones, pensando en la querida grieta que había visitado y rociado tan a menudo cuando quedé de repente atónito viendo a la señora Selwyn y a Fanny entrar en mi cuarto sin anunciarse. Hacía mucho calor, y me sorprendió ver a la señora Selwyn exponerse tanto al sol estando tan delicada.

—¡Oh!, ¡señora Selwyn! ¿Qué le hace venir aquí bajo este sol abrasador? Si quería verme, ¿por qué no me mandó llamar? Siéntese debajo del ventilador. Aquí tiene una silla. ¡Muy bien! Dígame qué puedo hacer por usted y sabe que será hecho.

La señora Selwyn miró a Fanny y sonrió; Fanny me miró con la más curiosa de las expresiones entre broma y seriedad en sus gloriosos ojos violetas. Me pareció extremadamente guapa. No había perdido ninguno de los buenos colores que se trajo desde Cherat. Envuelta en un vestido de muselina fina, su busto era el de una gloriosa ninfa. Sus dos pequeñas montañas, evidentemente muy crecidas desde que las viera desnudas y descubiertas unos meses antes, brotaban a cada lado del modo más voluptuosamente tentador. Sus muslos bien redondeados y de hermosa forma aparecían también a través de los suaves pliegues del vestido, y sus encantadores pies y tobillos cruzados delante de ella terminaban en un hermosos par de piernas bien desarrolladas, que no me extrañaba que Lavie quisiese abrir para tomar entre ellas su placer. En conjunto, Fanny me pareció ese día más hermosa que nunca

hasta entonces. Pero la contemplaba como si nunca fuera a ser mía, y estaba tan hecho a ese pensamiento que a pesar de admirarla mucho mi ariete no se endurecía más, y si ahora estaba erecto era exclusivamente por el dulcísimo toisón entre los muslos de mi Louie, distante miles de millas.

—Señora Selwyn, ¿me dirá a qué debo esta inesperada y agradable visita?

Ella miró a Fanny y sonrió. Fanny le devolvió la mirada sin sonreír; al contrario, parecía más bien contrariada.

—¡Bien! Capitán Devereaux, Fanny y yo queremos tener una charla con usted. ¿Qué le hizo enviar a Lavie a nuestra casa con una propuesta matrimonial?

—Yo nunca le envié, señora Selwyn.

—Entonces, él me contó una falsedad, pues ciertamente nos dijo al coronel y a mí que le había enviado a pedir permiso para cortejar a Fanny.

—¡Bueno! —dije—, algo de verdad hay en esa afirmación, señora Selwyn, y le diré lo que aconteció esta mañana entre Lavie y yo. Yo estaba sentado en la terraza cuando llegó convertido en el vivo retrato de la desdicha y la aflicción. Durante algún tiempo no quiso revelarme qué le pasaba, sino que se sentó, sujetó la cabeza con las manos y suspiró y gimió del modo más sombrío. Al final dijo que amaba a la señorita Selwyn.

Tanto la señora Selwyn como Fanny estallaron en una risa jovial, siendo la de Fanny dulce, cristalina y franca. No había matiz de burla, pero era evidente que le divertía mucho.

—¡Sí! ¿Y entonces?

—Le dije que no había razón para sentirse tan afligido, y él me dijo: «No quiso caminar hasta la iglesia conmigo la noche del domingo».

—¡Pero qué tonto! —exclamó Fanny, cayendo en otro ataque de risa.

—Eso pensé yo también. Tuve una larga charla con él, y le pregunté si la señorita Selwyn conocía sus sentimientos hacia ella. Él dijo que así lo esperaba. Le pregunté si había hablado con ella. Él dijo que no. Bueno, le dije, si no has hecho eso todavía mejor hacerlo cuanto antes, en vez de ir imaginando todo tipo de cosas. Pero parecía asustado ante la idea. Al fin sugerí que podía al menos

verla a usted, señora Selwyn, y al coronel y saber si aprobaban su propuesta. La verdad es que no sabía qué hacer con él. Siguió mi indicación, fue y obtuvo aparentemente una respuesta satisfactoria, pues me pareció muy aliviado cuando volvió.

Durante unos momentos ninguna de las damas habló. Fanny me miraba medio reprochadoramente. La señora Selwyn estaba evidentemente reflexionando sobre algo. Mi barra, no interesada ya en la raja de Fanny apartado su pensamiento de los secretos encantos de Louie, comenzó a bajar un poco, y quería oír la próxima cosa.

—¡Bueno! Ni el coronel Selwyn ni yo pondríamos objeciones al doctor Lavie. Es una excelente persona, un caballero de cabeza a pies, y nadie pudo comportarse más atenta ni amablemente que él con la pobre Amy, cuando quedó tan enferma tras el ataque de esos horrorosos afganos en Cherat, pero tanto el coronel Selwyn como yo pensamos correcto y justo dejar a Fanny elegir por sí misma. Cualquiera puede presentarse como pretendiente, siempre que sea un caballero y tenga medios de vida suficientes para mantener una esposa, por cuanto nos concierne a nosotros como padres. Así pues, Fanny debe hablar por sí misma en este asunto.

Miré inquisitivamente a Fanny, que se sonrojó un poco para luego palidecer, mientras los movimientos de sus senos mostraban que algunos pensamientos —quizá no agradables— estaban agitándola.

—Todo cuanto puedo decir actualmente —dijo, hablando lenta y pausadamente— ¡es que no me parece el hombre con quien puedo casarme! —puso cierto énfasis en la palabra casarse.

—Quizá —dije yo— cuando haya pensado en el doctor Lavie pueda considerarle elegible, señorita Fanny.

—No creo —dijo ella—. Me agrada el doctor Lavie como amigo, pero siento que no podría amarle nunca y jamás podría irme con un hombre si no le amase.

—¡Bueno! —repuse—, dele una oportunidad. Escuche lo que tenga él que contarle, y quizá cuando le examine desde el punto de vista que él desea vea en él más de lo que ve ahora.

—Supongo —dijo ella con tono algo cortante— que a usted le encantaría verme aceptándole, ¿no es así, capitán Devereaux?

—Sí, si estuviese seguro de que iba a ser feliz con él, señorita

Selwyn, pero no en otro caso. Lavie es un gran amigo mío, y sé que es realmente una buena persona. Creo que está un poco fuera de sus cabales justamente ahora, pero cuando la miro a usted no me sorprende. ¿Verdad que Fanny está muy guapa, señora Selwyn?

Tanto la madre como la hija parecieron muy complacidas ante el cumplido, que por lo demás no fue dicho sólo para halagar, porque Fanny tenía un aspecto realmente encantador, y yo dije las palabras con poca afectación, espontáneamente.

—Me he preguntado a menudo —proseguí—, cómo es posible que sea tan poco cortejada. Una muchacha tan bonita, tan agradable, tan deseable en todos sentidos debía tener muchos adoradores, y varias ofertas de matrimonio. No puedo comprender dónde tienen los ojos los hombres.

—¡Oh! Fanny puede contarle, si quiere —respondió la madre—, que ha tenido dos o tres ofertas. Hubo un caballero en particular que realmente estaba interesado, el doctor Jardine, que cuando hacíamos la marcha se declaró a ella.

—¿El doctor Jardine? —exclamé.

—Sí. Pidió a Fanny, pero ella le dijo que no, y entonces nos lo pidió al coronel y a mí intentando persuadirnos de que convenciésemos a Fanny, pero le dijimos que si Fanny decía no era no para nosotros igualmente.

—Me alegro de que Fanny no dijera sí —contesté.

—¿Por qué?

—Porque Jardine puede ser un médico inteligente, pero no es un buen hombre, bastante inadecuado para Fanny en todos los sentidos. Ésa es, al menos, mi opinión.

—También yo lo pienso —dijo la señora Selwyn de modo contundente—. Pero, si Fanny hubiese dicho que sí, no nos hubiéramos opuesto, aunque nos apenara que ella deseara a alguien como el doctor Jardine.

—¿Qué le hizo a usted casarse, capitán Devereaux? —dijo súbitamente Fanny.

—¡Querida criatura! ¡Vaya pregunta has ido a hacer! —exclamó la señora Selwyn.

—Me casé —dije riendo—, porque había encontrado al fin a la chica de mis sueños, que me parecía en conjunto superior a todas cuantas había visto y la única de la que me sentía real y

verdaderamente enamorado.

—Y supongo —dijo Fanny, intentando parecer alegre— que desde entonces no ha conocido a ninguna con quien se habría casado si no hubiera visto nunca a su primera esposa, ¿verdad?

La pregunta era demasiado obvia para mí, y fui incapaz de resistir la tentación de responder como sabía que deseaba ella, aunque el tono de la voz me dijese que no lo esperaba.

—Puedo contestar fácil y sinceramente a su pregunta, señorita Selwyn. Es cierto que no soy fácil de complacer, pero he conocido a una dama después de casarme a quien habría pedido en matrimonio de no encontrarme ya casado y mis ojos dijeron a Fanny quién era esa dama.

Se le subieron profundamente los colores, sus ojos lanzaron chispas de satisfacción, me miró de pies a cabeza y todo su aspecto me contó: «Y habría dicho sí si me lo hubiese pedido, ¡y cuanto antes mejor!».

Sólo ahora veía que el pobre Lavie estaba desde luego en lo cierto, y que si Fanny amaba a alguien no era a él. Una secreta satisfacción llenó mi alma y me invadió una oleada de deseo voluptuoso mientras paseaba los ojos sobre el gracioso cuerpo de Fanny, y mi dormida verga creció y creció hasta que pensé que reventaría los botones y se erguiría desnuda para asustar a madre e hija.

La señora Selwyn pidió a Fanny que saliera, porque quería decirme unas palabras en privado, y cuando ella lo hizo nuestros ojos se encontraron. ¡Oh, las cosas que se dijeron! La muchacha parecía deslumbrada por lo último que yo le dije, y su paso era el de la que había obtenido al fin lo que más deseaba del mundo. A pesar de que me pareciese deshonorables ahora excluir al pobre Lavie, no podía sino decirme «El toisón de Fanny es mío, me basta tender la mano».

Tan pronto como la feliz muchacha pasó a la terraza la señora Selwyn se levantó y yo con ella, diciéndome en un medio susurro:

—¡Querido capitán Devereaux! Conoce demasiado bien a Fanny para saber que nunca aceptará al doctor Lavie. Aconséjele, por favor, que abandone la idea. Sólo logrará entristecerse, y no me siento lo bastante fuerte como para soportar escenas. Él piensa que usted le envió a nosotros. Desengañele, por favor.

Prometí hacerlo lo mejor posible, pero ¡oh!, ¡cómo deseaba no anhelar la dulce hendidura de Fanny! Me parecía que estaba apartando de ella a Lavie para poder poseerla yo.

Acompañé parte del camino a Fanny y su madre, y el modo en que ella oprimió la húmeda palma de la mano contra la mía hizo que nos recorriese un escalofrío. Puede ver que se había decidido a poseerme en la primera oportunidad. ¡Dios mío! Cómo me dolió la ingle todo el día. Con gusto narraría a los lectores los actos de cortejo que Lavie realizó durante los siguientes quince días, pero temo resultar aburrido. Nunca un amante fue más terrible que él. No cumplí lo solicitado por la señora Selwyn, pareciéndome mejor dejar a Lavie que se ahorcase él mismo, como efectivamente hizo. Tuvo una o dos entrevistas con Fanny y se quedó como un ternero mudo, con la boca abierta y como falto de aliento, totalmente incapaz de proferir una sola palabra. Tanto ella como su madre se volvieron medio locas por el pobre tonto encoñado. Las dos damas volvieron una vez más a mi bungalow tras la última escena donde tras haber rehusado Fanny verle, Lavie insistió en ver a la señora Selwyn y con lágrimas y gemidos le suplicó que ordenase a Fanny casarse con él.

Era a mediados de marzo, el sol abrasaba sencillamente durante el día, todos los pájaros se iban a la sombra con el pico abierto de par en par y las alas levantadas, de tanto como sentían el pavoroso calor a esa hora. Yo estaba sentado en mi sillón, vestido sólo con el más fino de los jersey, sin mangas, y con el más leve de los pijamas; es decir prácticamente desnudo, porque las ropas sólo ocultaban el color de mi piel, y hasta eso imperfectamente. El *punkah* ventilador se balanceaba lentamente de un lado a otro, derramando sobre mí una brisa de aire refrescante y esparciendo el humo de mi cigarro puro. Era mediodía, aterrorizantemente caliente, y podía oír las hojas de los árboles cuartearse bajo los rayos del sol cuando —para mi inmenso asombro— la señora Selwyn y Fanny entraron corriendo más que caminando en mi cuarto.

La señora Selwyn parecía medio demente. Fanny tenía signos de haber llorado y estar asustantemente enfadada. Ambas me miraban reprochadoramente. Me levanté de un salto, disculpándome por el estado de *déshabillé*, pues no tenía siquiera las zapatillas puestas, y les puso sillas bajo el *punkah*. Pero antes de que intentara sentarse

la señora Selwyn dijo:

—¡Capitán Devereaux, debe, realmente debe insistir con el doctor Lavie para que deje de molestarnos más! ¡Me está matando! ¡Está loco! ¡Estoy segura de que algo no anda bien en su mente! ¡Y está matando también a la pobre Fanny! ¡Oh! —y, tras estas palabras, se derrumbó sobre la silla.

Miré a Fanny pero no dije nada. La señora Selwyn me contó entonces que Lavie había tomado la costumbre de aparecer a toda hora, incluso de noche cuando todos se habían ido a la cama, y que gemía, se desesperaba y lloraba. El coronel Selwyn le había hablado suave y ásperamente, de todos los modos, le había ordenado que no volviese más y así sucesivamente, pero todo ello en vano, con lo cual se encontraban en un atolladero, dado que emplear otros medios forzosos sólo crearía un escándalo, y todos morirían de risa con el lamentable cortejo de Lavie.

Mientras estaba diciéndome esto, y yo preguntándome qué haría, Lavie entró con los ojos centelleantes, el rostro pálido, los labios apretados. Se fue directamente hacia la señora Selwyn, pidiendo que le acompañase un momento a otro cuarto de la casa vacío por entonces.

Le supliqué que se sentara, pero respondió con una sonrisa ida y dijo que no necesitaba más de dos segundos con la señora Selwyn, por lo cual ella se levantó con dificultad y le siguió. Fanny acercó su silla a la mía y me suplicó que hiciese cuanto estuviera en mi mano.

—¡Oh, querido, querido capitán Devereaux, líbrenos de ese monstruo! —exclamó. Le cogí la mano y aseguré que así lo haría; tenía un plan, que era conseguir su traslado a otro campamento. Conocía al personal de la sección de traslados muy bien, y les presentaría el caso. La pobre Fanny quedó encantada. Me lanzó una de esas miradas que significan «¡bésame!». Vacilé un momento, pero al final me fue imposible resistir. Saltando de la silla tomé a la gustosa muchacha por la cintura, la levanté hasta ponerla de pie y apretándola contra mí besé una y otra vez su boca roja.

—¡Oh, mi querida Fanny! —exclamé en tono grave, ardiendo con una pasión que se le comunicaba—. ¡Cómo me arrepiento de haber apoyado la propuesta amorosa de ese idiota!

—¡Oh, Charlie, Charlie! —exclamó ella, apretando su busto contra el mío y dejando que yo la apretase hasta fundir nuestros

cuerpos, sin negarme el muslo que tomé entre los míos ni el toisón, el dulce y delicioso toisón contra el que apretaba mi propio muslo —. ¡Ahora sé que me amas como yo te amo! ¡Oh, querido!, ¡querido! ¡Claro que te perdono! ¡Pero, si no fuese por eso, te odiaría!

—¿Realmente, sinceramente me amas, Fanny? ¡Oh, dulcísima muchacha mía, debes pertenecerme por completo! ¡Cada trocito tuyo, tu corazón, alma, cuerpo, todo!

—¡Oh! ¡Lo deseo! ¡Lo deseo! —gritó la excitada muchacha en un éxtasis de pasión—. ¡Oh! ¿No notas que lo deseo?

—¡Con tu corazón, mi amor! —dijo mientras oprimía un seno delicioso y firme, redondo, elástico y duro con la mano.

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Con tu alma? —añadí deslizando ágilmente una mano entre sus muslos y presionando sobre el toisón no menos elástico y suave con los dedos. Fanny retrocedió con las caderas un instante, pero cuando volvía apretar su toisón se echó hacia adelante y palpé su palpitante hendidura con la mano mientras ella la oprimía entre sus muslos, y me daba un beso como nunca recibiera de ella. Ésa era su respuesta. ¡Dioses! Retiré la mano. Puse los brazos alrededor de su rendido talle. Mi verga, loca por entrar en ella, formaba una perfecta tienda de campaña y sobresalía notablemente de los pantalones. De no haber sido por el pijama creo que se habría elevado hasta alcanzar un ángulo demasiado agudo para permitirme hacer lo que hice, pero el pijama sujetaba de algún modo la cabeza hacia abajo y apreté la poderosa arma contra el estremecido toisón de Fanny con todas mis fueras, mientras la besaba y palpaba sus tumultuosos pechos, que ella apretaba contra el mío como si quisiera aplastarlos allí. Nos quedamos así un momento, quietos si no fuese porque yo seguía inconscientemente topando contra su atónito toisón. Entonces, bajando la mano dijo:

—¡Oh! ¿Qué es eso tan duro que se aprieta contra mí?

—¡Soy yo, querida! —susurré en una voz apenas audible o articulada debido al exceso de emociones apasionadas—, ¡soy yo! Anda, tóname en tu querida mano y toma posesión del tesoro que en lo sucesivo es tuyo y tuyo solamente.

(¡Pobre Louie! ¡Si hubiese oído esas palabras dichas en un momento de cegadora pasión!).

—¡Oh, querido, querido! —exclamaba Fanny absolutamente fuera de sí con el éxtasis—. ¡Querido mío!, ¡querido! —y su manita aferraba nerviosa y excitadamente mi ardiente miembro, como si apenas supiera qué decir o hacer, pero con inexpresable deleite.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡querida Fanny! ¡Es para ti! ¡Para esto! ¡Debe ser admitido en esta morada! ¡En el templo del amor! —y de nuevo tuve la mano acariciando excitadamente su enloquecido lugar, entre muslos abiertos más que de buena gana para admitirla.

Fanny no pudo resistir estas caricias. Soltó mi falo e intentó empalárselo, vestida como estaba. Se deslizó entonces por debajo de su toisón. Ella lo notó. Levantó el vestido un poco y, abriendo de repente los muslos, los cerró no menos súbitamente sobre mi órgano, con lo cual actuaban como las paredes de su grieta. ¡Dioses! ¡Dioses! Creo que habría estallado si la naturaleza no hubiera venido en mi auxilio, haciéndome derramar un torrente de semen caliente, ardiente. Esto me devolvió el control de mí mismo.

Levantando suavemente a Fanny le supliqué que se sentara, mientras yo iba a ponerme unos pantalones. La inteligente y excitada muchacha vio la necesidad y razón de ello cuando contempló el pijama más bien transparente inundado de semen y dilatado al frente por mi enfurecida espada, cuyo color y forma de la cabeza eran perceptibles como si estuvieran en agua clara. Pero en vez de sentarse vino y me observó desde detrás del purdah mientras me quitaba el pijama, alimentando los ojos en la galaxia que le enseñaba con indescriptible placer. Vio el poderoso motor, la bolsa grande y bien formada, el bosque donde crecían, y supo que ahora era todo suyo. Mientras miraba trató de calmar los estremecimientos de su caliente grietecita poniendo la mano entre sus encantadores muslos. Pero antes de que hubiese apartado de la vista esos tesoros algo le hizo soltar el purdah y correr a una silla, y cuando yo salí con camisa, pantalones, calcetines y zapatos ella estaba sentada. Buscó con los ojos sus nuevas posesiones, y con ojos ardientes me preguntó dónde se habían ido. A guisa de respuesta tomé su gustosa mano y la puse sobre mi verga, retenida contra el vientre por los botones. Una vez más resonaron los «¡querido!, ¡querido mío!» pero en tonos susurrados. Temiendo que nuestras mentes desordenadas pudieran traicionarnos con la señora Selwyn, que seguía hablando con Lavie y podría entrar en cualquier

momento, tomé un libro de estampas y lo abrí como para que pareciese que Fanny y yo habíamos estado examinándolo durante su ausencia.

—Hiciste que la humedad me viniese a mí también, ¡querido!, ¡querido! —susurró Fanny.

—¿De verdad? ¡Bien! ¡La próxima vez que venga no debe ser fuera de nosotros, sino dentro de ti! ¡Aquí dentro! ¿Entiendes?

Fanny me respondió con un beso, mientras apretaba la mano que yo había deslizado entre esos muslos que si alguna vez se abrían para un hombre se abrirían primero para admitirme.

Mientras estábamos así ocupados en palparnos el uno al otro, hablando un lenguaje no menos elocuente por ser mudo, entró en el cuarto casi tambaleándose la señora Selwyn. Estaba evidentemente abrumada por la emoción, y demasiado excitada para notar ninguna apariencia de calor en Fanny o en mí. Consiguió llegar a una silla, se derrumbó sobre ella y durante algunos momentos no pudo proferir palabra. Alarmados, Fanny y yo nos pusimos a su lado en seguida y esperamos a que hablase.

—¡Oh! ¡Capitán Devereaux! —susurró, deteniéndose luego para coger aliento, pues estaba jadeando de excitación—. Vaya, vaya a ver a ese... ese..., loco, y por todo lo que más quiera le imploro que logre calmarlo y decirle que no debe perseguirme de esta manera ¡Habla de cortarse el cuello si no le doy a Fanny!

—Le calmaré, señora Selwyn —dije con la mayor tranquilidad que pude—. Iré ahora. Cuide de su madre, Fanny, como una buena chica —y diciendo esto hice que sus ojos hablaran como volúmenes de escritura. Me dijeron: «Líbrate de Lavie y jugaremos, Charlie mío».

Pasé al otro cuarto y encontré allí al desdichado enamorado, que esa misma mañana había estado hablando mientras yo actuaba. ¡Esa misma mañana! Apenas hacía cinco minutos yo había estado, si no en la rajita de Fanny sí entre sus muslos, derramando una perfecta inundación, y le había mostrado desnudos mis tesoros lujuriosos, y había tenido su mano acariciándome mientras me llamaba «querido» y me decía que se había corrido conmigo como yo con ella. He de decir que sentía un considerable desprecio por Lavie, y me preguntaba dónde se le habría perdido esa sensatez en la que tanto creí en tiempos ¡Pobre diablo! El hecho es que estaba fuera de

sus cabales, y que su demencia había adoptado la forma de una pasión por Fanny Selwyn. Pero nadie supo o sospechó los hechos durante varios días más. No me sorprendió lo inútil de que le hablase o le aconsejase desistir en la persecución de Fanny, siquiera por un tiempo. Gemía, gruñía, lloraba y se comportaba del modo más extraordinario. Al fin le convencí de que se fuese a su casa, prometiendo verle al día siguiente. Pero cuando se fue y me aseguré de que Fanny y la señora Selwyn se habían ido también me puse el casco y me fui a ver al doctor Bridges, en la sección de traslados, a exponerle todo el caso suplicando que Lavie fuese destinado a otro acuartelamiento. Bridges no acogió la sugestión al comienzo sin peros; con todo, al final dijo que había observado que Lavie no estaba haciendo su trabajo tan bien como solía, que vería modo de entrevistarse con él y llegaría a una conclusión en un par de días. Debía contentarme con eso, pero algo era.

Esa tarde recibí una notita de Fanny diciendo que su mamá le había pedido que me escribiese invitándome a cenar con ellos si no tenía un previo compromiso. Ése era el mensaje, pero en una esquina, escritas las palabras muy deprisa y con letra muy pequeña se leía: «¡Ven, querido mío!». Mandé decir que aceptaba con mucho gusto y fui.

Como sospechaba, se me quería para un consejo de guerra. Le dije al coronel y a la señora Selwyn que había visto al viejo Bridges, y ambos consideraron que era un magnífico movimiento. El pobre coronel estaba especialmente ansioso por librarse de Lavie. Éste acostumbraba entrar por la puerta de mi bungalow que más le apetecía a cualquier hora del día, y como solía venir de nueve a diez veces por día casi cogió al coronel en dos ocasiones mientras se hacía a la señora Soubratie en uno de mis cuartos sobrantes, con lo cual llevaba más de una semana sin sus placeres acostumbrados, temiendo ser descubierto por Lavie entre los muslos marrones de la señora Soubratie. Naturalmente, el coronel quería también poner fin a un cortejo tan ridículo como escandaloso, y decidió ver personalmente a Bridges e insistir en que Lavie fuese trasladado.

Después de la cena todos caminamos de arriba abajo por la hermosa alameda en el fresco aire de la noche, encendido el cielo con una miríada de encantadores estrellas.

Sólo hablábamos de Lavie hasta que, sintiéndose cansada la

señora Selwyn y llevándose al esposo, nos quedamos Fanny, Amy, Mabel y yo. Amy se libró de Mabel, y yo me habría quedado feliz si Fanny se hubiera librado igualmente de Amy. Nuestra conversación se deslizó naturalmente hacia el amor y el matrimonio, y Amy dijo:

—Sólo espero que nadie me pida en matrimonio. ¡Estoy segura de que diría que no!

—¿Por qué? —dije riendo.

—¡Oh! ¡Imaginar lo que será irse a la cama con un hombre! ¡Moriría de vergüenza!

—Su madre se va a la cama todas las noches con su padre, Amy, y no se muere de vergüenza.

—¡Oh! ¡Eso es distinto!

—No veo por qué.

—Bueno, yo en todo caso me moriría de vergüenza. ¿No te pasaría a ti lo mismo, Fanny?

Fanny vaciló. Me tenía la mano cogida y la apretó suavemente cuando dijo:

—Creo que eso dependería de si amara o no al hombre.

—Exactamente —dije yo—. Sé que mi mujer estaba bastante avergonzada la primera noche que dormí con ella, pero antes de que rayase el día se reía de sus tontos recelos.

—¡Oh! ¡Cuéntenos todo sobre ello! —exclamó Amy, que parecía ávida por saber cómo mi esposa cambió en tan breve lapso de tiempo.

—¡Bien! —dije—, lo contaré con gusto, pero advierto que tocaré temas no habituales en conversaciones con jóvenes vírgenes.

—No se preocupe —dijo Amy—, está oscuro y no podrá ver si nos ponemos coloradas.

Me encantaba la perspectiva de poder inflamar más aún —si era posible— las ya muy excitadas pasiones de Fanny, cuya manita temblaba dentro de la mía, y comencé.

—¡Bueno! No les contaré todo sobre la ceremonia matrimonial, pues me atrevo a decir que han visto a menudo los abiertos misterios diurnos del matrimonio. Hablaré del matrimonio secreto, real, del lecho nupcial, y advierto una vez más que cuando comience a hablar no me detendré. En consecuencia, si digo algo que pueda parecerles chocante tendrán que oírlo en silencio. ¿Les importa?

—¡No! —exclamaron ambas muchachas, y, al mirar a Amy, vi que se apretaba un momento la mano entre los muslos, pues aunque estuviese oscuro no estaba tan oscuro como para impedirme ver eso. Quedé satisfecho. Era evidente que su orificio le picaba, y estaba decidido a hacer que su prurito aumentase bastante más antes de haber terminado. No es que tuviese propósito alguno referido a la grieta de Amy; mi meta era más bien la de Fanny.

—¡Bueno! Mi esposa y yo fuimos a Brighton a pasar la primera noche de nuestra luna de miel. Todo el trayecto de tren tuvimos que parecer tranquilos y hablarnos del modo más natural posible, pero pude ver que Louie no era la misma que el día anterior. Si hubiésemos estado yendo a Brighton sin estar casados estoy seguro de que habíamos hablado y reído de un modo libre y abierto, mientras que ahora ella estaba cohibida por un pensamiento que yo conjeturaba fácilmente. Ese pensamiento era, por supuesto, que toda su vida iba cambiar ahora, que ahora yo tenía derechos sobre su cuerpo y que, con toda certeza, iba a ejercitarlos dentro de pocas horas. Ella me contó después que había esperado a menudo ese momento, pero que se sintió nerviosa cuando al fin llegó.

—No me extraña —dijo Amy, apretando de nuevo su monte con mano temblorosa. Aunque el movimiento fue rápido, lo vi y puse mi endurecida herramienta más cómoda bajo los botones de los pantalones, acto que Fanny vio y al que respondió apretándome con fuerza la mano.

—¡No le extraña! Y, sin embargo, si vuestros cortejos fuesen más naturales y menos convencionales no había nada de esa artificial reserva. Yo amaba a Louie más de lo que había amado a ninguna muchacha hasta entonces. No había una parte de ella que no quisiese besar ardientemente, devorar. Hasta el suelo donde pisaba y las sillas donde se sentaba eran sagradas para mí. ¡La amaba realmente! Creía haber amado a otras antes, pero ahora sabía por vez primera qué era el amor. ¡Ah!, no es un asunto del corazón exclusivamente, sino del cuerpo también. Me pregunto si alguna de ustedes tiene alguna noción de lo que es la pasión. ¡Cuando todo nuestro ser es conmovido por el pensamiento de la presencia del ser amado, del ser deseado! Supongo (sé, de hecho) que las muchachas sienten gran excitación física cuando llega la pasión, pero en el hombre está enormemente marcado el cambio desde la quietud a la

tormenta y la furia. Con todo, en nuestro frío modo de hacer el amor, que es el modo convencional, parecería apropiado olvidar cualquier idea sobre la diferencia sexual o incluso el significado del matrimonio. Un amante puede hablar del hermoso rostro de su amante, de su hermoso cuerpo, o brazos o pies, pero no debe reconocer que ha pensado siquiera en su hermoso busto, en sus hermosos pechos, caderas, piernas o muslos, y nunca, bajo ninguna circunstancia, en el más encantador de los encantos, el más exquisito y hermoso, que yace entre los hermosos muslos hechos para él y sólo para él.

—¡Oh, capitán Devereaux, qué vergüenza! —exclamó Amy.

—¡Estate callada! —exclamó Fanny—. El capitán Devereaux está en su derecho y lo sabes, Amy.

Amy rió, pareció incómoda y quedó callada.

—¡Bien! Pensaba y pensaba mientras iba hacia Brighton en todos esos encantadores encantos, que eran ahora míos y que ardía por poseer. Pero de vez en cuando me venía al pensamiento cómo lo haría. Cómo le pondría la mano encima a mi Louie conmoviendo su modestia, aunque ella haya pensado alguna vez en la consumación de nuestro matrimonio, cosa nada improbable; pues aunque mi Louie era inocente sus modales en general demostraban que no era ignorante.

»Más tarde, Louie me contó que pensamientos análogos la estuvieron torturando. Me deseaba y deseaba con gran ardor mis abrazos de esposo y amante sobre el lecho nupcial, pero temía los primeros pasos. Dijo que ansiaba entregármese, pero temía que al hacerlo yo le perdiese parte del valioso respeto mostrado constantemente. Temía pecar contra la decencia. Pero le era imposible darme sus encantos desnudos sin hacer aquello que desde la infancia había aprendido a considerar indecente. No puede extrañarles que sintiésemos ambos un grado artificioso de reserva. Un tipo de miedo u otro, porque —créanme— aunque dos amantes pueden estar desnudos sin indecencia alguna, especialmente cuando la pasión les domina, es bien posible que —a falta de la pasión— esa desnudez que debería ser tan gloriosa y divina se degrade hasta la indecencia y el impudor».

—¡Imposible me resulta considerarlo de otro modo! —exclamó Amy, acariciándose vigorosamente entre los muslos—. Sin embargo.

—¡Amy! Me gustaría que te estuvieras callada y dejaras contar su historia al capitán Devereaux —dijo Fanny con petulancia. Iba andando ahora con la mano puesta todo el tiempo sobre su palpitante escondrijo, bastante indiferente ante la posibilidad de que yo lo viese. Hice como que no era así.

—¡Bien! —continué—, acabamos llegando a Brighton. Tras cenar tratamos de parecer tranquilos cada uno a los ojos del otro. Louie se había atrevido a sentarse sobre mis rodillas y a ponerme los brazos alrededor del cuello, pero cuidando de no apretar su busto contra el mío. Como habíamos agotado todo tema disponible de conversación y nos habíamos comportado —lo admito— como un par de tontos, de tan asustados como estábamos el uno del otro, me atreví a sugerir que era tiempo de ir a la cama.

»¡Oh!», dijo Louie, ocultando su rostro caliente y ruborizado en mi cuello, «¡todavía no, Charlie querido! No son todavía las diez y media. ¡Nunca me he ido tan pronto a la cama!». Entonces yo reuní por primera vez algo de valor. Besé sus labios y susurré: «Pero ésta es nuestra noche de bodas, querida Louie».

»Me lanzó una rápida miradita, bajó los ojos, me dio un beso y susurró: “Bueno, no vengas demasiado pronto, sé bueno. ¡Oh, Charlie! ¡Ojalá fuese mañana!”, mientras saltaba y corría al otro cuarto.

»Así, habiéndose atrevido a indicar lo que seguiría y siendo como era nuestra noche de bodas, recobré algo de valor y con él vino el deseo, en oleadas muy superiores a las hasta entonces experimentadas con Louie. ¡Ardía literalmente por poseerla! ¿Cuánto tiempo faltaría para que pudiese pasar al cuarto? Había un reloj en la repisa de la chimenea que parecía tardar una hora en marcar el paso de un minuto. Tras diez minutos no pude esperar más. Sufría realmente, porque deben saber que si bien la pasión significa placer, significa dolor también hasta no ser consentida.

»Yendo hacia nuestro dormitorio vi las bonitas botitas de Louie por la parte de fuera de la puerta. Saludé esto como un buen presagio. Las cogí y las besé; luego, tras unos leves golpecitos de advertencia en la puerta, giré el picaporte y penetré. Louie estaba en camisón, entrando justamente en la cama. Dio un gritito. “¡Oh! ¡Viniste antes de lo que esperaba!”, dijo escondiéndose bajo las frazadas y enseñando sólo la parte superior de la cara. Una vez que

la vi en la cama pareció que me sacudía mi artificiosa cobardía. Cerré la puerta y, corriendo hacia ella, separé la ropa de su rostro y su cuello, el pasé un brazo alrededor de los hombros y derramé los besos más ardientes sobre sus dulces labios, mientras al mismo tiempo deslizaba una mano hacia su busto y tomé posesión de uno de los hermosísimos globos que lo adornaban. Louie no se retiró. No intentó para nada evitar que la acariciase allí. Me sentí más que tentado a dejar que mi mano vagase mucho más abajo, buscando el templo del amor cuya puerta cuidadosamente cerrada se encuentra al pie de la boscosa colina, sagrada para la diosa del amor».

—¡Dios bendito! —exclamó Amy—. ¿Dónde está eso?

—Como si no lo supieras, Amy —dije—. ¡Bien! No lo hice. Louie me rodeaba con ambos brazos estrechamente. Me hubiera gustado abrir su camisón y besar los hermosos senos que había encontrado, pero mi pobre Louie, a quien también le habría gustado, era presa aún de su agonizante modestia.

»Al fin deslicé un dedo bajo su axila y le hice cosquillas. Me soltó dando un pequeño alarido, pero no volvió ya a cubrirse. Quedó tumbada mirándome con ojos verdaderamente ansiosos mientras yo me desvestía rápidamente. Puse el reloj sobre la mesilla. Logré quitarme la ropa y ponerme el camisón sin ofender su modestia demasiado, y me dirigía justamente al otro lado de la cama para meterme cuando Louie dijo que no había dado cuerda a mi reloj, y que ella tampoco se la había dado al suyo. “¡Oh!”, exclamé, “deja que se paren, Louie mía, despreocúpate”. “¡No!”, dijo ella, “no debemos comenzar nuestra vida marital dejando de hacer algo que debiéramos”. Para complacerla di cuerda a ambos relojes con la mano temblorosa por la excitación, y luego salté a la cama.

—¿No apagó la vela? —preguntó Amy.

—Amy, si interrumpes una vez más —dijo Fanny con enfado—, pediré al capitán Devereaux que no te cuente lo que sigue.

—No, no apagué la vela, Amy. Louie mencionó algo sobre eso, pero hice como si no escuchara. Salté a la cama, la rodeé con mis brazos y la apreté contra mí. Sólo durante un momento ella resistió algo tiesa, pero al siguiente cedía ocultando su rostro encendido en mi cuello mientras yo la besaba frenéticamente. Bajé la mano y levanté lentamente el velo que se interponía entre esos gloriosos

encantos y yo. Esos encantos ya podían preservarse de mí o permanecer vírgenes. Con la mayor delicadeza posible pasé mi mano temblorosa sobre la superficie suave de sus exquisitos muslos hasta llegar al «Arbusto de rizado pelo, implícito», como dice Milton.

—¡Capitán Devereaux! —chilló Amy.

—Y encontrando la dulce entrada al templo, la acaricié con un ardor que Louie pudo sentir derramarse en abrasadoras llamas desde mis dedos. Todo cuanto dijo o hizo fue apretarse más contra mí y murmurar «¡Oh! ¡Charlie! ¡Charlie!». Encontrándola tan quieta yo.

—¿Qué? —exclamaron al unísono ambas chicas con la voz entrecortada.

—Le supliqué que me hiciese sitio y me dejase adorarla con mi cuerpo, tal como había prometido hacer en mis votos maritales. Ella se puso amablemente de espaldas, y poniendo primero una rodilla y luego otra entre las suyas, me fui bajando despacio pero con la mayor excitación sobre su hermoso cuerpo. Allí desperté en ella toda fuente oculta de placer y pasión haciendo al Sumo Sacerdote penetrar en lo Sagrado de los Sagrados. ¡Oh, queridas muchachas, el delirio de ese momento! ¡Sentir que era real y verdaderamente el esposo de mi Louie! ¡Que estaba real y verdaderamente unido a ella, que el mismo espasmo nos recorría a los dos! ¡Fue un destello del Cielo! ¡Era amor! ¡Amor en su más alta plenitud! Louie se entregó a mí sin más reservas; todo miedo desapareció, quedó desterrada cualquier inoportuna modestia, y antes de que llegase la luz de la mañana a reemplazar la de las agotadas velas mi Louie yacía perfectamente desnuda, aunque no roja de vergüenza en mis brazos. No había sitio de nuestros cuerpos que no hubiésemos acariciado y contemplado mutuamente, comiéndolo con besos ardientes y numerosos. ¡Nuestros sacrificios desbordaron el número! ¡No los contamos! Pero toda la noche fue empleada en diversiones que los ángeles asexuados y carentes de pasión debieron envidiar si hubieran tenido medio de comprender siquiera imaginariamente.

Ni Amy ni Fanny habían hecho sino respirar durante la última parte de este relato, y sus pasos eran tan cortos que apenas nos movíamos. Me resultaba evidente lo que restringía su movimiento, el hecho de que cada una estaba tratando de controlar los violentos

espasmos de su rajita apretando fuertemente los muslos. Nos acercábamos a la parte delantera del bungalow y Amy, sin decir palabra, pero con la mano todavía apretada entre los muslos, corrió de repente hacia la casa. Fanny se quedó conmigo. Puse sus manos sobre mi vara, ahora al rojo de pasión y terriblemente tiesa, mientras al mismo tiempo la besaba acariciando su deliciosa grietecita.

—¡Ven! ¡Oh! ¡Ven deprisa! —dijo.

Noté que me arrastraba rápidamente hacia el césped, por una parte de la casa donde crecían espesos arbustos. Sospeché su intención. Al llegar al borde del seto me desabroché los pantalones y, tomando la mano de Fanny, se la metí dentro. Fanny se apoderó ávidamente de la tremenda arma, pero la maldita camisa seguía estorbando y ella estaba tan excitada que en vez de apartarla exclamaba: «¡Cariño mío!, ¡cariño!», mientras su manita aferraba nerviosamente mi ardiente herramienta apretando y soltando alternativamente los dedos. No pensando que Amy volvería, que sólo se había ido a consolar su grutita húmeda con ayuda de un dedo, un plátano o cualquier otra imitación del «sumo sacerdote» por mi mencionado, me quedé allí disfrutando hasta el fondo con la excitación de Fanny y el placer que su mano me proporcionaba. Pero mientras así lo hacía tuve la suerte de ver que Amy venía, y le dije a Fanny en voz baja:

—¡Cuidado! ¡Aquí está Amy!

—¡Ojo! ¡Les cogí besándose!

—No —dijo Fanny con voz ahogada—, ¡me he torcido el tobillo!

—¡Sí! —dije yo inmediatamente, encantado con la rapidez de ingenio de Fanny encontrando una razón en el filo del instante para no habernos seguido moviendo. Yo tenía la vara fuera, sobresaliendo de los pantalones y cubierta sólo por la camisa que estorbó los esfuerzos de la pobre Fanny por palparla desnuda, y Amy me habría visto inmediatamente si no hubiera sido porque Fanny se reclinó contra mí como apoyándose, mientras yo escondía lo mejor que podía el desgobernado y rabioso miembro.

—¡Sí! —repetí—, la pobre Fanny se torció no sé cómo el tobillo, y temo que le esté doliendo mucho. ¡Pobre muchacha! —luego, dirigiéndome a Fanny, añadí—: si me deja aplicarle el remedio de mi abuela, estoy seguro de poder aliviar el dolor, aunque no logre

suprimirlo del todo. Pero cuanto antes me deje comenzar más seguro será el resultado.

—¡Oh!, haga lo que quiera y rápidamente, porque ¡me está doliendo tanto! —dijo Fanny dejando escapar un ruido gutural.

Me arrodillé apoyándome sobre una mano, manteniéndome cerca de la enagua de Fanny, mientras con dedos rápidos logré abrocharme un par de los botones más importantes para conservar a mi bestia de palo prisionera. Entonces, sujetando su tobillo derecho con mi mano izquierda, pretendí aparentar que lo oprimía con la otra, pero la tentación de hacer más fue demasiado fuerte, y Fanny notó con deleite mi mano perversa y deliciosa ascendiendo rápidamente por su hermosa y bien torneada pierna, apretando la pantorrilla del modo más amoroso y voluptuoso. Ella se inclinó un poco más hacia mí, apoyando las manos sobre mis hombros y emitiendo un grito ronco de cuando en cuando.

—Creo que mejorará pronto —dije mientras mi mano alcanzaba su muslo suave, cálido, pulido y lleno. Fanny tenía piernas y muslos realmente hermosos. Mi herramienta cabeceaba y palpitaba.

—¡Sí! ¡Creo que sí! —dijo sofocadamente—. Si continúa haciéndolo como hasta ahora.

Amy estaba de pie junto a nosotros, mirando con aire compadecido pero incapaz de ver lo que yo estaba viendo.

Moví rápidamente la mano por ese glorioso muslo virginal, apretándolo y palpándolo con deleite a medida que ascendía, hasta que llegué al lugar situado entre las deliciosas columnas de marfil. Di la vuelta a la mano y, apoderándome de los suaves y llenos labios de su redondeado trofeo, los uní apretándolos para luego soltarlos un poco y volver a apretar, con el fin de excitar el clítoris hasta que Fanny apenas pudiera estarse quieta. Luego, deslizando hacia el interior el dedo medio, y usando el otro como fulcro contra su naciente toisón, imité lo que habría hecho mi palpitante hombría de haber tenido una buena oportunidad, hasta que —casi agonizando de placer— Fanny inundó mi mano excitante y lasciva con un torrente de líquido caliente, que me resbaló por la muñeca y el brazo. Acaricié el toisón dulce y receptivo con los toqueteos más voluptuosos y entonces, apenas capaz de conservar un rostro serio, le pregunté:

—¿Cómo se siente ahora, Fanny?

—¡Muy bien! ¡Oh! Gracias, fue muy agradable. ¡El dolor se ha ido!

—¿Realmente te ha servido de algo? —preguntó con asombro Amy.

—¡Claro que sí, tonta! —exclamó Fanny—. No lo habría dicho si no.

—Pues es asombroso —dijo Amy—. ¡Se lo contaré a mamá!

—¡Bien te guardarás! —exclamó Fanny—. Sólo conseguirías asustarla. Creo que sólo fue una torcedura. En cualquier caso, estoy bien ahora.

—Mamá me dijo que te dijera que entrases —dijo Amy.

—¡Qué fastidio! —exclamó Fanny—. ¡Amy! Sé buena chica y pídele que me deje estar un poco más.

Pero Amy no se sentía inclinada a hacerlo, y para disgusto de Fanny y mío tuvimos que volver a la casa. Sin embargo, antes de entrar, Fanny logró tirarme los brazos al cuello y darme dos ardientes besos, sin que Amy lo viese. ¡Dioses!, mis ingles parecían partirse de dolor.

Tras volver a casa recibí la inevitable visita del pobre Lavie. ¡Qué tortura era soportarle! Como de costumbre, hice lo que pude para reconciliarle con su fatalidad, y le estimulé fuertemente a que se fuese de puteo lo más posible.

Dijo que había estado haciéndolo regular e irregularmente todas las noches, pero que no lograba apagar su pasión por Fanny, y decidí hacer lo posible por su traslado. Antes de irme a la cama escribí al doctor Bridges diciéndole que, a mi entender, la señorita Selwyn no estaba segura. Que Lavie merodeaba todas las noches por la casa y que tenía un auténtico ataque de lujuria hacia ella, capaz de inducirle a una violación. Creía realmente esto, porque Lavie estaba demente por Fanny. Había contraído el hábito de hablar solo, y una vez escuché una semiamenaza de poseer a Fanny con o sin su asentimiento. Desperté entonces a Soubratie, le dije que llevase la carta al doctor Bridges tan pronto como despertara por la mañana y los resultados se verán en las acciones de ese inolvidable diecisiete de marzo, el día siguiente mismo, en el cual Fanny Selwyn alcanzó la doble dignidad de los diecisiete años y el estatuto de mujer, día en que al fin tomé su virginidad encantadora, para su más intenso placer, aliviando a su dulce grieta y a mis ingles de la

carga que las había oprimido desde el momento de declararnos nuestra mutua pasión.

Yo sabía que el diecisiete era el cumpleaños de Fanny, pero no sabía que sería invitado a ayudar en la fiesta. Sin embargo, tuve tras el desayuno dos visitas muy agradables.

Como de costumbre, estaba bastante desvestido —el chaleco sin mangas y el pantalón de pijama— porque hacía demasiado calor, y el sol era demasiado ardiente para que esperase la llegada de visitantes. El primero en venir fue Bridges, que parecía muy preocupado por Lavie. Dijo que últimamente había observado en él una alteración considerable, un descuido en la manera de desempeñar sus tareas, inexplicable para él hasta ser informado de este desdichado asunto amoroso. Quería hablar ahora sobre mi última carta, porque el tema era muy grave y si yo pensaba efectivamente que había algún peligro él telegrafiaría a Simla pidiendo autorización para enviar a Lavie a Benarés, donde —según tenía entendido— había sitio para otro médico. Convencí fácilmente a Bridges. Observé que durante la conversación sus ojos se dirigían constantemente a las cicatrices todavía rojas y azules de mi brazo izquierdo, causadas por el cuchillo del brutal afgano que enculara a la pobre Amy, y cuando terminó de hablar sobre el pobre Lavie el buen doctor quiso saber toda la historia de las cicatrices.

Le mostré las de color rosa del pecho, y Bridges exclamó que debiera considerarme un elegido de la providencia, porque nunca había oído contar caso más extraordinario de supervivencia. Naturalmente, no le conté la catástrofe de la pobre Amy, pero él había oído el rumor de que había sido enculada. Le mentí, le dije que el rumor era falso y me gustó poder hacerlo aún a costa de una mentira, porque sabía que Bridges hablaría y reprimiría a todos cuantos siguiesen difundiendo el rumor.

Apenas se había marchado, y yo vuelto a mi libro y mi cigarro, cuando entró Mabel muy apresurada. Saltó a mis brazos, me dio varios besos sinceros, miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie había venido aún, tiró del cordón de mi pijama y, antes de poder darme cuenta, tenía en sus manos mi miembro duro como un atizador. Como antes dije, nunca pondría objeciones a un placer tan grande como ver palpada mi herramienta y mi bolsa por una chica preciosa y capaz, pero Mabel era atterradoramente audaz.

Sospeché que no venía sola y se lo pregunté. Para horror mío confesó que tras ella venían mamá, Fanny y Amy, y que se había adelantado para echar un vistazo a su «mascota» antes de entrar ellas en la casa. Mientras hablaba oí los pasos de la señora Selwyn y las pisadas de las tres llegando por la terraza. Apartando a toda prisa a Mabel corrí hacia el cuarto de baño, donde al momento me enjuagué con agua la cara para que pareciese que me había estado lavando. Ciñéndome la toalla a la cintura para ocultar la tienda formada por mi baqueta terriblemente excitada, entré en el cuarto de estar y saludé a las damas como sorprendido, rogándoles que perdonasen mi deshabillé.

Mi chaleco, todavía abierto, mostraba las cicatrices de horrible aspecto, y entonces la señora Selwyn y Amy, que no las habían visto desde que me quitaron las vendas (pues la señora Selwyn estaba demasiado agitada cuando me encontró con las mismas prendas para darse cuenta de nada), estallaron en grititos de horror y simpatía que me agradó escuchar. Las tres las inspeccionaron, y la señora Selwyn puso el dedo sobre una del pecho, preguntando si estaba todavía tierna. Dije que ésa no, y entonces mi querida Fanny —pretextando tocar una también— cogió todo lo que pudo de mi pecho izquierdo con su manita, dándome un tierno apretón como el que yo habría dado a sus dulces y bonitos globos de haber tenido ocasión. Amy lanzó un exclamación ante el espeso pelo que tenía entre pecho y pecho, e hice que se sonrojase diciéndole a ella y a Fanny sotto voce:

«¡Ah! Amy eres hermosa
tienes la belleza de Jacob en el rostro
y la de Esaú donde debe estar,
mientras yo soy Esaú por todas partes».

—¡Qué vergüenza! —dijo Amy.

Fanny se limitó a sonreír y ruborizarse, y yo sabía que ansiaba dejarme ver que también ella tenía la belleza de Esaú cubriendo el monje situado sobre su encantadora y húmeda boca inferior.

Una vez que las visitantes comentaron otra vez toda la historia del ataque a su casa en Cherat, declararon que el objeto de su visita era invitarme a cenar esa noche. No iban a invitar a nadie más, pero la señora Selwyn dijo que en tiempos me habían llegado a

considerar tan de la familia que me instaban a venir y a convencerme de que nos tratásemos como antes. Fanny me miró con ojos suplicantes llenos de pasión y deseo, y parecía tan encantadora, tan deliciosa, tan voluptuosamente tentadora que no podría haberme negado aunque regresaran mis viejas intenciones virtuosas (?). ¡Ah, no! Esas intenciones virtuosas se habían desvanecido y el arma se mantenía sobre ella, tiesa y erecta, hinchada de orgullo, como se siente un verdadero conquistador cuando ha vencido a su enemigo. Acepté, pues, con todas las manifestaciones de placer real e inequívoco, y cuando escoltaba a Fanny hasta el exterior de la casa, yendo detrás de la madre y las hermanas, aproveché la oportunidad de permitirle juzgar la sinceridad y fuerza de mi pasión por la potencia relativa y la intensa rigidez de mi hombría. De no ser por la amable toalla habría podido dar otro espectáculo con certeza, y me sentí agradecido a Mabel después de todo, aunque al principio me sentí agredido por sus dementes libertades conmigo en semejantes circunstancias peligrosas.

Con sus diecisiete años recién cumplidos, Fanny fue promovida a la dignidad del vestido largo, y cuando esa tarde me dio la bienvenida la encontré orgullosa como un pavo real, en toda la gloria de un busto muy encantadoramente expuesto en lugar de la cola multicolor. De hecho, los encantadores pechitos estaban más ocultos de lo que a mí me habría gustado, pero podía ver pequeñas partes de sus globos suaves y pulidos, y mi encantada vista se concentró sobre el suave sendero entre ellos que, continuando termina en su exquisito trofeo. Desgraciadamente, la presencia del padre, la madre, las hermanas y el hermanito Harry me impedían hacer uso de mis privilegios como amante, palpando una vez más esos deliciosos senos, pero di a mis ojos una fiesta tal que hube de ser muy cuidadoso con mis movimientos por miedo a mi terrible máquina, que —como de costumbre— se había hecho ingobernable. Me senté junto a Fanny durante la cena, y en todas las ocasiones disponibles apreté suavemente su muslo, amabilidad que ella devolvió todo lo a menudo que le fue posible. ¡Oh, si la ocasión fuera sólo un poco favorable! Estaba en manos de la reverenciada y amada diosa Venus, y era favorabilísima.

Después la cena caminamos todos por la alameda, donde en la

penumbra de un cielo iluminado sólo por estrellas puede dejar a Fanny evaluar mis sentimientos por la indefectible rigidez de mi miembro. Pero no pude tomarme libertades con ella. Mabel, sospechando o no, era una observadora demasiado atenta, y aunque no pudiese ver lo que hacía con la mano de Fanny cuando dábamos la vuelta para seguir caminando en otra dirección, sí habría detectado cualquier movimiento mío hacia el toisón de Fanny. Yo estaba en ascuas, y sufriendo realmente dolores, porque mis ingles sobrecargadas me torturaban con las reservas de semen almacenadas, esperando oportunidad de descargarse.

Por último la señora Selwyn propuso que entrásemos todos y jugáramos una mano de cartas. Una vez que comenzó el juego Fanny y yo logramos perder fácilmente todas nuestras cartas, aunque haciendo como si nos interesase ávidamente el juego. En realidad, yo tenía una de sus piernas sobre mi rodilla, yo tenía una de sus piernas sobre mi rodilla, con el pie colgando entre mis pantorrillas, donde lo oprimía. Le susurré que saliésemos, pero parecía temerosa de llamar la atención y no se movió. Estábamos cerca de la esquina de la mesa, que era larga y rectangular.

Todos los demás estaban enfrascados en el juego. Yo empecé a desesperarme. Estábamos perdiendo una oportunidad que quizá no volvería a repetirse. Me desabroché los pantalones, liberé mi verga de la camisa, cogí la mano de Fanny y la puse sobre ella. ¡Ella dio realmente un salto! Su mano apretó el objeto de sus deliciosos pensamientos y deseos, y su pecho se agitó en grado tal que, unido todo ello a sus vivos colores, temí que fuese a estallar. Pero unos instantes después se levantó y dijo que saldría un momento, porque hacía demasiado calor.

—Hazlo querida —dijo la madre—, me atrevo a decir que el capitán Devereaux te acompañará.

Fanny salió en seguida y yo, levantándome rápidamente y volviendo la espalda a los presentes anduve con pasos veloces tras ella, con la polla completamente fuera y apuntando al cielo como un bauprés. ¡Qué recorrido del cuarto! ¡Cómo me aterraba que alguien me llamase antes de salir! Pero Venus, la querida Venus, protegía a sus siervos, y me uní a Fanny en la terraza sin que nadie sospechase. No nos dirigimos una sola palabra; nuestros sentimientos eran demasiado intensos; y los suyos demasiado

agitados.

Silenciosa y ágilmente alcanzamos los amistosos arbustos de los que antes hablé. Una vez en la hierba que crecía entre ellos puse mi vara estallante en la mano temblorosa de Fanny otra vez, mientras me quitaba rápidamente los tirantes y desabrochaba los pantalones, pues aunque la pobre Fanny se esforzó mucho en conseguirlo se encontraba en un estado de excitación nerviosa donde parecían fallarle las fuerzas. Sin embargo, no me fallaron a mí. Pronto tuve el placer de poner mi bolsa pesada y dolorosamente hinchada en las manos curiosas y ávidas de Fanny. Ella, con el instinto del placer y la ternura extrema, las palpó y tocó como si la menor brusquedad destruyera esas delicadas joyas. Todo esto me resultaba delicioso, pero tenía una prisa absoluta por realizar nuestro primer acoplamiento, temiendo ser interrumpido. Me enrollé la camisa para dejar el vientre lo más desnudo posible y, bajándome los pantalones un poco por debajo de las caderas, tomé a la dulce y ansiosa Fanny por la cintura y la deposité, gustosa, sobre el suelo. La queridísima muchacha no hizo el menor intento de jugar a la falsa modestia. Me permitió que levantase bastante arriba la parte delantera de su vestido y se la puso con cuidado atrás, para arrugarlo lo menos posible, retirando luego del mismo modo enaguas y camisa hasta que su encantador vientre quedó tan desnudo como el mío; la noche anterior descubrí que Fanny no llevaba bragas, con lo cual estaba dulcemente desnuda desde la cintura hasta las rodillas. Aunque la luz fuese débil, resultó suficiente para que viese sus hermosos muslos brillando de blancura, y el triángulo oscuro de su mata; ¡sí, incluso era visible la suave línea de su deliciosa rajita! Le di un beso ardiente, que hizo saltar a la excitada Fanny y luego, sin más dilaciones, adopté posición entre sus muslos, puse la mano izquierda bajo su cabeza para que se apoyase, separándola de la hierba más bien áspera y seca donde reposaría, apreté mis labios contra los suyos y ajusté la punta de mi ávida pica contra la puerta de su gruta no menos excitada.

¡Gloria!, ¡gloria! Estoy dentro.

Al penetrar en el hermoso templo de calor y pasión mi hombría se bajó la capucha y no detuvo su progreso hasta verse sujetado por el velo de la virginidad de Fanny. Le susurré: «Levanta un poco las

caderas, querida, para permitir que meta la mano debajo de ti», cosa que hizo al punto, y entonces —teniendo una buena presa— me retiré para empujar con fuerza hacia delante. No tenía tiempo que perder. Fanny no necesitaba ser educada en ese aspecto, lo cual hace que la pérdida de la virginidad sea una cosa menos temible para la dulce víctima. Me quería todo dentro, y lo mostraba por la firme manera en que empujaba hacia mí y el modo franco con que me entregaba su deliciosa grietecita. Empujé. Durante un espacio de tiempo apenas apreciable la condenada virginidad resistió. Hubo un pequeño respingo, un ceder súbito acompañado por un gripo muy muy leve y estaba en lo Sagrado. ¡Dios!, pero actué como siempre. Recordé que —fuese cual fuese mi placer— mi meta principal al poseer a una muchacha debía ser darle placer. Así pues, con movimientos rápidos hacia atrás y hacia adelante, con penetraciones conmovedoras de mi ardiente pasión, que comenzaban casi fuera de ella y sólo terminaban con la sensación de resistencia ante cualquier progreso ulterior, logré finalmente enterrarme hasta mi mata en la grieta de la exquisita y apasionada muchacha, que me ayudaba todo cuanto podía. Me parecía que tomaba por primera vez una virginidad. Como si fuera mi primera doncella conquistada. ¡Oh delicioso amor que logra hacer parecer nuevo hasta al placer viejo! Bastante antes de que llegara a las sacudidas cortas y enloquecedoras Fanny mal podía evitar gritar en voz alta con la pasión producida. Siendo de temperamento ardiente y generoso, «venía» frecuentemente y siempre con un temblor que la sacudía desde la cabeza hasta los pies, corriéndose abundante y copiosamente. Retuve mi ofrenda lo más posible, pues una vez dentro de Fanny no me importaba quién pudiese venir. Exagero, naturalmente, pero mi sangre hervía, mi ariete estaba enhiesto y nada debía interferir con el goce que me descubrí disfrutando. Por consiguiente, alargué todo cuanto pude ese primer palo con Fanny. Pero ¡qué breve!, ¡qué irremediabilmente breve es incluso el palo más largo! No pude reprimir mucho tiempo los torrentes de lava, y entre un coro o más bien dúo de suspiros, gemidos voluptuosos y grititos, en la recta final de las sacudidas enloquecedoramente cortas llegó ese estallido del correrse, que hace el hombre empujar hacia dentro su lanza como si fuera a atravesar a su encantadora compañera, y apretar su matar contra la suya como para aplastarla

para siempre. Fanny quedó sin duda bien ungida con el óleo sagrado esa primera vez. Sólo me había corrido una vez, o en el caso máximo dos, desde que poseí por última vez a Lizzie Wilson. La primera fue cuando tuve la polución nocturna en Nowshera, y la última vez fue cuando pijé con Fanny ayer en el bungalow, por lo cual estaba hirviendo. Pero todas las cosas se acaban, y tras disfrutar por un tiempo los brinco del toisón de Fanny las presiones de su encantador y estrecho túnel retiré mi pica dura aún como el hierro, limpiando con mi pañuelo a la muchacha entre los muslos. Fanny seguía tumbada, con los ojos vueltos hacia las estrellas y los muslos abiertos, en la más voluptuosa de las actitudes, mientras yo restauraba rápidamente el desorden de mi atuendo. Ella parecía alguien en éxtasis. Al fin acabé despertándola y ayudándola a levantarse del suelo. Pareció por un momento incapaz de tenerse en pie sin apoyo, y luego arrojó sus encantadores brazos alrededor de mi cuello y, apretándose contra mí, me lanzó una lluvia de besos que devolví con creces.

—¡Oh, querido mío! —exclamó—, me amaste al fin como yo tanto ansiaba. Pero ¡oh!, estoy empapada entre las piernas.

Naturalmente. Su repleta grieta estaba rebosante, y eso me recordó que debía cuidar de Fanny. Arrodillándome y diciendo que me dejase hacer lo que quisiera, pasé la mano por sus muslos introduje dos dedos todo lo hondo que pude en su caliente y suave lugar. Los usé como dilatadores y logré que otra oleada de semen se derramase por mi mano y mi muñeca, aliviando así a Fanny de lo que podría resultar en otro caso una carga peligrosa. Ella me preguntó por qué hacía eso.

—Te lo diré en otro momento, querida. Pero ven, deja que te limpie una vez más. Luego saldremos a la alameda para ver si alguien viene.

Fanny se sometió con un voluptuoso abandono, que me resultó exquisitamente delicioso. ¡Qué joya era, si yo hubiese podido portarla apropiadamente! Veía ante mí un inmenso placer adiestrando a esa muchacha ardiente voluptuosa para que disfrutase plenamente del placer que era capaz de dar. Sabía que ella me amaba, pero yo debería cuidar, si era posible, de que adorase mi verga sin amarme menos por eso.

Caminamos lentamente, del brazo, sospechado que una postura

más cariñosa haría pensar a posibles especuladores. Por dos veces recorrimos de arriba abajo el frente de la casa, mirando para ver si algún movimiento sugería la salida de alguien, pero todos parecían muy ocupados dentro. Entonces Fanny hizo una de esas cosas osadas que tanto me hacían respetarla. Entró, habló con la madre, preguntó cuándo iba a salir alguien y se le dijo que disfrutase el paseo conmigo, porque el juego no tenía trazas de acabar muy pronto. Vino a mí radiante y jubilosa.

—¡Ven, querido Charlie!

Sabía lo que quería decir ella. Nos apresuramos a nuestro temporal lecho nupcial entre los arbustos. Allí Fanny me preparó, yo la preparé y cuando estuvimos desnudos todo lo posible sin quitarnos efectivamente la ropa nos unimos en otro de esos palos particularmente apasionados que ni el hombre ni la mujer olvidan en todos los años de sus vidas. ¡Oh, queridos lectores!, me falla la pluma cuando intento relatar por escrito mis ardientes recuerdos de esos ardientes momentos, pero toda mi alma, mi corazón y mi vida parecían estar centradas en Fanny, encontrándose el asiento y el colmo del placer en su gruta, entre sus hermosos muslos.

—¡Oh, Fanny! —dije, mientras caminábamos de arriba a abajo —, para poseerte como es debido, tendríamos que estar ambos en una cama confortable, y desnudos como al nacer. ¿Cómo podríamos conseguirlo? ¿Puedo yo ir a ti, querida? ¿No podría entrar por la puerta del cuarto de baño y pasar desde allí a tu cuarto?

—No es posible —contestó—, Amy duerme en mi cuarto y la cama cruje, pero, déjame a mí y encontraré manera. Mientras tanto disfrutemos el uno del otro como hemos hecho. ¡Oh, Charlie! Nunca, nunca, *nunca* podría cansarme de ti, ni tenerte lo suficiente.

Si la siempre inquieta Mabel no hubiese salido justamente entonces, podría haberme visto unido a Fanny por tercera vez en esta media hora, pero afortunadamente para nosotros esa doncellita licenciosa llegó justo a tiempo para evitar nuestra marcha a los arbustos. Era muy triste, pero después de todo, ¿no habíamos sido afortunados? Fanny parecía estar en los mismos cielos. Hablaba muy poco, había pasado su intensa excitación y parecía alguien serenado por la intensidad misma de su felicidad. Esto fue muy conveniente, pues si nuestro éxito hubiese llevado a alguna exhibición de mimos podríamos haber despertado sospechas.

Lo restante de la velada transcurrió apaciblemente, y me fui a casa a las 11. Cuando llegué puse el pañuelo a secar, porque había empapado la preciosa flor, mezclada con nuestras ofrendas, del sacrificio de la virginidad de Fanny.

Antes de ir a la cama me senté, como de costumbre, en el sillón y traté de contemplar tranquilamente la inmensa felicidad que había alcanzado. Pero seguía en estado de cierta excitación. Había tomado a Fanny por dos veces, pero allí estaban los testículos doliéndome. ¿Era realmente tan imposible llegar hasta ella en su casa? ¿Me arriesgaría a ir ahora e intentarlo? Sabía que podría hacerme oír desde la terraza porque podía susurrar su nombre a través de la persiana de su ventana. ¡Necesitaba entrar de nuevo en ella y muy pronto! Estaba llegando rápidamente a la conclusión de que realmente no podía esperar más, sino que debía ir en busca de Fanny, cuando para mi gran sorpresa —y alarma—, así como intensa alegría, vi entrar a la propia Fanny.

—¡Oh, Fanny, querida! ¿Cómo lo has hecho para venir hasta aquí?

—Caminando, desde luego —dijo ella—. ¡Oh! ¡Mi amor, Charlie mío! No pude dormir cuando me fui a la cama. Me movía y removía. Te echaba de menos, cariño, y al fin me decidí a arriesgar el todo por el todo viniendo a verte y ahora, ¡mira!, vengo a entregarme total y enteramente a ti. Desnuda como soy por naturaleza, desnuda me entrego a ti, ¡aquí me tienes! —exclamó mientras arrojaba a un lado la capa gris y el camisón, descalzándose al tiempo las zapatillas—. ¡Aquí me tienes! ¡Contempla! ¿Te gusto, Charlie? ¿Soy lo bastante bonita para satisfacerte, amor mío?

¿Si era lo bastante bonita? Allí de pie, iluminada por la luz de la lámpara de lectura y brillando de blancura sobre el fondo de tinieblas había una ninfa perfecta. Una perfecta encarnación de juventud, frescura y belleza. Quizá Lizzie Wilson se hubiera llevado la palma de haber comparado sus exquisitas formas, en toda su gloriosa desnudez y belleza, con las de Fanny ante un jurado de artistas fríos e impasibles, pero en ese momento me pareció que jamás había visto a una muchacha tan exquisita como Fanny.

Tenía una de esas pieles lozanas y de aspecto limpio, tan deseables en las mujeres. Sus hombros tenían una curva exquisita, y su busto —como el de una joven ninfa— estaba adornado por un

par de senos bien separados y audazmente sostenidos por sí solos, de los que se ven frecuentemente en esculturas aunque sean realmente raros en la naturaleza. Las pequeñas puntas coralinas eran de un rojo brillante como sus labios, y cada dulce seno parecía mirar en dirección distinta al otro. Sus formas eran las de una joven realmente bien hecha y su vientre de marfil marcado por un encantador ombligo era un lecho apropiado para el propio Júpiter. Debajo de ese hermoso vientre estaba el abultamiento del monte de Venus, y vi con placer que su mata había crecido considerablemente, como también sus pechos, desde que los miré por última vez en Cherat. Pero debajo de ese monte, retirándose entre sus muslos realmente bellos estaba esa línea profunda e irresistiblemente tentadora que formaba una morada deseable para los propios dioses. ¡Un lugar todo mío ahora! ¡Un lugar que nadie había acariciado ni venerado antes de hacerlo yo hoy! ¡Un trofeo que me codiciaba y que me era traído para que lo tocara y amara ahora! ¡Una olla de néctar que había probado pero sin saborear plenamente, pero de la cual el primer gusto rápido e incompleto me había hecho ansiar devorarla más y más!

Como creo haber dicho antes, Fanny tenía muslos realmente bellos. De hecho, los brazos, los muslos, las piernas y los pies eran sus puntos fuertes, modelos adecuados para cualquier artista. Ahora, a la luz en que los veía, me chocaron como particularmente bellos; la dulzura, la dulzura resplandeciente de su juventud realmente saludable brillaba desde ellos, muy destacada cerca de las ingles por los rizos oscuros de su mata marrón oscuro, que había crecido considerablemente. Cuanto más contemplaba todos esos exquisitos encantos más se endurecía mi máquina, y más me daba cuenta del trofeo que tan afortunadamente había obtenido. Como si fuera consciente del poder que su belleza tenía sobre mí, Fanny quedó sonriendo, con los labios ligeramente abiertos, como si esperase ese estallido de elogio, admiración y pasión que sentía merecer. Si hubiese sido consciente de no estar bien formada jamás se habría entregado así a mí, desnuda, porque la modestia de las mujeres es demasiadas veces la cualidad bajo la cual esconden sus imperfecciones. Todavía no he follado a una mujer realmente bella y bien hecha que, al comienzo, pusiese objeciones a estar desnuda ante mí. Cuanto mejores son las formas más fácil les resulta a sus

hermosas propietarias exhibirlas sin disfraz.

—¡Oh, Fanny! Eres encantadora, la perfección misma de la belleza. Ven, ven para que te coma.

Los ojos de Fanny lanzaban chispas de placer, felicidad y pasión. Se acercó con un grito de júbilo y se lanzó sobre mí, que estaba reclinado en el sofá. Mi vara se oponía a su vientre, y ella la apartó para permitirse yacer sobre mí y apretarme con sus energéticos encantos mientras dejaba caer una lluvia de besos calientes y sensibles sobre mi boca no menos sensible. Murmuraba todo el tiempo pequeñas frases de amor apasionado junto a mis oídos, y movía de lado a lado sus senos sobre mi pecho para que pudiese notar sus pequeños pezones coralinos y los firmes globos elásticos pasando por encima como olas. Apreté suavemente sus encantadoras caderas con las manos, e intenté alcanzar desde detrás su caliente nicho, pero ella lo mantuvo apartado, riendo, hasta que un nuevo estallido de pasión se apoderó de ella. Yacía a mi izquierda, con un brazo rodeándome el cuello y la mano izquierda moviéndose arriba y abajo por mi excitado órgano, aferrando ocasionalmente y palpando mis testículos del modo más tierno, mientras decía en tonos de la mayor excitación y el más profundo sentimiento:

—¡Oh, Charlie, Charlie! ¡No sabes cómo te quiero y te adoro, cariño! Creí saber lo que era el amor pero estaba equivocada. Hubo un tiempo en que pensé que no podría darme a ti si no estaba segura de convertirme en tu esposa casándonos. ¡Pero ahora! Siento que no siento casarme contigo. Lo que querría ser es tu amada concubina. ¡Sí! Para tenerte trabajaría con gusto como sirvienta en tu casa, admitiendo que de cuando en cuando tu mujer durmiese contigo y te poseyera como yo te poseí esta noche sobre la hierba. Ojalá estuviesen permitidas hoy las concubinas. Existían en los viejos tiempos, ¿por qué no va a tener hoy un hombre más de una mujer? Déjame contarte. Me fui a la cama muy feliz. Te había poseído, ¡dos veces! ¡Piensa en eso! Dos veces esa querida cosa tuya estuvo profundamente enterrada en mí. Dos veces sentí que derramaba dentro la chapoteante esencia de mi Charlie. ¡Oh! Lo noté tan bien, tan claramente, y cada una de las veces parecía matarme de placer. Cuando más pensaba en ello más recordaba todo lo que hiciste y más deseaba que lo hicieses otra vez, más

deseaba palpar esto (tocó delicadamente mis joyas) y notarlo apretado contra mí, pues sería signo de que mi Charlie estaba todo dentro de mí. Y recordé lo que me ofreciste, venir a verme y poseerme en mi propia cama; recordé que hablabas de lo fácil que sería entrar por la puerta del cuarto de baño, y casi me dio pena haber dicho que no, porque después de todo el suelo, sin crujidos que pudiesen despertar a Amy. Intenté dormir, no pude, mi pequeño pozo me turbaba terriblemente, exigiendo esto, ¿cómo lo llamas, queridísimo Charlie?

—Herramienta, cariño.

—¿Herramienta? ¡Qué nombre divertido! ¡Está bien! Mi lugar ansiaba su querida herramienta, hasta que por último me fue imposible permanecer en la cama. Salté de allí y observé a Amy. Estaba dormida profundamente. Fui a la guardería y encontré a Sugdaya dormida en el suelo. Estuve escuchando junto al cuarto de papá y mamá, que roncaban ambos. Así que cogí la capa gris y zapatillas y escapé de la casa por la puerta del baño. ¿Estás contento, cariño? ¿Te alegra que Fanny haya venido y esté ahora en tus brazos?

—¡Oh, Fanny mía! ¡Fanny mía! ¡Cómo no! Con todo, me siento un poco intranquilo por ti. ¡Imagina si te echasen de menos! Si me encontraran en tu cuarto no sería la mitad de malo, pues nadie podría decir que me habías invitado allí, pero sería muy distinto si te encontrasen en mi casa.

—No temo eso para nada, Charlie. Estoy segura de que nadie me echará en falta o descubrirá.

—Pero, cariño, Lavie es un ave nocturna; muchas veces viene a horas bastante más tardías a hacerme visitas, y ¡por Júpiter!, ¡le oigo venir ahora!

Fanny se puso de un salto en postura sentada. Seguía teniendo mi hombría en la mano, y ambos escuchamos durante un momento. Los pasos se acercaban rápidamente a la puerta. Podíamos oír el ruido que hacían aplastando la grava del camino, y era evidente que un instante después Lavie estaría en el cuarto. Reconocí los pasos y supe que era él. Fanny estaba a punto de saltar, pero sujeté con fuerza. Las pisadas se detuvieron delante de la puerta, esperaron y luego continuaron. Me pareció que Lavie dudaba, que cambiaba de idea y que luego hacía —cosa frecuente en él— ir primero a

merodear por casa de los Selwyn, para acabar luego volviendo aburrirme. Tan pronto como comenzó a caminar de nuevo dije a Fanny que cogiese el camisón, la capa y las zapatillas y corriese a mi dormitorio a tumbarse cubierta con la capa; mientras tanto yo intentaría detener a Lavie y enviarle a su casa, si resultaba posible.

Fanny salió pitando hacia el dormitorio con sus cosas y yo salí a la terraza. Mi miedo era tan real y sincero que mi vara había perdido toda su rigidez y colgaba con la cabeza muy abatida mientras hacía un lazo en el cordel de mi pijama. Puse la capucha sobre su pobre cabeza reducida y salí en busca de Lavie, pero cuando doblé la esquina de la terraza me fue imposible divisarle u oírle.

Incómodo, regresé a mi cuarto de estar con la intención de ver a Fanny y comprobar que o entraba luz ninguna en mi dormitorio en caso de que Lavie decidiera entrar por ese lado, pues cada uno de mis cuartos tenía cuatro puertas, como es habitual en las casas de la India, donde se toman todas las medidas posibles para lograr la máxima circulación de aire, y en el momento en que entraba en mi cuarto de estar vi a Lavie saliendo del dormitorio.

Estoy seguro de que mis lectores ansiosos y abiertos no me acusarán de cobardía, pues confieso que cuando vi salir al infeliz médico del cuarto donde creía tener desnuda a Fanny se me erizaron los pelos de la cabeza por el miedo. Pero confío en que me creerán si les digo que conservo la sangre fría en situaciones de gran peligro. No temía por mí, sino por Fanny. ¿La había visto Lavie? Si así era, adiós a su reputación y a la futura felicidad. Me bastó mirar su rostro ausente y taciturno para saber que no se había producido ese infortunio, o más bien esa fatalidad infernal. Tranquilicé la cara todo cuanto pude, porque me encontraba intensamente agitado, y dije:

—¡Hombre, Lavie! ¿De dónde vienes? Creí haber oído fuera tus pasos y fui a llamarte para que entrases, pero como no logré verte pensé que era víctima de mi imaginación.

—Pasé por tu puerta. Pensaba entrar, pero cambié de idea y seguí. Luego pensé que debía entrar por el otro lado de la casa.

—Pues siéntate, viejo compañero. ¿Qué querías decirme?

—¡No Devereaux! ¡No me sentaré! ¡Nunca volveré a sentarme en tu casa!

—¡Dios bendito! ¿Por qué?

—Mira, Devereaux —me dijo en el más amenazador de los tonos —, creía que eras amigo mío. Te dije que amaba a Fanny Selwyn, y prometiste ayudarme a conseguirla. ¡Pero creo, y estoy convencido de ello, que, en vez de hablar en mi favor, hiciste y dijiste a los Selwyn y a Fanny en particular todo para que me considerasen un estúpido y un mal partido! ¡No puedes negarlo.

En realidad, nada podía ser más falso e injusto que esta estúpida acusación. Al principio hice todo cuanto pude por ayudar a Lavie con Fanny. Hablé con ella, le dije qué persona excelente era, y a él le urgí de todos los modos posibles para que presentase su oferta como si hubiese sido mi propio hermano. Había abandonado hasta tal punto toda idea de poseer a Fanny que me encantaba absolutamente hacerlo, y sólo cuando se hizo totalmente claro que ella le aborrecía, tanto como a la idea de casarse con él, reduje mis esfuerzos en ese sentido. Vi que no serviría de nada intentar avivar una llama inexistente, si el embrión de una chispa siquiera. Fue entonces cuando descubrí que, aunque Fanny me hubiese tratado del modo más desconsiderado durante largo tiempo, llamándome tonto y sin ahorrarme el menor sarcasmo, me amaba en realidad con apasionada avidez. ¿Iba a desechar mi oportunidad de dicha, iba a rehusar un palo consentido que en tiempos deseara tanto por haber prometido ayudar a un hombre a quien no podía ayudar? No asumo responsabilidad por haber poseído a Fanny. A fin de cuantas no fui yo quien la buscó, sino ella a mí. Pero al mismo tiempo no consideraba haber perjudicado a Lavie en modo alguno por tomar posesión de un delicioso montecillo que nunca habría sido suyo. Las palabras de Lavie me ofendieron. Sin embargo, estoy seguro de que las habría perdonado si no hubiese poseído ya a Fanny. Aproveché por eso la oportunidad de desterrarle para siempre de mi casa, tanto más ansiosamente cuanto que mi desnuda muchacha estaba esperándome en la cama del cuarto contiguo.

—Lavie —le dije con voz firme—, si esto es lo que viniste a decirme permite que te muestre la puerta! ¡Ahí la tienes! ¡Fuera de aquí y no vuelvas más a mi casa! Te considero la persona más desagradecida que he conocido.

Lavie me miró con furia, dudó y luego salió lentamente por la puerta, donde se detuvo una vez más para decir:

—¡Sí! ¡Me iré! Nunca más volveré a llamarte mi amigo. ¡Pero no conseguirás alejar a Fanny Selwyn de mí, porque tan cierto como hay Dios te aseguro que me follaré a esa chica!

No me pareció prudente contestarle. Me miró furiosamente otra vez y luego caminó lentamente por la alameda, desapareciendo en la oscuridad. Me quedé allí de pie, mirando, y estaba a punto de girarme y cerrar la puerta cuando vi que se acercaba una luz. Maldiciendo a quienquiera que fuese a interrumpir mi soledad en una noche semejante, esperé a ver quién era. Se trataba del mensajero del doctor Bridges, que me traía una nota:

«Querido capitán Devereaux, tranquilícese con respecto al doctor Lavie. Tengo autorización telegráfica de Simla para destinarle a Benarés, hacia donde saldrá mañana.

Suyo muy sinceramente, J. Bridges».

—¡Dale al doctor *sahib bahut, bahut salaam!* —exclamé encantado, y, con un respetuoso saludo el mensajero, se dio la vuelta y partió. Cerré la puerta con cerrojo, tomé la lámpara y pasé al dormitorio.

Fanny estaba tumbada sobre la cama cubierta con su capa gris. Se incorporó sobre un codo, sujetando la capa para cubrirse en caso de necesidad, pero desplegando ante mis deleitados ojos casi todas las glorias de su encantadora desnudez. Vi a la perfección su busto, y el cuerpo que me ofrecía bajo un ángulo nuevo. ¡Oh!, qué bien puedo verlo aún ahora, con la deliciosa mata de su toisón formando un triángulo de puntas afiladas hacia los muslos, porque los tenía ahora cerrados. Mi verga se había quedando como muerta con el susto recibido, pero ante esa exquisita visión se levantó de nuevo en toda su gloria. Corriendo hacia ella, abracé a Fanny y le dije que todo estaba tranquilo. Lavie se había ido, y le di a leer la nota del doctor Bridges. Fanny quedó encantada. Me echó los brazos al cuello y me llamó con todos los nombres cariñosos que se le ocurrieron. Luego, quitándose completamente la capa y arrojándola al suelo, abrió los brazos y separó las rodillas, diciendo con ojos llameantes por el más voluptuoso de los deseos y voz estremecida por la pasión:

—¡Oh, Charlie! ¡No perdamos más tiempo, querido!

Y, aunque las escenas pasadas bastaran para hacerme olvidar todo, excepto el delicioso placer que esperaba encontrar entre esos encantadores muslos, no obré con impudencia. Previendo que, tras haber poseído ya a Fanny, habría de hacérmela muchas más veces, había preparado la esponja salvadora que haría inocuos los en otro caso agradables pero peligrosos chorros de semen que, en su momento brotarían naturalmente de mí e inundarían el altar del amor. De hecho, no esperaba a Fanny en casa, pero tenía la esponja en una pequeña botella de cuello ancho con una solución diluida de frenilo en agua, dispuesta para ser llevada en el bolsillo y utilizada en su casa, donde tenía la esperanza de follármela nuevamente. Cogí ahora la esponja y la puse en el suelo a mano. Luego me desvestí. Quedé completamente desnudo ante la admirada y jadeante muchacha. Ella lanzó un grito de júbilo y admiración, tendiendo ambas manos para aferrar mi vara grande, hinchada e inmensamente poderosa, así como la potente bolsa situada debajo, y con un delicioso frenesí noté sus ágiles dedos enroscarse alrededor de los objetos, cuyo solo tacto la llenaba de ansias lascivas aún más deliciosamente voluptuosas.

—¡Oh! ¡Déjame besarlo, déjame besarlo, Charlie! —exclamó, y yo acerqué sonriendo la cabeza de mi excitado miembro a sus labios de rubí. Con inequívoco frenesí ella apretó la boca contra la redondeada punta, acariciando con la lengua el pequeño orificio. Por mi parte, inclinándome, abrí los gustosos muslos y, cubriendo la brillante rajita con la boca, hundí la lengua todo lo profundo que pude. Fanny, que nunca había sido acariciada así, profirió un pequeño gritito de placer. Yo podía notar sus manos aferrándose con renovado ardor, y como si quisiera devolver el cumplido que le estaba yo ofreciendo con la lengua se metió en la boca la cabeza de mi verga, pasando la lengua por toda su superficie y haciendo que yo me estremeciese más y más con la frenética sensación.

Pero esas caricias sólo sirvieron para excitarnos casi hasta la locura. Me di la vuelta, la tomé en mis brazos e hice que quedara tumbada boca arriba. Tomé la esponja y, escurriendo el exceso de líquido, la metí en su rajita para —poniéndome entre sus piernas— seguirla rápidamente con mi verga. Entonces, boca con boca, pecho contra pecho, vientre con vientre celebramos nuestro primer palo realmente succulento, plenamente voluptuoso, deliciosamente

placentero y frenético.

Voluptuosa por naturaleza, Fanny estaba realmente hecha para amar. Ni siquiera Lizzie Wilson podría haber expresado mejor o más plenamente el placer y el frenesí sentido. Aunque nadie le había enseñado los refinamientos del follar, parecía descubrirlos espontáneamente, y nada podría ser más graciosamente soberbio que el modo en que ella daba una firme sacudida cada vez que yo me corría. Si no hubiese sabido que yo mismo había tomado su virginidad ese día, habría deducido que Fanny había follado mucho; pero mi corazón estaba tranquilo en ese aspecto. En algunas jóvenes parece natural; otras pueden ser enseñadas, pero la mayoría requieren entrenamiento.

Cuando llegaron los golpes rápidos y frenéticos, Fanny casi perdió el sentido, de tanto como fue tocada su sensualidad. Su voz se hizo gutural, los ojos se le abrieron como nunca y parecían más hermosos que en cualquier momento anterior. En sus agonías de placer me mordió el hombro mientras yo metía la lengua en su oreja, entregando a cambio de mis torrentes de semen caliente espumosas oleadas de su jugo.

Entonces llegó ese período exquisito de quietud, abrazados tranquilamente como agotados. Su busto subía y bajaba bajo el mío, haciéndome notar la elástica firmeza de sus encantadores pechos; su vientre se alzaba y hundía, su toisón se adelantaba dando al mío golpecitos mientras apretaba mi hombría con una fuerza que me hizo plenamente consciente de hasta qué punto le había afectado el placer. Vinieron entonces todas esas dulces expresiones de amor, devoción y placer, esos besos sobre las partes del cuerpo más próximas, seguidos finalmente por la ruptura del abrazo y la satisfactoria e inmediata inspección de los encantos comprometidos principalmente en nuestro placer mutuo.

—¡Oh, Charlie! ¡Qué grandioso! ¡Qué enorme! ¿Quién pensaría que una cosa tan pequeña como la mía podría albergar a semejante monstruo?

—¡Ah, querida Fanny! Pero tu dulcísima grutita es realmente muy prieta. ¡Aunque no demasiado!

—¡Oh, no! ¡Puede albergarlo, Charlie! ¿Pero por qué me metiste la esponja?

Me gustó poder explicárselo. La saqué delicadamente, tirando

del fino hilo de seda con el que la había sujetado, en cuyo otro extremo ató una pequeña como viga de plata para impedir que la chupase completamente con las sacudidas de mi pasión, y le mostré la gran cantidad de semen que había derramado dentro de ella, explicándole la forma de su útero y cómo era necesario para su seguridad evitar un posible bebe, para lo cual resultaba preciso impedir que la boca del útero fuese rociada por los prolíficos resultados de mi ardor, y que para reducir aún más la vitalidad de esa corrida había utilizado frenilo. Ella me entendió bastante bien, besándome una y otra vez, agradeciendo el gran cuidado demostrado y diciendo que no se había representado nunca ningún peligro. Le dije que había escrito a Cawnpore pidiendo una potente ducha y que me preparasen una receta más eficaz y agradable que el frenilo, pues tendría agua de rosa entre sus ingredientes y olería mejor. Propuse entonces que se levantara y me dejase lavarle la gruta, a fin de poder presentarle una vez más el homenaje de mis besos. Asintió a ello con alegría. Me hice con una palangana de agua y una toalla y lavé su caliente lugarcito. Le gustó lo fresco del agua, y cuando hube secado su mata y sus muslos insistió, riendo y feliz, en lavar mi verga a su vez.

—Ahora, querida —dije—, tumbate a lo largo de la cama y pon una pierna sobre cada uno de mis hombros. ¡Así está bien!

Oculté mi rostro entre sus muslos, con la boca sobre su dulce grieta y las manos abiertas aferradas cada una a un pulido globo de su pecho. Fanny quedó inmóvil medio minuto, mientras yo sondeaba las profundidades de ese voluptuoso trofeo con la lengua y apretaba la nariz contra su excitado pequeño clítoris, pero al final ella apartó de mí esos encantos diciendo:

—¡Por lo menos, tumbémonos para que pueda hacerte lo mismo, Charlie mío!

Encantado de verla tan dispuesta a tocar cualquier aire en la sonata de la voluptuosidad, la puse sobre la cama y adopté de nuevo mi posición sobre ella, apoyándome sobre los codos, rodeando con un brazo cada muslo y sondeándola nuevamente con la lengua mientras con la barbilla tocaba su grieta, entregando mi arma a sus ágiles labios y lengua. Y entonces, poniendo otra vez la esponja de seguridad dentro de las rosadas puertas del templo, invertí mi posición y estremecí nuevamente a la deliciosamente

lasciva y voluptuosa muchacha con mi apasionado follar.

¡Oh! ¡Esos enloquecidos deleites del amor y la pasión! ¡Cuando el hombre y la mujer se permiten cosas de la sangre caliente que, pensadas en frío, parecen repulsivas! Sin embargo, me gustaría preguntar a cualquier amante ardoroso qué puede superar en dulzura a tener los labios del sexo de su adorada amante entre los suyos. Descubrí que ése era mi caso con Fanny. Incluso en los momentos más enloquecidos de pasión lasciva con Lizzie Wilson no creo haber ido tan lejos como con Fanny. Pero Fanny era mi virgen, una muchacha a quien realmente apreciaba por otras razones además del dulce encanto situado entre sus niveos muslos, y Fanny se encontraba en ese estado de apasionada adoración por mí, donde nada de cuanto hiciera podría satisfacer el ansia de su alma.

Incluso cuando una pasión es respaldada por un ataque cuyo vigor no disminuye nunca y huevos capaces de llenarse al ritmo de su vaciamiento, moderará su fuerza con el tiempo. Si los hombre y las mujeres fuesen simplemente animales se acoplarían hasta quedar exhaustos, y luego se separarían, interesándose muy poco el uno por el otro; pero los seres humanos tienen almas y corazones y tras contentarse los deseos inmediatos y las exigencias más urgentes de los sentidos encuentran un nuevo placer en la comunión de pensamientos, que es tan exquisita cuando el amor agita las profundidades del corazón.

Cuando Fanny y yo hubimos follado casi continuamente durante un par de horas, nuestros sentidos parecieron necesitar descanso y empezamos a hablar, no tanto como fauno y ninfa sino como seres racionales. ¡Qué guapa parecía completamente desnuda en mis brazos, arrebatadas las mejillas pero no demasiado, lanzando sus encantadores ojos violetas destellos de amor satisfecha, afecto y placer, y qué deliciosa era la flexibilidad de su esbelto cuerpo, la prominencia de sus encantos, la suavidad satinada de sus muslos estrechamente entrelazados con los míos!

Le pregunté cuándo pensó por primera vez que le gustaría poseerme.

—¡Casi desde el mismo día de conocerte, querido! —repuso—. La primera mañana en que te vi montando sobre el poni me dije a mi misma que eras el tipo de hombre que me gustaría tener, y después cada vez que te veía deseaba más y más que no estuvieses

casado, pues entonces tendría la oportunidad de ser tu esposa. Siempre estaba pensando en ti y en el matrimonio. Naturalmente, sabía que el marido y la mujer no se van a la cama solamente para dormir y, poco a poco, empecé a pensar en lo agradable que sería tenerte en la cama conmigo, abrazarte, estrecharte en mis brazos, y entonces mi lugar empezaba a picarme. Te echaba de menos todos los días, hasta que llegó un tiempo donde encontraba duro no poder pedirte siquiera que me besases. Y entonces llegó esa horrible noche. ¿Sabes que cuando el afgano me despertó creí que eras tú? Pensé que tu mano levantaba el camisón, y que era tuyo el dedo que sentí dentro. ¡Y estaba tan contenta! Pero quedé aterrada al abrir los ojos.

—¿Realmente lo metió ese animal dentro de este encantador lugar, Fanny?

—¡Sí! Fue su voz lo que primero me convenció de que no eras tú, querido, y entonces grité. Ya sabes el resto. ¡Oh, Charlie, qué contenta estoy de que fueses tú y no otro quien me salvó! Por eso me alegra entregarme a ti. Siento que puedo compensarte un poco por todo tu valor y tu bravura. ¡Querido, querido!

Aquí se produjo una pausa muy natural, en la cual la esponja salvadora, mi verga y huevos y la grieta de Fanny tuvieron cada uno su turno. Tras la ablución pregunté a Fanny:

—Dime, ¿realmente soñaste que te poseía en Nowshera, querida?

—Sí, ¡y con el mayor realismo! Había algo en ese cuarto que me ponía medio loca de deseo, y nunca me perturbó tanto la hendidura como ese día. Me picaba, palpitaba, no puedo darte una idea de cuánto me incomodaba. Me pregunto por qué sería.

—No puedo contártelo, querida. Pero dime esto: ¿recuerdas cuando yo cogí tu mano y la puse?

—¡Oh, sí! ¡Querido y perverso Charlie! Noté la cosa. La sentí de canto contra mi mano, y eso me hizo saltar por dentro.

—¿Por qué saliste entonces corriendo, querida, si me deseabas tanto?

—No quise salir corriendo. Pero justo en ese momento Mabel me llamó para que fuese a la cama, y quedé tan humillada que hubiese estallado en sollozos si no me iba al momento. Tú pensaste, supongo, que yo estaba ofendida, y eso te hizo tímido a la hora de

hablarme después. ¡Qué enfadada me sentí contigo por ser, según pensaba, un estúpido!

Pensé que era una buena oportunidad para explicar a Fanny las verdaderas razones de todos sus miedos y esperanzas. Le dije que una de mis razones principales era no saber qué efectos morales y mentales se producirían en ella si me la follaba, y le dije que cuando supe la venida de Louie pensé que el resultado inevitable sería éste: dos mujeres a quienes amaba hasta la locura serían desgraciadas; Louie porque me consideraría infiel, y ella porque me consideraría, naturalmente, un animal si la dejaba, por lo cual —no viendo otra alternativa— decidí retirarme y olvidar que ella tenía una grieta ansiada por mí.

Así pasó la noche. No hicimos planes para el futuro. En la felicidad no tenernos nunca pensamos en lo necesario que sería conseguir encontrarnos y disfrutar sin miedo a ser descubiertos. Eramos como una novia y un novio en su noche de bodas.

Hacia las cuatro, exhausta por la tensión de sus nervios y sentidos, cayó dormida en mis brazos tras la última ablución, y yo descubrí que me había pasado lo mismo. Porque noté de repente una mano en la nariz, apretando suavemente las aletas, y al abrir los ojos vi a Sugdaya.

—¡Chiss! —dijo—. ¡Sahib! ¡La señorita Fanny Baba debe volver a casa ahora, antes de que rompa el día!

—¿Cómo sabías que estaba aquí, Sugdaya?

—¡Oh! —dijo riendo suavemente—, hace mucho tiempo sé que la señorita Fanny Baba quería ser poseída por el amo. Mantuve abiertos los ojos y les vi anoche entre los arbustos. ¡Le vi hacerlo dos veces, y todo lo demás! La señorita Fanny Baba no me lo contó, pero yo me dije a mi misma: cuando la miel no viene al oso, el oso va a la miel. Miré para ver si la señorita Fanny Baba estaba en su cama a medianoche, y la encontré vacía. Vine aquí y he estado contemplando sus bonitas juergas a través de esa puerta, pero ahora debe dejar que la despierte, sahib, y me deje ir con ella.

—¡Espera un momento, Sugdaya! —dije retirando suavemente el brazo de debajo del cuello de Fanny y saliendo de la cama—. Ven al cuarto contigo.

Sugdaya me siguió. Abrí el cajón de mi mesa, saqué un rollo de 25 rupias y lo puse sobre el tablero. Entonces, cogiendo la mano

derecha de Sugdaya, la puse sobre mis testículos. Ella sonrió y los asió suavemente, con un movimiento voluptuoso de su mano y sus dedos por el cual me hacía saber que no le molestaría nada palparlos por su propia cuenta. Deslizandó entonces mi mano derecha bajo y entre los pliegues de su vestido encontré su aterciopelado toisón y, cubriéndolo con la palma de la mano, le dicté para que repitiera:

—Que mi raja se marchite, arda y arrugue si traiciono a la muchacha contra cuyo culo se han apretado estas joyas. ¡Que Vishnu, Rama y Shiva me maldigan si quebranto mi juramento!

Sugdaya rió ante la realización de esta muy necesario ceremonia, y dijo:

—¡Oh, sahib! No era necesario ningún juramento para que no traicione a la señorita Baba o a usted. Estoy más que contenta de que la señorita Baba haya tenido el placer de ser poseída. Ninguna muchacha lo necesitaba más. Ahora comerá, beberá y dormirá mucho mejor, y sé que el sahib no proclamará sus conquistas, sino que sujetará su lengua.

—¡Puedes estar segura de ello, Sugdaya! —dije, besándola—. Y cuando la señorita Fanny se vaya de Farrukhabad, ¿me dejarás tener este agradable juguete tuyo?

—¡Antes, si el sahib lo desea! —exclamó riendo Sugdaya.

Yo había estado acariciando su monte bien formado, elástico, prominente y perfectamente suave, porque —como todas las mujeres indias— se arrancaba o afeitaba todo vestigio de pelo en esa región. Por su parte, ella había estado acariciando y palpando —con manos evidentemente no nuevas en el oficio— mi verga, que se encontraba en ese estado vigoroso tan grato a las mujeres.

—¡Ahora, sahib! —dijo Sugdaya apretando sus senos contra mi pecho—, hay tiempo para uno más. ¡Venga! ¡Despierte a la señorita Fanny Baba como un amante debería despertar a su amada!

Sin hacerme de rogar la acompañé a mi dormitorio, dispuesto a hacer lo que Sugdaya sugería, pero Fanny estaba agotada con los prolongados, arduos y siempre ardientes combates de la larga y excitante noche. Dormía profundamente, de lado y con una mano entre sus rodillas. Era encantadora así enroscada, y la querida carita era el modelo de la dulce inocencia.

Sugdaya leyó mis pensamientos, porque dijo:

—Su grieta está dormida, sahib, pero cuando despierte ese lugar verá otra expresión en su rostro.

Tras buscar un poco, Sugdaya vio algunas plumas de pavo real. Seleccionó una adecuada, se aproximó a Fanny y suavemente comenzó a pasar la suave pluma a lo largo de la línea de su hendidura, de la cual apenas podía ver nada por lo recogida que estaba ella. No pareció surgir al principio ningún efecto, pero con la mayor de las paciencias Sugdaya continuó esas dulces caricias. Fanny murmuró al rato algo, dormida, y se giró un poco hacia adelante, como si se sintiese cansada de demasiados palos y despreciara la invitación. Miré a Sugdaya, que sonreía y no parecía para nada decepcionada. Sin embargo, retiró la pluma y la pasó varias veces sobre mi arma antes de continuar otra vez con Fanny. Sea porque la pluma transportara alguna sutil influencia proveniente de mí, o sea porque —cosa más probable— los continuados y suaves frotos de sus labios inferiores provocaron una dulce excitación del deseo, Fanny murmuró de nuevo y, volviéndose lentamente de espaldas, abrió un poco sus encantadores muslos, con lo cual los rayos de la lámpara iluminaron nítidamente el conjunto de esos dominios que, en nombre del amor y de Venus, yo había conquistado tomando posesión. Sugdaya cambió el extremo de la pluma y tocó la mata con la parte del cañón, tocando ocasionalmente también la punta de su encantadora gruta. Entonces brotó la pequeña punta color rubí, brillando con generosa humedad, y el ligero temblor de su toisón junto con un entreabrirse casi imperceptible nos dijo que el deseo había puesto su traviesa mano sobre el encanto que queríamos despertar de su estado de letargo. Sin embargo, Fanny seguía profundamente dormida. Su busto subía y bajaba más rápidamente. Sus labios se movían y sus párpados temblaban. Una sonrisa invadió su encantadora boca y ella abrió los encantadores labios como para hablar, pero todos sus sentidos seguían encerrados aún en el abrazo del sueño. Sugdaya invirtió de nuevo la pluma y abanicó levemente la mata de Fanny. Los muslos de la dulce muchacha se abrieron más y más, sus pies se separaron. Levantó las rodillas; era evidente, por la respiración acelerada y las rápidas sacudidas de su toisón que la voluptuosidad se había instalado en ella. Sugdaya me hizo un signo y yo muy suavemente y en el mayor silencio, me puse entre las rodillas de mi querida

Fanny. Inclinándome hacia adelante me apoyé sobre ambas rodillas como hiciera con Lizzie Wilson, y Sugdaya, cogiendo la verga, la dirigió para que golpease las puertas del templo en ese lugar donde se abrían con menor presión. Deslicé el miembro dentro, evitando todavía que mi vientre tocase el de Fanny, y sólo cuando hube metido la herramienta hasta la raíz se despertó.

—¡Así que es verdad! ¡No es un sueño! —exclamó—. ¡Oh, Charlie mío! Olvidé un momento que eras mi amante de carne y hueso, pensando que solamente soñaba otra vez el sueño de Nowshera. Temía abrir los ojos hasta que sentí tus queridas pelotas contra mí.

Detuve cualquier discurso ulterior con mis besos ardientes, y Sugdaya —que se había desplazado discretamente fuera del alcance de los ojos de Fanny— presencié el combate voluptuoso, que a juzgar por el modo vigoroso de cruzar las piernas y su ocasional pasar las manos por entre ellas debió conmoverla mucho. ¡Qué palo grandioso fue aquél! Lo disfruté más que a ninguno de los anteriores, y cuando retiré mi tronco orgullos y encantado de la rebotante caverna ella exclamó:

—¡Es el mejor que hemos tenido hasta ahora!

Sugdaya se adelantó. Fanny no pareció sobresaltarse para nada, y luego descubrí que Sugdaya había estado inculcando durante meses los goces del amor a las tres, y que había urgido a Fanny para que hiciese todo lo posible por seducirme. Eso explicaba la conducta extraordinariamente osada de Mabel, que —antes de entrar Sugdaya en casa de los Selwyn— era muy modesta y reservada, como sus otras hermanas. También explicaba la conducta libre, si así podemos llamarla, de Fanny contándome su sueño en Nowshera, pues cuando conocí por primera vez a los Selwyn no había en toda la India tres muchachas de mente más pura, y yo me limité desde luego a cuidar de la planta del deseo cuando la vi creciendo.

Estaba todavía oscuro cuando las dos mujeres abandonaron mi bungalow. Tras verlas partir sin complicaciones volvía a mi cuarto, apagué la lámpara y me tumbé con la certeza de dormir grandiosamente, porque esa mañana no habría desfile y no necesitaba madrugar. Recordé que en nuestro último polvo no usé la esponja salvadora, pero no me preocupé, siendo como es sabido

que las últimas corridas de un hombre que ha disfrutado toda la noche no son prolíficas en absoluto.

El día siguiente todo Farrukhabad quedó electrizado al saber que el doctor Lavie había recibido orden de salir al punto hacia Benarés. Todo el mundo lo atribuyó al coronel Selwyn, pero él y su mujer me lo atribuyeron a mí aunque no les molestase aparecer como autores del destierro. El viejo Bridges mantuvo la boca cerrada. La conducta de los Selwyn en este asunto no pudo ser más amable y llena de gratitud. Insistieron en que reanudásemos nuestra intimidad anterior, y para estar cerca el uno del otro Fanny y yo decidimos reanudar los estudios. ¡Qué días felices aquéllos! ¡Y qué noches aún más extáticas! Sólo Sugdaya lo sabía; Fanny venía y dormía conmigo casi todas las noches, y vivíamos de noche como si fuésemos perfectos esposos. Había el peligro justo para hacer sabrosa y picante nuestra intimidad, pero Sugdaya era tan lista y cuidadosa que nunca fuimos incomodados. ¡Sí! Al principio sólo Sugdaya lo sabía, y la única persona que lo descubrió luego mantuvo escondido el secreto en su pecho, hasta llegar la ocasión de poder aprovecharlo para sí.

El coronel seguía follando muy confortablemente en mi casa a la señora Soubratie, y, en el cuarto sobrante contiguo a mi dormitorio, instalé una cama especial para él y su concubina. Así que papá e hija conseguían su placer regularmente, y todo se mantuvo del modo más tranquilo y feliz. Pero una terrible crisis flotaba sobre esta familia dichosa. Ya he mencionado el delicado estado de salud de la señora Selwyn. Hacía julio empezó a marchitarse rápidamente. La atmósfera pesada y caliente de las lluvias la fue derrumbando. Exhaló su último suspiro para terrible pesar de su esposo e hijos. Es noche Fanny no estaba conmigo, cosa que resultó extraordinariamente afortunada. Fue la única noche que no vino en semanas. Así vigilaba Venus la seguridad de sus tiernos adoradores.

Pasaré sobre ese período triste donde fui privado de la compañía de Fanny durante algún tiempo. Pero no duró mucho y nos reunimos una vez más.

Pero me apena decir que el coronel buscó la ayuda de la botella para escapar de sus tribulaciones, como tantos hacen. Durante algunas semanas no vino siquiera a poseer a la señora Soubratie. La pérdida de la esposa trajo a su memoria los muchos años de

felicidad perfecta compartidos con ella, y él solía hablarme del pesar que le causaba pensar haber cometido adulterio, y con una mujer oscura, durante el último año de la vida de la señora Selwyn. Esto le remordía la conciencia. Pero yo sabía que un hombre con su empuje sexual no podría mantener una vida de monje, y poco a poco le fui alegrando hasta que volvió el deseo. Hizo feliz una vez más a la señora Soubratie y explotó el almacén de felicidad situado entre sus suculentos muslos.

Apenas tengo tiempo para hablar de las travesuras de Mabel. Solía suplicar que me la follase. Usaba toda clase de sugerencias, pero yo amaba demasiado a Fanny para querer crearle un rival, especialmente porque su afectuosa pasión hacia mí parecía aumentar con nuestros encuentros. Tenía lo que quería, una muchacha encantadora, toda mía como compañera para los días y las noches. Mabel lograba que se me pusiera tiesa, desde luego, y con mucho gusto me la habría follado de no ser por Fanny. Poco a poco Fanny iba ocupando el lugar de Louie en mi corazón, y escondía sabiamente todo signo de celos para con Louie, si es que los sentía. Ambos vivíamos el presente; era tan feliz y congeniábamos tanto que ninguno de nosotros miró al futuro. Si algo lamentábamos era haber perdido tantos meses, semanas y días, cuando podríamos haber disfrutado el uno del otro como ahora, pero si esos pensamientos entraban en nuestras mentes servía simplemente para decírnos aún más a no perder tiempo.

Para cuando el coronel volvió a follar la deliciosa grieta de la señora Soubratie, otra muerte provocó un cambio en Farrukhabad. Nuestro brigadier, el coronel Wilson, dejó repentinamente este mundo por el otro, y el coronel Selwyn pasó a ocupar su puesto. Esto fue un golpe de suerte capital para mí porque el comandante Mortimer jefe de puesto y yerno de Wilson, tuvo que volver a Inglaterra para atender los intereses de su esposa, y gracias a la recomendación del coronel Selwyn fui nombrado sustituto suyo — aunque el coronel no me considerase capaz de desempeñar las funciones correspondientes— de no ser por el dulce toisón de Fanny; ella volvió sus pensamientos hacia mí y le urgió delicada pero persistentemente a creer que el puesto debía ser para mí, por más que correspondía, en derecho, a algún otro oficial con más años de servicio en la India. Pero ya ves, querido lector, que los dulces

deleites proporcionados a Fanny a través de su encantadora matita la hicieron muy solícita, y en este asunto «amor vincit omnia». Así pues, queridos lectores soldados, si queréis conseguir buenos nombramientos de vuestro coronel, follad bien a su hija como yo hice con la querida Fanny. Fuera de bromas, el nombramiento fue real y verdaderamente muy agradable. Ya no tenía que mandar la compañía. Ya no tenía nada que hacer con el regimiento como oficial en el sentido del deber. No tenía desfiles por las mañanas, ni instrucción, ni cosa alguna que me obligara a saltar de la cama a horas intempestivas. Sólo asistía a desfiles generales, cuando el coronel iba. Tenía que firmar considerable cantidad de papeles preparados por mis escribientes, pero el trabajo era leve porque todo estaba en orden. Los nuevos emolumentos no eran importantes, pues no tenía necesidad de dinero; al contrario, tenía mucho; a pesar de todo, las rupias adicionales no fueron para nada una molestia. La querida Fanny se aprovechó de que no me viera obligado a desfilas. Algunas mañanas que nos despertábamos más tarde de lo acostumbrado debía salir corriendo hacia su casa sin el polvo del amanecer; por aquellos tiempos siempre tenía uno y a veces dos, y era tan ardiente y ávida en ese sentido como había sido mi Louie. ¡Oh! Yo estaba realmente muy feliz y contento.

Pero aunque no provocase daño real, se produjo una circunstancia que pudo llevar a un final desastroso toda esta felicidad.

El mando del coronel Selwyn no sólo comprendía todas las tropas estacionadas en Farrukhabad sino otros varios campamentos donde había destacamentos. Entre ellos estaba el de Rampur situado a unas sesenta millas y accesible sólo mediante carruaje de daks.

Una noche a principios de octubre, justamente al cumplirse un año del día en que vi por primera vez la grieta de mi querida Fanny y Amy fue sodomizada, el coronel sorprendió a Fanny y me dejó atónito a mí diciendo que en un par de días iría a inspeccionar a las tropas de Rampur y se llevaría consigo a Fanny.

—¡Oh, papá! ¡Preferiría no ir! —exclamó la pobre Fanny, mirándome con gesto apesadumbrado y asombrado—, ¿no podías llevarte a Amy?

El coronel, que no había tomado aún suficiente coñac con soda para animarse, miró a Fanny con gesto de enfado.

—¡No! ¡Dije que me acompañarías tú! ¡Y no me llevaré a Amy! ¡Me molesta que mis hijas me den órdenes!

—No quise darte órdenes, papá —dijo la pobre Fanny, luchando visiblemente por reprimir un estallido de su genio—, pero realmente te agradecería que me dejases permanecer aquí y fueses con Amy o Mabel, si prefieres. Sé bueno, papá. ¡Por favor!

El coronel era una hombre débil pero obstinado. Le ofendió el estallido de Fanny se puso subditamente furioso.

Adoptó un aspecto amenazador y rugió:

—¡Señorita Fanny! ¡He dicho que vendrá conmigo! ¡Ni una palabra más!

Volvió hacia mí los ojos, y por un momento me pregunté si sospecharía algo sobre la intimidación entre Fanny y yo. ¿Pero cómo podría descubrirlo tan súbitamente? Sin embargo, yo estaba equivocado.

—Señorita Selwyn —dije, viendo que Fanny estaba a punto de ponerse a llorar de humillación—, ¿sabe que la envidio? Rampur es un sitio muy bonito, y la carretera hasta allí pasa por algunos parajes muy hermosos, cruzando llanuras todo el tiempo. Ya me gustaría que el coronel me llevase también como oficial de personal.

—Bueno, Devereaux, lo haría con gusto si no fuese por esa confusa orden nueva que exige solicitar permiso especial para llevar al oficial de personal a esas inspecciones irregulares. Temo que habrá de esperar al más. Pero me llevará a Fanny.

Su voz había perdido el tono de enfado, y si por casualidad la resistencia de Fanny había llevado a su enfadada mente a una distancia mensurable de sospecha, mi pequeño discurso había desviado de la corriente de sus pensamientos en otra dirección. Fanny me miraba con expresiones de desaliento, pero calló sabiamente.

Dos horas más tarde, cuando me hubo ayudado a ofrecer ese incienso tan grato a nuestra reverenciada Venus, y tan delicioso para el sacerdote y la sacerdotisa, derramó sus quejas sobre mi pecho. Estaría una semana o quizá diez días lejos de su adorado Charlie. ¡Diez días, diez noches sin un solitario palo! Y su menstruación le venía aproximadamente cuando volviera a Farrukhabad, con lo cual habría nuevos aplazamientos del placer

más dulce más dulce del mundo para ella. ¿Qué iba a hacer consigo misma en Rampur? Hubiese quien hubiese, por agradables que pudieran ser las personas, nadie supliría la ausencia de su Charlie, su único, único amante y amor. ¡Pobre Fanny! Me amaba realmente, como yo a ella. Había algo más que un mero afecto animal entre nosotros, aunque su hendidura y mi espada fuesen eslabones extremadamente fuertes en la dulce cadena que nos conectaba. Si hubiésemos estado casados las gentes habrían dicho «¡cómo se aman!», pero no estándolo creo que las gentes bien lectoras de esto dirán: «¡Qué repugnantes animales!».

En el bloque de viviendas próximo a la mía vivía un tal señor Corbett, cura protestante de Farrukhabad, hombre casado con una mujer muy amistosa y joven, además de no demasiado ñoña. Ambos eran muy amigos de los Selwyn, y la señora Corbett —que quería mucho a Fanny— solía hacerme bromas con ella. Yo había llegado a «confesarle» que admiraba tanto a Fanny que, de no ser por la señora Devereaux, me sentiría muy inclinado a pedir a Fanny en matrimonio. Pero la larga práctica había hecho de mí un actor consumado, y aunque la señora Corbett no me consideraba un santo, nunca sospechó que la grieta que me follaba no estando disponible la de Louie yacía entre los níveos muslos de Fanny. Al contrario, ella imaginaba que yo aliviaba mis necesidades entre algunos muslos marrones, sospechando que Sugdaya era su propietaria. Yo no traté de disuadirla, y si alguna vez llegaba a mencionar a Sugdaya lo hacía con una visible reserva, con lo cual la señora Corbett se sentía más segura que nunca de mis contactos regulares con la nativa. Así ambos quedábamos contentos.

El coronel arregló que sus niños quedasen con los Corbett durante el viaje a Rampur con Fanny. Tenían una casa lo bastante grande como para acomodarlos fácilmente, y en ningún país del mundo es más sencillo hacer esos traslados temporales que en la India. Todo lo necesario era transportar unas pocas camas.

La última noche tenía que ser muy breve para Fanny y yo. Su padre quería salir a las cuatro de la madrugada, y Fanny debía abandonarme a las dos y media. Ella se sentía voraz. En las pocas horas que le quedaban de disfrutar mi herramienta no perdió un momento, y las pausas entre acto y acto sólo duraban lo necesario para que las bonitas manos lograsen resucitar mi verga, cosa que —

me alegra decirlo— se realizaba fácilmente. Puedo decir aquí a mis bellas lectoras que, siendo un muchacho, cuando empecé a comprender por qué yo tenía una espada y las chicas vainas me maravillaba la historia de Hércules, preguntándome cómo podría considerarse un «trabajo» tomar cincuenta virginidades y embarazar a cincuenta vírgenes en una noche. Por entonces no tenía experiencia práctica, pero después aprendí de todo tipo de mujeres a quienes follé que estaba bendecido en medida más abundante que todos los hombres conocidos por ellas, pues poseía un arma inconquistable y un par de joyas que nunca se secaban del todo. No menciono esto para alardear, sino sólo para expresar mi agradecimiento por lo que me tocó en parte. Por lo mismo, la pobre Fanny me dejó con su lugar palpitando de placer y el corazón apesadumbrado pensando que quizá pasarían quince días antes de palpar nuevamente como consecuencia de ser bien follado por mí.

Por mi parte, estaba tan apesadumbrado como Fanny. Amaba a esa muchacha. Era una segunda edición de Louie. Nunca me saciaba de ella, ni de día ni de noche. Estaba seguro de que su ausencia me apenaría tanto como me apenó separarme de Louie. Tras dejar a Louie me tomó mucho tiempo sentir deseo otra vez, como recordarán los lectores del primer volumen, y ahora que Fanny se había ido me sentía casi igual. Sin embargo, había la diferencia de que cuando dejé a mi Louie pensaba que pasarían años antes de poder disfrutar el placer glorioso de poseerla, lo cual significaba para mi mente de entonces copular en general. Pensaba real y verdaderamente que había terminado con cualquier otra mujer distinta de mi Louie. Los lectores quizá recuerden las suaves influencias de *Mademoiselle de Maupin*, y la encarnación de ese hermoso poder en la persona de la encantadora, deliciosa y realmente lasciva Lizzie Wilson. Su hendidura demostró su poder, y la distante —situada entre los muslos de la pobre Louie— ya no tiranizaba a mi hasta entonces moral herramienta. En el momento presente preveía un sexo más succulento para no muy tarde, porque el queridísimo escondrijo de Fanny sería sin duda mío otra vez como mucho dentro de quince días, para acariciarlo, para penetrar en él. Con todo, aunque fuese poco tiempo, resultaba una penosa molestia.

El día transcurrió aburrido y cansado, más de lo que hubiera

supuesto. Todos mis pensamientos eran para Fanny. Sabía que se había marchado triste, y todas mis simpatías estaban con ella. Me fui a la cama pronto, esperando dormir y pasar el mayor número posible de horas en estado de tranquila inconsciencia.

No sé cuánto llevaba durmiendo cuando me desperté, notando que alguien me cogía por la nariz. ¡Era Sugdaya!

Lo primero que se me ocurrió fue que, recordando mi pequeño discurso la primera noche de follar a Fanny, había tomado mis palabras al pie de la letra y como Fanny había dejado Farrukhabad, siquiera fuese temporalmente, venía para ser amada. Mis querido lectores recordarán que propuse a Sugdaya acomodarla en cualquier ausencia de Fanny. Lo dije sinceramente, e imaginé que Sugdaya quería tomar mis palabras al pie de la letra.

—Bien, Sugdaya, ¿qué hay?

—¡Sahib! La señorita Fanny Baba me dije que vaya a verla. ¡Está en la cama y quiere al amo!

—¡Buen Dios! ¿Ha habido algún accidente, Sugdaya? ¿Qué hizo regresar al coronel? ¡Espero que nadie esté herido! ¿Cómo está la señorita Fanny Baba?

—¡No ha habido accidente, sahib! —dijo riendo Sugdaya—, nadie está herido. La señorita Fanny Baba está perfectamente, pero tiene hambre de esto —y tomó posesión de mi hombría. No la rechacé. Nunca rechazo a una mujer bonita cuando me coge de allí.

—¡Iré en seguida, Sugdaya! Pero, dime, ¿por qué volvió el coronel?

—¡Sólo ha vuelto por esta noche, sahib! —dijo Sugdaya sentándose en la cama y moviendo delicadamente la mano del modo más delicioso por mi verga. Me tumbé de espaldas y se lo permití. Era tan placentero, y quería oír detalles—. Llegaron hasta Dharra, que era su primera etapa, como sahib sabe. ¡Ah!, qué apuesto y grandioso guerrero... sahib ¡No me extraña que la señorita Fanny Baba lo ame! ¡Y pelotas grandiosas también! Ya sabe, sahib, que algún día tiene que tomarme, lo prometió.

—Así será sin duda, Sugdaya. Pero cuidado, no hagas que me corra.

—¡No, sahib! —dijo con un suspiro—. ¡Eso debe hacerlo la señorita Fanny Baba! Yo sólo jugaré con su almacén —y comenzó esas caricias con las yemas de los dedos que son tan exquisitamente

deliciosas.

—Muy bien, Sugdaya. Es muy agradable. Dime ahora, ¿qué hicieron en Dharra?

—¡Oh, sahib! No había cabalgaduras de recambio. El coronel sahib quiso continuar con las que había traído de Farrukhabad, pero el conductor del coche se negó. Entonces descubrieron que no podrían abandonar Dharra ese día, por lo cual el coronel esperó a que los caballos descansasen y volvió lentamente a Farrukhabad. Él y la señorita Fanny Baba lo intentarán de nuevo mañana por la mañana. Pero ¡venga, sahib! La pobre señorita Fanny Baba le desea con locura.

Salté de la cama, me anudé el pijama, palpé los senos y la grieta marrón de Sugdaya, la besé, vi que me bastaba decir: «¡Te follaría a ti en vez de a ella!», y que Sugdaya ocuparía con gusto el sitio de Fanny en mi cama; pero aunque todos estos juegos eran peligrosos, no pretendía ser infiel a Fanny. Cogidos de la mano, con pisadas todo lo ágiles y silenciosas que pudimos, Sugdaya y yo nos fuimos al bungalow del coronel.

Antes de dejarme entrar por la puerta del cuarto de baño Sugdaya me dijo en voz baja:

—No hable a la señorita Fanny Baba, sahib. El coronel sahib está durmiendo intranquilo, y podría oírles. Es también por eso que la señorita Fanny Baba sólo tiene una pequeña luz en el cuarto. Entre simplemente; métase en la cama con ella y disfrútela bien y sin ruido.

Era la primera vez que iba a tener a Fanny en su propia cama del bungalow del coronel. La había poseído en la casa y —en una o dos ocasiones no mencionadas— me la hice en el cuarto de estar, poniéndola sobre mis rodillas, pero nunca en su propia cama, y la idea me parecía deliciosa. Aunque ya no fuese una virgen su cama sí lo era, y me parecía como tomar su virginidad por segunda vez. Fui entonces a su cuarto palpitando de deseo y con mi garañón tan vigoroso como si hubiese pasado una semana o diez días de viudedad.

El cuarto estaba prácticamente en penumbras. Había efectivamente una luz, pero tan cubierta que sus rayos miserablemente débiles apenas caían sobre una cama en tinieblas donde malamente se discernía el cuerpo de una muchacha, que

parecía desnuda. Me era imposible distinguir rasgos, sólo percibía formas generales, pero la mata de Fanny me pareció bastante más oscura de lo habitual. Sugdaya seguía conduciéndome de la mano y cuando estuvimos junto a la cama me susurró con voz casi inaudible:

—No haga ningún ruido, sahib; iré a velar ante la puerta del coronel.

Y me dejó, deslizándose hacia la total oscuridad del cuarto contiguo.

Encantado de estar otra vez con Fanny muy antes de lo previsto me metí con cuidado en la cama, temiendo hacerla crujir, pero ahora estaba firme porque no produjo ningún ruido. Una mano gentil pero nerviosamente apresurada tomó posesión de mi miembro, mientras yo extraía miel de los cálidos labios y apretaba uno tras otro los vivaces senos. Quise hablar, pero al primer intento tropecé con la advertencia de un «chiss», mientras un delicado tirón de mi ardiente verga me dijo que la encantadora muchacha quería ver bloqueado en silencio el no menos ardiente vallecito, cuyos suaves labios estaban ya humedecidos anticipando el deleite esperado. Evitando cuidadosamente crujidos de la cama, me volví delicadamente hacia la querida muchacha, palpitante de caliente deseo, y ocupando mi lugar entre sus exquisitos muslos metí mi temblorosa máquina en la grieta no menos palpitante y excitada, conmovido ante la idea de hacérmela al fin en su propia cama. Fanny me besó como si estuviese en éxtasis, mi vara se deslizó dentro bajándose la capucha de piel y entonces, para mi completo estupor, encontró un obstáculo infranqueable.

Pensé primero que Fanny me estaba tomando el pelo. Le había enseñado a imitar la virginidad; poniendo rectas y rígidas las piernas, levantando lo más posible el vientre y retirando su hendidura de la espada invasora podía hacérselo difícil a su esposo —cuando lo tuviera— entrar dentro de ella. Pero al palpar con la mano buscando la posición de sus muslos comprobé que estaban bien doblados. No pude detectar nada anormal en el querido sitio. Lo intenté de nuevo. Imposible. Había una obstrucción real. ¿Qué podía ser? Lo intenté otra vez, con idéntico resultado. Empecé a sentirme caliente de vergüenza, preguntándome cómo podría fallarme la hombría. ¡Oh, no! Estaba tan tiesa como la primera vez

que se hizo a Fanny. ¡Tan tiesa como siempre estuvo cuando estaba entre los deliciosos muslos de una joven! Silenciosamente y de repente me deslicé fuera de Fanny y metí un dedo inquisitivo en su gruta. Imaginaba que ella había podido hacerse una esponja salvadora, pues Sugdaya no había pedido que me trajese la mía, y yo la había olvidado por completo. Fanny me dejó tocarla sin la menor objeción, ¡y yo toqué un himen! No había duda alguna. Cruzó por mi mente la idea de que se trataba de Mabel. Forcé los ojos, pero me fue imposible distinguir el rostro, que estaba junto al mío pero demasiado oculto por la oscuridad.

—¡No eres Fanny! —dije en un susurro—. ¿Eres Mabel?

Mi pregunta fue respondida por un brote de risa alegre y sonora, lo cual —considerando que yo seguía creyendo en la presencia del coronel en la casa y en una habitación muy próxima— me dejó estupefacto por dos razones: primero, no se trataba de la risa de Fanny ni de Mabel, sino de la de Amy, y en segundo lugar era inauditamente ruidosa.

Sugdaya entró corriendo. Cuando me vio con el dedo en el coño de Amy (cosa fácil, dada la lámpara que traía consigo), estupefacta, mientras Amy se desternillaba de risa incontrolable, también ella se entregó a las alegres carcajadas.

—¡Ah, sahib, sahib! ¡Qué hombre afortunado! Todas las señoritas Baba piensan que sólo hay un sahib que pueda follar, el capitán Devereaux sahib. Bien, señorita Amy Baba, ¿la poseyó él agradablemente?

—No —exclamó Amy—, no puede.

—¿Qué no puedo? —exclamé yo, airado ante lo que consideraba la más cruel de las burlas—. ¿Qué no puedo? Señorita Amy, le mostraré que puedo hacerlo, ¡y muy bien!

Y diciendo esto, me puse de nuevo encima de ella, inserté mi indignada arma y —extendiendo a Amy de manera que no pudiera escapar de mí— empujé la excitada pica con todas mis fuerzas contra la temeraria virginidad que me desafiara mediante la voz de su propietaria.

—¡Oh-h-h-h! ¡Capitán Dev... er... eaux! ¡Oh-h-h, por Dios bendito! ¡Oh! ¡Me está matando, me... está, matando! ¡Ah-h-h! ¡Ah! ¡Oh! ¡Oh-h-h-h!

Fue un trabajo duro. El himen de Amy era tres veces más

resistente que el de Fanny, y mucho más difícil de doblegar que la mayoría de los que mi excelente suerte me había deparado en el pasado. Y no me sentía inclinado a ternuras con ella. Temo haber sido rudo en exceso, pero ¿no me había engañado ella, robando a su hermana? Por lo mismo continué sin misericordia golpeando y golpeando, abriéndome camino y desgarrando sin piedad hasta que esa raja realmente dulce quedó llena y dilatada al máximo y mi bolsa tamborileaba contra su trasero, justamente en el lugar donde el afgano tuvo las primicias de esa destacada felicidad.

Pero Amy, aunque dijese que le hacía un daño horrible metiendo la verga tan rudamente, era tan voluptuosa por naturaleza como Fanny. Su «¡ah! Eso es muy agradable. ¡Ah! ¡Hágalo otra vez! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh! ¡Capitán Devereaux, qué cosquillas!», me dijo que siguiera adelante, y como mi temperamento estaba satisfecho con el primer estallido de ira la poseí del modo más dulce que pude, siendo recompensado por el hecho de que ella se corrió copiosamente en el exacto momento en que yo la inundaba con el primer torrente hirviendo derramado hasta entonces allí dentro por hombre alguno.

Sugdaya se quedó de pie junto a nosotros, sujetando la lámpara y contemplando con agudo y voluptuoso interés el combate real entre mi verga y el trofeo de Amy. Cuando percibió por la cesación de mis movimientos y el modo en que retenía la respiración Amy que yo estaba inundando el altar, dejó escapar un prolongado «oh-h-h-h», como si envidiara a la muchacha que estaba obteniendo ese deleite.

—¡Ahora, señorita Amy Baba! ¡Ahora ha sido bien follada! —exclamó.

—Sí, supongo que sí —contestó Amy como soñadoramente, modo usual en ella cuando estaba muy ocupada pensando; luego, como si se despertase de un trance, me abrazó con fuerza y me dio beso tras beso.

—¡Ah!, todo está muy bien —dije—, pero tengo una deuda que saldar con Sugdaya y contigo, Amy. Vaya pareja estáis hechas. ¿Sabéis lo que habéis hecho?

—Sí, querido —dijo Amy riendo y cerrando sobre mí sus piernas, pues yo empezaba a retirarme de su palpitante grieta—, lo sé. Puse una trampa muy astuta y atrapé a un pájaro muy

espléndido, que tengo ahora en la jaula.

—Todo está muy bien, Amy. Ganaste este asalto, pero ¡oh! —exclamé con voz temblorosa por la angustia realmente sentida—, ¡no sabes lo que has hecho! ¡Vamos! ¡Déjame marchar!

—Desde luego que no —dijo Amy abrazándome cada vez con más fuerza y volviéndose a meter la parte de la verga que yo acababa de retirar—. ¡No! No te dejaré marchar. Eres de mi propiedad ahora, capitán Devereaux. Te he cazado con justicia y no pienso dejarte marchar aún. ¡Desde luego que no, querido! Ahora tendrás que hacérmelo tan a menudo como a Fanny. Y como ella te tiene desde marzo, tendrás que dedicarme mucha atención hasta poder estar de nuevo con Fanny.

—¡Oh, Amy! —exclamé amargamente, porque te aseguro, querido lector, que aunque me encante follar, y Amy bien lo mereciese, yo me sentía traicionado y perfectamente inocente. Amaba a Fanny. Estaba apasionadamente dedicado a ella, y ni por todas las grietas del mundo me sentía inclinado a ultrajarla tomando a su hermana antes de que su propio y dulce altar hubiese cesado de palpar ante los deleites muy recientes obtenidos por medio de mi vara. No deseaba a Amy. La erección que llevaba al entrar en la cama con ella no respondía a su punto, por agradable que fuera, sino al de Fanny—. Pero ¡oh, Amy! ¡Te diré lo que has hecho! ¡Has roto el corazón de la pobre Fanny!

—¡Bah! ¡Ja, ja, ja! —rió Amy—. ¿Y a mí qué me importa? ¡Pobre Fanny! ¡Mucho la compadezco! Me gustaría saber por qué ha de tener más derecho a ti que Mabel o yo. No es tu esposa. Pero oyéndoos hablar parece como si no existiese una Louie en el mundo. Te digo que tengo tanto derecho a ti como Fanny, y si te niegas a follarme no volverás a disfrutar de ella. ¡Te lo aseguro!

Yo me quedé atónito. Amy había dicho una vez que no podía imaginarse yendo a la cama con un hombre, y que para ella estar desnuda con un hombre igualmente desnudo sería algo demasiado horrible para ser contemplado. Sin embargo, allí estaba completamente desnuda en brazos de un hombre totalmente desnudo, y las ganas de jugar estaban completamente de su parte. Era obvio que todas sus ideas anteriores habían sido cambiadas; su tono y su actitud eran los de una mujer resuelta y firme, que sabía lo que se traía entre manos y que llegaría a obligar si no lograba

obtener sus fines con métodos más amistosos. Desgraciadamente, estaba en sus manos poner fin a la deliciosa relación entre Fanny y yo. Yací silenciosamente en sus brazos, pensando cómo escapar de ese terrible dilema.

—¿Cómo sabes que follo con Fanny, Amy?

—¿Que cómo lo sé? ¡Vamos, capitán Devereaux! ¿Me tomas por una tonta de remate? ¿Piensas que Fanny podría dejar este cuarto noche tras noche sin que me enterase antes o después? ¿Piensas que no sé atar cabos, como tú? Lo he sabido cuando menos estos cinco meses. Se lo dije a Fanny y ella no pudo negarlo, y ella misma me contó que le echaste dos palos la noche de su cumpleaños, cuando nos dejasteis jugando a las cartas. ¡No me importa! Pensé que ella era estúpida metiéndose en un embrollo semejante, pero poco a poco empecé a pensar si sería tan agradable como Sugdaya siempre me dijo, y tan pronto como supe que papá se iba con Fanny a Rampur tracé con Sugdaya un plan para cazarte. ¡Ah! Querías el monte de Fanny, ¿verdad? Pues ahora estás sobre el mío, y pienso que el mío debe ser punto a punto tan agradable como el suyo. Además, tengo pechos mejores y mayores, y más pelo que ella, aunque no pienso que tengas razón alguna para quejar de Fanny.

Ví que no serviría de nada usar un tono más elevado con Amy. De nada serviría hablarle de amor. Sólo veía en mi intimidad con Fanny el follar, nada más noble.

—Ya lo ves, querido capitán Devereaux. Tendrás ahora dos esposas en la India y una en Inglaterra, o quizá tres mujeres en la India, porque sé que Mabel quiere ser poseída también, y te verás obligado a hacerlo.

—¡No lo haré! —exclamé con airado apasionamiento.

—Sí que lo harás, querido. ¿Amas realmente a Fanny? ¿La quieres realmente tanto como dices?

—¡Oh, Amy! No sabes cuánto.

—¡Muy bien! Entonces supongo que te entristecería espantosamente que algo te impidiera poder volverla a poseer.

—¡Ni lo menciones!

—Claro que sí. Me bastará fingir que me pongo mala una noche y llamar a papá. Cuando vea vacía la cama de Fanny y no pueda encontrar a Sugdaya por ninguna parte pienso que Fanny no volverá a contemplar tu tiesa virilidad otra vez, capitán Devereaux.

Yo gemí.

—¡Qué estúpido es el hombre! —exclamó Amy medio enfadada y medio risueña—. Me gustaría saber quién tiene la oportunidad de tener tres chicas bonitas sólo para él, damas todas de su harén. Y la idea le escandaliza. ¡Vamos! Ten cuidado con lo que dices, capitán Devereaux, ¿hacemos un trato? ¿Prometes follarnos a Mabel y a mí siempre que queramos? Si no lo haces puedes despedirte de Fanny.

Yo había tenido muchas experiencias con muchachas y mujeres, y a menudo me había visto ayudado a entrar en una agradable rajita por la propietaria de otra, pero nunca había sido tratado así en mi vida. ¡La idea de que si no complacía a Mabel y Amy perdería a Fanny era paradójica! Me sentí una criatura en los brazos de Amy, una criatura que hubiese aprendido mal la lección. Pensaba que perdería a Fanny si me hacía a sus hermanas, no que eso fuera a suceder en caso contrario. Parecía que yo estaba equivocado por completo. Pero una pequeña reflexión me hizo ver que las leyes de la vida cotidiana no regían en este caso específico, y que para tomar posesión del queridísimo altar de Fanny debía follar también el de sus hermanas.

—Pienso que tienes el corazón muy duro, Amy. Veo que sólo me queda presentar la rendición, pero cuando el diablo conduce todos se ven arrastrados.

—Gracias por el cumplido —dijo riendo Amy—. Pues bien, el diablo se piropea ahora pensando que tiene una grieta deliciosa, y desea que el esclavo la divierta el resto de la noche.

Como toda esta conversación se mantuvo en inglés resultó completamente ininteligible para Sugdaya, que nos miraba con ojos sorprendidos y perplejos, pero cuando Amy le contó el resultado de la conversación, diciendo que no sólo consentía en follarla a ella sino a Mabel también, quedó encantada y dijo:

—¡Oh, sahib! Estoy de verdad muy contenta ahora. La señorita Mabel Baba quedará encantada al saberlo también.

Le supliqué que fuese a mi bungalow y me trajese la ducha y la esponja salvadora. Pedí entonces a Amy que se levantara y me dejase ayudarla a lavarse, cosa que necesitaba desde luego, Sugdaya se fue y Amy se levantó; la sábana era, naturalmente, un mar de sangre. Amy quedó bastante asustada al verlo, pero la tranquilicé diciendo que al perder realmente la virginidad toda joven sangraba

abundantemente. Ya sea porque el tono de mis palabras fue más gentil, o porque mis palabras de consuelo tocaron una cuerda de gratitud en su corazón, lo cierto es que me ciñó la cintura con sus brazos, levantó el rostro y me besó apasionadamente.

—¡Ah! Seamos buenos amigos de verdad, capitán Devereaux. ¿Verdad que no necesitamos discutir porque follemos?

El absurdo de semejante pregunta me alcanzó con toda su fuerza, y no pude evitar reír sinceramente. Miré a Amy. Desnuda como estaba podía ver toda su persona perfectamente, y era una muchacha realmente espléndida. El pelo, tanto de su cabeza como de su mata, era más oscuro de color que el de Fanny y mucho más abundante. Sus brazos, sus muslos y sus piernas eran no menos buenos, blancos y bien formados. Su cintura era más esbelta, sus caderas más amplias que las de su hermana; y sus senos, hermosos, redondos y con puntas de coral eran por lo menos un tercio mayores. Sus manos y sus pies eran pequeños y con buena forma, y como su cara era muy guapa, con una bella forma ovalada y grandes ojos oscuros muy brillantes, era un conjunto muy deseable y constituía un excelente refuerzo para mi «harén». Mi enfado, y la pena que tan sinceramente sentí por haber sido obligado a traicionar a Fanny, empezaron a desvanecerse ante la visión de esas bellezas, y Amy recibió caricias de mis manos y besos de mis labios que la hicieron sentirse ufana, pues consideró correctamente que si su belleza no fuera muy real no habría logrado hacerme olvidar tan pronto su cruel tratamiento.

—¡Ven! —dijo—. Ayúdame a lavarme y deja que Sugdaya nos coja haciéndolo otra vez cuando vuelva.

La ablución se realizó rápidamente. Amy nunca había visto mi sexo, ni el de hombre alguno, aunque en tiempos tuvo uno bien grande metido por el trasero. Por lo mismo, se demoró un poquito mientras me lavaba, disfrutando a fondo con la visión y la palpación de esos tesoros.

Sugdaya regresó justo a tiempo para verme entrar bien en «casa» por primera vez, con lo cual fue una excitada espectadora del primer buen polvo recibido por Amy. Siendo como era una criatura de mente voluptuosa, aumentó grandemente mi placer manipulándome las pelotas desde detrás. Amy parecía frenética de placer. Cada sacudida mía la lanzaba a éxtasis. Creo que la señora

Selwyn debió tener una naturaleza voluptuosa, y sé que al coronel le encantaba follar. Fanny y Amy habían heredado desde luego la disposición sensual paterna, y fue mi excelente suerte ser el primero en inspirar el deseo en sus grutas amorosas, haciéndolas palpar y rebosar de placer.

Buenos amigos una vez más, Amy y yo pasamos el resto de esa noche del modo más delicioso posible. Mucho antes de las cuatro de la mañana, hora en que Amy debía irse al bungalow de los Corbett, nos sinceramos mucho y logré extraerle la promesa de que por algún tiempo no insistiría en que yo me tirase a Mabel. Tuve que suplicar mucho. Dije que la pobre Fanny habría de perdonarme por haberla poseído a ella, pero que sería esperar demasiado suponer que se sentiría satisfecha pensando que dos establos más habrían de compartir con el suyo al garañón. Sin embargo, Amy estaba decidida a que se cumpliera el trato estrictamente, y sólo logré este arreglo sobre la base de que yo debería hacérmela todas las noches hasta el retorno de Fanny. Accedí de buena gana. Quedamos en encontrarnos donde estábamos todas las noches a las diez, porque los Corbett eran gente madrugadora y se iban siempre a la cama a las nueve. A Amy le era fácil estar a la hora indicada. Sugdaya sentía pena por Mabel, pero convino en no decirle todavía que yo estaba de acuerdo en follármela; se limitaba a esperar que no me demorase demasiado.

Y ahora debo relatar un incidente que incluso hoy, varios años después, me hace sentir escalofríos.

Únicamente llevaba un jersey fino, pijama y zapatillas de verano. Sugdaya y Amy caminaron hasta la entrada de mi área conmigo, y tras algunas caricias y besos fuertes y calientes por ambos lados Amy llegó incluso a pedirme que diese unos golpecitos a la agradable hendidura marrón de Sugdaya antes de besarla por última vez, con un alegre y generoso desprecio por las propiedades. Con los dedos palpitantes aún por los exquisitos contactos con dos coños tan florecientes, caminé deprisa por mi avenida olvidando todo excepto lo que consideraba mi increíble buena suerte, pues había pasado una noche realmente deliciosa entre los hermosísimos muslos de Amy, y había disfrutado tanto placer innegable proveniente de su grieta y de su mente libertina que por entonces mi pena relacionada con Fanny estaba considerablemente

amortiguada.

Pero, de repente, sentí algo duro bajo mis pies y, casi instantáneamente, una pierna rodeada hasta la rodilla por una cuerda que se apretaba más y más hasta causarme un dolor considerable. La cosa fue instantánea. No tuve tiempo para reflexionar, pero la providencia hizo que me detuviese en seco y evitó que levantara el pie. De haberlo hecho, Amy nunca habría recibido placer de mí, ni Fanny, ni Sugdaya, o Mabel, o la señora Paul, pero ¡alto!, no debo contar todos mis secretos al mismo tiempo. En fin, que nunca habrían vuelto a copular en el mundo. Porque había pisado la cabeza de una cobra muy grande gracias a mi buena suerte. Digo buena suerte porque de haberme tropezado con ella de cualquier otro modo me habría picado inevitablemente, y en dos o tres horas como máximo sería hombre muerto. Con intenso miedo y esa rabia ingobernable que le sigue aplasté la cabeza del animal hasta reducirla a pulpa, y sólo entonces intenté quitármelo de la pierna, donde estaba agarrada como un vicio a pesar de encontrarse muerta. Cubierto de sudor frío y temblando de la excitación debida al *shock*, y sin negar el miedo pasado, corrí a mi bungalow y examiné allí al reptil que había perecido tan miserablemente entre las paredes seguras de la casa. En realidad, la cobra había muerto por cruzar tan estúpidamente en mi camino, pero podría haberme liquidado con la misma facilidad que yo la liquidé de no ser por la bienhechora mano de la misericordiosa providencia.

Me resultó imposible dormir durante mucho tiempo, y se hizo completamente de día antes de que la refrescante mano del sueño me tocara. Mis pensamientos corrían hacia Fanny y los espantosos riesgos que había corrido por dos veces casi cada noche desde que adoptó la costumbre de venir a mi bungalow para que me la tirase. No debía volver a hacerlo. Fue verdaderamente una suerte que Amy me hubiera cazado en su trampa. No había razón para que no fuese yo mismo al bungalow del coronel. Amy ya no sería un obstáculo. Complacería a Fanny y a ella por turnos, y ninguna de ellas correría el riesgo de encontrar una serpiente. Ciertamente que necesitaba hacer las paces con Fanny, pero por el momento no dudaba de poder lograrlo. Mientras tanto debía advertir a Amy, que correría el mismo riesgo yendo del bungalow de su padre al de los Corbett.

Fue hacia las cinco de la tarde cuando me dirigí a casa de los Corbett para ver a Amy, y tras recibirme cordialmente la señora Corbett me dijo en presencia de Amy que debía reprender realmente a esa damita, porque había sido extraordinariamente perezosa y se había levantado a las cuatro. Amy, que se sonrojó un poco, se excusó diciendo que durante las primeras noches le era completamente imposible conciliar el sueño bien en una cama extraña, momento en el cual la señora Corbett, mirándome maliciosamente, dijo que a su marido le gustaría muchísimo, pues a los hombres les gustaba mucho hablar a sus esposas en la cama, especialmente cuando acababan de casarse. Nos reímos todos. Amy tomó la broma muy bien, dejando a la señora Corbett bastante atónita con su aplomo. Tras un poco más de charla propuse una vuelta por el jardín para ver las parras, y como esa dama quería continuar una novela que estaba leyendo no quiso acompañarnos.

—¡Oh, capitán Devereaux! —dijo Amy cuando estuvimos solos —, apenas puedo andar. Dilataste de tal modo mis muslos y moliste de tal forma la parte inferior de mi cuerpo que me siento toda rígida.

—¿Se siente irritado hoy tu pequeño trofeo, querida?

—¡No! ¡Para nada! ¡Qué daño me hiciste la primera vez! ¡Y qué deliciosas fueron todas las veces siguientes! Me encantaría que fuesen ya las diez. No me hagas esperar, por favor. ¿Verdad que no harás eso, capitán Devereaux?

Dije a Amy que no intentaba en lo más mínimo rehuir mi promesa, pero que —debido a las serpientes— consideraba extremadamente peligroso dar ese paseo de noche. Al principio, se negó indignantemente a creer que había pisado una cobra, diciendo que era muy curioso que Fanny nunca hubiese visto u oído a ninguna, que lo consideraba un cuento chino y que la verdad era que no quería follármela.

—Pero si he de venir a tu casa lo haré, capitán Devereaux. No sabes lo enfadada que estoy contigo por no haberme ofrecido amor en todos estos meses. Me gustaría saber qué ves de superior a mí en Fanny. Me considero superior a ella en todos sentidos. Ahora que me follaste, ¿no soy tan agradable como Fanny? ¿Tiene ella un lugar más dulce o más agradable que el mío? Sé que tengo mejores tetas.

—¡Ah, querida Amy, no hables así! Si pudiera venir a revolcarte en casa de los Corbett lo haría. Pero me alarma verdaderamente que debas ir a tu propia casa para encontrarte conmigo.

—Iré entonces a la tuya, si lo prefieres.

—Eso es igual de peligroso, más aún, de hecho. Mi área tiene mala fama por las serpientes, como sabes.

—¡Lugar muy adecuado para ti, capitán Devereaux! Eres una serpiente engañadora.

No, se arriesgaría a cualquier cosa. No creía en la cobra, y estaba decidida a que yo me la hiciese todas las noches. Amenazó con enviarme a Mabel tan pronto como llegase a casa, si no cesaba inmediatamente toda referencia al peligro.

—Amy, ¿piensas que tengo alguna objeción a echarte un palo? ¿Piensas que preferiría no hacerlo, o que no te considero merecedora de ello?

—Algo como esa idea me viene a la cabeza, he de admitirlo.

Había un establo con mucha hierba recién cortada para los caballos del sacerdote. Hice que Amy entrase y, tras ver que nadie nos observaba, la tumbé sobre la hierba. Ella rió, aplaudiendo, y entonces follamos deliciosamente, con mis pantalones bajados y sus faldas levantadas. Amy casi enloqueció de placer, y cuando todo hubo pasado permitió que le dilatase la grieta para dejar salir la peligrosa corrida. Cuando limpié entre sus muslos con mi pañuelo me besó del modo más dulce, diciendo que ahora veía que no le ponía objeciones y que realmente no era un mal sujeto.

Mientras me abrochaba los pantalones y ocultaba así la verga y la bolsa le dije:

—Sabes que te considero una muchacha espléndida, que merece recorrer miles de millas para ser encontrada, pero debes recordar que Fanny es casi una esposa para mí, y que nunca tuve el más leve deseo de serle infiel.

—¡Entonces, capitán Devereaux, cuanto antes veas las cosas a la luz adecuada mejor! Fanny no es tu esposa. No deberías tener nada que ver con ella, como tampoco conmigo, pero como decidiste tirártela y a Fanny le parece delicioso, yo decido que me follarás a mí también porque —por decirte la verdad— me parece más que delicioso. ¡Es maravilloso! ¡Oh, no seas un estúpido! ¿No son dos chicas algo mejor que una?

Reí. No pude evitarlo.

—Pues bien, Amy, simplemente ayúdame a defenderme de Fanny, consigue que vea las cosas a tu manera y te probaré que considero mejor dos chicas que una.

—De acuerdo. Haré eso fácilmente. Ven ahora, vayamos a casa de la señora Corbett y preocúpate de no retrasarte un solo minuto, ¿eh?

Toda esta parte de mi historia sigue siéndome dolorosa al recordarla. No niego la dulzura del montecillo verdaderamente delicioso de Amy. Era de primerísima calidad, y yo obtenía con él el más real de los placeres. Tenía la ventaja de ser nuevo para mí. Yo lo había desflorado. Pertenecía a una de las chicas más guapas de la India, era extremadamente sensible al placer y bajo mi vigoroso tratamiento resultaba una perfecta fuente, pero... cuánto más delicioso me habría parecido si no funcionara como una trampa. Ahora podía comprender lo que siente una mujer que es tomada contra su voluntad y sin su consentimiento. Por encima de esos sentimientos estaba la absoluta certeza del dolor, de la agonía mental y emocional que experimentaría Fanny cuando supera que a las veinticuatro horas de estar entre sus muslos había pasado a estar entre los de su hermana, y que había dado placer a Amy noche tras noche.

Según decía Amy, Fanny se había sincerado con ella hacía meses. En su momento pudo ser forzada a la sinceridad, pero en cualquier caso Fanny tenía derecho a esperar que Amy no se aprovechara de ello ahora, tan tarde, cuando podría haberlo hecho meses atrás. La pobre Fanny se había ido a Rampur segura de dos cosas: la fidelidad de su Charlie y la lealtad de su hermana. Confío por eso en que mis amables lectores y lectoras perdonarán que no me demore en las seis noches siguientes, donde me hice regularmente y con verdadero gusto a Amy en la cama de Fanny. Tuve mucho placer, pero fue mezclado con dolor del corazón. Ninguna cobra invitó a su destrucción ni me amenazó, y Amy desconfiaba absolutamente de la historia. Con todo, yo metí cuidadosamente el reptil en un recipiente de cristal con alcohol para mostrárselo a Fanny, y a Amy también si se tomaba el trabajo de pasar de día por mi bungalow.

Ciertamente, Amy no me dio descanso. No creo que ella

considerase posible agotar a un hombre. Sintiéndose ella siempre dispuesta, consideraba que la erección del hombre es algo dependiente de su voluntad. Gracias a mi espléndida constitución de nacimiento, y a los poderes de todo punto extraordinarios con los que me encuentro dotado —según me cuentan las mujeres— fui desde luego «capaz» para Amy, y ni una sola vez la decepcioné. De hecho, creo que ella habría sido la primera en decir «basta, tengo suficiente» si hubiéramos continuado estos juegos nocturnos día tras día. De ahí que no le importase compartirme con Fanny y que deseara realmente que yo me follase a Mabel también.

Ella piensa de otro modo ahora. Está casada y ha descubierto que hay hombres y hombres. En su última carta, recibida hace menos de una semana, me habla muy contrita del modo en que me trató cuando estábamos en Farrukhabad, diciendo que ignoraba el tesoro que tenía en mí. Es muy agradable que le digan a uno esto ahora, pero no me seducía ser considerado un estúpido integral en Farrukhabad.

El coronel sólo había escrito una vez desde Rampur, y Fanny nada. Me alegraba y apenaba que no lo hubiera hecho. Al volver me contó que estaba ardiendo por escribir, pero que temía preguntas de su padre o que él leyese o viese la carta, y añadió que si cogía la pluma no habría podido evitar escribir algunas palabras ardientes como las que estaba tan acostumbrada a decir cuando estábamos juntos en cueros.

Así que pensó que lo mejor sería escribir sólo una notita.

La mañana del día que esperábamos su regreso de Rampur me estaba poniendo el pijama y mirando a la desnuda Amy, que tan cruelmente me había robado la paz a mí y a Fanny el pleno disfrute de mi miembro en el futuro, cuando la joven dijo:

—¡Por cierto! Tengo algo para ti, capitán Devereaux.

—¿Qué es, Amy?

—¡Oh! Una carta de Fanny.

Puso la mano bajo su almohada y extrajo una pequeña nota que había puesto allí y «olvidado» entregarme antes.

—¡Oh, Amy! ¿Por qué no me la diste antes?

—Se me olvidó.

—Sabes que amo a Fanny. ¡Es cruel de tu parte!

—¡Bah! ¿Y a mí qué me importa? ¡Vaya rabia le entrará a Fanny

al oír las noticias!

—Le romperán el corazón.

—Bramará y llorará, me gritará insulto, y a ti también, capitán Devereaux. ¡Te arrancará los ojos!

—Yo le diré la verdad, Amy, y si entonces ella puede perdonarme seré feliz. Pero ¿lo hará?

—Naturalmente que sí. Conozco a Fanny mejor que tú, capitán Devereaux. Se enfurecerá desde luego. Se indignará y amenazará, pero si tú estás tranquilo y le dices que de nada sirve lamentarse sobre la leche derramada y que tienes bastante más para ella si así lo desea, se calmará bastante rápidamente. Fanny no es tan tonta como para ignorar que media loncha es mejor que ninguna. Pero es codiciosa. Nunca me ofreció compartirme con ella, y ahora se ve obligada. Se lo tiene merecido. Ya mí más bien me alegra que no te guste follarme, porque lo tienes merecido igualmente.

—¡Pero a mí me gusta follarte, Amy! En lo que a follar se refiere eres tan buena como Fanny.

—¡Gracias por nada! ¡Mero sexo! No me convencerás de que ves en Fanny nada distinto de una agradable cajita. No me creo otra cosa. ¡No y no! ¡Capitán Devereaux! Te irrita estar obligado a follarme quieras o no. Si no fuese por eso no te molestaría tenernos a Fanny y a mí, y a Mabel, Sugdaya y todas las otras mujeres de Farrukhabad.

No servía de nada intentar hacer ver a Amy que —suponiendo igualmente deliciosas a todas las hendiduras desde un punto de vista físico— el amor distinguía a una entre todas las otras, y la grieta del amor es la más deliciosa de todas. La dejé molesto, furioso conmigo mismo porque no lograba dominar mi lujuria y no podía evitar confesar que Amy era un polvo perfecto y exquisito.

Volviendo a mi bungalow leí la preciosa carta de Fanny. Estaba llena de amor y felicidad ante la perspectiva de estar una vez más entre mis brazos. ¡Pobre y querida muchacha! No parecía tener la menor sospecha de Amy o de que ninguna otra ocupase mis pensamientos durante su ausencia. Tan lejos estaba de imaginar que aprovecharía su estancia en Rampur para penetrar en Amy o Mabel que decía en la carta que esperaba saber a su vuelta de mis amabilidades para con sus hermanas, visitándolas en casa de los Corbett donde sin duda se sentirían muy solas sin ella y su papá.

Esta carta me causó el más intenso de los dolores. ¿Qué diría Fanny al descubrir la verdad? ¡Casi la mataría! Confiaba en mí completamente. No soñaba con tener una rival, y no podía tener idea de que encontraría la más formidable de las rivales y opresoras en Amy, su propia hermana. ¡Qué juego profundo y meditado el de Amy! Cuánto había esperado con paciencia hasta poner en acción su plan. Yo veía en todo ello la mano de Sugdaya. Sólo un nativo, o alguien gobernado por un nativo, podría haber poseído su alma y sus sentidos en un estado de total paciencia como había hecho Amy. Porque cuando me la tiraba era todo excepto tranquila y compuesta. Era tal llama y tal furia que resultaba imposible suponer que no gozase a fondo los gloriosos placeres producidos por mis acometidas. En consecuencia, debió haber sufrido los dolores más reales del dese o insatisfecho, sufriendo como el niño espartano agonías que la devoraban mientras sonreía con calma aparente. Me atrevo a decir que el recuerdo de esos intensos sufrimientos era la causa de sus crueles y desdeñosas palabras y acciones relacionadas conmigo. Sin embargo, había sido bien usada, y quizá cuando calmase a Fanny serenase la tormenta que amenazaba una catástrofe conseguiríamos hacer amistosa a Amy. Pues si Fanny — como me esperaba desde luego — se negaba a ser poseída por mí en lo sucesivo, yo estaba decidido a no tirarme más a Amy, y como a Amy le gustaba tanto, tanto ser bien follada podría descubrir que cualquier intento mal aconsejado de gobernar a un hombre puede desembocar en rebelión, perdiéndose así su recién adquirido imperio sobre mi espada.

Me tumbé en la cama lleno de estos pensamientos desgarradores, pero no pude dormir. Pasaron una hora, y otro. Tras el amanecer llegó la plena luz del día y, con ello, los numerosos signos de la vida, los pájaros, los insectos, los animales y el hombre. Poco me importaban; todos mis pensamientos estaban concentrados en «¿qué dirá Fanny?». «¿Cómo lograré recobrar alguna vez mi posición en su amor y admiración?». «¡Que el diablo se lleve a Amy y maldita sea Sugdaya por su infame plan!».

Unos buenos juramentos alivian al hombre cuando la causa de su irritación ha pasado, pero no sirven para suavizar los dolores esperados de una perdición que se aproxima. En otro caso los míos habrían apartado la desgracia esperada, pues juré lo bastante como

para esparcir a los cuatro vientos todas las desgracias, de haber sido éstas tangibles y no venideras.

Fanny y el coronel no eran esperados hasta las siete de la tarde; Amy y los niños no debían abandonar la casa de los Corbett hasta un poco antes de esa hora. Pasé ese día horrible escribiendo carta tras carta a Fanny, tratando de explicar lo sucedido sin culpar demasiado a Amy y descargándome yo de responsabilidad.

Innecesario es decir que todos mis esfuerzos resultaron vanos. Cada carta parecía peor que la precedente, y las destruí todas. Queridos lectores, espero que ninguno de vosotros tenga motivos para sufrir una tortura como la que yo padecí. No habría sido tan mal trago si yo le hubiese sido infiel a Fanny deliberada y premeditadamente. Pero ser cazado así, incitado a hacer lo que realmente no pretendía, era para mí causa de la máxima angustia mental. Suponiendo que dijese a Fanny toda la verdad, ¿me creería? ¿No podría decir, y muy justamente que no necesitaba haber seguido follando con Amy? ¡Ah, ella no tenía verga y pelotas que la impulsaran como a mí! También me resultaría difícil hacerla comprender que continué poseyendo a Amy para conservarla de buen humor. Sin embargo, yo pensaba realmente que no había mejor carta a jugar. No podía evitar que el hecho de complacer a Amy resultara verdaderamente delicioso. Me atrevería a decir que una muchacha violada disfruta la sensación, aunque en su corazón sienta la enemistad más mortal contra el violador por el hecho de hacerlo sin su consentimiento. Realmente, yo no podía impedir que mi herramienta se pusiera tiesa cuando estaba cerca del escondrijo de Amy. Una herramienta es como un arma. El enemigo puede cogerla y usarla contra su verdadero dueño. Dispara con la misma fuerza y puntería para uno tanto como para el otro, sin que intervenga para nada la voluntad. Todo lo que la mía veía en Fanny era una mata deliciosa y dulce entre los muslos de Amy, y su deseo era penetrar en la más próxima. Éste no es desde luego el caso más común. Así sucedía con Lizzie Wilson, aunque ella no pueda servir de pauta en ningún sentido. Piénsese en Amy. Amy quería que se la tirase. Pues bien, tenía muchos amigos a quienes les habría encantado, pero ella jamás les dio indicios de su deseo. Piénsese en Mabel. Parecía hasta peor y más caliente que Amy. El lector verá, en su momento, lo que hizo. Mi vara estaba siempre dispuesta para

la raja de Mabel, y allí habría entrado de no ser por la oposición más decidida de mi parte. Ojalá comprendiese la mujer esto: «una herramienta tesa no tiene conciencia».

Todo llega a su fin y ese horrible día también, pero no antes de haber yo escrito una última nota a Fanny, donde le suplicaba que no viniera a verme por una razón muy especial que le explicaría lo antes posible el día siguiente. Llevé esta nota conmigo cuando fui a ver a Amy a casa de los Corbett. Salimos a dar una vuelta por el jardín y Amy se negó a permitir que Mabel nos acompañara.

—¡Vaya! Sí que tienes mal aspecto, capitán Devereaux. ¿Tanto miedo tienes de Fanny entonces? Estás pálido como un fantasma.

—No tengo miedo de Fanny, Amy. Nada de lo que podría decirme es la mitad de doloroso que la voz de mi conciencia. Pero la verdad es que no he logrado pegar un ojo desde que volví a casa esta mañana.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rió Amy, como si hubiera dicho algo muy divertido y agradable—. ¡Cómo me gusta saberlo! ¡Eres un estúpido, capitán Devereaux! Me asombra que te valores tan poco. Si Fanny se enfureciera y yo fuese tú le diría: «Oye, Fanny, tómame o déjame, lo mismo me da. No soy responsable de tener dos grietas en vez de una sola para jugar. Si me dejar Amy se quedará con todo».

—Eso sería añadir el insulto a la lesión, Amy.

—¿Y qué? ¿No es la verdad?

—No tienes en cuenta el dolor que esas palabras proporcionarían a la pobre Fanny.

—¡Dolor! ¿Pensó ella en mi dolor cuando ni siquiera me preguntó si me gustaría ser poseída por ti? Las hermanas deben compartir. Sólo reclamo mi parte. No quiero separarte completamente de Fanny, pero debo ser complacida tan bien como ella.

—Pues no me sorprendería que todo se acabase ahora.

—¿Por qué?

—Porque, cuando Fanny sepa las noticias, creo que entrará en uno de sus asustadores estados de excitación, y hará o dirá algo inconveniente ante vuestro padre; y si él se entera de lo que ha pasado tomará medidas con certeza para evitar que me siga follando a sus hijas. Por ejemplo, podría enviarme fácilmente a otro campamento, tal como yo conseguí que trasladaran a Lavie. Nadie

necesita saber por qué, pero Fanny y tú tendríais que buscaros otra nueva herramienta, si follar es todo cuanto deseáis.

Este discurso hizo pensar a Amy. Había perdido de vista completamente los posibles efectos de un triunfo demasiado brillante sobre Fanny.

—Vale la pena pensar sobre ello, capitán Devereaux.

—Claro que sí, te lo aseguro con el corazón en la mano. ¿Me harás un favor?

—¿Cuál?

—¿Le darás a Fanny esta nota de mi parte?

—¿Qué le dices?

—Sólo le digo que no venga por mi casa esta noche.

—¿Le cuentas lo que ha pasado?

—¡No!

Amy caminaba en silencio, pensando evidentemente en lo que iba a hacer. Imagino que había pretendido disfrutar su victoria sobre Fanny, pero mi advertencia hacía que considerase la cuestión.

—¡Oh! Henos aquí en el establo —dijo.

—Sí —dije yo, leyendo sus pensamientos—, pero realmente no podría hacerlo ahora, Amy.

—¿Qué tontería! —exclamó al mismo tiempo que se ruborizaba—, no pretendía nada, pero lo harás por decirlo.

—Realmente, no puedo, Amy.

—¡A callar! Ven, capitán Devereaux, quiero que me lo hagan ahora, en este instante. Puede ser mi última oportunidad, si depende tanto de Fanny como piensas. No desperdiciaré una oportunidad. Ven inmediatamente al establo y haz lo que debes.

—Entraré en el establo, Amy, pero verás que sólo digo la verdad. Entré.

—Ahora explícate —dijo Amy.

—He aquí la mejor explicación posible —dije desabrochando los pantalones y dejándolos caer—, mira a ver si puedes meterte eso en tu hendidura, Amy.

Amy levantó la camisa y me vio en un estado que nunca habría considerado posible. Mi picha colgaba muerta e insensible, mis pelotas parecían sueltas en una bolsa alargada y distendida, todo denotaba la fatiga más visible.

—¡Estás fingiendo! —exclamó Amy enfadada, golpeando el suelo

con un pie—. ¡Ponla dura inmediatamente! ¿Me oyes? ¡Ah! ¡Hazlo, capitán Devereaux! —continuó con un tono de súplica en la voz—. No seas tan poco amable conmigo.

Me divertía que me considerase señor de mi garañón, capaz de hacerlo saltar o no a voluntad, y me dolía ser realmente incapaz de satisfacer sus deseos y hacérmela, pues pensaba que si podía complacerla se pondría de buen humor y más inclinada hacia Fanny, con lo cual suavizaría el anuncio de su triunfo.

—Lo haría si pudiese, querida Amy. Pero la falta de sueño y la dolorosa ansiedad con respecto a Fanny durante todo el día me han matado; a pesar de todo, inténtalo tú por tus medios. Te juro que no finjo. Me gustaría mucho complacerte, si pudiera. Ven aquí. Tumbémonos sobre la hierba, y mientras tú intentas lo que sepas con tus manos yo tocaré tu suave y deliciosa gruta.

Nos tumbamos. Amy se abrazó a mí, mirándome a veces con ojos agudos, como para averiguar si estaba engañándola o no, mientras me acariciaba del modo más voluptuosamente excitante posible. Sin embargo, no sirvió de nada. Me encontraba en un estado de postración física y mental y seguí igual de flácido, aunque mis huevos se agruparon algo más antes de ser palpados por los suaves dedos de Amy.

Tras unos diez minutos de esas caricias, retiré la mano de entre los encantadores muslos de Amy completamente mojada por sus frecuentes corridas y le dije:

—Temo que deberemos abandonar la idea, Amy. Mi corcel está demasiado muerto. Demasiado cansado.

—Demasiado tozudo y demasiado abominablemente egoísta, querrás decir —repuso Amy con gran furia—. Te mereces esto por ser un animal malhumorado —y dirigiendo esas palabras a mi pito le dio de repente una dolorosa torta con la mano que no sólo repercutió en él sino en mis pobres pelotas.

—¡Oh, Amy! Me has hecho daño.

Si la mujer tiene un punto flaco en su corazón para algo de este mundo, ese algo es el sexo de un hombre. Piensen un segundo mis lectores y creo que casi todos recordarán casos donde las mujeres y sus conocidos han oído hablar con aparente indiferencia de hombres mutilados, pero mostrando siempre escalofríos y la mayor de las compasiones al oír contar casos de mutilación de la verga o

las joyas, o de ambas. Amy no era excepción.

—¡Oh! No quería realmente hacerte tanto daño, capitán Devereaux. Pobrecito.

Se inclinó sobre mí, que estaba tumbado boca abajo porque sentía dolores extremadamente agudos en las ingles y un dolor denso y continuo en la parte inferior del vientre. Sentí la mano de Amy palpando la ingle derecha y me resistí un poco al principio, pero como un tallo seco de hierba me pinchó súbitamente el tronco hice un movimiento repentino que le permitió alcanzar lo que ansiaba acariciar y calmar, pero para mi estupor —pues ninguna sensación me lo delataba— ella exclamó:

—¡Oh, capitán Devereaux! Está tiesa. Está hermosamente derecha.

El dolor había sido agudo, pero se desvaneció como por ensalmo. La exclamación de Amy pareció alejarlo, y ahora podía notar mi gloriosa erección. Me sentí tan agradecido a Amy que me di la vuelta, la tomé en mis brazos y la besé antes de tumbarla de espaldas y meterme entre esos hermosos muslos redondeados y níveos, que ella descubrió con inmensa prisa y celeridad, como si temiera que mi rigidez pudiera desaparecer tan repentinamente como apareció.

¡Fue una encantadora liza! ¡Un polvo completamente glorioso! Y al final, cuando seguía yaciendo con mi mata sobre la suya y disfrutaba con las palpitaciones, apretones y succiones de su tarro de miel deliciosamente excitado y derretido, no pude evitar decir:

—¡Oh, Amy, intenta calmar a Fanny y celebraremos muchos como éste!

Este episodio me benefició considerablemente. Rompió la corriente de mis pensamientos. Elevó el tono de mi cuerpo. Me dio más esperanzas con respecto a Fanny, pues dejé a Amy de un humor mucho más amistoso; mi verga blanda y la idea de lo que podría suceder si el coronel descubría mi relación con Fanny eran, ambas, cosas nuevas para ella y yo estaba seguro de que irían trabajando en su mente. Fanny se enfadaría, quedaría afligida y más o menos destruida al conocer las noticias, pero por malo que esto fuese, lo era menos que la verdad y además los punzantes y triunfantes insultos de Amy, pues estaba seguro de que los tenía preparados siguiendo los usos fraternos.

Desde que obtuve el nombramiento de oficial encargado de personal, fui relevado de la necesidad de cenar en el comedor de oficiales de mi regimiento, por lo cual usaba ampliamente mi libertad y rara vez acudía allí dos días seguidos. La verdad es que me molestaban indeciblemente esas cenas, y pienso que a nadie pueden gustarle tras cierto tiempo de celebrarlas continuamente. Sin embargo, me gustó esa noche ir a sentarme a la mesa con mis compañeros oficiales, pues su charla me ayudaba a pasar las horas de purgatorio entre el último palo con Amy y el encuentro con Fanny.

De vuelta a casa me acerqué al bungalow del coronel. Era como coger al toro por los cuernos, y esperaba más bien encontrar a Fanny enferma o incapaz de verme. Pero no, allí estaba la dulce muchacha, contenta y feliz, evidentemente no enterada aún de mi terrible infidelidad. Era obvio también que Amy no le había dado mi nota, porque la pobre Fanny aprovechó la oportunidad de susurrarme que se encontraba casi «bien» y que tenía mucho que contarme cuando viniera a casa. Amy hacía su papel a la perfección. Era exactamente la misma Amy que había sido, ante todas las apariencias, antes de irse Fanny a Rampur, cuando no era cuestión que yo la complaciera. Advierto al marido de Amy, si leyera estas páginas, que no le conviene tratar de mantenerla bajo su guarda y custodia. Si alguna vez Amy se encandila con algún tipo joven, lo tendrá a su manera y justamente bajo las narices del esposo, aunque él no lo sepa. Su actitud me asombraba. Desde el momento de atraparme entre sus muslos perdió todo parecido con la antigua Amy, y me asombraban tanto la súbita asunción de modales imperativos, dominantes, duros de corazón y premeditados como su extraordinaria conducta. Me tenía por eso como hechizado. Había saltado sobre mí y me había aplastado por lo repentino del golpe. Pero esa noche había recuperado tan completamente sus viejas maneras, aspecto y tono que —de no ser por las reminiscencias dulces, demasiado dulces de su muy visitada grieta— pensaría haber soñado nuestros palos y no que me la había hecho por lo manos algo como cincuenta veces durante la semana pasada. La vara que no se había empinado por ella esa tarde hasta ser golpeada hizo lo que no hizo en los días anteriores a la visita de Fanny a Rampur, días que a pesar de estar próximos en el tiempo parecían

ya muy remotos, porque se alzó rígida tan pronto como Amy se aproximó. En los viejos días ese órgano irreprimible habría permanecido inmóvil hasta que la cercanía de Fanny le hubiese hecho adquirir proporciones grandiosas, pero esa noche se endureció tan pronto como percibió la vecindad de Amy.

Me fui entonces a casa sabiendo que todavía no había estallado la tormenta, pues imaginé que al retirarse ambas al dormitorio Amy contaría todo a Fanny, y que el primer efecto de su pesar e indignación sería prometerse no volver a verme nunca.

Pero en vez de ir a la cama me senté. Me zumbaba la cabeza de fatiga y de nervios, pero aunque estuviese agotado sabía que no lograría dormirme. Mientras estaba así sentado, en un estado mental medio soñador y verdaderamente doloroso, con un sobresalto que al momento me despertó a la vida y a la acción escuché los pasos ágiles y leves de Fanny viviendo por la terraza. Antes de que pudiera levantarme estaba en el cuarto, donde entró como si de la rapidez de sus movimientos dependiera la vida o todo lo valioso de este mundo. Al verme quedó clavada en el suelo. Me bastó una ojeada para saber que estaba en posesión de las noticias. ¡Pobre Fanny! ¡Ah, amable lector! ¿Conoces algo más aterradoramente doloroso y letal para la mente y el corazón que descubrir la traición y la falsedad en la persona donde depositabas tu confianza, de quien depende todo tu amor, devoción, corazón y alma? Fanny no había amado antes de conocerme. Con la sincera generosidad de la juventud me había entregado corazón, alma y cuerpo, confiando en mí como en Dios.

Quedó por un momento mirándome, expresando sus encantadores ojos todo el dolor que sentía y al mismo tiempo una especie de vacilación a la hora de creer aquello que ahora sabía real y no una pesadilla. Sus labios estaban abiertos como para hablar, pero ninguna palabra salió de ellos. Su busto respiraba tumultuosamente, y sus senos encantadoramente firmes, con la lucha interior, parecía que iban a hacer estallar las costuras del corpiño. Había visto a Fanny apasionada muchas veces, pero nunca en un estado como el de entonces. Su mirada me fascinaba. Parecía intentarme leer el alma más íntima a través de los ojos, y yo quedé como embobado.

—¡Oh, Charlie! —exclamó de repente—, ¡dime que no es

verdad! ¡Oh! ¿Por qué lo hiciste? ¡Oh! ¡Nunca habría pensado que mi Charlie sería tan... tan... cruel conmigo!

Se volvió hacia la mesa más próxima y poniendo los brazos sobre ella inclinó hasta ellos su encantadora cabeza y comenzó a llorar y sollozar violentamente.

Esto era espantoso. Nunca había atravesado ordalía semejante. Salté de donde estaba, me aproximé y acabé sentándome a su lado, sin atreverme a ponerle la mano encima, pues no me atrevía a hacerlo con mis sucios dedos.

Así estuvimos unos buenos cinco minutos, hasta que Fanny, alzando la cara toda empapada de lágrimas y arrebatada, volvió hacia mí sus ojos inundados y cayó en mis brazos tambaleándose. La cogí entre ellos. Besé ese rostro encantador a pesar del voraz dolor que sentía, y Fanny me dejó hacer; dejó que la atrajese a mi silla, que la pusiese en mi regazo, donde la mantuve tiernamente sujeta mientras continuaba llorando y sollozando.

De repente se enderezó y mirándome, dijo:

—¿Por qué no me hablas? ¡Lloras también! ¿Por qué lloras?

—¡No puedo evitarlo, Fanny querida! No puedo verte, a ti, la chica que amo, tan horriblemente apenada sin compadecerme.

—Soy una estúpida por venir —dijo—. ¡Déjame marchar! ¡Nunca, nunca, nunca volveré a hablarte!

—¡Quédate! —exclamé, sujetándola—, ¡quédate, Fanny! Sólo has oído un lado de la historia. Me harás justicia escuchando el otro. Te juro que nunca tuve la más remota idea de serte infiel, y que sólo cuando estaba dentro de Amy supe que no eras tú.

Fanny me amaba. Ésta es la única explicación de que me oyera con tanta paciencia. En su corazón, ese corazón tan espantosamente herido, deseaba encontrar atenuantes a mi crimen. Si sólo hubiese sido herido su orgullo nunca habría podido o querido perdonarme, pero el amor sepulta multitud de pecados, y Fanny oyó mi historia no sólo con paciencia sino con avidez.

Con pasiones tan fuertes como las mías y una hendidura tan sensible al placer como mi arma, podía comprenderme cuando dije que al terminar la primera justa con Amy me resultó imposible arrancarme de una grieta tan fascinante y floreciente como la situada entre sus muslos; y como seguí narrando la historia haciendo evidente que, sin despreciar sus encantos, no amaba a

Amy mientras que mi lama estaba anclada en ella, acabó lanzándome los brazos al cuello, me besó y volvió a llorar, pero sin esa violencia tanto más temible cuanto que subyugada con la cual se inició su primer brote de pasión.

Estuvimos horas así, charlando. Fanny comprendía bastante su posición. Me amaba demasiado para llevar adelante la amenaza expresada apasionadamente de no volver a hablarme, pero era demasiado evidente que debía consentir en compartirme desde ya con Amy y con Mabel más tarde. Ella misma recordó lo que había dicho sobre concubinas, y con una triste sonrisa me felicitó por tener ahora tres damas realmente bonitas en mi harén. Yo me iba animando al tiempo que ella, y, atreviéndome al fin a un acto, deshice el lazo de su corpiño y descubrí sus encantadores senos para devorarlos una vez más con los labios de un modo tan lleno de pasión que la pobre chica casi se desmayó por un exceso de emoción. Arrancando los deliciosos pechos de mis labios ávidos, ella puso su boca sobre la mía y desabrochó uno a uno todos los botones de mi pantalón, hasta que al llegar al último metió la mano, retiró la camisa y tomó posesión de mi tieso e impúdico miembro, que miraba su rostro audazmente y sin sonrojarse.

—Sí —exclamó—, el traidor no es mi Charlie sino tú. ¡Oh, villano!

Duras palabras, pero ¡qué suaves caricias! Temo que mi verga, como Galileo, no prestó atención a su discurso estando demasiado excitada ante esa queridísima rajita que había sido la primera en abrir. Reconciliación feliz. Pocos momentos después Fanny quedó en su desnuda belleza ante mí, y un momento después había olvidado las agonías de horas recientes en las convulsiones de los placeres delirantes que yo presenté.

Sugdaya nos despertó. Esa deliciosa traidora quedó encantada de encontrarnos desnudos en la cama. Fanny la habría reñido, pero me escuchó y decidió tragar a Sugdaya junto con sus otros pesares inevitables, y nuestro último y succulento polvo se celebró a la vista de esa encantadora nativa nacida celestina, que iba a serme tan útil encontrando dulces grietas, además de la suya, durante los tres o cuatro años siguientes.

Al igual que Amy, Fanny se rió del incidente con la cobra. La vio en la botella, pero aunque creyó mi historia al instante, dijo que el

hecho de haberla matado yo a ella y no al revés mostraba que estaba escrito que debía poseer a Amy. Reconoció, por lo demás que en el futuro sería mejor que fuese a su casa, pues ahora, evidentemente, Amy no sería un estorbo.

Ahora, lector, ¿piensas siquiera un momento que las cosas podrían haber salido así si no hubiese estado de mi parte nuestra adorada diosa Venus? Vi su mano divina y benéfica en cada etapa de nuestro suministro amoroso, y nunca tuvo un sacerdote más ardiente que yo. Porque siempre hice todo lo posible por no perder oportunidad de hacer humear sus sagrados altares, situados entre los muslos de mis «concubinas», con el incienso de mis ofrendas.

¡Oh, qué noches exquisitas! ¡Esas fiestas donde como un dios de los viejos tiempos jugaba con mis ninfas desnudas, pasando de los brazos de una a los muslos de la otra y recibiendo nueva vida y mayor fuerza del cambio de gruta! Hubo desde luego un aumento de placer voluptuoso y goce, pero sufrió la pureza y profundidad del amor que había existido entre Fanny y yo. Nunca más pudimos ser en el futuro lo que habíamos sido en el pasado.

Y ahora sólo me queda mostrar cómo llené al fin la copa del goce de Mabel, y luego cerraré el relato de mi relación con las tres encantadoras y deliciosas Selwyn.

Ni Fanny ni Amy parecían en absoluto ansiosas de que me gozase a Mabel. Esto era natural en cuanto respecta a Fanny, pero —como el lector recordará— Amy puso como condición inexcusable que Mabel tuviera su parte de mí. Sin embargo, la experiencia empezó a enseñarle que una loncha entera es mejor que media, y que media aventaja a un tercio. De modo que no volví a oírle mencionar la obligación de tirarme a Mabel. Pero era imposible evitar que Mabel se enterase de mis visitas nocturnas al bungalow paterno y de lo que allí se hacía entonces. De hecho, tengo pocas dudas de que presencié escenas de goce donde hubiera ansiado intervenir desde detrás del purdah. Además, estoy seguro de que Sugdaya, persona sin escrúpulos, la incitaba a reclamar su lote, y así fue como lo consiguió.

Un maravilloso día de diciembre, en la deliciosa temporada fría, estaba preparándome para hacer unas visitas (entre otras a la esposa de nuestro nuevo reverendo, la señora Paul, de quien contaré mucho más en mi tercer volumen), cuando vi a la señora

Soubratie viniendo con prisa de casa de los criados. Supuse que el coronel había debido venir para un palo matutino, y como quería verle pensé esperar a que se procurase su placer. Aunque era cosa admitida entre nosotros que él estaba en libertad de tirarse a la señora Soubratie cuando quisiera en mi casa, no solíamos vernos en tales ocasiones, por lo cual salvo que le viese entre los muslos de ella, o viese a la señora Soubratie cruzar por delante de mi puerta rara vez sabía el momento exacto de producirse estos agradables encuentros.

En consecuencia, esperé sentado en mi sillón. No llevaba más de un minuto sentado cuando apareció Mabel estallando de risa y haciendo el mayor de los esfuerzos por evitar una explosión sonora. Mientras caminaba hacia mí de puntillas susurró:

—¡Oh, capitán Devereaux! ¡Venga! ¡Venga!

Me levanté. Ella me tomó de la mano, me condujo a mi dormitorio y allí hasta la puerta con el cuarto contiguo, donde había una ventana cubierta por una fina cortina de muselina. Naturalmente, vi allí, como Mabel, al coronel a medio camino de un buen palo. Indescriptiblemente encantada, Mabel festejaba sus ojos en la espléndida vara de su padre que entraba y salía con medida cadencia en la grieta marrón de la señora Soubratie. La visión era demasiado voluptuosa —especialmente dada la presencia de Mabel— para no afectarme grandemente. Me desabroché los pantalones y puse mi vara ahora ardiente en la encantada y no menos ardiente mano de la muchacha, mientras le levantaba las faldas y le acariciaba la cajita, bien cubierta ahora por sedosos rizos, que respondió inmediatamente a mis caricias con un derrame insospechado. Atraída poderosamente todavía viendo aparecer y desaparecer el reluciente miembro de su padre mientras se follaba a su sólida manera a la señora Soubratie, así como sus huevos balanceándose atrás y adelante, Mabel subió y bajó en silencio la mano por mi miembro hasta que un súbito escalofrío de placer alrededor de su cuello me advirtió que habría de correrme si continuaba así, tanto más cuanto que el coronel estaba ahora en los golpes cortos y vigorosos, y las emociones de simpatía hacia él vendrían en ayuda de la mano de Mabel. En consecuencia, mantuve quieta su mano hasta que terminó el espectáculo y la señora Soubratie se despidió haciendo su ceremonioso saludo.

—¡Muy bien, Mabel! —dije, cuando el coronel hubo salido con ese paso garboso que adoptaba siempre tras un buen palo—, llegaste justo a tiempo para verlo.

—¡Sí! —dijo ella mirándome la vara y palpándome delicadamente la bolsa—. Sugdaya me dijo que vería algo si venía aquí ahora. Creo que quería decir esto —dijo mirándome con una sonrisa—, pero imagino que se refería a papá y la señora Soubratie.

—Pudo referirse a las dos cosas, querida. ¡Pero ten cuidado, criatura! Harás que me corra si mueves así la mano.

—¡Oh! ¡Qué divertido sería! ¿Me dejas? ¡Por favor! Me gustaría verlo, capitán Devereaux.

—Bueno —dije, temblando de placer—, de acuerdo, querida, pero deja que me quite primero los pantalones o me los mancharé.

Vi que había llegado el momento. Era la hora de Mabel. Cerré la puerta del cuarto y pasé el cerrojo.

—¡Ahora, Mabel! Quítate falda, enaguas y medias. Nos iremos a la cama juntos.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí!

—¡Qué maravilla! Eres bueno, bueno, bueno, capitán Devereaux —exclamó ella en un éxtasis de júbilo—, pero metámonos bien en la cama, quitándonos toda la ropa.

—¡Muy bien! —dije riendo, y dos minutos después estábamos ambos desnudos como al nacer.

Mabel era muy guapa. Tenía, como Fanny y Amy, una piel blanca muy hermosa y pura. Sus miembros necesitaban todavía algo de carne para tener esa redondez tan deseada, pero sus pechitos eran encantadores realmente, y su toisón gordezuelo tenía tanto pelo como el de Fanny. Si su desnudez me encantaba, la mía complacía a Mabel inmensamente, y aunque me había palpado más de una vez la herramienta y la bolsa dijo que no las había visto realmente hasta entonces.

Pero en invierno hace frío, por lo cual cogí a Mabel, la puse sobre la cama y, metiéndome yo, subí las frazadas hasta nuestras barbillas, y allí yacimos abrazados. Mabel había cogido de nuevo mi verga, y la movía de un modo tal que me iba a correr inmediatamente si no se detenía.

—¡Espera! Harás que realmente me corra sobre ti, Mabel.

—¡Me encantará! —exclamó—, me gustaría ver correrse a un hombre.

—Muy bien —dije riendo—, mira entonces.

Aparté las ropas de cama y casi en el mismo momento lancé a volar un torrente de semen irreprimible un segundo más. Mabel chilló, porque el primer chorro la alcanzó de lleno en el rostro, el segundo bajo la barbilla, el tercero se desparramó por sus pechos y los restantes sobre su vientre y sobre la mata del último, pues me cuidé de sujetarle la mano para darle el beneficio de todas las gotas.

—¡Oh! ¡Fue estupendo! —exclamó—. ¡Cuánto! ¡Qué cremoso es! ¡Sólo que más espeso! ¡Pero debes haberte vaciado las pelotas!

—¡Oh, no! Queda mucho en ellas, y cuando dentro de un minuto te folle empezarán a fabricar más para ti.

Mientras hablaba limpié el cuerpo esbelto y encantador de mi compañera de cama, y esperando encontrar una virginidad obstinada consideré prudente comenzar con ella lo antes posible, a fin de que para mi próxima corrida ella estuviese ya gozando.

Imáginese mi sorpresa cuando, al tomar posición entre sus muslos abiertos, no encontré resistencia alguna. No había ni rastro de una virginidad; al contrario, era evidente que el pequeño túnel donde me encontraba había sido abierto del modo más concienzudo. Si Mabel había sido poseída ya, ¿quién lo había hecho? Con todo, no hice observaciones porque estaba demasiado entretenido y encantado con sus expresiones de deleite y placer. Como Fanny y Amy, su hendidura era una perfecta fuente accionada fácilmente por los movimientos de mi máquina en su interior, y Mabel me hizo reír con sus continuos «¡allá voy otra vez!», pero cuando llegué a las sacudidas cortas e inundé a mi vez su encantador coñito con un mar de semen Mabel se aferró a mí con toda la fuerza de su cuerpo convulso y tembloroso y exclamó:

—¡Oh! ¡Cuán mejor un hombre que un pepino!

El enigma estaba descubierto. ¡Un pepino!

Cuando terminó el primer palo Mabel me contó entre sus rápidos besos e interminables caricias que Sugdaya le había enseñado la agradable sensación que puede producir un plátano casi maduro con la piel medio retirada. Ella había progresado de un plátano pequeño a otro mayor, siempre en detrimento de su virginidad, hasta que un día al ver un pepino de corteza muy suave

cuya forma y tamaño le parecieron adecuadas para sus experimentos. Lo cogió, se fue a su habitación y terminó con una verdura lo que en otro caso estaba destinado a mi lanza de carne. Mabel era una muchachita lasciva, un gran palo. Como Lizzie Wilson, su misión en la vida es disfrutar el amor. El querido lector no se sorprenderá sabiendo que se unió a ese selecto número de mujeres hermosas nominalmente «mantenidas» por amantes ricos que, a pesar de ello, se deleitan aliviando los sufrimientos de numerosos adoradores, siguiendo el tortuoso camino de la intriga y deleitándose en el voluptuoso placer de recogerlos como a flores a lo largo de su sombreado camino. Si los vínculos actuales de Mabel fuesen legítimos, sería la duquesa de... Suya fue la gloria de haber sido la primera en dar palpable prueba de los éxtasis de la liza con un personaje de la talla de uno de los príncipes reales.

Ni Fanny ni Amy mostraron mala voluntad alguna hacia Mabel debido a nuestra participación mutua en el sacrificio, y hasta la última noche de su estancia de Farrukhabad estas amistosa muchachas fueron folladas por mí, unas veces solas y otras en compañía.

En marzo del año siguiente, justamente doce meses después de haber tomado la virginidad de Fanny, las chicas volvieron a Inglaterra como consecuencia del retiro de su padre.

Nuestro adiós fue extremadamente doloroso. Intercambiamos rizos de pelo de nuestras respectivas matas, y ellas estaban tan ávidas de poseer esos recuerdo míos que tardé meses en recuperar un bosque tan denso y alto como el que apretara contra el de Lizzie Wilson en Nowshera^[3].

Notas

[1] Probablemente pretende citar a Terencio: *Dictum sapienti sat est*, que significa «una palabra basta para el sabio» (R. P.). < <

[2] Volvamos al tema. (N. del T.). < <

[3] El capitán Devereaux nunca publicó el volumen III de *Venus en India*. El libro está completo en dos volúmenes. < <

[*] *In-group*. (N. del T.). < <

[**] Poke. (N. del T.). < <

[***] *Spend*, el mismo término que se traduce por «correrse» y que en el inglés actual se designa *to come*, esto es, «venir». (N. del T.). < <